



Martin Cid  
**Relatos**



# RELATOS

MARTÍN CID



## NOTA DEL AUTOR

Es éste un libro de relatos con el que se cierra una parte en mi vida, una parte que llevó varios años y que, ahora, me propongo dejar atrás.

Con este libro terminan los diez libros que he escrito hasta el momento y era por ello que me veía en la necesidad de verlo editado y, con ello, dar por concluido todo lo vivido hasta ahora.

Como nunca sabe nadie el tiempo que le queda (y dicen los médicos que con mis hábitos, a mí me queda menos), he preferido dejar esto terminado

Por supuesto, esto no es una despedida ni nada que se le parezca, pienso dar guerra algunos meses más, al menos hasta terminar la Sirena.

Por cierto, un relato de los aquí incluidos es el gérmán de esa novela.

Espero que os guste y, sin más, os dejo con los relatos.



# SOBRE HÉROES Y PUTAS

(Basado en una historia real)

Humo.

No tenía nombre.

Me encontraba espacioso y feliz, pantagruélico... Aquella tarde había un partido interesante, tenía dinero de sobra... Había quedado con un amigo para ver el encuentro. Estuvo bien. Ganó mi equipo, y encima jugaron decentemente.

Salimos del lugar, un bar pequeño, de tonalidades amarillas. Una barra, servían bocadillos rancios, el anís estaba amargo (suele pasar).

La chica se tumbó, serena, asqueada.

Mi “amigo” había quedado conmigo, cómo no, para proponerme un negocio, poco le importaba el fútbol. Se mostró amable, temeroso, educado, cínico, apaciguador, eunuco... Buenos amigos siempre (dejé de creer en la amistad hace ya mucho tiempo, como el viejo fumador).

No recuerdo cómo se llamaba, pero tenía el cabello teñido de pelirrojo, muy grasiento.

Salimos del lugar. El madrileño barrio de M., como siempre (para crear misterio, qué narices). Había otro encuentro tras el que pudimos ver (qué contento estaba). Jugaba el equipo local. Bien, como mi amigo no era mi

amigo y yo no tenía muchas ganas de nada, decidí practicar mi deporte favorito. Nadie, eso dicen, se ha hecho un esguince fumando. Fumé.

Las prostitutas nunca te besan, sin pasión. Quizá a algunos, yo les doy asco.

Como fumar no era suficiente, me embalé. Mi amigo hablaba y hablaba de sus temas, dinero dinero y más dinero. ¡Qué infeliz! Por lo menos, aquel día tenía de sobra. Unos ciento cincuenta euros, era un gran botín por una reparación sencilla.

El burdel, claro, sereno. Con Madame y todo, una vieja sin dientes. Si es que los ricos tenemos clase.

Primero empecé con el anís, en el bar de los bocadillos rancios. No probé bocado, no quiero pervertir mi hinchado estómago con semejantes exquisiteces. Dos o tres, nada raro, no quería escucharle, pero estaba contento.

Olía a orina y pubertad.

Luego, mientras mi querido condiscípulo me relataba sus planes de negocio que, por cierto, no me interesaban en absoluto... Decidí tomarme unos whiskies, que siempre anima. Le tocaba invitar a él (que no bebía). Así que, fiel a mi esmerada educación universitaria (La Sorbona, el Louvre... y muchas más) decidí aprovechar la situación para pedir un par de vasos de litro y medio de Whisky (esta vez sin la “e”, no habían consultado la R.A.E. del alcohólico,

pobrecitos). Un buen comienzo.

Las prostitutas entraban una tras otra. Una breve presentación. Dos besos. ¡Cuánto amor!

Entre pecho y espalda, los dos vasos de litro y medio. Huelga decir que comenzaba a encontrarme perfectamente, incluso había desaparecido el temblor en las manos. Decidí que era demasiado pronto para dar por cerrada la noche (apenas eran las once). Domingo, marzo, año uno.

Elegí, entre todas ellas, a la más delgada de todas.

Mi amigo dijo que no, que era domingo, que el lunes se trabaja. Dije: Un día es un día, por un día no pasa nada, quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija, no por mucho madrugar amanece más temprano... Que nada, que el tipo en cuestión se iba a casa. No importaba, tenía todo cuanto necesitaba.

Le dí los cien euros, los contó. Se desnudó.

Decidí, en mi arrebato alcohólico, caminar hasta un lugar muy agradable, con billar, camarero, estupefacientes... Mi propósito duró unos tres minutos. Tomé un taxi, blanco, como mi deseo. Le indiqué la dirección, no sin dificultad. Como visto como un marqués y tengo educación de señorito burgués, el taxista me preguntó si llevaba dinero. Le enseñé un billete de diez y conté un chiste obsceno para relajar el ambiente (incluso le guiñé el ojo sugerentemente).

Accedió (a llevarme, que todo hay que decirlo).

No me miró mientras me desnudaba.

Llegué al lugar. Cerrado. ¡Incluso era domingo! Normal, por otro lado, las gentes normales se levantan los lunes para quejarse y comentar los desvaríos arbitrales. Bien, el plan había fallado. Había llegado el momento de dejar de comportarse como un caballero, dejar atrás los fingimientos y pasar a la acción. Tomé dirección a un local con clase que conocía.

Me tumbé sobre ella, profuso.

Los burgueses de la zona (barrio bueno, en el centro de Madrid) se agolpaban y tomaban su último vodka para dormir bien. Una mujer, acompañada por su hijo adolescente, enseñaba las artes de la buena conducta: Me guiñó el ojo. Tomé un sorbo y deliberé. Era mejor que no, una mujer y su hijo adolescente era un plato demasiado suculento para un obeso ebrio. Ciento que el adolescente despertaba mi curiosidad, pero la mujer parecía un helado de ron con pasas, aunque es, también, cierto, que son las más apasionadas.

Ella no me miraba, distraída, serena, asqueada.

Decidí marcharme. El bar era vivaracho, inexplicable, sereno, disonante, como una sinfonía de Schönberg tocada al revés (que ni te enteras que está al revés si no te lo dicen). Salí de allí y me dije: ¿Por qué no? Tengo ciento

cincuenta euros en el bolsillo, nadie me espera en casa y tengo ganas de ser un buen ciudadano. Me planteo serios problemas empresariales: Si las prostitutas no tienen subsidio de desempleo y la tasa de desempleo ha bajado un diez por ciento en el último mes: ¿qué carajo hace un hombre necesitado con ciento cincuenta euros en el bolsillo? Está claro, recordar viejos tiempos.

El tiempo no pasó. Él estaba incómodo. Ella, inmóvil.

Hacía no demasiado, apenas veinte años, mi amigo de aquella noche y yo, eran otros tiempos (estaba aún más gordo, pero no tan borracho)... Habíamos acudido a un burdel cercano a la plaza de A. Las calles escondían promesas de pasión, como la primera cita, y encerraban decepciones y amarguras (cuando terminamos la primera cita y nos dicen: "Me lo he pasado muy bien, lástima que esté tan ocupada para volver a verte"). No recordaba el lugar exacto, así que tomé la mejor opción que se me ocurrió (muy inteligente no soy, y encima ebrio pierdo aún más facultades): Decidí llamar a todos los portales con una frase amable: ¿Son aquí las putas?

Mi dentadura postiza, con el esfuerzo, se deslizó, segura. Un diente cayó sobre su pelo, grasiendo.

Tras varias amables negativas, uno de los vecinos (ingenuo, inconsciente, algo anarquista) decidió abrir las puertas de la casa. Palaciega, desde luego. Fue la primera

vez que vomité aquella noche, una vez dentro del portal, por supuesto (como caballero de luenga armadura que soy). Llamé uno a uno a las puertas. Incluso una señora en bata y rulos (de esas irresistibles) me abrió la puerta. Enseñé unas monedas (incluso había una de cincuenta céntimos) pero ella se negó. Terminé por desistir (tras vomitar una segunda vez).

Cogí el diente y lo coloqué, de nuevo, entre los demás, ahora ya seguro.

Decidí pensar. Claro, dirán ustedes, señores lectores de mil y una aventuras literarias, que mi primera opción no fue la más adecuada. Tal vez sea así, pero cabía la posibilidad de encontrarme con una esbelta señora (o señor) de esmeradas proporciones y renacentista figura que, a cambio de mi compañía, me ofreciera una cama, comida, sexo y un trabajo estable. No sucedió así, bien, sigamos.

Ella me miraba, ahora sí, sabía que estaba enamorada.

Decidí, entonces y ya pleno de facultades mentales, preguntar en algún local cercano (bar) si existía un burdel por la zona. Mi primer objetivo: un local de ambiente musulmán cercano. Se me olvidaba: Estoy circuncidado. Apenas dolió (la circuncisión probablemente, pero no lo recuerdo).

El tiempo se (me) había terminado, ella me apartó,

segura.

En el segundo de los locales, tras ingerir dos whiskys más (reserva, seis meses, y porque nadie se atrevía a pedirlo), me dijeron la dirección y el número de un burdel cercano. Todo estaba resuelto.

Me despidió, mientras se limpiaba el sudor.

Regresé a casa en taxi. Mi madre me saludó, orgullosa, mientras saboreaba un café (rancio, si es que hay gente sin clase ninguna). Había sido una buena noche. Nuestro héroe (yo) estaba listo para nuevas aventuras.

## A G U A S

Se desperezó, cansino. Casi se podían escuchar las aguas fluir, como en un remanso.

La rana contemplaba la catedral.

Toledo, enladrillada, añeja, con sus calles escasas, ya sólo, así, invitaban al recogimiento. Fluía, en lo alto del río, la ciudad, antaño populosa, quizá hoy olvidada, rugía, febril de recuerdos. Fluía, el gran Tajo, se arremolinaba y, en sus meandros, contemplaba el antaño mar de trigo, hoy desesperado. Olía a ladrillo y se escuchaba el repiqueteo de las leyendas.

Contempló la figura, siempre le había parecido extraña. No era nadie, no era un santo. Su cara de sorpresa, su expresión de terror, siempre le había causado desasosiego. No, no era nadie, igual que él. Casi quería escapar, desde el lugar que se contemplaba todo el valle, verde, alrededor del río, verde, verde. No era nadie. De rodillas, la figura parecía querer alcanzar algo, que se escapaba, tenía el brazo izquierdo apoyado sobre el piso, mientras el derecho se extendía, inclinado, de rodillas, de rodillas..., como queriendo avisarle de algo. Entre todas las figuras de la catedral sólo esa le llamaba la atención, entre las estatuas de santos, entre las vírgenes y los mendicantes, de rodillas, parecía avisar, avisarles. No era nadie.

La encontró pensativa. No, no buscaba conocimientos, como Fausto, caballero español. Pedro la miró, cabizbajo, sabía lo que quería: una gran joya en la catedral. No, ella no le quería, ¿qué podría hacer? Sí, tal vez así... Era ridículo, como él mismo. Ella, María Antúnez, miraba cada día la joya. Lo sabía, le observaba sin mirar, segura de crear su efecto. La quería, la deseaba. Ya se podían escuchar las aguas fluir, en remanso, plácidas.

Casi estaba abandonada. Como hiciera él, él mismo, imagen espectral de hace quinientos años, la contempló, sin ser vista. Estaba allí, el rubí que antaño codició María Antúnez. Lo quería, lo quería. Bastaba un gesto tierno, lo sabía, no podría resistirse. No esperaría a que ella se lo pidiera. Sería su regalo, el presente de un enamorado pobre, de un galán verdadero. La Virgen del Sagrario contemplaba el gran rubí, que yacía bajo su regazo, quizá falso. No se acercaría para contemplarlo. Sin remilgos, la Virgen ofrecía su tesoro, sobre la mano derecha. No podría resistirse.

Miraba la figura, una vez más, postrada, silenciosa. Gritaba.

Desde lo alto, la ciudad le contempla, altiva, histórica. Alfonso elevó la mirada. La catedral estaba llena de turistas que, sin ambages, hablaban en voz alta, sin historias, sin mil leyendas sepultadas bajo las aguas, bajo el tiempo, bajo su figura. Había llegado a Toledo hacía dos días, en una

especie de visita familiar. Hacía tiempo que su familia había muerto, al menos para él. Anclados en la desesperanza, en la tradición, incapaces de escapar de la vieja ciudad que, un día, le vio nacer. Entre paredes cortantes, curvas, recuerdo cerrado en su leyenda, sobre la que se escuchaba, certero, el silencio del río fluir.

Era de noche, podía recordar la historia, una vieja tradición familiar, la leyenda local. Tomó la calle principal de la gran catedral y respiró, profundo, suave. No quería mirar, mientras los santos le contemplaban. No era religioso, no era secular, sólo estaba enamorado, ni siquiera él mismo quería reconocerlo. Se engañaba, ¿qué importaba? ¿podría una triste joya lograr su amor? No, pero no podría hacer otra cosa, como el escorpión que muerde a la rana. Triste rana.

Las sombras, bien lo sabía, se aproximaban. No había rejas, en la tenue catedral abierta, desierta, como siempre ha estado, yerta. Sintió un escalofrío. Quizá si cerraba los ojos podría olvidar los fantasmas, salir huyendo, entregar la joya a su amada, pérflida María Antúnez. Se acercó, pidiendo perdón. La tomó, casi con pavor, ojos cerrados. ¿Podría emprender el camino de regreso? No, no debía abrirllos. Como en la leyenda griega, que se mira en el espejo, mil gorgonas esperan su fracaso. El rubí se escapaba entre sus dedos, perplejo. Podía imaginar la

expresión de la estatua de la Virgen. Sintió frío, el estrépito que se aproxima. No era más que una débil rana, otra vez la leyenda se hizo eco de su alma. Las aguas fluían..., quebradas, cantaban.

Los espectros se acercaron, pecaminosos. No, Pedro no podría abrir los ojos, bien conocía las historias que se contaban. Corrió, corrió, con el rubí entre las manos, cerradas, sudorosas, corrió y pensó en su amada. Ya a punto de alcanzar el exterior, tropezó Pedro. Cayó. El rubí se precipitó, yendo a caer al exterior de la catedral. Pedro sólo abrió los ojos un momento, casi una eternidad. Oscuridad, sólo eso.

María, Antúnez, su amada, esperaba. Tomó el rubí y corrió, olvidando a Pedro, feliz. Corrió, corrió, corrió... Llegó al río, al gran tajo, al paciente Tajo, milenario. Bajo la luna bella, bajo el reflejo de la ciudad de barro, cielo de trigo, en la noche clara de luna nueva, enterró el rubí cercano al río. Nadie salvo ella pudo jamás volver a encontrarlo.

Quiso así la suerte que nuestra María Antúnez, mujer plebeya..., cuando regresaba, unos asaltantes, de los que tantos había, tomaronla y, quitándole bolsa y alma, arrojaron su cadáver al río, cerca del lugar en el que yace el rubí, jamás encontrado. El cuerpo de María Antúnez descendió las aguas y se precipitó entre las curvas. Sonreía,

porque nunca nadie hallaría su rubí, su gran tesoro.

Pedro Alfonso de Orellana, tras reponerse, corrió en busca de su bella amada. Llegó a tiempo de ver descender el cuerpo, a través del gran río. Miró a la bella Antúnez, miró su dulces formas, miro su alma, miró su rostro muerto. Cayó Pedro, calló Alfonso, mientras contemplaba la estatua, de rodillas, como un día estaba Pedro Alfonso, ante el gran Tajo. Dicen que miró las aguas, dicen que había una rana, que fijamente le miraba. Así, de rodillas, contempló las aguas, que caían leves. Al fondo, sobre las aguas, cercano, un reflejo, su propio reflejo, su propia alma. No se puede robar a un fantasma.

El alma, aún viva, siempre muerta, de Pedro Alfonso de Orellana, permanece hoy en la catedral, convertido en piedra. Abrió los ojos, vio su reflejo, bajo las aguas.

# CLARO DE LUNA

## I

Theresa, el nombre resonaba como tres notas, un arpegio: Theresa, interpretada sin pedal. Primer movimiento.

Veintiséis de junio.

Contaba cincuenta y dos, años dicen. Pintor, escultor, escritor, razonador y filósofo, hijo de un tiempo pasado entre arquitecturas y formas, entre libros ya olvidados, entre recuerdos de un pasado, herencia medieval y tendencias escolásticas, pseudo-platónicas y neo-aristotélicas. El tomismo no le había influido, pero sí los gnósticos. No gustaba de la vigente escuela tan funcional (en arquitectura) ni leía los nuevos libros realistas ("neorealismo", sin aplicación en su sentido histórico). Se hablaba en términos de post-modernidad o estructuralismo (a veces dialéctico, para otros "deconstructivistas", de la escuela "lacaniana").

En su torre de marfil, Rodia von Aschenbach buscaba la fortuna en los astros y la modernidad perdida. Tomó un vaso de vino, blanco, lo mezcló con dos cucharadas de absenta, medio huevo (sólo la yema) y dos ápices de amor (que nunca falte). Removió la débil mezcla y tomó dos

sorbos, mezcla de un Stevenson epistolar y un Mann aún más aburrido. Era como tomar anfetamina y calmante, juntos, por fin, por vez primera. Mezcla de somnolencia y actividad, vida al fin.

Tomó el libro de oro, número dicen unos. Comenzó con el capítulo dedicado a los pitagóricos, siguió con los platónicos y terminó con La Humanidad (L.v. B.). Tanta mezcla no tenía demasiado sentido, pero era agradable a la vista. No fumaba, así que tomó un Montecristo (del número uno, así se sentía "como Dios"). Quitó, sutilmente, la vitola y vertió el tabaco sobre un papel (memorias inacabadas). Tomó unas briznas ("flakes", tiras) de Latakia, una pizca de picadura virginiana y también derramó sobre la mezcla. El gusto estaba, precisamente, en encontrar el punto justo, equilibrio. Lo dejó todo el un papel de periódico y derramó el contenido sobrante de su "bebida energética sobre él". Apenas le quedaba una mínima parte del preparado, pero era suficiente. Lo mediría con extremo cuidado: Un poco o mucho, depende del ánimo.

Se levantó, von Aschenbach (como gustaba ser llamado "cariñosamente"), tomó la mezcla y la dejó sobre la mesilla, en su humificador. Tomó una mezcla preparada previamente, ya dispuesta para su correcta fumada. Era hora de dar un paseo por el jardín de su palacio (¿renacentista?). No gustaba de ser escoltado hasta los

jardines, no era un inútil. Sin embargo, la bella Ariadna se obstinaba (amablemente) en hacerlo.

Sonaba en el ambiente una repugnante melodía de un repugnante vienes.

## II

Rodia (von Aschenbach) no tenía vicios, como Rodia no tenía virtudes, mediocridad y sinsentido: Rodia. Baldío, pasaba sus tardes sentado en un banco, en un parque cercano, dando de comer a las palomas, treinta años ya sobre aquel viejo banco. A veces, miraba a las parejas y su sin-sentido, mis condolencias. Miraba también (porque a Rodia le gustaba mirar) y observaba los mirlos, cuán estúpidos, sinsentido. También miraba las aves viejas, con o sin plumas, y se compadecía de lo triste de su existencia, cuán baldíos, cuán lejanos, ¡cuán pedante!

Rodia miró de nuevo, porque le gustaba mirar. Vio a un hombre atareado que, con traje y maletín a la moda de Oxford lucía seguro el cansancio del día, orgulloso. Le observaba, porque asimismo Rodia era también contemplado. El hombre torció el gesto, no sin esa sutil admiración de aquel que producía a aquellos con los que entraba en contacto. Sí, tan sólo dos gotas. Por algo era duque.

Rodia portaba en el bolsillo (izquierdo, porque en el

derecho llevaba una pluma de ganso que le traía suerte, en honor al espíritu ilustrado, nada supersticioso, desde luego) la mezcla recién hecha, con una pizca de Virginia y mucha Latakia (una lástima que sola no tuviese el mismo sabor). Observaba al hombre (de Oxford, sin duda, pese a encontrarse en un barrio entre Budapest y Bangkok, cruzando el charco).

Rodia, así, era un tipo ordenado, y cada cosa debería estar en su justo lugar (o más o menos, casi tal cual... Como una sinfonía en la que el "primer bongo" careciese de partitura). ¿Dónde habría ido el tipo de Oxford? Sí, a Oxford quizá. ¿Y la enfermera..: doncella, meretriz, señorita de compañía...? Se habrá largado, la muy... Nunca le daba de comer, a pesar de que se portaba perfectamente (ya apenas se atrevía a mirar debajo de la falda, como buen anglicano, pensaba él que le gustaba, de ahí sus pequeños "deslices").

Sí, Rodia von Aschenbach estaba "trastornado", o eso decían los médicos. Sin embargo, sólo lo había fingido. No, su plan era aún más terrible, propio de un Maquiavello papable (y palpable, como el bello muslo de la enfermera): Se haría pasar por loco para, así, lograr su objetivo. Sí, su gran objetivo.

El hilo musical continuaba con la eterna melodía. En esta ocasión, un cuarteto para cuerdas, de aquel repugnante vienes..., ¡cómo odiaba a los austriacos!.

Cada noche leía sus libros, sí, siempre cada noche, mientras las mezclas de tabaco se maceraban. Era necesario someterlo a una ligera humedad (decían que con un ladrillo, pero los médicos no le dejaban desde que su compañero de celda se golpeó fortuitamente con uno ) para que la mezcla tomase forma. Era todo cuestión de equilibrio, como en una sinfonía de espejos (también se los habían prohibido, desde que su compañero de celda se tropezó y se clavó una pequeña astilla, ¿qué culpa podría haber tenido él?).

Rodia von Aschenbach había tomado su nombre de su ídolo, el viejo Aschenbach de "La muerte en Venecia". Un buen hombre, con unas ideas nietzschanas poco adecuadas, sí, pero un hombre que, finalmente, comprendió su idea de equilibrio. Ya no iba al cine, ¿para qué? No, no era digno de un gran lector como él. En cierta ocasión, había intentado aprender griego clásico, una verdadera lástima no conseguir concentrarse y no conocer el alfabeto cirílico. No, enfermera, no... ¡Rodia no está loco!, habla en tercera persona como Napoleón, que el pobre era ya un inútil en el colegio, ¿cómo no iba a perder por culpa de una zanja en el terreno? No, señorita, Napoleón perdió porque había llegado su hora. ¡Eso que llaman destino..! ¿me permite usted que la tuteé? Sería para

mi un gran honor que me acompañase a dar un paseo. Me temo que las drogas me empiezan a hacer efecto (¿o estaba hablando en tercera persona?).

### III

El plan era sencillo, hacerse pasar por loco y estudiarlos en estado puro... Comprender sus mentes y sus motivaciones, así como su pasado más trágico. Decían los médicos (que siempre trataban de engañarle) que llevaba ya allí tres años. Otra mentira más, cuando sólo había sido un día. Recordaba perfectamente el día de ayer, en el que había tomado la resolución de tomar el papel que, por suerte y condición, no le correspondía. Sólo se lo había dicho a una enfermera. Sin embargo, no se fiaba de ella, ya que cambiaba de rostro constantemente (así como mutaba, como dijo Ovidio, en formas a cada cual más demoníacas).

Debería actuar con premura, sin más dilación, sin que las palabras que ahora escribía, escribo (¿quién me ha robado la pluma?) le sostuvieran como un acróbata su barra de medir. ¡No, no habrá más adjetivos superfluos (bueno, sólo uno)! Dejaría que las palabras, así, tomaran forma y formas en su cerebro, sólo palabras, porque la filosofía es la más suprema de las artes porque carece de adjetivos (si le quitamos los verbos estaríamos ante la divinidad encarnada). No, no, no (y otro no, de regalo, para ganar

tiempo, claro está)... No podía perder más el tiempo. Después de comer (y echarse una siesta, claro está, ¿se repite?) se pondría manos a la obra... Pero, ¿por qué comer cuando se tenía entre las manos una tarea que, poco menos (poco más, claro está), podría calificarse de “mesiánica” ? Sí, debería ponerse manos a la obra y tomar cartas en el asunto... Coger al toro por los cuernos... Y olvidarse del bueno de Sancho Panza (dicen que Barataria se encuentra torciendo la segunda bocacalle a la derecha). ¡Sin más dilación, sin refranes ni frases hechas! Tomaría la medicación y se pondría a ello. Lástima que le diera sueño.

Abrián la celda a las siete, y le dejarían dar un paseo. Sería el momento adecuado. Quizá hablaría con el doctor y le contaría su historia, que, claro está y siendo hombre de ciencia, comprendería (tal vez necesitaría un par de explicaciones adicionales sobre metafísica kantiana para quedar convencido, pero lo lograría finalmente). No, Rodia Aschenbach no podía permitir que las miradas inquietas de los residentes interfirieran en su labor. Debería actuar, y rápido, tomar el toro por los cuernos... Bla, bla, bla..., no había hecho más que hablar durante toda su vida, ¿cómo cambiar ahora toda aquella dinámica? Se levantaría de la siesta y se pondría a ello. Sobre las siete, sí... O tal vez las siete y media (no le gustaba despertarse y ponerse a trabajar inmediatamente, era una cuestión de equilibrar vigilia y

sueño ya que, de lo contrario, tendría que deliberar toda la tarde sobre cuestiones cartesianas).

## IV

Lo peor de todo era el cambio. Sabía perfectamente, ya que sus sentidos no le engañaban (comenzó por dar crédito a la perspectiva racionalista) que había un plan trazado para hacerle perder los nervios. Desde luego, era cuestión de lógica, aplicando el principio de Guillermo de Ockham (su navaja) se llegaba a la conclusión que la única opción era que el lugar trazase un plan para hacerle perder la cordura.

Las enfermeras mutaban sus formas cada cierto tiempo, a veces incluso creaban un tiempo paralelo (seguía, asimismo, las teorías físicas de Einstein). Habían logrado crear una serie de universos paralelos que, sin llegar a coexionar, lograban mantener la coherencia uno para con el otro. No sabía qué método empleaban, pero las enfermeras, aún tratándose de la misma persona, cambiaba de tono de voz, incluso de cara a veces. No, no podía dejarse engañar. Sabía que todas eran ella, su Ariadna. Él mismo tuvo que bautizarla, ya que cada día le daban un nombre diferente. Le gustaba el nombre por su claro ascendente griego (ciertamente, no merecido por ella, pero no importaba).

Los médicos también estaban compinchados con las

enfermeras. Ya lo dijo aquél, y es que en un “centro de salud” (como ellos lo llamaban eufemísticamente) las enfermeras son los jueces, mientras que los doctores son los senadores que, sin comprender a los enfermos, dictaban las leyes.

-¿Está listo, Daniel?

-No me llamo Daniel, lo sabe bien -contestó Rodia, seguro.

-¿Cómo se llama entonces? En fin, da igual, ¿está usted listo? ¿Sabe que tendrá que firmar una orden de renuncia a... digamos... ciertas circunstancias legales, cierto?

-Lo sé, doctor -mintió, no tenía ni idea.- Pero también sé que, en caso de negligencia el hospital se haría responsable de todo, y se les caería el pelo.

-En ese caso, no tengo por qué preocuparme -dijo el doctor, mientras se peinaba los dos pelos que sobresalían voluptuosos de su prominente calva.- Si es usted tan amable, ¿podría firmar los papeles ahora mismo?

-¡Cómo no, doctor, será un gusto! Entre personas educadas siempre nos entenderemos, ¿cierto? Lo malo ha sido, como en el caso de mis dos compañeros anteriores de celda... que se trataba de personas con muy diferente educación... Y... claro está... Dos personas de tan diferente cuna no pueden llegar a un entendimiento cordial como es nuestro caso...

-Bien, ¿es consciente del riesgo de la operación, Daniel?

-¡Claro que sí! -(mintió, de nuevo, ni la más mínima idea)-

. Durante mis dos primeros años de universidad estudié a conciencia las sinapsis y las formas craneales, y obtuve mi licenciatura en “Frenología y Ciencias del Comportamiento”, obteniendo el número dos de mi promoción.

-¿Y quién fue el primero? Si me permite preguntar.

-Un individuo bastante raro... Ya sabe, doctor, que algunos cursan este tipo de estudios para tratar de comprender su propia psique maltrecha. Son capaces de, debido a esta tara en concreto, lograr comprender con mayor amplitud los delirios de otras personas que, huelga decirlo, tienen la misma malsana condición.

-Deberá bañarse con esto -depositó entonces una esponja y un gel-. El gel, como bien sabrá alguien de su inestimable categoría y buen juicio, es para desinfectar y purificar el espíritu, amén de los malos espíritus y formas demoníacas del conocimiento.

-Le rogaría, buen doctor, que no se burlara usted de mí. Sé que mi situación puede ser equívoca. Sin embargo, y pese a su inestimable opinión de médico, he de hacer constar que no estoy loco, porque loco es aquel que pierde el contacto con el mundo exterior, y no es este mi caso. Yo estoy aquí, y puedo verme, como puedo reconocer que está

usted ahí. Puedo reconocer, asimismo, que no estoy soñando ni tengo ningún tipo de alucinaciones. Puede usted, también o asimismo, hablar de “conciencia trastornada”. Tampoco es el caso. Conozco la verdad sobre las drogas que me están administrando y mi... ¿cómo describirlo sin herir mi propia sensibilidad? Sí, conducta lasciva y provocadora, con arrebatos violentos ocasionales. He aquí la razón que me ha llevado a no tener compañero y ser recluido en numerosas ocasiones en el “sector B”. Como ve, no soy un enfermo cualquiera, sino un hombre que, como usted, lucha por sobrevivir en un mundo que no comprende del todo, pero... seamos sinceros..., ¿quién lo comprende realmente?

-Bien, vendré a verle antes de la operación.

-Estaré listo, buen doctor. Pierda cuidado y confíe en mi buen juicio. Por cierto, ¿podría hablar con el encargado para que quiten a ese repugnante vienes del hilo musical?

El buen doctor se marchó. Un buen tipo, lástima: habría que asesinarlo.

## V

La cena no llegó. Rodia von Aschenbach supuso que se debía a que no podía ser operado después de comer. Era una buena medida, así los doctores no tendrían tentaciones gastronómicas durante el trascurso de la intervención. Era

mejor así, tendría la mente despejada y el flequillo domesticado, como ya hiciera desde que apenas era un infante.

Como ya le sucediera a otros grandes hombres, tenía una extraña sensación de deja vu. Con atípica claridad comprendía la caverna platónica y la voluntad de Schopenhauer, las dudas cartesianas y las inmanencias kantianas. Sí, ya había estado así, preparando su cuerpo para la operación. Desde luego, no podría llevar a cabo su cometido con el estómago vacío. Por otro lado... ¿qué habría que temer? Era un buen médico, uno de los mejores de toda la ciudad (de saber en qué ciudad se encontraba). Sí, debería comportarse bien para no hacer enfadar al buen doctor. Tomaría un baño reconstituyente para, posteriormente, untarse de aquel dichoso gel. Dispuso las prendas para el secado. Habían dejado encima de la mesa un pijama de esos para después de las operaciones (se abren con mayor facilidad, había supuesto), ¿sería necesario vestirse de manera tan ridícula? No, claro que no. Probablemente, la enfermera había confundido su ficha con la de algún “enfermo común” y había dispuesto las prendas sin consultar la ficha cercana a la cama. ¡Cómo se reirían juntos cuando la pobre enfermera, avergonzada, se diese cuenta de su imperdonable error!

-No, Ariadna, no te preocupes, soy consciente de las

presiones a las que te enfrentas cada día en tu duro trabajo. No, no llores, ha sido un error simplemente. ¡Incluso yo mismo podría haberlo cometido! ¿Acaso crees que las personas de mi clase no cometemos errores! Sí, Ariadna también los cometemos.

Sí, la pobre se echaría a llorar en sus hombros y, con el gesto compungido por el dolor, le rogaría que saliese ilesa de la operación... No podría vivir sin su presencia... Que ella lo sabía todo, que la habían obligado a cambiar de rostros constantemente... No importaba, nada de lo que había hecho hasta el momento tendría importancia ante la confesión sincera de la mujer. Rodia la perdonaría, sí y, con gesto bienhechor le daría su beneplácito. ¡Qué buena mujer, sí, la pobre Ariadna!

Ahora era relajante, una sinfonía, tan amable como estúpida, otra vez el vienes. Terminaría por sacarle de quicio.

Ahora quedaba el pequeño tema del gel. Estaba algo nervioso. Sí, claro... ¡Ahora lo comprendía! No, el doctor no le había tomado el pelo... Con aquel comentario del gel quería decirle justo lo contrario, que no se lo echase, que comprendía su problema. ¡Qué hombre más inteligente! ¡Dios mío! Rodia, por un momento, se había sentido burlado por el buen doctor cuando, lejos de pretender menospreciar su inteligencia, la había alabado con un

retruécano, que sólo un espíritu afín sería capaz de comprender. Se sentía superlativamente avergonzado, pero, a la vez, comprendido por aquel que, sin saberlo había sido su amigo todo este tiempo. Estaba feliz, porque ahora tenía un aliado dentro del centro, ya nunca serían las cosas como antes. El médico en cuestión había llegado aquella misma mañana, pero parecía conocer su caso perfectamente, así como su anterior nombre. No, era su secreto. A nadie se lo había dicho... ¡Claro! Tenía también una explicación para eso. La ficha tenía una antigua dirección y, antes de entrar a trabajar al centro, el buen doctor había investigado su pasado para cerciorarse de que era el paciente al cual había estado buscando. Rodia se sentía cada vez más ridículo. ¡Y pensar que lo había condenado! Ahora podía comprender lo que los grandes hombres sentían al ver a sus inferiores, siempre dispuestos a ayudarles... Era una clara tensión entre las fuerzas positivas y negativas. Rodia tenía gran parte de fuerza, pero sólo con sus aliados (el doctor sería el primero de ellos) podría hacer frente a la conjura por hacerse con su alma.

Rodia sonrió. Faltaba poco.

## VI

Los números acudieron a su mente como por arte de magia. En realidad, se trataba de un único número, infinito,

la gran divina proporción, la sección aurea. El ser humano tendía a la perfección, estaba claro. Decían los presocráticos que era esto por la consecuente imitación natural, y que, siendo la naturaleza perfecta (la llamaban Logos, como en el caso de Heráclito) el hombre tendía a imitarla y, por tanto, a la perfección.

¡Tonterías! Rodia von Aschenbach estaba a punto de ser operado de una dolencia imaginada. ¿Acaso, en un atracón de drogas, había dicho algo incoherente? Estaba claro que sí, todo el razonamiento estaba claro. No podían operarle sin haberle descubierto nada, y no le habían realizado exámenes últimamente, por lo que lo más probable es que, en su delirio, pronunciase algún tipo de diatriba contra su estado de salud y, creyéndole un hombre culto y versado en los entresijos de la medicina, los médicos no sintiesen la necesidad de comprobar su estado con exámenes más minuciosos.

¿Estaba perdido? No, desde luego que no, pero había perdido una gran oportunidad de explicarle al médico el delicado estado de su misión. Ahora se habría ido, y las era poco probable que las enfermeras le ayudasen. No podía ponerse en contacto con él... ¿Qué haría ahora? Tenía que decírselo al médico, y la única salida posible era comunicarse, de algún modo, con él... ¿De qué le operarían? Sería, sin duda, algo sin importancia... Sería

apenas una anestesia local y todo terminaría en menos de una hora. Pero, ¿y si no fuese así? ¿Y si las enfermeras, hijas de la envidia, hubiesen cambiado su historial para confundir a los médicos? No, no podía permitirlo.

Pero, por encima de todo aquello, la peor angustia era la ser operado con el estómago vacío. No, eso tampoco debían permitirlo las autoridades. ¿Quién había oído hablar de un rey que muriese sin haber, al menos, degustado una ovípara cena? No, no merecía la pena ponerse tan dramático, se trataría de una intervención sin demasiada importancia. Ahora podía recordar aquellos retazos, mientras sonaba una sonata para piano de Beethoven, el divino "big van". Sí, escuchar algo suyo solazaría su espíritu y le devolvería la calma. A veces, incluso, sonaba en el hilo musical algo suyo... Ésas eran las menos de las veces. No convenía exaltar el espíritu del enfermo con aquella gran música, no... Los encargados preferían algo suave y amable, como un vergonzoso vienes precoz (nada de D G) o algo renacentista (Monteverdi o similar). Rodia no se extrañaba que los enfermos pasaran tantas horas durmiendo.

Pero no, él no podía permitirse un instante más en su vida de relajamiento. Debía ponerse manos a la obra de una vez. Para eso estaba ahí. Sentía ahora que su vida no había tenido otro sentido más que llegar a este momento grandioso: Sí, soportaría el calvario y todo así se haría más

llevadero... Por fin sería un héroe. Como el mismo Jesús soportó estoicamente el castigo en la cruz, así soportaría Rodia von Aschenbach la operación. Había dormido demasiado, y eso le hacía sentirse inquieto, la misma sensación que tras haber tomado dos cafeteras... Lo que daría Rodia por un café en aquel mismo instante.

Los recuerdos se agolpaban, como imágenes en un antiguo fonógrafo.

La enfermera entró.

-¿Está listo, Rodia?

Rodia se incorporó, era la hora.

-No se levante, nosotros le llevaremos -dijo finalmente la enfermera, mientras esgrimía una maquiavélica sonrisa.

## VII

Los médicos sonríen, mientras los demás enfermos, por lo bajo, te miran, pensando que ellos mismos pueden ser los siguientes. Es una sensación extraña, mientras los focos deslumbran y tratas de abrir los ojos, por si acaso es la última vez.

Rodia miraba a ambos lados. Un par de celadores llevaban la camilla. ¿Cuándo se había vestido con aquel pijama ridículo, de un verde ofensivo? No, tendría que quejarse ante el buen doctor, no podían tratarle como a un

enfermo más. ¿Acaso era el único que sabía que no estaba enfermo como los otros? Bueno, tal vez un poco sí, pero poco (muy muy poco).

Entraron en el ascensor. Las operaciones se hacían en el piso de arriba, en los quirófanos. Poco sabía Rodia de las intervenciones, por no decir nada. Siempre le había causado estupor cualquier contacto con la sangre, y es que hay cosas que permanecen mejor tapadas. Los celadores bromeaban entre ellos, ¿a cuántas personas habrían visto entrar sanas y perecer al poco, en el mismo quirófano o en la sala continua? Por un momento, por vez primera, sintió miedo.

Por fin habían llegado. Un hombre con bata azulada le sonrió.

-Bienvenido, Rodia. Sabíamos de usted hace mucho tiempo, y ya iba siendo hora de arreglar ese pequeño problema, ¿cierto?

El medicucho en cuestión había perdido el norte, como todos en la institución. Se quiera o no, el ambiente de enfermedad acaba dañando hasta a la persona más cuerda. El mismo Rodia, aquella mañana, mientras reflexionaba sobre el imperativo categórico, llegó a dudar de su propia cordura (bien es cierto que como parte de la duda metódica cartesiana).

-No se preocupe, no le dolerá. Le pondré una pequeña

inyección para empezar. No se asuste, sólo es para relajar los músculos, no se dormirá aún. ¿Le han dicho en qué consiste la operación, Rodia?

-No, el buen médico me conoce personalmente y no creo engañarme al afirmar que nos profesamos admiración mutua.

-No es de extrañar, el doctor fue uno de los más eminentes cirujanos de su facultad, hasta que aquellos dos niños murieron.

¡Estos médicos, siempre con aquel extraño humor!

-Pero no se preocupe, el doctor hace años que no prueba una gota de alcohol y ha abandonado totalmente el uso de fármacos durante las horas de trabajo.

El hombre rió.

-¿No se habrá asustado, verdad? Bien sabe que bromeo. El doctor lleva muchos años con nosotros y nunca ha tenido ningún percance serio. De todas maneras, debería desconfiar más de los anestesistas, como yo, que de los médicos... Los anestesistas podemos dejarles tontos, o locos incluso, mientras que los médicos sólo pueden matarle. Pero no se preocupe, ... ¿ve acaso en mí algo que temer?

-Para nada, parece usted un hombre enteramente cabal y digno de elogio.

-No tanto, no tanto, Rodia, sepa que... alguna vez... me

he pasado un poco en la anestesia, sobre todo con algunos hombres corpulentos... Ya se sabe, a nadie nos gusta reconocer nuestro peso y... claro está, se miente en los exámenes, por lo que se erra en la cantidad de anestesia requerida. Pero, usted no miente, claro está. Mírese, un hombre sano y enteramente capaz de discernir entre la realidad y lo que no lo es... ¿por qué mentir?

La charla comenzaba a resultar insulsa. Rodia quería despertar de una vez...

-¡Vaya, vaya! -dijo el anestesista-. Veo que es algo serio, perdóneme. Espero de todo corazón que salga de ésta. Desconocía el alcance de la operación, le ruego me perdone. Puede entrar.

Rodia, una vez más, sintió el estómago vacío.

En el quirófano aguardaban siete personas, ataviadas con batas azuladas. Comenzaba a sentir sus músculos abotargados, pero estaba seguro. Los integrantes del equipo reían, distraídos.

Duró apenas un segundo, mientras vio venir hacia sí una mascarilla.

-Pronto no sentirá nada y se despertará curado -dijo, finalmente, el buen anestesista.

Apenas duró unos segundos. Sonrió.

Sobre la camilla, escuchó al fin las cinco notas de fondo, como un "leit-motif", una cadencia, repetitiva, serena.

## VIII

Duró apenas unos segundos. La luna reflejaba su rostro.

La siguió durante media hora.

Era una de esas chicas rubias, paradigma, segura. Había estado trabajando hasta las ocho, como cada día. A veces, la veía junto a sus amigas, igual de estúpidas que ella, tal vez incluso un poco más, incluso al lado de algún jovenzuelo con el rostro cubierto de acné, mientras intentaban besarla. Nunca trataría de impedirlo, no podía mirar, gritar, delatarse.

Nunca había hablado con ella. Sin embargo, sentía que algo, en el aire, les unía, al otro lado de la acera, su alma gemela, siempre.

El recorrido, el mismo: Tomaba el autobús de las ocho y cuarto, nunca se retrasaba. Se bajaba dos paradas antes de llegar a su domicilio. El trayecto duraba media hora. Él la seguía, silencioso, en su automóvil, un Cadillac de segunda mano. En el trayecto, leía alguna revista. No salía de su cuarto, la luz permanecía encendida hasta las once de la noche. Como un reloj, se acostaba, puntual. Él esperaba

agazapado tras un árbol.

Aguardaba, como cada día, en la acera de enfrente. Era jueves, por lo que no habría retrasos. Ella salió. Ocho y cinco, todo según los planes.

Theresa, paciente, el autobús estaba al llegar. Aquel hombre seguía allí. Siempre solo. Nadie le prestaría atención. Lo había visto varias veces, apostado frente al árbol. En cierta manera, le gustaba.

Ocho y catorce. Llega el autobús. Línea cuatro. El conductor saluda. Han cambiado. No duran mucho, debido al sueldo mísero y los horarios rígidos. Un saludo, entra. Se sienta, como cada día, al fondo del vehículo. Hoy no hay revista, nada de lo que preocuparse por ahora.

Había planeado hablarla aquella misma noche. Ella tenía derecho a saber, y él no podía soportar más aquella espera, que un día le descubriese y le tomase por loco, ya le había visto. No, esa misma noche debía suceder, sin tregua. Hablaría con ella cuando regresase, entre que deja el autobús y llega a su casa.

Theresa tenía dos hermanos. Philip y Jocelyn. Los Pipe. Hacía tiempo que su padre no estaba. Nunca estuvo.

Era una bonita noche, resplandeciente. La miró mientras

subió al autobús. Su coche estaba allí, escondido tras la bocacalle. Abrió la puerta, gastada. Lo tomó. Tenía que llevarlo a arreglar, el motor estaba comenzando a fallar. Tal vez si tuviese un trabajo mejor. No, ahora no. Debía concentrarse: Theresa.

Theresa continuaba, distraída. Observaba los recovecos y pasajes que conformaban su viaje, serena, como la noche. Parecía, extraño, que no hubiese sonido. Una noche calmada, la luna reflejaba su rostro.

Aquella noche regresaba Philip. Era un buen chico, aunque el tiempo les había distanciado. Le hubiese gustado que no fuera tan orgulloso, que todo hubiese sido como antes. Pero nada salió como debía. Philip abandonó el hogar, y ella y su madre se quedaron a cargo de todo, al frente de un hogar con un padre ausente.

Poco a poco había logrado acostumbrarse a llevar el coche a la suficiente distancia para no levantar sospechas. Aquella línea apenas hacía paradas, la conocía bien. Cuarenta años, cabello castaño, tez curtida, no solía reír desde hacía tiempo.

Era una buena chica Theresa, había logrado acostumbrarse a admirarla así, a lo lejos, mientras miraba aquella luna clara, en la noche del veintiséis de junio de

Si al menos hubiese podido tener una vida como las otras chicas... Tal vez todo hubiese sido diferente. No podía dejar de sentir rencor hacia su padre. Al principio, mil y una excusas para justificar su ausencia... Más tarde supo la verdad: Su padre se había ido para no volver. Nadie supo nunca la razón. Paradero desconocido. No importaba ya, quería a su madre, a su hermana, incluso al ausente Philip, al que echaba de menos.

Desde el exterior, el hombre miraba. Martha, su madre, miraba el reloj. Solía leer algún libro mientras, hoy no. Distraída, miraba hacia el exterior, más de una vez creyó que Martha notaba su presencia. No era así, estaba seguro de ello. La conocía bien.

Philip aún no había regresado. Todo marchaba según lo previsto. ¿Qué podría decirle? Poco, sin duda. ¿Le tomaría por un mirón? Claro que sí, es lo que era. ¿La verdad? La verdad nunca había beneficiado a nadie, y tampoco sucedería así con Theresa, aquella chica que soñaba, en secreto, con poder huir de todo aquello, era imposible.

Las notas, repetitivas, sonaban, elevándose, cadenciosas.

Las colillas se apelotonaban sobre el piso, mientras esperaba, siempre esperaba. Había adelantado a la línea cuatro del autobús hacia unos diez kilómetros, aún faltaban cinco minutos para que Theresa llegara. Era sin duda el día, hoy las mentiras se acabarían, y los falsos coqueteos, y aquella vida que ella llevaba sin quererlo. Había imaginado el discurso una y mil veces, y una y mil veces sabía que fracasaría. Las frases que, tantas y tantas veces había borrado, repetitivo hasta la saciedad, se habían tornado huecas por su estilo desmesurado. No, debía hablar con el corazón, hacerla comprender y que hacerla escapar de todo aquello. No sería fácil, tal vez sucediese de manera mágica, ambos se mirarían y ella comprendería, sin mediar palabra, no..., su vida no había sido una de aquellas novelas románticas que leía Martha antes de dormir, esperando en vano que regresara su marido. Ahora, al fin, había regresado.

Theresa, de nuevo, distraída. Apenas veinte años y nada había visto. Sola, en aquel pueblo que destrozaba su alma. Hacía tiempo había tenido sueños de acudir a la universidad. Nunca le habían atraído demasiado los estudios, pero sí aquel mundo que, sin duda, la esperaba. Ahora era ya demasiado tarde. Poca cosa, un marido sin

futuro, y eso en el mejor de los casos. ¿Cómo podría dejar sola a su madre? No, claro que no podía, ni siquiera podía hacerse la cena. La veía cada noche, melancólica, esperando que aquel animal regresase.

El autobús llegó. Como cada día, se despidió con un gesto rápido del conductor. No recordaba nada más de aquello que había sucedido, en aquella noche del veintiséis de junio de 1949.

## IX

Se despertó despacio. No podía moverse. "Síndrome del cautiverio", lo llamaban. Los pacientes sólo podían mover los ojos, mientras el resto de los miembros permanecían inmóviles. Sí, les escuchaba, despacio, como aquellas tres notas repetidas en el espacio.

Olía a carne quemada, el único aroma que sería capaz de percibir a partir de entonces. Recordaba perfectamente un ligero cosquilleo sobre la parte del abdomen, y el sonido del bisturí eléctrico rasgado su piel. Las notas se agolpaban. Podía distinguirlas a pesar del sonido estridente. A su derecha, dos enfermeras proporcionaban el instrumental al médico. Se había quitado la mascarilla, a nadie parecía importarle. Estaba concentrado, pero se movía acompasado, como bailando. Tarareaba e introducía

el bisturí al son de las notas: Sonata número catorce, "Claro de Luna", opus veintisiete. Interpretada originalmente, "senza sordini", sin pedal. Sonaba dura, pero acompañada.

Sus recuerdos se agolpaban en su mente, ¿cómo lo había permitido? Theresa, muchacha rubia, dejó el autobús aquella noche del veintiséis de junio... Los recuerdos eran borrosos desde entonces, una noche de luna clara, reflejado en su rostro, macilento. las tres sílabas se agolpaban, y sonaban diferentes en cada modulación, como un piano roto, "senza sordini".

Quizá se lo había merecido, ahora que, por fin, podía comprenderlo todo... Los años perdidos en aquellas paredes, cada día el mismo amanecer, ¿cómo se había engañado tanto tiempo? Las mismas paredes blancas, cada día el rostro de la misma enfermera, cada día un poco más enferma, cada día un poco más anciana, mientras su mente, enferma, anciana... Volvía una y otra vez al mismo comienzo: Theresa, la noche del veintiséis de junio de 1949.

El médico pidió una gasa para limpiar la región abierta de carne, podía sentirlo, sin poder moverse, mientras las notas se repetían, casi invariables. Los oyó murmurar, le miraron los ojos. El médico sonrió y detuvo al anestesista. Theresa. Le mostró el bisturí, ensangrentado.

La estancia era clara, como una noche clara de luna,

repetida en tres notas. Durmió: Daniel Pipe, esposo de Martha Pipa. Tenía un hijo vivo, Philip Pipe, y dos hijas muertas, Jocelyn y Theresa, la dulce Theresa, muerta la noche del veintiséis de junio de 1949, en una noche de luna clara.

## X

Lo recordaba todo al despertar, incluso el rostro, cruel, del médico. Sobre la habitación, las tres notas repetidas en arpegio, sin pedal, como escribió el propio Ludwig van Beethoven.

Primer movimiento.

# EL JUGADOR DE FEZ

## I

Rabah, jugador invencible, nunca había perdido. Simplemente, continuó la partida, nada más.

El origen del ajedrez parece referirse a Alejandro Magno, cuando en el año 326 a. C. se enfrentó a un ejército indio dividido en cuatro sectores y representado en un tablero. Este juego era llamado «chataruga».

Agotado, Rabah sudaba. Comenzó a jugar en las calles de Fez, su ciudad natal. Enclenque, tímido, mientras los demás correteaban y golpeaban el balón en sus inmensas vías peatonales, él, el menor de cinco hermanos, jugaba con los maestros consagrados de la localidad.

Era imposible. Le tenía sitiado. Ya con doce años, la ciudad se le hizo pequeña. Había vencido, ¿nunca perdería? Rabah fue siempre invencible. Incluso el día en el que se armó de valor y habló a su padre: Quiero estudiar ajedrez. Sin salida, su padre rió. Era un anciano afable y sencillo, incapaz de comprender un simple enroque, pero un buen hombre que cuidó de los suyos cuanto pudo.

-Enséñame –dijo su padre aquella tarde de junio.

En apenas trece movimientos le derrotó.

-De todas maneras: no –dijo lacónico su padre hacia

ahora veinte años.

A veces, incluso podía no pensar. Sólo necesitaba concentrarse en las formas de las piezas y, como en una sinfonía, escuchar su ritmo. Muchos consideran el ajedrez como algo propio de mentes privilegiadas, no hay nada más falso: es un juego de memoria y preparación, en el que el ingenio sólo surge en contadas ocasiones.

Aquella tarde, rezó para entender. No, nadie escuchó en La Meca sus plegarias..., quizá más allá alguien comprendiese.

Rabah se atusó las gafas. No quería jugar, ya no más. Tenía apenas una desventaja teórica. Podría hacer tablas sin demasiada dificultad.

Kenichi Ohmae habla en su libro «La Mente del Estratega» de los cuatro principios básicos que forman a un gran jugador: factores clave; estrategias de superioridad relativa; iniciativas agresivas; y grados de libertad estratégica. El ajedrez, como juego puro, no existe.

-¿Qué tengo que hacer para competir en Europa?

En la mezquita, los maestros le miraron con tristeza.

Fez era por entonces un paraíso de la cultura. Había bibliotecas y cafés en los que los sabios hablaban veinte idiomas más dos. Preguntó también entre los turistas, con su francés gastado:

-¿Qué tengo que hacer para progresar en lo que mejor

hago? Ante el tablero, continuó invencible, nadie respondió.

La conoció en una de aquellas vías estrechas, sin recuerdos. La llamaban Fátima. Una vez, creyó estar enamorado. Era una mala jugada y la dejó. Ganó, siempre ganaba.

-¿No hay futuro en tu país, muchacho?

Sin embargo, en cada esquina había un tablero... Rabah jugaba "partidas relámpago" (unos dos minutos de tiempo para cada jugador) y de sesenta minutos. Sólo tenía que escuchar el viento que venía de más allá del mar, donde mueren las gaviotas. Ganaba, Rabah siempre ganaba.

La palabra «ajedrez» proviene del árabe as-sitrany, del sánscrito charatuga. Cuentan que un braman, para convencer al soberano de la importancia de sus siervos, simbolizados por peones, le enseñó el ajedrez.

En principio, el charatuga (ajedrez) se jugaba entre cuatro personas.

Cuando abandonó el colegio, en la mente de Rabah ya sólo había espacio para gambitos y defensas sicilianas, aunque todavía no giraba el rostro para evitar los ojos profundos de Fátima..., pronto lo haría: era una mala jugada.

Su oponente tenía miedo a ganar, como todos. El ajedrez combinatorio, basado en el sacrificio de piezas con el fin

de dar un mate, había muerto. Sólo dioses como Anderssen habían practicado este tipo de juego. Actualmente, la posición imponía su tiranía. No había espacio para la sorpresa. El pescador estaba muerto. Anderssen: victorias trescientas trece, derrotas doscientas cuarenta y nueve.

Miraba a Fátima caminar cálida y cercana mientras sobre el tablero la situación se complicaba. Escuchaba silbar el viento más allá de su ciudad, cruzando el Estrecho, arribando a la Europa del progreso.

-Algún día, también tú sonreirás para mí.

Mate.

Decían que Bobby Fisher se quejó de todo antes de jugar el campeonato mundial. Insubordinado y autárquico, carecía de generosidad y disciplina. Ya no había héroes, sólo ajedrecistas. Bobby Fisher es un fantasma, aplastó a Petrosian, destrozó a Sparssky. Victorias cuatrocientas cuarenta y siete, derrotas ochenta y nueve.

Con diecisiete años miró el viejo cielo de Fez por última vez. Rabah cruzaría el estrecho oculto en las bodegas de un barco. Posibilidades de sobrevivir: cuarenta y cinco por ciento.

Paul Keres murió de un ataque al corazón el 5 de junio de 1975. En sus comienzos, era un jugador espectacular, con agresivos movimientos que maravillaban al público. Nunca pasó de un segundo puesto en el Torneo de

Aspirantes que decide el candidato a Campeón del Mundo. A partir de su derrota de 1962, el estilo de Keres cambió, pasando a ser un brillante jugador posicional. Victorias: novecientas cincuenta y dos. Tablas: setecientas noventa y cuatro. Derrotas: Algunas.

Dejaron el barco en la noche, ocultos entre la bruma. Se escucharon dispararos. Sólo son advertencias... ¡Corred! No necesitó mirar para discernir sus posiciones. Desde lo alto, un pequeño sendero se perfilaba, sobre dos montículos. En el centro, un gran edificio de vigilancia. Un bonito enroque, pensó.

Capablanca - Alekhine. Ambos contendientes no permanecían en la mesa más que unos segundos: una vez realizada la jugada se levantaban y se iban a pasear.

Lo había logrado: tablas. Apenas le separaba medio punto de la victoria final en el Torneo de Aspirantes. Buscó a Fátima entre el público, como hacía desde hace diez años, siempre, al final de cada partida, de cada victoria..., ella no estaba.

## II

Se retiró. No estaba agotado. Su rival había tomado el tablero con miedo. Era carne de cañón. Un par de movimientos inesperados..., podría haberle vencido fácilmente. Tomó un té con hierbabuena, vieja costumbre.

Dormía a pierna suelta. Ya no soñaba con el ajedrez. Soñó plácido con las murallas que cercaban los ojos profundos de Fátima en Fez.

El juego en España era muy distinto al que había practicado en Marruecos. Se jugaba en los parques, incluso podía ganar algún dinero en partidas rápidas. Los rivales no eran demasiado duchos en combinación. El ajedrez en Europa era más memoria que improvisación. Su sistema de gambitos (sacrificar alguna pieza al comienzo a cambio de ventaja posicional) le traía demasiados riesgos, sobre todo cuando el dinero entraba en juego. Sería mejor realizar alguna apertura cerrada y esperar a que el tiempo juzgara al oponente.

Rabah cambiaba de parque y de ciudad rápidamente, otros emigrantes le habían advertido de lo imprudente de permanecer en un mismo lugar más de dos semanas, sobre todo dada su extraña profesión. Los campeonatos de ajedrez se anunciaban en cada esquina. No, no era tiempo de participar aún.

Ganaba lo suficiente como para vivir un día más, quizá en otra ciudad, cada vez más alejado de las murallas que un día le vieron nacer. En la noche, en silencio, aún rezaba por su padre. ¿Dónde estás ahora, Fátima?

Las victorias llegaban, despacio, pero pronto comenzó a olvidar aquel eco que a veces escuchaba. Ahora se trataba

de mover rápido, de no equivocarse, de no improvisar jamás. En Cádiz jugó dos semanas; tres en Málaga; en Sevilla venció en treinta partidas, dos veces hizo tablas; poca afición al viejo juego en Toledo...

En Madrid aprendió la gran lección: ganar sin estilo. Sólo los campeones, una vez, poseyeron algo así como una nueva y personal forma de jugar. Memorizó aperturas y réplicas, juego posicional y finales... Las victorias se sucedían.

Una tarde se presentó a su primer campeonato. No fue difícil, conocía las lecciones de Europa y sus objetivos. Cuando terminaron los encuentros, la policía le esperaba para llevarle preso.

-¿Tiene permiso de residencia?

Rabah guardó silencio.

-¿Profesión?

-Ajedrecista.

Se aprende más frente al adversario que analizando la posición. Aquella noche, en la cárcel, jugó la partida que le daría la victoria... despacio, sin fallos, a la europea. Cada persona, como sucede con las cartas, tiene un punto débil. El objetivo de la partida es hallar ese punto, sobre el tablero o fuera de él. Venció, otra vez más.

La sala estaba llena. Aplaudieron. El tablero estaba desgastado en la parte izquierda, la de su oponente. Había

ganado el primer peón, su adversario aún no lo sabía.

La última partida decidía el campeón. Nunca se había visto en situación semejante, siempre había vencido antes.

Se buscó un trabajo como albañil, sólo para conseguir el permiso de residencia. Por las tardes... jugaba y escuchaba el eco de las murallas de Fez que le hablaban de hombres y mujeres sin libertad para conocer el mundo, acorralados, y a los que conviene olvidar para vivir en Europa, pudente.

Su fama se extendió rápidamente.

Comenzó la partida, jugaba con blancas. Sólo tenía que hacer tablas, conservaría el título y viviría ya por siempre en España, un país que le gustaba: ¿Fátima?

### III

e4 / e5. Llega un momento en el ajedrez en el que todo funciona como un sistema cohesionado, como un modelo matemático en el que sólo hay que aplicar las reglas básicas. Las piezas se mueven como en una orquesta, en la que ningún instrumento puede desafinar. El objetivo es, siempre, concluir la melodía. El último que mueve gana, como en un golpe de platillos. La sinfonía tocaba a su fin. Una clásica apertura, como haría cualquiera. La réplica, la esperada.

Cf3 / Cc6. Oposición de caballos. Apertura española.

Nada nuevo, ¿por qué intentarlo? Partida tras partida, campeonato tras campeonato, el ajedrez existía como un concepto matemático, casi metafísico, por encima de la realidad, más allá del resultado. Era el juego posicional de los maestros, de Capablanca, el gran jugador a nivel teórico. Le despreciaba.

Ac4 / Ac5. Los alfiles. No podía esperar nada nuevo de él. Ocurriría así si jugasen mil años. El ritmo se había detenido hacía mucho tiempo. Ahora se lo podría confesar, siempre lo había sabido. Las cámaras le enfocaban, era un orgullo para su nación, ejemplo de superación y pensamiento moderno. Tras años de juego... tras lograr la puntuación para el Torneo de Aspirantes al título...

b 4 / Axb4. Su oponente nunca sería un campeón, sólo necesitaba mirarle a los ojos. Los héroes habían muerto, era la estrategia rusa de la nueva escuela: un desarrollo de piezas maravilloso, una demostración a nivel teórico y técnico. Nadie podría igualarle. Kasparov había nacido muerto, rey en un mundo de cobardes.

c3 / Aa5. El miedo a perder, las malditas tablas. Antiguamente, el modelo italiano dominaba el ajedrez. Fue a mediados del siglo diecinueve, cuando Anderssen iluminaba el mundo con su espectacular valentía.

d4 / exd4. El modelo romántico se había perdido. El ajedrez de combinaciones maravilló al mundo, pero no era

práctico. Servía para los cafés, para publicar de vez en cuando una posición en alguna de las muchas revistas especializadas, problemas rebuscados para mentes ociosas, una buena manera de ganarse la vida. Dicen que sólo los perdedores juegan este tipo de ajedrez porque no garantiza el éxito. El tipo de juego italiano cayó en desuso. De vez en cuando, alguien sorprendía con una combinación, un sacrificio arriesgado de piezas. Todo aquel que practicaba este juego de manera sistemática terminaba perdiendo.

0-0 / d3. Contaban que B. Fisher jamás se enrocaba, que movía el rey demasiado pronto en claro desafío..., para luego destrozarte. La firma del genio.

Db3 / Df6. A veces, el ajedrez surge como una inspiración. Es ése el momento en el que, los místicos, creen ver a Dios. Los ajedrecistas ven el mate perfecto, la jugada sin fallo, una combinación ganadora. La mayoría, simplemente, dudan en ese instante y, sin embargo, es el segundo único de esplendor. Desde su llegada a Europa, apenas lo había vuelto a sentir un par de veces..., se estaba volviendo moderno. Pronto dejaría de escuchar el eco del continente pobre y de los ojos profundos que allí le aguardaban. Ahora, prefería una jugada conservadora. El gran movimiento se perdió y, sin embargo, hubo un día en que el se arriesgo a traspasar fronteras ¿Volvería?

e5 / Dg6. ¿Qué importaba? Ya tenía lo que había

deseado, aunque se sentía vacío. Una vez, creyó estar enamorado. Fátima era una mala jugada y la dejó. Ganó, siempre ganaba.

Te1 / Cge7. El ajedrez no es algo consciente. Llega el momento en el que la vida se reduce a la sucesión de peones y enroques, a posiciones y cálculo de riesgos. A ese momento maravilloso, ese estado de iluminación en el que surge la sonrisa, él lo llamaba juego. Su rostro se iluminó otra vez, bajo murallas invisibles. Su contrincante se sabía perdido, pero no se rendía.

Aa3 / b5. El ajedrez es un sistema de pensamiento, un orden social y un modo de vida. No es un juego. El azar es la probabilidad no probada y no existe. El mundo es una sucesión de probabilidades que conducen a un desenlace cierto. Cualquier cálculo ha de ser exacto. No hay error posible.

El error es sólo una observación no contemplada... y él no había contemplado qué sentiría cuando llegara el momento de jugar sin riesgo, con el corazón seco.

Dxb5 / Tb8. Cuando alguien ejecuta una combinación de mate, los nervios se aceleran, la adrenalina se dispara: el ajedrecista se siente alguien con alma. El riesgo prueba al ser humano. Sólo el que tiene sangre tiene miedo de fallar. El ajedrecista es un deportista, pero su competición se realiza contra sí mismo, porque cuando se juega, el rival

desaparece. No hay trucos ni engaño, ni posibilidad de fallo. El ajedrecista está vivo.

Da4 / Ab6. La recordaba, serena. Ahora la podía sentir frente a él, belleza. La amaba, no podía ignorarlo por más tiempo. Simplemente, continuó la partida para ganar ¿qué?

Cbd2 / Ab7. La vida es una sucesión de movimientos con posibilidades finitas. Si se pudiesen contemplar todas las posibles y aplicar la ecuación de la mente, la solución sería sencilla. Sólo existe uno. No hay azar ni libre albedrío. Aquel joven oponente le admiraba y por eso no se había rendido. Quería dejar que el maestro se mostrase por última vez. Vio la sonrisa en sus ojos. Casi podía imaginar sus palabras, lo veía en el gesto admirativo... Para el joven aspirante nunca sería una derrota. Rabah nunca había amado tanto como aquel hombre y ahora se sentía, por primera vez desde hacía mucho tiempo, en unión con sus semejantes.

Ce4 / Df5. El joven no miraba ya el tablero. Simplemente, continuó la partida, nada más.

Axd3 / Dh5. Nacían muertos, morían cada día en el ajedrez por correspondencia, cuna de campeones muertos. Una vez, acudió a jugar, diez minutos por persona. Ganó, ganó... Las piezas se deslizaban entre sus dedos, ninguno de los dos quería pensar. El aspirante daba tiempo al público para que disfrutase. Se sabía perdido y, a la vez

ganador, por estar frente a aquel hombre ejemplo para todos. Rabah sintió el impulso de corresponderle, de arriesgar de nuevo: Fátima.

Cf6+ / gxf6. Jaque con caballo. También su oponente había decidido embellecer la gesta. Sintió el silencio, respetuoso, aplausos, aplausos.

exf6 / Tg8. Sólo era una serie de combinaciones, bella, maravillosa. A veces, la pensaba en silencio, sobre las piezas. Ni siquiera tenía que recordar su nombre. La partida continuaba. Sonreía mientras decidía volver a Fez: renunciar para ganar, para volver a sentir el corazón caliente.

Tad1 / Dxf3. La gran jugada. Al fin, recordarían su nombre. No podía pensar en otra cosa. El gran final soñado por todo ajedrecista. Casi no hay mérito para el ganador. Dentro de un tiempo, alguien estudiará la partida, quizás él mismo, y planteará una defensa. Sólo será una mínima aportación. Su partida, su movimiento, había ganado un Campeonato del Mundo, pero su joven contrincante le había recordado la gran lección.

Txe7+ / Cxe7. Le sudaban las manos como aquella noche que pasó en comisaría. Había visto al muchacho sobre el tablero, mucho más entusiasmado que él. Rabah jamás podría haber realizado una lectura posicional tan buena. Sí, le tenía frente a él. ¿Su sucesor? No, él no había

sido nada, sólo una máquina infalible, hasta ese momento. A veces, simplemente jugaba, casi con lágrimas en los ojos.

Dxd7+ / Rxd7. Descansó. Mate en cuatro.

Af5+ / Re8. Jaque con alfil. No había humillación. Era la clave. Dicen que Sherlock Holmes practicó el ajedrez inverso: se trataba de deducir, a partir de una posición de mate, las jugadas previas que había llevado a ese desenlace. Entretenimiento para mentes ociosas. Todos lo habían hecho, un desperdicio de vida, hasta ese momento. Sintió, de nuevo, la brisa más allá de las montañas.

Ad7+ / Rf8. Le hubiese gustado poder ver la reacción del público si él les hubiese hablado como héroe y no simple ganador. Hubieran sido, por vez primera, “su” público. Un gran actor de teatro interpretando su mejor monólogo. Él mismo lo había escrito, improvisado. Sus analistas, sentados al frente, habrían quedado en ridículo. Habría sido la más imperfecta de las partidas, su más bello movimiento, su reencuentro consigo mismo.

Axe7++. Sintió la sonrisa de Fátima, como un fantasma. Antes de mover el alfil, le dieron ganas de tirar el rey. Habría sido el mejor de los finales, noble, orgulloso, genial, pero también vergonzoso para su joven contrincante. Sintió la belleza, un espacio vacío que se abre e inunda la sala. Los últimos compases, los aplausos se aproximan. Hay un aroma, una sinfonía que nos embriaga. Algunos

momentos, serán recordados. Había jugado, sí. A veces, simplemente había que jugar.

Mate.

## IV

Victorias: ciento dieciséis. Tablas: quinientas catorce. Derrotas: una.

Su derrota se llamaba Fátima y aquella tarde, entre el eco de un público ausente, decidió volver a Fez para buscarla. Y es que Rabah, en árabe, significa ganador.

# VIVENCIAS

Ahora que ya no soy precisamente un adolescente recuerdo con más cariño si cabe los tiempos en los que, sin ser adolescente tampoco, me comportaba aún como tal. Lo más maravilloso de aquellos días tiene mucho que ver con la fascinante mente humana, que deforma los acontecimientos con el acaecer de los años. No, ya no recordamos esos desagradables asuntos con los amigos o la terrible falta de dinero (esa no hace falta recordarla, aún sigue presente), sino los buenos momentos que tendemos a repetir conversación tras conversación hasta que, repentinamente, un día todos ya se han dado cuenta que hemos envejecido y que somos incapaces de recordar la anécdota relatada el día anterior.

Fue en una cena de alumnos cuando alguien me dijo: ¿sigues escribiendo? Aún hoy me extrañó la pregunta. Me recordaba como un tipo taciturno y algo hurano (indolente, llegaron a decir algunos), no como el que ahora soy fruto de los años y de las alegrías, también de alguna que otra decepción, pero siempre más de esas sonrisas de las que siempre he tratado de rodearme. ¿Escribiendo, lo recuerdas? Lo dije con una mezcla entre alegría y sorpresa. ¿Cómo aquel compañero (que, por cierto, no recordaba su nombre) se acordaba de mí? Sí, ya había hecho mis pinitos

con una novela corta a los trece años, pero nunca supuse que aquello sería recordado por alguien. La había dado a leer a algún compañero (sobre todo, a alguna compañera, seamos hoy por fin sinceros). La respuesta fue idéntica a la que recibiría años más tarde, ahora cuando publico novelas y me dedico a este impagado negocio de los que nada tienen.

Había sido en un ejercicio para clase, una especie de redacción. Ya por entonces había coqueteado con algo así (en una lamentable obra teatral que, desde luego, ha dado buena cuenta el fuego del tiempo) pero nunca me había imaginado terminando una pequeña obra de cien páginas. El profesor me había felicitado por la pequeña redacción, a la que había puesto un lamentable final: continuará. La leyó en clase y (aquí viene uno de mis dos éxitos sentimentales de mi vida, el otro lo dejaré para mi inexistente auto-biografía) la chica más guapa de la clase dijo que le había encantado y que le encantaría seguir leyendo.

Me puse manos a la obra y en pocos días ya tenía otras veinte páginas que luego se convirtieron en ochenta para más tarde dar con las cien definitivas que constaba la especie de manuscrito con finalidades poco literarias.

Huelga decir que nunca volvía a hablar con la chica, pero el asunto me animó a seguir con la literatura y las novelas

se fueron haciendo cada vez más grandes y más pesadas.

Ahora soy un tipo que escribe novelas de cuatrocientas páginas que no olvida a una mujer que no se llamaba Beatrice como la de Dante porque, maravillosa mente, mis recuerdos no concuerdan.

¿La volví a ver en aquella reunión de alumnos? Si la volví a ver, no la reconocí.

¡Cuán maravillosa es la mente humana!

# ESPERAS

Miro el vaso y ahora espero, paciente y calmado. Quizá aún alguien llegue, quizá no.

No me importa.

Ya soy un hombre anciano. No siempre he sido un anciano, ni siquiera siempre me he considerado siempre “un hombre”. Mis primeros recuerdos son de chico, aún sin estas ingentes extremidades que ahora parecen querer desprenderse de mí y tomar vida propia (y es que es lo que tiene la vejez, que todo parece querer escapar de tí)... miraba fijamente la pizarra y alguno de mis maestros trataban de enseñarme algo útil para la vida. Observaba e, incluso, a veces atendía sus explicaciones y confiaba en sus palabras, esperando... siempre esperando algo.

Más tarde pasé a ser un mozalbete esperando también hacerme mayor. Decían éhos a los que, ignorantes, suponemos con capacidad de juicio que es tan solo una etapa de transición y desasosiego.

-Espera, pequeño –decían-, pronto te harás mayor y tu vida cambiará. Pronto serás todo un hombre y podrás tomar tus propias decisiones.

Lo cierto es que por entonces ya los demás se habían acostumbrado a tomar las decisiones por mí: eligieron mi

escuela por encontrarla más adecuada para con los valores familiares y eligieron a mi esposa más tarde por considerarla asimismo conveniente para mi futura posición social (que, por cierto, hasta yo mismo ignoraba).

Ella era una buena mujer llamada María (y es que por estas tierras todas tienen nombre de vírgenes, aunque la experiencia nos demuestre que ninguna lo es). He tenido con mi esposa dos hijos y tres hijas que han sido una constante pesadilla... Sí, también he esperado que ellos sentasen la cabeza pero nunca lo hicieron. Creo que también ellos esperan a que yo mismo la siente, aunque me temo han perdido ya toda esperanza.

Mi trabajo fue decidido antes de nacer... porque mi padre fue ingeniero y así mi abuelo y yo mismo. En realidad carezco de ingenio y creatividad, y toda mi vida he esperado a que, gracias a una especie de "aparición divina, un día me levantase y me encontrase lleno de ideas y talentos.

Mi esposa siempre ha sido consciente de esta mi falta de inquietudes. ¿Qué esperaba de alguien como yo? Tampoco le ha importado demasiado, y es que siempre se ha visto con otros caballeros (y no quiero decir con ello que yo mismo sea un caballero).

-¿Esperabas que no lo hiciese? —inquirió ella siempre tan irónica y femenina.

No, claro que no... pero sí al menos esperaba un poco de tranquilidad.

Mi esposa es una buena mujer y siempre ha cuidado de nuestros hijos (que en realidad son suyos, no espero ser el padre de todos ellos, al menos del mayor... que ni siquiera se parece físicamente a mí).

Entré a trabajar en una fábrica y revisaba las máquinas. ¿Necesitaban realmente a un ingeniero? No, claro que no, pero el Estado obligaba su contratación y es por eso que, hasta ayer, trabajé casi cuarenta años en un mismo lugar y, como cuando aún era sólo un niño, esperaba la hora de salida.

Mientras esperaba a que mi primer hijo naciera recé y eso que soy ateo convencido, pero no se puede estar seguro de lo que hay ahí arriba y de las extrañas razones que ha podido tener Dios para condenarnos a este extraño lugar. ¿Fueron escuchadas mis plegarias? En parte sí: mi hijo nació sin deformidades y con escasos talentos (cosa que es de agradecer, no hay peor asunto en el mundo que un hijo con capacidades).

También un día mi esposa murió. Relato esto sin resentimiento, porque también ella lo esperaba debido a su frágil salud. ¿Acaso importa? Nunca he temido la muerte porque es algo ajeno que no me incumbe. He perdido a dos hijos y no he conseguido llorar en ninguno de sus funerales:

¿por qué habría de hacerlo? Francamente, me eran seres desconocidos que no me interesaban.

Una enfermera me cuida mientras espera mi muerte. Me siento bien y tranquilo, no creo que vaya a morir en pocas horas, aunque nunca se sabe. Quizá la mayor preocupación del hombre de edad sea precisamente ésa: esperar la propia muerte y obsesionarse con ella. Tampoco es ésa mi preocupación, pero siento a mis familiares y amigos preocupados con esa nimiedad: ¿acaso piensan heredar? Bien saben que no tengo fortuna, tan solo una pequeña pensión del Gobierno que me ayuda a sobrevivir sin demasiados alardes ni lujo.

La enfermera es una señorita joven que creo que tiene un lío con el vecino de al lado, porque noto que se ausenta a mediodía para ir a verle. La verdad es que lo agradezco porque también a mí su presencia me resulta insoportable. Miro al exterior y veo a hombres y mujeres que corren de un lugar a otro atareados, fingiendo una ocupación que, sin embargo, es ficticia. Lo veo en sus ojos: sólo escapan unos de otros y ninguno de los que se cruzan cada mañana se paran para saludarse. Luego están los que esperan en los bancos y en las aceras la llegada del autobús... una vez una anciana fue atropellada por un automóvil. Decenas de curiosos se acercaron lentamente a observar el suceso, esperando algo más. ¿El qué? Llegaron los médicos y se

llevaron a la mujer en camilla. Ya no respiraba, lo sé muy bien porque lo comprobé tranquilamente cuando vi a mi primer hijo ahorcado en el salón.

Es la una y media en el que, seguramente, será el último día de mi vda.

Espero pacientemente la llegada de mi enfermera... soy un anciano curioso y la he visto echar unas gotitas en el agua antes de irse.

-No se olvide de tomar su medicina, señor.

Desde luego que no me olvidaré, señorita, desde luego que no. ¿Aún espera que lo haga? Las personas son extrañas y tienden a creer en las palabras de los otros. Un día me dijo que me apreciaba, que había logrado sentir algo así como cariño por mí... y lo dijo con sonrisa coqueta y maledicente, como sólo saben sonreír algunas mujeres. Supe que planeaba envenenarme y tampoco hice nada, como cuando mi hijo se suicidó. Sí, también lo sabía y aquella misma noche hablé con mi mujer.

-¿Qué harías si sabes que una persona va a tomar una decisión incorrecta?

-Dejar que se equivoque, maridito.

También sabía que creía que se refería a sus continuas infidelidades... Sí, Sara, dejaré que te equivoques y que nuestro hijo se equivoque. En realidad, hacía años que él ya no está con nosotros y que ella no estaba ya conmigo.

¿Qué me habría de importar a mí? Ahora miro el vaso y veo sus rostros. Ella tampoco lloró, creo que también de alguna manera lo esperaba, como mi enfermera espera haber sido descubierta.

Miro el vaso a lo lejos y no siento temor. Ya no pienso demasiado en mis hijos porque en realidad nunca han sido parte de mí. ¡Qué estúpido es eso de querer vivir a manos de otros aunque sean de tu misma sangre! Ella está al otro lado, esperando para llevarse las escasas pertenencias que aún me quedan, ¿me importa? No, claro que no... también mi esposa me robaba y mis hijos, y no por ello he dejado de quererles.

Me acerco a la cocina y miro el líquido. Apenas se percibe ningún olor ni rastro de veneno en el tono del agua, pero sé que está ahí, esperando a hacer efecto y terminar con mi vida lúgubre. Ya se escuchan los pasos en el exterior, quizá sea esa señorita que dice que me aprecia u otro vecino... debo apresurarme y no prestar atención. Me precipito sobre el vaso y tomo su contenido de un solo trago y se desliza en mis entrañas.

Ahora espero a que alguien llegue, o tal vez una llamada o tal vez a mi querida enfermera o a reunirme con mis hijos.

La vida sigue y yo sigo esperando.

# APLAUSOS

-¡Matadme mañana, dejadme vivir esta noche! -Ella le miraba, casi jocosa, un poco admirativa, vivos ojos negros. Aplaudió.

Cuando aquella mañana se levantó, sintió un dolor punzante en su pecho. Miraba las palabras sobre el texto, ahora sin sentido, en un círculo que se cierra. Recordaba la llanura extendida, evocadora, vacía, en silencio. Siempre había temido a aquellos grandes espacios sin rostro, sin las edificaciones que le protegían, más allá de la ciudad, lejana, que un día le vio nacer, sobre un escenario.

El camino es extraño, y no siempre son para sí los aplausos, el actor bien lo sabe. Tomó aire, de nuevo, mientras la luz del camerino se extinguía, en aquel extraño momento de libertad fingida, siempre nervioso.

Aquella parte le gustaba especialmente. Veía su sombra antes, un fantasma después, para despertar en un momento de gloria, antes del seguro aplauso. Había días sinceros y días de ecos, el viejo actor bien lo sabía, y había también jornadas en las que el actor, sin alma, ya no podía interpretar... Sentía correr en sus venas los versos, en aquel papel que no se molestaría en memorizar, ya siempre, marcado con fuego sobre nubes de porcelana fina, sobre un escenario.

Aplicaba la primera capa sobre el rostro completo, un buen payaso; perfilaba la sombra de sus ojos, aún bufón; lo difuminaba todo y se miraba, por vez primera cada noche, tras la luz irreal, ahora seguro tras la máscara. El maquillaje le protegía de ellos, hermanos y jueces, público. Caminaba entre ellos sin ser distinguido, veía los rostros de los que, anoche, murmuraban en silencio, lloraban sin lágrimas y fingían, por un momento, ser felices. Caían ahora sus perfiles en veladuras y trajes rancios, en tonos grises de franela y viento quebrado. Antaño le observaron, sobre el proscenio de actor postrado, nervioso, ¡matadle mañana, dejadle vivir esta noche!

-¿Estás listo? -alguien preguntó.

El viejo figurante tomó aliento, ¿alguien lo está alguna vez? El oleaje no golpea con igual fuerza, todavía el mar amenaza con arrastrarle, esclavo irrespetuoso de versos rancios.

-Sólo un minuto más, por favor -dijo el actor con una sonrisa en los labios.

Otelo, moro de Venecia, asesina bajo la luz de la vergüenza a la nunca infiel Desdémona. Su más aclamado personaje, su más inmortal creación. El betún, añeo, se aferraba a su cara, ahora joven. Hubiese preferido ser Yago, valiente, inteligente, veraz y traidor. Otelo nunca

podría contemplarse en el camerino, ni mirar a su esposa, antes amada. Supo el moro que un día soñó, a la luz de la vela, a un Shakespeare que mata el teatro; condena a Yago, sibilino; a Otelo, siempre estúpido; a la hermosura, Desdémona; a las bellas palabras y la traición; condena el inglés la luz que apaga el actor en su último monólogo, con la bella esposa muerta, que despierta, que siempre lo supo, nunca lo dijo.

Quédate así, muerta, te mataré, y volveré después a amarte..., luz eterna, teatro. Sí, también el actor había amado. Como Otelo había sentido ese dardo punzante en el pecho, el dolor y la inconstancia de esa mujer a la que pronto, como el sueño sobre un escenario, decidió no volver a ver, matar tras el telón de aplausos. Abrió los ojos y miró su rostro, histrión, en el espejo retorcido. Los ojos, caídos, cansados..., mientras recitaba, de nuevo, el papel doble de aquel que, una vez, apagó la luz y apagó su luz, tembloroso de gloria.

La conoció con veinte años, apenas era un suplente de otro Otelo, ya también cansado. Ella le escuchaba recitar, como muchas otras le escucharían más tarde, los mismos versos, antaño con aplomo, sinceros, para ella, que como un puñal se clavaban, cada día un poco más yertos, vivos sólo la primera vez. Aquella noche, ella estaba entre el público, no pudo verla.

El titular fue llevado al hospital, le quedaban sólo unas horas. En secreto sonrió, sus rezos habían sido escuchados, su dios cruel le daba ahora el mayor de los regalos: su rostro ajado, la más memorable de sus interpretaciones. Bien lo sabía, también ellos lo sabían. No habían venido a verle a él, sino al más grande, sobre la lona de un circo despechado. Dio mil gracias y se maquilló, como ahora, ya cuarenta años después, ojos negros que le miraban entre el público, únicos espectadores de su obra, tal vez así comprendiera.

Mientras la representación evolucionaba, las palabras tomaron forma, como un embrión que se desarrolla en dos horas. Su único papel, nadie jamás lo creyó. El gran actor murió aquella misma noche, ahogado en la sangre del teatro, y el nuevo Otelo recitaba los versos, nuevos, para un público ausente. Le habían olvidado en unas pocas horas. Sí, apaguemos la luz, apaguemos su luz, dijo el inglés.

La causa, se dijo una vez más, ante el espejo, aquí tenemos a Otelo, al fin vivo..., el modelo más acabado de la naturaleza, aquella mujer, la única que una vez tuvo rostro. Al fondo: el escenario callado que le vio nacer. Luego vendrían decenas, cientos, todas ellas sin la forma, sin el modelo, todas ajenas, alejadas del escenario, su único dios ahora. Le escuchaban también recitar, fastuoso,

fingido, esquivo. Cada noche surgía, como el espectro del padre de Hamlet que clamaba su precio: tu alma, le diría una vez en silencio.

Lo sintió, dentro de sí, como un puñal en su pecho mil veces clavado. Se agachó, incapaz de seguir en pie. La puñalada no dolía tanto sin embargo, era la tercera vez que le sucedía, esta vez pequeña, tal vez estaba ante el fin, Las palabras, viejas fieles amigas, le engañaban, una vez más.

Volvieron a repicar, esta vez más fuerte, vil pájaro nocturno.

Sólo será un minuto, lograré reponerme, -se dijo-, el teatro da alas a quien se atreve a volar.

Desde su camerino se podían escuchar los murmullos del público, el peor de los jueces. Aplaudie un nombre y un silencio, un gesto marcado, incapaz de ver en el rostro el verdadero sentido de las palabras. Una vez, hace años, casi creyó haberlo sentido, fluían lentas y espesas, se atragantaban en la mente cansada del viejo actor, que se desplomaba, liviano. Miró un momento, en derredor, allí vio a su suplente, como él mismo se había encontrado años atrás, rezando para que su alma reflejada se extinguiera y diera paso a la gloria segura. Los aplausos resonaron como un eco pretérito, aún podía escucharlos. Se puso en pie, no habría tempestad que pudiese tenderlo ni huracán que su alma, futura y pasada, postrase.

Fingió reír ante el espejo falaz. Veía un Otelo joven, rezando, feliz, con los ojos vivos y el ingenio prestado. En secreto cambiaba las frases memorizadas, haciéndolas antaño suyas, ajenas. Los vítores sonaron aquella noche huecos. Los ojos negros llamaron a la puerta, sólo silencio. El ahora gran actor permaneció al otro lado, sin abrirla, no respondió a sus llamadas, no contestó a una sola de sus cartas. Había nacido para aquéllo, y la escena era, ahora y siempre, su única escultura apagada. Sintió sus pasos alejarse, aún hoy, aquélla a la que una vez quiso. Y ya nunca otra volvería a conocerle, entre frases cerradas, entre el maquillaje de Otelo y los desaires de Falstaff.

Se impacientaban, todos... Podía escuchar la respiración de su suplente y el corazón palpitando del productor, el aliento fétido del apuntador y la sangre de hiel de la actriz principal. Había vuelto por unas míseras monedas que no servirían ni para pagar el apartamento en el que ahora vivía. No, no siempre había sido así: era invitado a las casas más respetables, rodeado de los más distinguidos señores, que reconocían su talento. Sí, aquéllo era la vida de un Lear feliz, y eran todos los que le rodeaban sus lacayos. Luego perdería totalmente la voz, más tarde la mala prensa... Se encontró sin decorado, en un mugriento bar en el que ya nadie conocía su nombre. Pronto le olvidaron, como pronto aplaudieron aquel primer día en el que olvidaron a

un viejo Otelo, cansado de cada noche devolver su luz.

A la izquierda pendía la peluca, de grueso cabello negro. Le había acompañado en tantas y tantas malas actuaciones. Ellos seguirían allí, aclamando su nombre sin cesar, un recuerdo muerto, ojos hambrientos de venganza, Hamlet sin máscara.

Se puso en pie, despacio, escupiendo los sabidos versos:

Si te extingo, agente de la claridad, y me arrepiento en seguida, podré reanimar tu primitiva llama; pero una vez tu luz extinta, ¡oh, tú, el modelo más acabado de la hábil naturaleza!

Sí, actor, tu luz se extingue. Murió a las pocas horas, mientras tú, desagradecido aprendiz, disfrutabas de aplausos prestados, de una gloria que nunca te perteneció. Ahora, entre el público, pudo verla clara, ojos grises ya: con el rostro sonriente, admirativo y llameante, Desdémona en el primer acto. Recitaba contigo los versos que con tanto ahínco te había hecho memorizar. Ahora, desagradecido, tu maestro te reclama junto a él, como el mismo suplente ahora reza en silencio, y sonríe con cada minuto que pasa, con cada minuto que está más cerca del público hambriento.

-No puedo moverme -se dijo. Alguien le escucharía, todos callaron.

Nunca más se movió el viejo actor, que cayó desplomado, calló por vez primera. Soñó con ella, la tarde antes de la actuación. Juntos velaron un mundo nuevo en el que los aplausos, traicioneros, no dormirían junto a ellos, un mundo en el que ambos actuarían, en el que el teatro, veraz, formase mil palabras y mil mundos distintos, falsos y verdaderos.

Antes de cerrar los ojos, pudo escuchar las palabras, en otro tiempo dirigidas a él mismo, aspirante, sustituto, fracasado, actor.

-No podrá actuar, está acabado, prepárate. Es tu oportunidad.

Sólo una vez más despertaría, escucharía los extraños aplausos de un público ausente, ya nunca más dirigidos a él, gran actor. Sonaron huecos, a palabras cercanas, a texto vivo, sonaron ya por siempre ajenos.

Despertó sobre el escenario, sobre el público, sobre el aplauso sordo.

-Si recordáis de algún crimen que os deje aún irreconciliada con el cielo y la gracia divina, solicitud pronto el perdón -dijo alguien, también actor.

-¡Matadme mañana! ¡Dejadme vivir esta noche! -dijo ella, jocosa, de ojos grises llorosos.

Aplausos, traición.

# EL ÁRBOL

Hincó el cuchillo en sus entrañas con un fuerte golpe y el viejo cedro gimió. Un profundo dolor unido al llanto de esa liberación. Hacía frío.

La palabra cedro proviene del latín *cedrus*, derivación directa de la palabra griega *kedrus*. Existen cuatro especies (*Cedrus libani*, *Cedrus atlantica*, *Cedrus brevifolia* y *Cedrus deodara*). Su altura es de veinticinco a cincuenta metros y sus ramas oscilan entre los dos y los seis centímetros de longitud.

El cedro es uno de los árboles con más historia, habiendo servido como madera para la construcción del primer templo de Jerusalén y para embalsamamiento de momias. Se emplea también para la fabricación naval y para la confección de cofres varios, así como para el recubrimiento de tejas y muros exteriores.

El cedro exhalaba su perfume, ya caduco. Un piñón pendía.

Un cedro puede vivir más de dos mil años.

Desgarró la corteza. Gimió, de nuevo, majestuoso. Dicen, siempre había estado allí.

Contemplaba el paraje, cambiante. Sobre sí, revoloteaban los niños, que crecían y morían, era sólo un suspiro. Se sucedían las estaciones, las lluvias y el viento

que le azotaba, sin piedad. Sus hojas se estiraban, como pelos muertos. La sangre bullía.

Los había visto, ridículos y semejantes, tan iguales a otros muchos, con la soberbia de aquel que nada siente. De vez en cuando, sucedía que alguien grababa su nombre, dolía, sobre su tronco, pronto llegaría una nueva estación, le encantaba la lluvia.

Llevaba allí demasiado tiempo. A veces, le hubiese gustado poder decirles algo, siempre lo había intentado. Tomaba sus hojas y, movido por el viento, se acercaba y les susurraba. Ya no estaban. Ellos, una especie de monos sin pelo, hacían caso omiso de sus palabras. A ninguno le había nunca importado.

Era un árbol viejo. No había otros con los que poder hablar. Recordaba cómo, hacía años, toda la colina estaba cubierta con aquéllos que fueron sus hermanos. Hubo una gran tormenta, los monos huyeron a otros lugares más secos. Sólo él sobrevivió.

Sólo quedaba él de lo que fue una gran familia, el último, pero aquel que fue también el primero. Poco a poco, habían muerto, como morían aquellos seres lampiños, por el exceso. Se sentía feliz, había logrado desarrollar una especie de lenguaje propio, había olvidado el tono seco y austero de sus viejos hermanos.

Los monos podían escucharle, lo sabía. Se sentían

incómodos. No, no podía comunicarse con ellos. Cuenta la leyenda que, antaño, jugaban sobre sus ramas y, como premio a sus caricias, los árboles les daban frutos. Todos los seres vivían en armonía. Luego, estos monos perdieron el pelo y caminaron a dos patas, disminuyendo en sabiduría. Abandonaron la compañía de los árboles, y sólo los empleaban como ornamento o para guarecerse en su sombra. Apoyaban sus espaldas, antaño peludas y fuertes, y tomaban trozos de hojas plegadas sobre sí para confeccionar libros.

Nuestro cedro había aprendido, les observaba, leía también. Sabía cómo sus hermanos los despreciaban, porque usaban a los árboles para construir aquellas extrañas formas de comunicación, llenas de páginas sobre las que escribían letras, y así podían reproducir las mismas palabras para toda la tribu. No eran muy listos, vivían rodeados de otros monos pero preferían la soledad, las frases repetidas en los libros, sin escuchar, grabadas en cada árbol, en cada trozo de madera.

El árbol leía, palabras. Había aprendido el lenguaje de los monos y del viento, el lenguaje del arroyo y de la montaña. Unido a la tierra, podía entender cada idea contenida en aquellas páginas, aunque no fuese su propia madera. Cada vez, dolía, hacía frío con cada árbol talado... para construir casas y para hacer cofres, libros, o simplemente porque el

árbol molestaba. Dolía.

A veces, un mono grababa su nombre en sus entrañas. Tenían letras y caracteres cambiantes, a veces grababan símbolos, a veces, simplemente, plasmaban su estupidez, insultos. Sí, aquel árbol estaba solo.

Echaba de menos, sobre todo, la leyenda, aquello que nunca podría conocer. Ahora, desde la perspectiva de los años, podía vislumbrar lo que fue, ese paraíso en el que los monos jugaban entre sus ramas. Los pajarillos, cada vez más escasos, picoteaban los frutos y, sobre la copa, construían nidos. Nacían sus crías, para pronto volar libres. Hacía no demasiado tiempo, también había muchos grandes seres peludos que se tumbaban sobre el árbol. La presión era fuerte, al árbol no le importaba. Le gustaba sentir el tacto de los otros. Si se concentraba, incluso podía notar el calor, cómo respiraban.

Cuentan que sus hermanos habían servido para madera de numerosos edificios, cuentan de las ciudades más allá de la gran agrupación de agua, contaban... Mucho antes de la inundación. Sí, estaba solo, el gran cedro, siempre lo había estado.

No hacía mucho, había tribus de monos que acudían a verle. Él gemía, tras unas láminas dispuestas para evitar el paso a los otros monos sin pelo... A veces, incluso creía comprenderlos. Un mono emitía sonidos, mientras los

demás asentían, finalmente marchaban. Ninguno de ellos se sentó, por un momento, a hablar con el árbol, viejo cedro lector.

Sus piñones, flores y ramas, ahora decrepitas. El tronco, ya débil, no sangraba siquiera. El cuchillo de aquel mono se hincaba profundo. Recordaba, cruel, la primera vez, dolió. Ver manar la sangre, resina de antaño... Todo por grabar su nombre. Habían pasado ya los años, las estaciones. Hace tiempo, nacieron sus hijos, todos muertos, apenas crecidos. Los veía cercanos, crecer fuertes. Los monos terminarían con sus vidas, los monos terminarían con todo.

El mono estaba situado bajo él, clavando su cuchillo. Ya apenas le dolía. Con el tiempo, todos los seres vivos se acostumbran al sufrimiento. Veía a los pajarillos posarse sobre sus ramas. Muchas veces eran devorados por otros animales, gritaban. Podía sentir la desesperación, cómo la vida se escapaba de entre sus dedos mientras era devorado. Era el círculo de la vida, no había remedio. Un día tendría que abandonar aquel paraje, quizá hoy, quizá siempre. Sólo le quedaba una rama sana y sus raíces casi no podían filtrar el agua, escasa. A veces, los monos le regaban, era el único árbol, viejo, cansado, que aún quedaba en la región. No importaba, ya no podía beber, no quería leer.

Recordaba cuando, tiempo atrás, mientras veía crecer a

sus hijos, sus ramas se alargaban y, como si fuese un león, exhibía su poderío ante los demás árboles, tiempos felices.

No podía guardarles rencor, como no guardaba rencor a aquel mono que ahora mismo rasgaba sus entrañas. No, no sentía ya dolor. Su nombre permanecería durante algún tiempo sobre su tronco, pronto desaparecería, fugaz.

De noche, a veces, las montañas le susurraban. El viento, rasgando las rocas, las hacía hablar. Comentan entre ellas, se lamentaban y reían, las montañas siempre ríen y hablan, siempre hablan. Es un lenguaje diferente del empleado por los monos. Ellas toman el viento y lo acarician. Cuanto más es vieja la montaña, más sabias son sus rocas, porque más viento ha pasado por ella. Los árboles, susurran, coros de la sierra. Sin embargo, las verdaderas solistas son las piedras... Contaba el que fue su padre, muerto en la gran inundación, que, antes de la llegada de los monos, un gran desfiladero reinaba entre la cordillera. Por las noches, se escuchaba la más bella melodía. Su padre, ingenuo, decía que aquellos mismos sonidos volverían al lugar.

Sí, aún de joven, escuchaba, reía, escuchaba, escuchaba los arbustos y el alboroto de los pájaros que descansaban en sus ramas. Eran sonidos primero desconocidos y luego comunes a todos. Pronto marchaban. Los padres expulsaban del nido a sus crías, éstas volaban, nunca más volverían al árbol. Al principio, el gran cedro, mucho

menos crecido por aquel entonces, les llamaba y disponía sus ramas para que los pajarillos, recién nacidos, no tuvieran frío. Pero los movimientos del árbol eran lentos y parsimoniosos, no le daba tiempo, pronto los pajarillos habían volado.

Sucedía así con el resto de las criaturas. Pronto el árbol, aún joven, se cansó de intentar escuchar a las montañas, pronto el viejo árbol terminó olvidando las historias que, un día, su padre le relató, con aquel sabor a árbol viejo. No, los árboles tampoco hablan como los monos con pelo, ni como los perros, los árboles se expresan con un sonido más profundo. Es la música del bosque, la misma que cuando era aún joven podía escuchar, junto a los cientos de árboles que le rodeaban. Todos ellos hablaban a la vez, todos a una, como la melodía que, a veces, salía de algunos artefactos que fabricaban los monos, nunca más perfecta que la del bosque: jamás lo harían. Se sentían orgullosos de sus pequeños hallazgos, de sus ridículos títulos. Cuando el bosque hablaba, muchos años antes, la montaña callaba, y callaba el búho y el mirlo, el zorro y la paloma.

El viejo cedro estaba a punto de morir. Había tenido una vida feliz. Reza la leyenda, situada junto a él, que tiene más de mil quinientos años, dicen algunos que incluso es de la edad de Jerusalén, cuyo templo fue construido con madera de cedro. Una vez, lo leyó en sus ramas, unidas a la tierra.

Ahora, mientras sentía cómo sus entrañas se quebraban, miraba aquella única rama sana. El resto, bien lo sabía, se había podrido hacía tiempo. La resina había dejado de fluir. Sólo le quedaba un brote. Sin embargo, estaba feliz. Había escuchado a las montañas, tantas veces, y había visto el espectáculo de los monos, que iban y venían. Finalmente, había reinado, con su pequeño cetro. Sí, había sobrevivido a cientos de estaciones, a miles..., había dado frutos y probado las lluvias, el calor y las tormentas. Ahora, aquel pequeño mono que hincaba su cuchillo en su tronco, asesinaba al viejo rey. A nadie le importaría, había visto caer a sus hermanos mucho antes, como había visto morir a generaciones de árboles. No, él les había sobrevivido a todos, a miles y miles de monos que, orgullosos, perecían víctimas de su naturaleza. En cambio, la suya, poderosa y real, se mantenía. Sí, todo había pasado rápidamente, casi como un suspiro, como la montaña, como una lluvia que le bañaba el rostro.

Clavó el cuchillo, más adentro, mientras se desgarraba su tronco. Sentía frío.

Le miró, aquel mono tenía dos trenzas y una especie de túnica larga. Era una hembra, joven, apenas una niña, como ellos solían llamarla. Sólo quería grabar su nombre en el viejo árbol. Sonrieron, ella y él, a un tiempo. Le hubiese gustado, por un momento, poder hablar su lenguaje, darle

las gracias y, así, compartir ese momento, grandioso, con la muchacha. Quizá podría contar al resto lo que le había dicho, la historia del viejo cedro, el rugir de las montañas, los veloces caballos que había visto, la gran inundación y el sonido del viento, el bello sonido del viento.

Sintió un último aliento. Así, se aferró a aquella última rama, única. Sólo quedaba un piñón, allí. Amenazaba lluvia, sí, tal vez la lluvia le diese fuerzas para sobrevivir un poco más. No, ya había vivido. Era la hora. Recordó un pajarillo que, antes de morir, se posó en sus ramas. Sentía frío. Se acurrucó y metió la cabeza entre sus alas. Allí murió, frío. Ahora lo comprendía. No sentía tristeza, sólo recordaba su vida y el sonido de los árboles, sus hermanos, ¡cómo los echaba de menos! Le hubiese gustado haber servido para algo más, haber llenado el bosque con sus semillas, que de la tierra surgiesen retoños tan fuertes como él, más altos, más resistentes, que el suelo entero estuviese cubierto por su descendencia, y así servir a la naturaleza, así que esos sus hijos pudiesen escuchar, como él hizo junto a su padre, el sonido del bosque, su canto profundo.

Apenas le quedaba vida. Se aferró a la piña y, con sus últimas fuerzas, depositó su espíritu en ella, como tantas veces había hecho. Ahora ya no tenía fuerzas para llenar cientos de ellas, sólo una... Se concentró y recordó el sonido, quería hablar, gemir, gritar. La niña le miró,

asombrada, la piña pendía de la rama seca, a punto de desintegrarse.

El árbol, muerto, miraba a la niña.

Los pequeños piñones, semillas del viejo y gran cedro, quebrados, volaron. Y el viento susurró junto con las montañas. Dicen que las rocas cantaron aquel día, una bella canción. Fue aquella niña la que prestó atención, la única que pudo escuchar la melodía del bosque, lejano, que crecía, salvaje, lejos de la mano del hombre. La vida se extendió y, dicen, crecieron decenas de cedros, y éstos dieron piñas de las que crecieron cientos, y de estos cientos miles... Y así los cedros, de nuevo, los árboles todos, un bosque, pudieron cantar de nuevo, junto a la montaña y el río, junto a la tierra y el viento, que soplaban, rugían.

Dicen que el árbol sonreía.

# LA ESPERA

-¿Iremos en tren, papá?

-No, pequeño, los trenes no pueden atravesar el mar.

Cuando despertó aquella mañana, sabía que iba a morir, sólo quedaba esperar. Tomó la pluma y escribió, como solía hacer cuando aún tenía inspiración, en aquella su Argentina natal. El motivo llegó de forma apagada, en la estela de un fantasma que compró su alma. Algunas personas tienen el presentimiento, sereno, de que es ése su último momento. Sólo quedaba esperar. Habían quedado tantas y tantas palabras por sentir y experimentar, tantos y tantos seres a los que, sin conocerles, había podido llegar a amar... pero sólo pudo amarla a ella, a la que ya no le amaba. Recordaba aquel primer encuentro con Gabriela, la que fue su esposa durante todos aquellos años..., a su primer hijo, su muerte, el momento en el que ella le dijo, serena, cansada: No, ya no te quiero. No pudo hacer otra cosa que sonreír, ¿alguna vez haría algo más?. Gabriela había sido un trozo de su alma... Cuando marchó aquel día de diciembre, fue casi un alivio. No, ya no te quiero. Sucedería, antes o después, ¿le importó?. Atrás quedaban los clubs de jazz y las noches en vela, las ilusiones y los encuentros ocasionales con otras parejas, los mil mundos que juntos descubrieron y los mil y un universos más que

prometió inventar para ella. Cuando la conoció, triste, supo también que todo aquello, todo esto, sucedería.

Aquella tarde esperaba tranquilo el tren, mientras fumaba, con la lengua áspera, cansada ya. Aguardó unos momentos más, sin reloj. Parece que, otra vez, no pasaría. Sólo quedaba esperar, esperar. Apareció al fondo como un fantasma, la miró y lo supo: ella también esperaría, junto a él, ya por siempre esperaría, extraño presentimiento. Las pocas monedas que aún quedaban en los bolsillos sirvieron para un par de cervezas, durarían toda la noche, consumidas. Espera, algún día llegará. Tres cigarrillos, aquella mañana Alejandro deseó no volver a despertar, tal vez nunca lo hizo. Los libros se agolpaban sobre las estanterías, aún por escribir. Ella revisaba sus cuadernos mientras él la miraba lleno de incertidumbre.

Es como una nube, diría Gabriela... Y respiraron el aire de Roma y sus calles estrechas, abruptas, y sus aires lozanos y su historia viciada; respiraron juntos para que, de alguna manera, el viento no se llevara el sueño que en aquel tren había esperado.

¿Ha perdido usted el tren?, ella preguntaba, fantasmal, siempre recordaría aquellos ojos secos de mujer decidida. ¿Lo espera usted? He esperado durante horas, pero no ha llegado, parece que lo hemos perdido. Me llamo Gabriela.

Perdieron el de las nueve de la mañana y perdieron el de

las siete, y el de las cinco y el tren del día siguiente, mientras el tiempo, detenido en la estación número cuatro, parecía escaparse, leve, entre sus dedos mojados. Al despertar, Gabriela seguiría a su lado, ya nunca más se iría. Esperaron los años y esperaron más tiempo, y los veranos se tiñeron de nubes y los inviernos de rojo, recordaría la estación hasta ese mismo día, en el que su único hijo murió.

Espérame hijo mío, decía ella, madre. No te vayas a ningún sitio, sólo espera, espera, espera. Alejandro se dejó caer en el banco, una vez más, como hiciera años atrás, mientras esperaba el tren número siete que le llevaría de regreso a casa. Alejandro recordó otra vez su tierra natal... ¿cuántos años han pasado ya? Demasiados... ¿Es éste el tren que lleva a Argentina? No existe tal tren, amigo mío, los trenes no pueden atravesar el mar. Sonrió, siempre habrá seres incapaces de entender los sueños. Cuando despertó, pasaban cinco minutos de la hora y la estación estaba desierta: sí, había perdido, una vez más, el tren de las nueve. Esperó de nuevo, con un billete pasado del tren que salía a las nueve de la noche de la estación cuatro. Gabriela, espera conmigo... Tenía el cabello largo, ojos azabache y piel de trigo, mirada esbelta, abierta, no tardó en darse cuenta de la razón que la llevó a aquella estación, lo sabría después. Aquella noche, dijo Gabriela mientras se peinaba, no tenía billete, no esperaba ningún tren, sólo un

sitio en el que poder dormir. Varias veces había intentado hacer aquel mismo trayecto, la tomó del brazo y la beso, ella sonrió, esbelta. Todos esperamos. Y volvieron a los clubes de jazz y volvieron a París. ¿Me acompañarás esta vez? Y nació su primer hijo y olvidé ya sus ojos, olvidé ya su nombre mientras escuchaba sus palabras. Recordó, esta vez las palabras se convirtieron en música.

-Bien sabes que no podemos viajar con el niño en estas condiciones. Se podría resfriar.

-El niño estará bien. ¿Qué daño puede hacerle un pequeño viaje? Además, mi madre quiere conocerle.

-Puede esperar un mes más.

Y esperó un mes más y mil años cientos. Que no coja frío... y vistieron al niño con un grueso abrigo, con un botón suelto.

El dieciséis de junio de 1978 prepararon las maletas y dispusieron sobre la cama los billetes. El viaje que Alejandro en tantas ocasiones había planeado, finalmente, podría hacerse realidad. Tenía ganas de ver a su madre con su nieto entre los brazos, abrazarlo y acariciarlo. Sería una de aquellas abuelas que llenan de caprichos a los nietos... Pronto vendría otro, quizá una niña con un vestido blanco.

-¿Lo llevas todo?

Llegaron a la estación cuando aún faltaban dos horas. El tren les llevaría a la costa para luego tomar el barco de

regreso a Buenos Aires. Sonrió, merecía la pena esperar. Fue sólo un momento, dos minutos antes de las nueve: Alejandro había ido al servicio y Gabriela quería algo de beber para el viaje.

-Espérame hijo mío -dijo Gabriela.- No te vayas a ningún sitio, sólo espera, espera, espera.

El niño se precipitó a la vía del tren, buscando el botón del grueso abrigo que había rodado. El maquinista no tuvo tiempo de frenar, mientras Gabriela cayó desmayada. Sólo tendría que haber esperado, junto a él, siempre. Cuando despertó, supo que nada sería lo mismo. Miró sus ojos, ahora grises, ella se giró y no habló durante días, hasta que por fin se levantó. Todo fue breve.

-No, ya no te quiero.

Tomó una maleta y metió algunas prendas, pocas..., nunca sería una mujer apegada a nada. Atrás dejó los vestidos que nunca se había puesto, el abrigo que la madre de Alejandro le había enviado hacia dos navidades para el niño... tenía un botón suelto. Gabriela olvidó coserlo.

Buenos Aires, eterna, espera.

23 de diciembre de 1998. 8.30 p.m.

Alejandro espera despierto la llegada del tren de las nueve. Esta vez el anciano no se dormiría, no perdería el tren.

...Y olvidó su tierra y sus ilusiones... se dijo que nunca más tomaría el tren, se dijo que nunca más volvería... una carta le informó de que su madre murió mientras le esperaba, mientras les esperaba a los tres.

Contempló una vez más la vía, las baldosas sobre las que una vez también caminó su hijo. Sacó un cigarrillo de su americana, como antaño. Ahora el tiempo se plegaba, esperó, sobre un suspiro, sobre el cabello perfumado de Gabriela que se aferraba a su brazo.

-¿Estás nerviosa? -preguntó Alejandro, sereno-. No tienes de qué preocuparte.

El niño había superado las altas fiebres que hicieron temer por su vida. Pronto estaría jugando, como los demás niños.

-Tengo que ir al servicio -dijo Alejandro.

-¿No puedes esperar?

Lo recordó, extraño, como en un reflejo quebrado. Apenas serían tres horas de viaje, tal vez el último de sus vidas. Sí, esta vez regresaban a Argentina para quedarse. No se movieron de aquel lugar, mientras Alejandro permanecía, años atrás, postrado en un recuerdo cambiante.

-Sí, creo que puedo esperar.

El niño se tumbó sobre el hombro de su madre y durmió.

-Está tan precioso...

Alejandro les miró, reflejos de un tiempo que existió. A veces, el tiempo refleja fantasmas. No se movió, y así les contempló. Gabriela también durmió.

Anciano, Alejandro bien sabía de aquel presentimiento: no terminaría el viaje, lo había visto en el espejo: hay trenes que jamás llegan a su destino. Cuando el reloj de la estación dio las nueve menos cinco, el tren ya se divisaba desde la lejanía, casi transparente. Alejandro se levantó, aún quedaba tiempo para otro cigarrillo. Alguien le tomó por detrás.

-¿Me esperabas?

-Sabía que vendrías, Gabriela.

No quiso girarse ni ver el rostro desencajado de antaño, mientras le miraba, por última vez, antes de decirle no, ya no te quiero. De reojo, escuchó su respiración, los pasos finos que se deslizaban en cada nuevo despertar. A veces, la observaba mientras dormía, respiraba tranquila, tendida a su lado, una mujer extraña a la que nunca llegaría a conocer, perdida en una estación sin billete. Gabriela le agarró del hombro, fuerte, no necesitaban ya mirarse. Allí dejaron el equipaje, sin sujeto. Juntos entraron una vez más, por vez primera. Se sentaron, con los ojos cerrados. Alejandro la abrazó, así lo había soñado, en un tren que, inexorable, se acercaba. El reloj de la estación dio las nueve, la máquina se ponía en marcha. Le tomó de la mano, él le

devolvió el abrazo. Tomó la pluma y escribió unas líneas para Gabriela. Dos palabras. El tren dejó la estación y se precipitó hacia la montaña, quedo, entre una nube rota y la noche clara.

Alejandro la abrazó antes de quedarse, ambos, dormidos. Nunca más despertaron. Ésta vez sí.

# UN HOMBRE MODERNO

Me voy a negar a dar mi nombre en caso de que me lo pidan (o no, porque me llamo Javier). No quiero entrar en conflictos, no quiero abusar de esta confianza que ustedes me otorgan leyendo estas tímidas líneas negándoles mi nombre.

Soy demócrata y cristiano, pero no se enfaden, puedo ser cualquier otra cosa si así lo desean.

Trabajo ocho horas diarias a pesar de que mi posición me permitiría vivir cómodamente sin hacerlo. ¿Por qué? Porque soy moderno y social y comprensivo y participativo y me preocupan los problemas del prójimo.

Entrego dinero a los pobres y a instituciones benéficas no para defraudar, no... Todas mis empresas y posesiones tienen un profundo carácter social y están constituidas desde una perspectiva ética, humilde y comunicativa.

Soy político, sí... porque la política (y en concreto, la democracia) es la mejor fórmula para la unión entre las personas. Soy de centro, como todo buen hombre... soy de izquierdas y de derechas, moderado y liberal y conservador y progresista.

Cuido mi cuerpo... y no lo hago por campañas publicitarias. Cuido mi cuerpo porque mi lema ha sido siempre Mens Sana In Corpore Sano. Intento cada día

buscar el equilibrio y el ejercicio me ayuda a encontrarme a mí mismo. Acudo dos horas diarias al gimnasio no sólo para tonificar mis músculos, sino también para encontrar la paz de espíritu.

No fumo. Este aspecto es importante. Respeto a los fumadores como respeto a todos los seres de la creación y sé que, con nuestro esfuerzo y comprensión, pronto llegarán a las mismas conclusiones.

No bebo pero participo en reuniones sociales en las que otros seres menos evolucionados consumen (siempre moderadamente, claro está) alcohol.

Me gusta la literatura, el cine, el teatro y cualquier otra actividad que me distraiga. No creo en el arte sin contenido social porque implica una falta de consideración para con la sociedad y, por ello, debe ser erradicado. Creo que un buen libro (como un buen relato o una buena película) debe servir para unir a la familia y servir al bien común.

Soy heterosexual pero respeto todas las formas nacionalmente aceptadas. Tengo amigos homosexuales y disfruto de su compañía.

En reuniones sociales, siempre he procurado no destacar, dejando para otros menos evolucionados esas formas individuales. Siempre he considerado mi presencia como un regalo.

No soy racista, ¿qué hombre moderno aún lo es? Creo

en la igualdad de razas.

No soy machista: el hombre y la mujer han sido creados por igual: tenemos el mismo derecho a ser explotados si así el Estado lo requiere.

# REFLEJOS

Tuvo que hacerlo, nunca le habían gustado los espejos...  
revelan rostros vacíos.

En la sala de interrogatorios de la comisaría del distrito centro de Málaga, el sospechoso permanecía delante de un espejo. El agente J. le observaba desde una dependencia contigua; le veía claramente gracias al típico truco que hacía de su dorso cristal translúcido: un espejo siempre es falso. Como tantas otras veces, escrutaba a través de aquel vidrio, tosco y sucio, delante del que había pasado horas, quizás años. El humo era espeso, como en una vieja película de los años treinta. Bostezó, quizá tuviese sueño, qué extraño.

-Aquí no se puede fumar -dijo agresivo.

Hacía seis meses que lo había dejado. No hubo respuesta por parte del acusado que parecía ausente, ebrio, tras un bigote prematuramente encanecido.

En el reflejo del cristal, J. peinó su cabello que crecía salvaje desde que su mujer le abandonara hacía seis meses, todos lo sabían. Cínico, reía por lo bajo mientras mantenía una seria actitud. Sólo estaba en la comisaría para cumplir con las labores rutinarias, lo justo. Tenía apenas treinta años y había llegado a teniente. Ahora, su nombre sonaba como candidato a director general de la policía. Había

momentos en que sólo podía recordar su sonrisa.

El caso no era importante, pero era mejor que seguir recibiendo e ignorando informes vagos de policías aún más vagos: crimen pasional. Una prostituta había sido asesinada en un hostal cercano... no merecía la pena investigar demasiado. El sospechoso, un extranjero medio borracho, apenas hablaba español... quizás necesitasen un traductor. Tenía algunos años más que él —al menos, estaba peor conservado— rasgos finos, casi ingleses, desarreglado... Entró en la habitación y encontró a la mujer, ya muerta, tendida en la cama... sobre la mesilla, una peluca negra.

Gracias al anonimato que permitía el cristal ahumado, J. le contemplaba con descaro, analizando cada uno de sus rasgos. De alguna manera, sabía que estaba allí aunque no parecía importarle. El sueño le vencía, incansable, agotador. Los párpados caían sobre su rostro, sujeto por ambas manos. Los detenidos solían mostrarse alterados, incluso a veces violentos. Éste, sin embargo, parecía querer ser llevado a la celda. Bostezó de nuevo.

-Tendremos que dejarlo para mañana —inquirió a través del interfono-. No se tiene Vd. en pie. ¿Ha conseguido dormir?... yo tampoco.

J. tenía el pelo cano, ligeramente largo —pequeño privilegio de un cargo para el que nunca estuvo preparado—

. Había llegado a la cima de su carrera: una exmujer a la que no quería y que no le soportaba, dos hijos a los que apenas conocía, una amante a la que esperaba no volver a ver, mucho tiempo por llenar y pocas amistades.

El apartamento le esperaba, sucio, seco; nada de valor y algunos recuerdos... aquella figura representando al dios Juracán, regalo de su amante, la que tantos rostros tuvo. No, ella no había destrozado su matrimonio, roto mucho antes de su llegada. Sin embargo, todo fue peor tras el divorcio, ella también cambió. Ahora, sólo le esperaba una cama vacía, como siempre. Estaba solo.

Tomó el informe y lo ojeó. El extranjero apenas hablaba español. La prostituta, no dejaba de ser irónico, era conocida por el nombre de Shin, sin duda un exótico apelativo para intentar parecer oriental. Trabajaba frecuentemente en aquel barrio cercano a su domicilio. Captaba a sus clientes en las calles adyacentes y, tras acordar el precio, ambos subían a la habitación. Veinte euros la media hora más cinco por la estancia. Tenían derecho a una ducha individual, un cenicero y una toalla que se cambiaba con cada cita. J. conocía bien aquel hostal.

J., teniente de policía del distrito centro de Málaga, padecía insomnio. Al contrario de lo que la gente cree, la

vigilia permanente no ocasiona graves perjuicios al enfermo (sobre todo si tiene un trabajo apasionante como el de revisar informes) sino que le sume en un extraño estado de paz constante. El enfermo llega a olvidar dormir, ha dejado por fin de necesitarlo..., olvida incluso si alguna vez lo hizo. Al principio, está intranquilo, extraño, fuera de sí; después, puede contemplarse a sí mismo en un tiempo doblado.

J. llevaba dos años y medio sin dormir. Su trabajo había dejado de ser ajetreado y casi no recordaba sus tiempos de novato: las guardias y las patrullas, los agotadores compañeros... Los informes se repetían ahora incansables y monótonos, se agitaban en espera de una revisión que jamás llegaría. Tomó un cigarrillo y fumó, y es que el insomne también olvida.

Se tumbó un momento sobre la cama y colocó sobre el edredón manchado el ceníceros y el paquete de cigarrillos, uno por noche, tal vez dos. Solía pasarlas mirando al techo, sin otra cosa que hacer. Años atrás, cuando su mujer llenaba las horas de quejas y desesperación, se había imaginado libre, manejando su vida a su antojo. El tiempo sería entonces algo trascendente, bello. Aprovecharía cada minuto, no malgastaría el futuro como había sucedido con el pasado, como hacían todos los otros. Ahora, seis meses después del divorcio, no podía dormir. Los momentos

eran, más que un regalo, una niebla que le permitía mirar, desde el techo, su propia alma tumbada en una habitación del número cuarenta y dos de una calle cualquiera de aquella ciudad demasiado mediterránea, como en un reflejo.

Solía esperar sin moverse hasta las seis y quince minutos. Tomaba entonces una ducha rápida y bajaba a tomar un café. ¿Para qué lo necesitaba? —a veces, todavía podía reírse de sí mismo-. El informe esperaba sobre la mesilla. Tomó su reloj, el único recuerdo que aún conservaba de su matrimonio (o el único que su mujer le permitió mantener) y salió, con una simple americana, en una despejada mañana de enero del malagueño distrito centro.

Fumó de nuevo -otra vez había olvidado que carecía de ese vicio-, se sentó en la mesa de siempre -casi una rutina sagrada-, a las seis y treinta y cinco. El libro le aburría, no podía comprenderlo, el autor comenzaba por donde otros suelen continuar, y terminaba como debería haber empezado. Desde luego, un caos intencionado, no buscaría ya su nombre en las antologías.

J. dejó el texto sobre la mesa, previsiblemente olvidado. Enfrente vio su imagen, reflejada sobre los cristales empañados de la ventana. Afuera, el gentío se hizo ensordecedor, unido a la sirena policial, tan familiar en los tiempos de patrulla: habían asesinado a una mujer, aquella

misma... ¿noche?, quizá podría pasar a echar un vistazo.

J. salió, apático y lúcido, el insomne siempre está despierto, nunca sabe donde está. Saludó a un par de agentes y subió, escasos treinta escalones le separaban de la escena. La habitación, ahumada pero fría, despedía un conocido olor a burdel barato, plástico quemado y ceniza húmeda. Pudo ver el cuerpo enseguida, en escorzo sobre la cama, con un aparente gesto de calma en sus ojos. Se trataba de una mujer a la que él bien conocía y que hacía llamarse Shin.

-Probablemente la habrá visto antes -le dijo el agente.

Varias veces la había visto mientras regresaba... Muy alejada del descaro en el vestir que reinaba en la zona, Shin solía vestir de cuello alto negro insinuando sus encantos, mucho más sensuales por ocultos. Una vez, le sonrió. Ambos subieron a su piso, ella se mostró calmada, casi elegante. Ya no tienes que molestarte en fingir. J. sólo la miró, entre sollozos ahogados, tumbada sobre la cama, dejando entrever, repetitiva, sus formas esquivas. La escrutaba, una y otra vez, no podría reconocerla. La que fue tantas mujeres, la que tantas ilusiones tuvo, allí postrada, sobre la cama desvencijada de una habitación por horas.

Ella jugaba a disfrazarse, él mismo la ayudaría con la

mascarada. Le encantaba elegir, junto a ella, el mejor maquillaje y la mejor peluca para la ocasión. Desde la lejanía, él la miraba, coqueto, celoso.

-Murió sobre las cinco de la mañana, ahogada -dijo otro detective, también de paisano.

La recordaba frente al espejo, siempre observándose, tratando de seducir a alguno de sus muchos reflejos ajenos. A J. nunca le gustaron los espejos.

Una tarde ella, nunca sabría su verdadero nombre, miraba por la ventana. Confesó venir de todas partes, había estado en Francia y en Berlín, en Petesburgo y Nueva York. No, nunca pertenecería a ningún lugar. Una vez, hacía años, la habían confundido con una actriz. Ella se dio media vuelta y lanzó una sonrisa perfecta, estudiada, de estrella. ¿Eres tú? Quizá lo era.

-Mi madre era una india, nací en una reserva, al lado del lago Hurón, y mi padre... No sé quién era mi padre.

Al día siguiente fingió ser italiana. Seducidos, los hombres se arremolinaban en torno a ella, lascivos. J. les miraba. No, ya no estaba celoso, ¿quién era en realidad? Jamás podría contemplar su rostro más que en un espejo.

-Cuenta la leyenda que, en Laguna de Tortuguero había una preciosa india. Tenía la muchacha un pretendiente español y otro de su aldea. Dudaba a quién elegir y, para

solucionar la cuestión, decidió proponer un curioso torneo: su amor sería para aquél que le regalase el objeto más bello. El indio le ofreció entonces un elaborado cemí representando a Juracán, dios de los vientos. El español, buen conocedor del mundo y mejor de las mujeres, le regaló un espejo. La india, contemplando su propio rostro, limpio y brillante, se enamoró perdidamente de la imagen, y su alma quedó presa en el reflejo. El español tomó entonces el espejo y se lo llevó consigo. Así, cada vez que miraba su rostro, veía también el alma de la muchacha, presa para siempre en su interior.

Unas semanas más tarde dijo que no fingiría, que esa noche iba a ser simplemente india. También mentía.

-Otra sin papeles -continuó el agente-, ¿cuántas van ya?

Fue algún tiempo después, J. no recordaba cuánto, cuando la encontró frente al escaparate. Ella le miró displicente, sin querer prestarle atención. Él se acercó suave, casi paternal, (sin pintar, con los labios frescos y las mejillas sonrosadas... casi parecía su hija, no la había vuelto a ver). Sin embargo, tenía trucos de adulta y sabía mil y un pretextos para continuar con sus representaciones. Hoy tocaba ofrecerle un cigarrillo para entablar conversación... otra “primera” conversación después de meses de

conversaciones “primeras”. No fumo, dijo él y, como en un recuerdo, vio su reflejo en el escaparate, como un fantasma sobre aquellas botas grises de tacón alto... ¿Verdad que son bonitas? Demasiado para una chica tan joven, demasiado para aquella india de largos cabellos rubios, al menos por unas horas. J. sacó un cigarrillo y fumó junto a ella. ¿Le importaría apagarlo? Replicó con voz profunda, de india dominadora. Él no obedeció -así estaba escrito en sus reglas-. ¿Está casado, tiene hijos? J. no respondió, ¿no conocía ya ella la respuesta?

La joven entró en su cuarto y se quedó toda la semana actuando como india. A él le gustaba tener a alguien cerca, ahora que había perdido toda esperanza de volver a ver a su antigua amante de elegante jersey de cuello alto negro, la misma de siempre. Me recuerdas a mi hija. ¿Es bonita? Es mi hija. No, no podía recordarla, llevaba ya mucho tiempo sin poder dormir, casi tanto que lo había olvidado. Ella abrió el armario de las bebidas, todavía reinaba cierto orden. Me gusta que un hombre beba. Algunas mujeres opinan que un hombre ebrio es estúpido, pero un hombre siempre lo es. Al menos uno ebrio es siempre divertido. J. Sonrió. ¿Bebe usted? J. se sentó en el sofá, necesitaba amueblar sus recuerdos.

La comisaría estaba desierta, cubierta por algunos

adornos vacíos, escasos. Recordaba la última Navidad junto a su familia. Todos lo sabían, nada volvería a ser como antes. Su mujer esperaba la ocasión, que las fiestas pasasen, sus suegros estaban de visita, más amables que ella. Una vez, las dos se encontraron. J. caminaba del brazo de su amante, la esposa se detuvo y, sin ofenderse, les saludó amablemente, como haría una dama. Al llegar, no hubo motivo de riña, ni siquiera una palabra más alta, sólo vacío. De eso hacía seis meses, tal vez un año, tal vez fue frente al reflejo de aquel escaparate, ahora desierto, en el que se exhibían unas finas botas de piel gris, tiempo.

El acusado continuaba en la celda, quizá sería un buen momento para ir a verle, ya se le habría pasado la borrachera.

A veces, el tiempo es como un reflejo, pasado y presente, como un sueño del que ya no se puede despertar. Ella leía el libro, en alto, tumbada sobre la cama, fumaba, se atusaba el cabello teñido aquel día de castaño. A veces, la veía dormir, en secreto la envidiaba. ¿Saldremos esta noche? Saldremos, saldremos. Tomaron la bocacalle, miraron a las prostitutas, ambos. ¿Verdad que sería divertido? No estaba seguro de eso.

Apuesto a que no podrías hacerlo. Se dispuso en la acera, con aire desen vuelto, las cuatro de la tarde de un día

cualquiera. Llevaba un leve vestido negro, elegante hasta para un estreno. Algunos hombres se fijaron en ella mientras J. se sometía otra vez a un papel que no deseaba, que nunca hubiera elegido y que le forzaba a representar una mujer mágica que se resistía a quedar encerrada en un espejo.

J. se acercó despacio, como en un susurro. Buenos días. Buenos días. ¿Busca algo? Quién sabe lo que la gente busca, tal vez mi alma atrapada en un espejo. Ella sonrió, J. estaba incómodo. ¿Duerme bien, agente? Perfectamente, creo estar soñando en este preciso momento. Me halaga usted, apenas soy una mujer que lucha por ganarse la vida, ¿considera algo inmoral lo que hago? J. La miró, nunca había estado tan deslumbrante. Apenas unos pocos euros compran mi cuerpo, y se ve usted distinguido, un hombre de mundo que no disfruta de una buena compañía hace mucho tiempo, ¿me equivoco? Tiene instinto, señorita, ¿cómo se llama? Llámeme Shin, ¿le gustan las orientales? Sabe, tiene usted en su mirada... algo familiar, ¿la conozco? Shin se acercó, presionando con sus botas grises de piel a J. Me temo que no, es mi primer día en la ciudad.

Subieron a la habitación, un bloque que se alquilaba por horas para las prostitutas y sus clientes. Ella se mostró desenvuelta, pacífica, casi cariñosa. Pagó los cinco euros y ambos entraron. Al fondo, un espejo oval reflejaba sus

rostros, se miraron. Él no se veía, era ella la que ocupaba aquel vacío plateado... con su perfil de india, de italiana, de dama de cuello negro.

Corrió las cortinas, la luz era insoportable. Necesitaba un escondite, volver a sus discretos sótanos, ajeno a aquel mar insolente que se reflejaba en el cielo, a aquel infinito espacio que se miraba en las olas, a los rostros que se confundían e identificaban. Se sentía ahogado, etéreo, perdido en aquel mundo abierto, claro, espejo de espumas blancas. Entre los brillos se sentía deslumbrado, entre las risas solo, siempre extraño. Necesitaba poseerla, atraparla para siempre en aquel espejo oval o se marcharía como su mujer, como su hija...

J. se sentó en la silla y apartó el paquete de cigarrillos mientras contemplaba la expresión, ahora más serena, del acusado. Todo murió, J., aquella tarde. ¿Recuerdas? Ella te sonrió, a través del espejo. De madrugada fuiste a aquel bar de ventanas tristes; leíste aquel libro incomprensible, olvidado como el tiempo. Fue tu ayudante quien te lo contó todo, no necesitaste preguntarle. Allí estabas, canturreando. Todos te miraban casi asustados. Ahora, ya nadie puede verte. Ellas se sentaron sobre la mesilla y Shin cerró las cortinas (todas, una, ellas siempre).

J. se había girado, cóncavo. Se acercó y apartó su pelo negro. La besó, suavemente. Despacio, se deshizo de la peluca negra. Tomó un pañuelo y lo humedeció con sus labios. Quitó con meticulosidad el cabello de su amante, sus amantes todas. Al fondo, el espejo contemplaba sus reflejos. Acarició los hombros desnudos de la joven y sonrió, una vez más, reflejado como en sueños. Pronto se aclarará, pronto. ¿Sabes? Me recuerdas a mi hija, tras los pómulos caídos y la nariz chata, ella siempre sonreía. Todas sonreímos cuando queremos haceros felices. La tomó y la tendió sobre la cama, blanca, como un copo de nieve que se precipita sobre la tierra, antaño seca. La acarició por última vez, a todas las acarició, todos los rostros de una actriz con un solo espectador. Ella sonrió, como hiciera el mismo día en el que nació, cuando la abrazó, cuando la tuvo por vez primera entre sus brazos. Sí, también la abrazó ahora, la abrazaría siempre, presionando su cuello despacio. También entonces pudo sentir su calor, su cuerpo débil que se encontraba por vez primera con el suyo. Horas después, miró hacia el espejo y no vio absolutamente nada que no fueran las cuatro paredes muertas de una habitación alquilada.

Cuando despertó, Joseph se encontraba en la sala de interrogatorios, a través del cristal que reflejaba su propio

sueño, que pudo ver al otro lado, opaco. Lo sintió, en una lengua ya muerta.

-Tuve que hacerlo -repitió una vez más el acusado, de bigote cano, a través del espejo atrapado.

# LA LEONA

El rugido de un león puede ser escuchado a ocho kilómetros de distancia.

A veces, Jena no podía dejar de escuchar aún los rugidos que llegaban desde el otro extremo de la selva. Tomó aliento antes de desperezarse, ¿cómo se sobrepondría a la tragedia? Jena, la leona solitaria, miró a sus cachorros y esperó unos momentos antes de continuar.

Había sido separada de la manada y bien sabía que ya no podría volver, al menos sin James. ¿Dónde estaría? James se había enfrentado con todos y la había protegido de Jules, la leona que impedía que Jena se acercase y buscase cobijo entre la manada de leones.

Pero desde que esto había sucedido habían pasado ya seis meses y Jena comenzaba a perder la confianza en volver a ser aceptada.

Cuando el gran león se acercó, James ya no estaba allí para protegerla... tendría que luchar en solitario.

Tres de sus cachorros consiguieron escapar, cobijándose entre unos matorrales cercanos. Jim, el más pequeño, murió casi sin ofrecer resistencia. Jena corrió sin mirar atrás, sin percibir la sed de sangre del gran león. Vuelve, James, vuelve.

El gran león permaneció unos momentos más al lado del

pequeño Jim... Jane pudo sentirlo por última vez mientras aún corría hacia los juncos y sus tres cachorros se refugiaban. Había logrado al fin salvar a tres de ellos... sin embargo, no podía olvidar al pequeño Jim. ¿Aún respiras, pequeño? Fue imposible no sentir su aliento seco mientras respiraba por última vez, sintiendo cómo las fauces del gran león se clavaban en su cuello.

Aún permanece su cadáver seco en el claro, aún esperando la llegada de su padre.

En un lejano lugar de África, sopla el viento y gime Jane, la leona solitaria.

Cuando Jane despertó, sus cachorros ya no estaban. Jane no se puso nerviosa, los cachorros de león son traviesos y les gusta explorar por ellos mismos. Recordaba perfectamente el día en el que nacieron, junto a su padre James. ¿Dónde estás? Les vio abrir los ojos... despacio y tranquilos. Thomas, un cachorrito macho pequeño y despierto; Gilbert, también macho... ¡qué contento se pondría James al verlos!; Dama, la primera hembra que Jena daba a luz...; y Ji, el último en nacer, quizá el más débil de todos.

Jim apenas reaccionó. Cuando se giró, el gran león ya apretaba sus colmillos en su cuello. Lo último que vio fue la espesa selva y un gran silencio, mientras sus hermanos

se dirigían hacia la espesura de los juncos desiertos.

Estaba agotada pero tranquila cuando miró a sus pequeños. ¿Cómo era posible? Bien conocía las costumbres de los machos, y cómo terminaban con la vida de los pequeños para convertirse en el compañero de la hembra. Lo comprendía pero, sin embargo, no dejaba de llamarle la atención. ¿Cómo podrían ser tan diferentes? No le gustaba el gran león pero Jane necesitaba compañía, ¿cómo podría sobrevivir sin la protección de un león?

Estiró sus patas y dos de sus cachorros aparecieron jugueteando entre los juncos secos: Dama y Gilbert, ¿dónde se habría metido Thomas? Más tarde le encontraría: era momento de alimentarles.

Los leones machos no cazan.

Los cachorros de los leones son criados en la manada por varias hembras.

Jane estaba sola, repudiada por la manada y había perdido a su protector, James.

Se arrastraba sobre dos patas para intentar no ahuyentar a una manada de ñus que se perfilaba a lo lejos... una cebra alejada de su manada se perdió... Jena tendría que cambiar de táctica, ya que las cebras son mucho más observadoras y la caza se perdería. Tomó aliento antes de precipitarse rápidamente hacia las presas, tropezando en una piedra y precipitándose hacia el barro: la manada parecía escapar

entre las garras de la solitaria Jena cuando uno de los ñus cayó también en la trampa de barro. Un par de dentelladas bastaron antes de que el animal se precipitase.

El animal sabía a sangre y miedo, aún caliente. Mientras devoraba los últimos trozos, pensó en Jim y en el gran león que le había dado muerte. Tiempo habrá para la venganza.

Ya los cachorros esperan ser alimentados. La noche esconde a la familia nómada en un lugar perdido de África.

Dos de los cachorros sobrevivieron y llegaron a adultos, Dama y Thobias... dos murieron: Jim y Gilbert, también asesinado por otro macho que pretendía ganar los favores de la hembra.

Jena no volvió a criar más cachorros y murió una noche clara, esperando a James, que le miraba desde el otro extremo del bosque, callado, silencioso.

James rugió por última vez a su lado. Jena cerró los ojos, plácida, tranquila, mientras aún permanecía entre los juncos secos y la selva espesa. Quizá mañana la caza sea mejor, ya sus cuatro cachorros esperan la sangre caliente.

# TÓPICOS

-El primer Dechaux murió siendo poco más que un adolescente. Sus labios se agrietaron, casi perdió por completo la conciencia, se desgarró, poco a poco, la piel. Sus dientes cayeron, uno a uno, consumidos también por la enfermedad.

-Al principio, sólo se acusa una pequeña pérdida de cabello, luego el individuo sufrirá una alopecia permanente. Si algún cabello surge, el paciente lo elimina, debido al insoportable dolor que, dicen, parece radicar en el interior del cuero cabelludo. Los individuos pierden la noción moral poco a poco, para convertirse, finalmente, en poco más que una masa de carne informe.

-Tu padre, Philip, murió hace ya varios años. Lo recordamos claramente, era un buen hombre, siempre pendiente de sus negocios y sus amantes. No creas, no le guardo rencor alguno, quizá por eso no me apena su muerte. Le vi degenerar, poco a poco, como ahora contemplo cómo tu hermana, paulatinamente, se nos escapa. No tiene porqué darnos pena. Un día, tú también sufrirás el mal de los Dechaux.

Ella aún dormía, a escasos cincuenta metros.

Philip Dechaux se atusó la corbata, gris a rayas. Lucía un

perfecto afeitado. El traje, en perfecto negro, quizá algo gastado, no importaba, había conocido tiempos mejores. Aún se mantenía «visible».

La agitación era palpable. La constante monotonía había dejado paso a un murmullo, aún leve, pero que poco a poco se iría incrementando a medida que la velada tomase cuerpo.

Su labor era sencilla. Tenía que encender la chimenea y prender las velas. Sobre la mesilla, su vieja pipa. La tomó. Dos cargas, no más. Se sentó en el viejo sofá, de cuero negro. La sonrisa, medio torcida. Cavendish, en «flakes», apenas quedaba para dos ocasiones, tendría que pedir más, nunca sería como antaño. El humo revoloteó y se prendió cercano a su lengua, suave.

Apenas restaba una hora para que la cena comenzara, ella dormiría. Demasiado silencio.

Ruido de platos, la maldita vajilla y la cubertería para los días especiales. En los mangos una inscripción: Dechaux. La conocía bien. Su cuarto distaba unos veinte metros del de ella. Cuando dejó su casa, apenas podía conciliar el sueño, insoportable.

La mesa se erigía impecable. Un centro la presidía, bordeado con rosas y aromatizado. Tres grandes velas rojas lo culminaban. Rodeando al mismo, pequeños cuencos con salsas orientales, algo de caviar y mariscos variados. Cuatro

tenedores, cuatro cuchillos, a ambos lados de los tres platos, dos cucharillas de postre de tamaños variados. Sohpie Dechaux ultimaba los preparativos, un «steak tartar» y sopa de marisco. Ella había despertado.

Antoine bebió una copa de coñac, sobre el sofá. Ojeaba, distraído, una revista inglesa. Antoine era uno de los dos hermanos que aún quedaban, junto con Philip. Podía oírla, claramente, agitarse entre las sábanas de lino. Hacía más de dos meses que no entraba en aquel cuarto. Antoine no se había afeitado, pero conservaba un aspecto seductor con su rostro espigado y sus ojos inteligentes, escrutadores. Se compuso el cabello, peinado hacia atrás, ligeramente largo, casi rozagante ya. Ella se había levantado.

Estaba todo listo. Nochebuena de mil novecientos setenta y tres. Philip prendía la chimenea y el aroma de su pipa impregnaba la habitación. Ella sufría de bronquitis, no podía soportar aquel olor. Sophie, madre de Philip y Antoine, dio la orden. Los comensales se dispusieron en sus sillas. Dos sitios libres. Aquella enfermedad había acabado con todos, comenzando con su padre. Sophie nada sabía, fue mucho más tarde cuando lo supo, una tarde como cualquier otra. Le vio consumirse día tras día, sin poder soportarlo. Ahora ya no importaba, era demasiado tarde para todos. Ella no se había contagiado. Sin médicos,

solían decir... Y es que hay enfermedades que se transmiten por el verbo.

La habitación era pequeña, una gran cama con cabecera de nogal, encimera, un baúl al fondo, un plato de comida pútrida. Ella se agitaba, febril. La luz se filtraba entre las rendijas, etérea. Lucía un elegante conjunto de cama, ahora ya roto. El pelo, largo, enredado, de aquel negro propio de toda su familia, antaño fuerte, ahora grasiento y escaso. Aún tenía recuerdos, frente al espejo, cuando cepillaba los largos cabellos, coquetos, lisos, fuertes.

El cóctel de gambas estaba delicioso. Los entremeses eran sin duda de lo mejor. Philip detestaba el gusto oriental heredado de su padre, pero tenía que reconocer que, en ciertas combinaciones se lograba un gusto realmente especial. Quizá demasiado dulce, aquel cóctel no sabía a gambas. Recetas familiares, sí, como la propia enfermedad. Se limpió a la servilleta, dispuesta sobre la rodilla derecha. Todo demasiado formal, siempre había sido así, fiel a la memoria de los muertos.

Antoine estaba feliz, sin duda tenía alguna nueva conquista. Sophie no tardaría en sacar el tema, más tarde. Los Dechaux jamás hablaban durante las comidas. Cuando los gritos eran más acusados, se hacía insoportable. Hacía

demasiado tiempo que no se permitían visitas en la casa. Antaño, la casa rebosaba vitalidad, con visitas de amigos y alguna personalidad. Pronto el mal se extendió, y sus amistades dejaron de interesarse, sin duda temerosos de ser contagiados. Aquel mal endémico sólo los Dechaux lo poseían. En cierta ocasión, su padre habló del mal como una bendición, Antoine nunca pudo entenderlo. ¿Cómo podría vivir sabiendo la fecha de su muerte? Ningún Dechaux había podido escapar de aquello.

Sophie miraba a sus hijos, orgullosa. Desde luego, Philip era su preferido, tan formal y estudioso. Era una pena, sí, pero al fin lo había comprendido. Demasiado ajo y mal picado, debería despedir a aquella cocinera. Sus hijos no lo sabían pero, cada Navidad, contrataba los servicios de una profesional para ayudarla con las tareas culinarias. Era una de aquellas «bellas mentiras» que tanto se obstinaba en conservar. Qué lástima. Pero se había prometido no verlo nunca más. Su marido había dado órdenes estrictas con respecto a la enfermedad. Nunca las pudo entender hasta aquel día. Antoine, de nueve años, había cogido la gripe, y Sophie velaba su cama. Aquel niño llegaba a temperaturas extremas, y solía aplicar paños fríos sobre la frente del infante para así rebajar la temperatura.

## LAMIAS

era autógenes-ayin un rayo de luz sin fin en el infinito en el vacío nada absoluta y en su rostro sin símbolo todo absoluto y los diez atributos sin viento ayin sof or y la verdad como el universo en diez potencias de luz infinita, la Palabra. Y así se llamó. Y se hizo el verbo en el punto: La construcción, el movimiento perpetuo sin dirección, sentido ni voluntad. No había firmamento ni Luna, sólo el Ser que se contemplaba a sí mismo, en el nacimiento de la Voluntad. Y así se creó. El Todo llamado a manifestarse, en misericordia, severidad e indulgencia, La Palabra mantenida en y por la Voluntad. Y así se dio forma. Tenía atributos y forma, potencia manifestada sin proyección, porque no existía el mundo, e imaginó el mundo y le dio aliento, y se hizo al verbo. Y así se hizo acción.

E imaginó el mal, y así se hizo La Tiniebla, y por ello fue que la justicia fue creada, y por ella La Ley y el hombre manifestado. Y así la llamó, la creó, así le dio forma, y así se hizo. Y Él mismo cumpliría La Ley, y a ella se sometería. Quedarían atrapados viento y estrellas, tierras y seres. Y surgió la duda, debido a La Tiniebla, por ley divina y por fin contemplaba su propio rostro reflejado en la creación, en las diez formas sagradas, en el alfabeto de veintidós símbolos. Cada dios se llamó y se dio forma, ya creado, y

en la forma se llamaron los dioses, de acuerdo a La Ley, tanto la luz como la tiniebla. Y así surgió La Forma y así hubo tiempo, y todo estaba sometido a su Ley. Y en el tiempo nació el ciclo y con él la idea, naturaleza diseñada. Y se miró en todo y vio El Rostro en la idea. Y por el pensamiento surgió la acción, y el fuego en colisión. Así se creó el Caos en la materia.

No pudo evitarlo.

Estaba la tierra encinta de la materia. En el inicio era voluntad, y de ella surgirían los monstruos y los dioses, por medio del Caos. La Madre de Todas las Cosas surgió desnuda de La Luz y separó al mar del cielo. Bailó la Madre sobre las olas y se levantó, creando así el viento. El viento la fecundó y de ella surgió la gran serpiente, llamada Leviatán. Fue Leviatán quien puso el Huevo del Mundo. Surgieron del Huevo todas las cosas: el sol, los planetas, las estrellas, ríos, árboles...

No había sobre la tierra criaturas vivientes, excepto la gran serpiente, y la Madre de Todas las Cosas miró todas las formas, y vio que no estaban sometidas. Quedó el Leviatán enfermo y se hinchó desproporcionadamente. Cuando su cuerpo no lo pudo soportar más, reventó el Leviatán y una progenie de monstruos similares a la gran serpiente surgieron de sus restos. Eran éstos de cuerpo

alargado y escamoso, pero respiraban el aire a través de unos orificios situados sobre su rostro. Poseían patas con las que caminaban, y su cuerpo finalizaba en una larga cola coronada en punta. Abrieron éstos los ojos y se miraron los hermanos de raza, y vieron los restos del Leviatán.

Eran estas primeras criaturas voraces y no contemplaban La Ley. Emitían gemidos y se retorcían de dolor, porque sus cuerpos estaban hinchados y purulentos. Manaban los monstruos sangre de sus innumerables heridas y el dolor les volvía locos. Murieron uno tras otro, unos devorados por sus hermanos de raza, y los que los exterminaban fenecían a consecuencia de las profundas heridas: así murieron, hasta que el último que aún quedaba se introdujo en las aguas, en las cuales todavía vive. Es éste el segundo Leviatán.

Gobernaba la tierra el Caos y el universo no tenía orden, entonces les entregaron La Ley. Miró la Madre de Todas las Cosas a La Ley y entonces se desgarró en dos mitades, una masculina y otra femenina, cumpliendo así con La Palabra. Fueron estas dos mitades a la tierra y se llamaron éstas Apsu "el Engendrador" y "la Madre" Tiamat. Vieron Apsu y Tiamat que la tierra no tenía orden y que los vientos gobernaban la creación. Atraparon a los vientos, y sobre éstos se mezclaron caóticamente. Produjeron Apsu y

Tiamat la generación más joven de dioses. Nacieron ya crecidos, con los órganos ya ordenados, infinitos en número e iguales a sus progenitores por especie, sometidos todos a La Ley.

Mandaron los dioses que el cielo fuese cielo y que éste mandase sobre los vientos, y que la tierra se encontrase situada bajo el cielo y los vientos la azotasen. Rodearon la tierra por los mares, y dejaron que el Leviatán los gobernase según la Ley. Dieron forma a los planetas y los ordenaron según el plan. Llamaron a los tres planetas principales Shemesh, Yareah y Kiyyun, y ocultaron los nombres de los siete astros menores restantes, y fueron sus nombres desde entonces secretos. Gobernaban Apsu y Tiamat sobre todos los dioses, y éstos respetaban sus palabras y obedecían sus mandatos. Vieron los dioses que todo ello era bueno porque estaba sometido a La Ley.

Se abrió entonces paso La Tiniebla entre los cielos, y éstos se oscurecieron. Eligió La Tiniebla a uno de los hijos de Tiamat, y se apoderó de él, haciéndole su esclavo. Se llamaba este dios Ea, y era conocido entre los suyos por su gran sabiduría y su extrema bondad. Guiado por La Tiniebla, tomó Ea a las aguas como aliadas y, mientras dormía, ahogaron a Apsu "El Engendrador".

Se retiró Ea a una cueva sobre las aguas, y allí se juntó

con La Tiniebla, que tomó características y forma femenina, y juntos engendraron legiones enteras de seres que podían sumergirse y respirar bajo el agua, así como respirar los vientos del cielo. De esta manera se hicieron poderosos y gobernaron los mares y sometieron a los dioses todos hijos de Apsu.

Eran sólo unos pocos los que no habían sido sometidos al poder de La Tiniebla, y había entre estos hijos de Tiamat uno especialmente valeroso y conocido por su extraordinaria mesura. Tenía éste por nombre Kingu, y tenía el cabello rojo del guerrero y el rostro templado y sereno del juez. La Madre Tiamat eligió a su hijo Kingu, llamado desde entonces y para siempre "El Justo", para que de su raíz creciese el que habría de liberar a sus hijos todos de La Tiniebla. Tomó Tiamat a Kingu y juntos yacieron, sin mirarse a la cara, como mandaba La Ley. Engendraron Tiamat y Kingu nuevos dioses y se prepararon éstos para vengarse de Ea "El Sabio".

Nació de la unión de madre e hijo un hombre valeroso y fuerte, de miembros ya crecidos, con las extraordinarias facultades de poder respirar bajo el agua y gobernar los vientos. Era su nombre Samalo, y todo en él era grande. Sucedió un día que, mientras corría para prepararse para el gran combate, se topó con uno de los hijos de Ea "El Sabio". Se llamaba éste Marduk. Era Marduk de estatura

media y ojos pequeños, tenía el cabello rasurado y los brazos pequeños. Desafió Marduk a Samalo. Éste, viendo las escasas virtudes físicas de su oponente, rehusó combatir con Marduk. Tomó Marduk una piedra y la lanzó contra Samalo, hiriéndolo en la cabeza. Se enfadó éste, y preso de la cólera, se precipitó sobre Marduk. Éste le derribó con habilidad y Samalo dio con su cabeza sobre una piedra del suelo, la sangre manó de su rostro y se desangró. Bebió Marduk la sangre de Samalo y así tomó sus fuerzas, creciéndole entonces el cabello. Desde entonces se conoce a Marduk con el sobrenombre de "El Guerrero".

Se presentó Marduk ante Tiamat y Kingu, y vieron éstos que era Marduk fuerte y valeroso, y que su corazón no albergaba deseos de venganza hacia su padre, sino ansias de hacer lo que está bien. Fue nombrado dios-hijo de Tiamat y se le preparó para enfrentarse con su padre Ea. Tiamat le enseñó a controlar los vientos y las mareas, y los poderes de la tormenta. Le mostró el camino verdadero y, finalmente, le mostró La Ley. Cuando partió Marduk a la caza del traidor Ea, su madre Tiamat le confió la palabra de cuatro letras con la que habría de derrotar a Ea "El Sabio".

Mandaron Tiamat y Kingu a sus ejércitos a luchar contra las legiones de monstruos surgidos de La Tiniebla y salió

Marduk a la búsqueda del traidor. Tras mil días de búsqueda y combates, alcanzó Marduk a su padre Ea. Contaba éste con grandes poderes, y gracias a La Tiniebla controlaba a su antojo los cuatro elementos. Con la ayuda de La Tiniebla, envió Ea una gran bola de fuego hacia Marduk, que no conocía el poder del fuego. Hirió mortalmente a Marduk, quien ya moribundo pronunció la palabra que su madre Tiamat le había confiado. Ante éstas, retrocedió Ea y huyó La Tiniebla, que conocía el poder más grande. Cayó fulminado Ea "El Sabio", disperso en cuatro pedazos, uno por cada letra del nombre. También se curaron las heridas de Marduk, por el poder de La Palabra. Cada uno de los cuatro trozos de Ea cayó en un lugar, dando origen a los cuatro mundos y desde entonces se les llama Azilut, Beriah, Yezirah y Asiyyah. Quedó reservado Azilut a las bestias que sobrevivieron a la batalla, mientras que permanecieron los dioses en el reino de Beriah. Fue el mundo de Yezirah reservado para los espíritus de los dioses muertos, y conservaron el mundo de Asiyyah para la existencia de los nuevos seres que habrían de nacer, según decía La Ley. De esta manera quedó el mundo definitivamente ordenado según La Ley.

Observó Tiamat La Ley y vio lo que había de hacer: tomó a su dios-hijo Marduk y yació con él, cumpliendo con esto las exigencias de no engendrar con su hijo natural. Sucedió

que el fuego que casi llegó a destrozar a Marduk le había dejado sin alma, y no pudo éste fecundar a su madre Tiamat. Se disfrazó entonces La Tiniebla con las formas de dios de Marduk, y con la voz más bella que jamás escuchó Tiamat, la tomó. Surgió de esta unión Lilith. Tenía Lilith el cuerpo costoso y los ojos encendidos como los de La Tiniebla. Poseía orejas puntiagudas y de su coxis surgía una pequeña cola. Nada más escapar del cuerpo de Tiamat, hablaba ya doce lenguas todavía no inventadas, aunque no podía comprenderlas. Poseía idéntica fuerza que Marduk y tenía la capacidad de efectuar los mismos prodigios que La Tiniebla y su madre Tiamat. Salió del vientre y su madre la bendijo con la palabra oculta, haciéndola de este modo inmortal. Fue su primer llanto una dulce canción, y con sus largas uñas desgarró el cuello de su madre Tiamat y separó el vientre de Marduk, quedándose entonces la humanidad sin sus padres primeros. Como era hija de La Tiniebla, era voraz como un animal, y no contemplaba La Ley. Devoró los restos de sus padres y se escondió para no ser capturada por los dioses, que se quedaron desolados ante la pérdida de los padres primeros. Dicen que lloró sangre cuando Lilith comprendió lo que había hecho, y entonces tomó definitivamente la forma humana y decidió huir, avergonzada de su naturaleza.

Habían sido abandonados los dioses en el reino Beriah,

huérfanos de su creador. Cumplían todos La Ley, tanto los dioses como los monstruos y las criaturas inferiores de la creación lo hacían, como la habían cumplido sus padres. Se encontraba el reino de Beriah sobre una enorme montaña situada sobre una gran llanura, guardada por una gran puerta. El reino estaba comunicado un enorme camino, que unía de forma natural las zonas. Todo el reino estaba repleto de árboles de cuyas ramas manaban frutos, de los cuales nacían otros árboles. Había también mil especies distintas de flores, y mil especies de aves surcaban los cielos, y mil dioses todo lo contemplaban. Tres brazos de un gran río recorrían el reino de Beriah, y sus cursos constituían los caminos que conducían a los otros tres reinos. Desconocían los dioses el arte de la procreación, por lo que fueron envejeciendo uno a uno, muriendo como estaba escrito. Como habían estado allí desde el principio, habían visto crecer los árboles, y nacer las flores de las semillas caídas. Al ver descender el número de sus hermanos, decidieron enterrar a los dioses muertos, y de las entrañas de la tierra surgió entonces una nueva progenie de seres sin cabellos sobre la cabeza, nacidos puros bajo la protección de La Ley. Así murieron uno tras otro todos los dioses, y la tierra quedó gobernada por seres nacidos sin cabello.

Mil noches anduvo desnuda Lilith a través del Mar, en el reino de Azilut. Era éste un gran mar recorrido por fuertes mareas en forma de remolinos. Eran sus aguas densas como el plomo y gélidas como el hielo, y sus fuertes corrientes desplazaban a los monstruos más débiles, que habitaban los remolinos. A medida que se avanzaba, la marea se proyectaba con más violencia y los remolinos se iban haciendo más y más pronunciados, descendiendo poco a poco hasta llegar al principio del océano, en el gran fondo donde se originaba el remolino primero, donde sólo existía La Tiniebla. Los seres más débiles y aquellos que no soportaban el insomnio eran precipitados hacia las orillas, donde sus cuerpos quedaban destrozados debido al impacto de las rocas. Por ello nadaban constantemente los hijos de La Tiniebla, en la noche cubierta de tinieblas, hacia el interior de aquel gran remolino. Gobernaba el Leviatán el reino de Azilut, y todos los seres de aspecto monstruoso que allí moraban cumplían La Ley.

En este lugar de noche se unió Lilith en pecado con los pocos monstruos y dragones engendrados que todavía continuaban vivos. Copulaba como las bestias y asimismo paría, bajo grandes gritos y fuertes convulsiones debidas al dolor. De su vientre surgían animales envueltos en una tela viscosa y verde, que desgarraban nada más nacer. Algunos nacían ya muertos, para servir de alimento a sus hermanos.

Eran monstruos voraces, y cuando habían terminado con los nacidos muertos se despedazaban unos a otros los miembros, devorándolos inmediatamente. Carecían estos seres de nombre, porque Lilith no había aprendido a utilizar el lenguaje y los signos misteriosos que conocía por ser hija de diosa. Parió durante mil años a una progenie de dragones y monstruos igual a los anteriores, de los cuales sólo unos pocos sobrevivían. Pasadas diez mil noches, e incapaz de mantenerse despierta, pronunció Lilith la palabra de cuatro signos que había escuchado por boca de su madre Tiamat, y de esta manera escapó Lilith del mundo de Azilut. Los monstruos la escucharon.

Tenía Lilith veinte años divinos cuando llegó al reino de Beriah, donde en otro tiempo habitaron los dioses. Se encontró en la falda de una montaña, ante una puerta que habría de guardar un lugar maravilloso. Recorrían el borde de la puerta unos signos que Lilith conocía, pero cuyo significado le era incierto. Leyó en voz alta y la puerta se abrió. Surgiendo del interior la embargó una luz brillante y cálida que casi la dejó ciega, porque había estado mil días sometida a la noche. Traspasó Lilith el umbral y se encontró ante un enorme jardín henchido de olores, pleno de árboles frutales como joyas radiantes y un río dividido en tres brazos, los cuales conducían a los mundos de

Azilut, Asiyyah y Yezirah. Había en el jardín animales que nunca antes había visto, y que no sabía nombrar. Corrían éstos a través del enorme huerto, y ninguno atacaba a sus hermanos, y el cielo resplandecía.

Existía en este lugar un hombre Kadmon, llamado así por haber sido el primero. Lilith lo observó durante largo rato: Brillaba como el mar su cuerpo lampiño, y con su gran estatura podía alcanzar los frutos de los árboles; poseía largas extremidades que le permitían moverse con rapidez, y en su boca se perfilaba un extraño gesto, una mueca recurrente que empleaba muy a menudo. Viéndolo, sintió Lilith deseos de procrear con él, y se acercó. No se asustó Kadmon, puesto que nunca había sido atacado por bestia alguna. Le acarició Lilith su cuerpo con sus largas uñas y le abrió la boca, y tocó su lengua. Se apartó finalmente de él, y así bailó durante dos largas horas, ante la incredulidad del hombre. Nunca habló. Luego le tumbó boca abajo y así nació el fuego que habría de inflamar a la especie. Lilith quedó encinta. Al finalizar, y ante el cansancio del varón, extendió Lilith su mano y trató de introducirla bajo el pecho de Kadmon para arrancarle el corazón. No lo consiguió, porque era el hombre muy fuerte, y por ello se marchó. Lilith había quedado encinta.

Conoció Kadmon a otra mujer de nombre Elohim, así

llamada en honor de la madre de todas las criaturas. Tenía Elohim una talla similar a la de su hermano. Era bella por ser fina de talle, y no era bestia ni animal como Lilith, porque sus manos no poseían garras. Al igual que Kadmon, lucía un aspecto totalmente lampiño: Ni siquiera sobre su cabeza tenía rastros de cabellos. Como Kadmon conocía el secreto del fuego, enseñó éste a Elohim, y juntos engendraron a Morel, el primero. Por el poder del fuego y de la palabra comenzó a crecer a partir de este momento el cabello sobre las cabezas de Kadmon y Elohim, y su hijo Morel nació también con cabello. Vivieron felices los tres en Beriah durante largos años, y desde entonces poseen los hijos de los hombres cabellos como llamaradas sobre sus cabezas.

Regresó Lilith con un niño entre los brazos. Con la voz más bella que jamás tuvo criatura de Dios, habló, pero Kadmon no entendió loo que Lilith decía. Había perdido la débil criatura los atributos de los dioses, y era en todo similar a Morel, hasta en los rizados bucles que lucía sobre su cabeza. El niño se llamó Nilen, y a partir de él nacerían los llamados "hijos del viento", y sus descendientes serían nómadas por los aires guiados. Fue Nilen el último hijo descendiente de dioses y el primero engendrado por los hombres. Regresó Lilith al mundo de Azilut, entre los

remolinos y los gritos de los condenados, donde todavía mora. Reina Lilith sobre un ejército de Lamias que seducen con sus dulces cantos a los hombres mientras duermen, y todo era bueno porque estaba sometido todo a La Ley.

## ARCILLA

Inmóvil en un trozo de arcilla, esperaba ser encontrada. Cuando el escultor terminó el boceto, una luz tenue, filtrada, perfilaba sus ojos descubiertos. Tal vez sea hoy, al fin, el día en el que toca morir.

La obra se resistía, como un poema a medio construir. La figura: mujer con el torso quebrado; el cuello retorcido, en escorzo, con los hombros desnudos y el vestido medio caído, largo, colgante sobre el flanco derecho. La dificultad estaba en la zona de la garganta, que parecía querer salirse del tronco. Irreal, demasiado frágil para la arcilla, quizá mármol, tal vez piedra.

Dispuso los bocetos sobre la mesa y los miró detenidamente, por última vez. Tras varios meses de trabajo, podría comenzar. Tomó un cigarrillo y se sentó, no lo fumaría, sólo le gustaba el tacto del filtro en sus labios, ya secos. Tosió..., esperaba poder al menos continuar algunos meses más, estaba cansado, estaba cansado, cansado..., enfermo.

La luz era ideal, filtrada, resplandeciente. Tras varios minutos, decidió disponer los bocetos sobre las paredes de su estudio y, sin dilación, empezar a trabajar en la figura. Muchos criticaban su método de trabajo. Le gustaba

plasmar sobre el papel la idea, la obra verdadera, mientras que la manifestación última, la escultura, siempre le había parecido algo irreal, apagado... Sus manos, torpes y pequeñas, nunca habían tenido la destreza necesaria. No sucedía, sin embargo, lo mismo con el lápiz. Los trazos eran seguros, en abstracción perfecta. Nunca dudó de las líneas, que emanaban naturalmente, conformando y perfilando una figura, ahora ya fuera de su imaginación, mil veces más maravillosa. Descansó, todo estaba dispuesto.

Strauss, la mejor elección para una labor tan poco grata. El escultor, anciano, enfermo, ajustó la aguja del tocadiscos, pronto los primeros violines, solitarios, in crescendo, dejarán paso a la orquesta. Los meses de preparación, de intelectualización... Perder el tiempo, lúgido, verdadera pasión de todo artista. Un tres por cuatro sencillo, en torno a unas manos arrugadas: sencillez, siempre maravillosa.

Dispuesta, encerrada en un trozo de arcilla de un metro de altura, la imagen esperaba ser descubierta, como bien diría el florentino.

Sonrió, por fin, lago azul de violines serenos.

Cuando el médico le dio la noticia, no pudo sentir lástima. Nada quedaba por hacer. Dicen que la vida de un hombre se mide por sus obras y logros, por su familia...,

por aquellos que le han querido y aquellos a los que ha querido. No era religioso, tampoco esperaba una condena. Cuando, con catorce años, hizo su primera figura modelada con arcilla, la miró a los ojos, pudo ver una luz que dimanaba de aquel rostro, más humano, más feliz. La pequeña escultura le sonrió. Nadie amaba al escultor.

Continuó, preferiría haber pintado, nunca lo había logrado. En cambio, sus esculturas pronto fueron bien consideradas, tomado por una especie de sucesor de Rodin por su aplicación en los detalles y fuerza manierista. Bastaba ver las figuras correspondientes a la Divina Comedia, las formas retorcidas, miguelangelescas, irreales. Una vez, tuvo en su estudio unas manos moldeadas por el mismísimo, el único: las vendió, no las merecía. El escultor era mediocre.

Los violines clarearon, la figura esperaba.

La arcilla, mineral procedente de la descomposición de rocas con feldespato, se caracteriza por su plasticidad al mezclarse con agua, así como su endurecimiento al ser sometido a temperaturas superiores a los ochocientos grados centígrados.

Aquella última figura, como el primer hallazgo de una escultura de la humanidad, estaba hecha de arcilla. Una mujer: su madre, desde luego. Los brazos torcidos sobre la

cabeza, el cuello que, desproporcionadamente, pretendía escapar del cuerpo, incoherente. Una buena forma de terminar, ¿qué podría matarlo ahora?

Fumó, tranquilo. Aspiró suave el humo penetrando en sus pulmones. ¿Por qué dejarlo? Tienen miedo a morir, el mismo escultor también podía sentirlo, no por lo que pudiera dejar, no había sido mucho, no por aquellos a los que quería, simplemente por no estar: el estado de angustia que precede al enfrentamiento con un infinito en el que no creía, en el que sí confiaba.

Comenzó por eliminar el gran trozo correspondiente a la cabeza, dejando espacio para los brazos y las piernas, sólo era cuestión de rescatarla... Hacía tanto tiempo que ya no estaba... La recordaba feliz, en aquellos primeros tiempos en el que el niño, alguna vez, podría ser niño. Pronto ambos olvidaron, y también su madre se olvidó de ser madre. La recordaba sonriente, nunca orgullosa, tal vez algún día la echaría de menos. ¿Qué es eso que tienes en las manos? Una escultura, mamá. Eres tú, mira. No se parece a mí, es absurda, tiene el cuello largo y los brazos gordos. Apártala. Murió una tarde de verano, embutida en un costoso vestido negro: la mortaja, la llamaban. Rió sonoramente cuando se la puso. Tal vez sea hoy, al fin, el día en el que toca morir. Las fiebres comenzaron aquella misma mañana, prolongando su agonía una semana. Nadie

llamó al médico. Su padre, con todo el peso de una vida, esperó, sólo esperó.

La granja, apartada de todo. Había un gran jardín con una lluvia de rosas que la rodeaba, espesa, antes de llegar al bosque. Tejado esmeralda, enredaderas y un gran claro al fondo. La luna, centelleante, había quebrado, por fin, su vida. No, no hubo palabras de consuelo, se descompuso, nada más. Aquella misma noche, su hermano mayor se fue, para no volver a regresar jamás. El escultor, sereno, dejó la pequeña escultura junto al cadáver de su madre.

Mientras la sombra de los ojos se perfilaba, escasa, tomó aire y respiró, otra calada más, una sombra en el espejo, reflejaba el semblante, despierto, del que nada tiene que perder. El escultor apostó, todo.

A veces, observaba a su padre, en secreto, con la pipa sobre los labios, cansados, esperaba. Ella, a veces, rezaba, junto a la luna, por un hijo al que, una vez, quiso. Esperó, mientras perfilaba sus formas, femeninas, exageradas en su recuerdo, irreales. Murió, sin un gesto, mezquina, junto a la escultura que odiaba.

Se tambaleó un momento, mientras dibujaba el espacio de las piernas, entrecruzadas. La figura, de pie, sobre un fondo estrellado, respiraba profunda. Sobre una informe masa descansaba, mientras el espacio, cercano al rostro, en

donde debían estar sus manos, aún permanecía vacío, lleno: arcilla. Fumó, de nuevo, tosió, una vez más.

Cuando la hora se acercaba, su padre descansaba cercano, mientras fumaba en su pipa holandesa una picadura de escasa calidad. Se acercó al escultor: ¿Vivirá? Ha muerto. El médico jamás llegó. El escultor se sabía enfermo, cáncer de pulmón, no le importó demasiado, mientras tomaba las medidas directamente del primer boceto, con la boca abierta, la Medusa de Caravaggio.

Quedaba poco tiempo, la arcilla no debía secarse. Tomó aliento. Con los dedos aún húmedos, cogió la navaja y se deshizo de un gran trozo, que amenazaba con descomponer la figura. Plegó los cabellos y les dio forma, esgrimió sus pechos y atusó su vestido, madre muerta. Se separó, por un momento, descansó para así poder contemplarla, con un sólo espacio vacío. El vals agonizaba.

Tomó la navaja pequeña y se dispuso con la parte principal de la figura. Perfiló primero el espacio entre el rostro y las manos, que lo taparían finalmente. Describió sus ojos, semi-cerrados, opacos, mirando hacia arriba..., con la boca abierta. Ahora las manos, tributo al único, retorcidas, en aparente calma. Perfiló el rostro, hocico pleno, mirada vacía, llameante, maternal, cruel.

Escasa, la madre yacía pétreas en arcilla fresca. Sólo

restaba el aliento de fuego, seco.

-Has nacido.

El gran horno se calentaba. Sólo restaban unos minutos. La figura, ahora ya rescatada de su cárcel, descansaba, con las manos dispuestas sobre el rostro, oculto, entremezcladas, neoclásicas. Terminó por pulir un par de detalles, describir una uña y ajustar el vuelo del vestido.

Entró en la habitación y, ante el espejo, en una cabaña, vigilados por una escultura de arcilla, perfiló sus cabellos, enfermos, caídos sobre los hombros desnudos, yertos.

Sintió un chasquido, tal vez se acercaba, siempre lo había imaginado de otra manera. El humo llenaba, al fin, el estudio del artista. El tocadiscos, llegada la hora, detuvo su acorde.

Estaba listo. Podía sentir el calor desde el gran horno. Los bocetos, que cubrían sus paredes, le miraban. El trabajo de toda una vida, míralo... La miró a los ojos, a través de las manos. Ven. Petrificado, escasos, se miraron, una vez más, catorce años, pequeña o grande. El escultor dejó el cigarrillo. Ven, ven. Abrió las puertas del horno, como Rodin abrió también sus puertas de fantasmas y cíclopes, besos y versos, en un retruécano. La miró de nuevo, espeso por el humo. No podía moverse, nunca más podría.

En un último gesto, empujó la figura hacia el interior del horno. Real, con el cuello alargado, boca abierta de gorgona fecunda... Cerró las puertas y, frente a ella, su figura rescatada, se sentó. Tal vez sea hoy, al fin, el día en el que toca morir.

Lo escuchó, certero, real como nunca, frente a los dibujos y bocetos, al lado de una vida que, al fin, tocaba terminar. Ven -dijo- Ven. La miró unos minutos más, mientras el calor llenaba por completo la habitación. Tomó otro cigarrillo y la miró, mientras las palabras se hacían audibles, casi como un grito, en sus puertas.

El escultor respiró, profundo, mientras la figura separaba, lentamente, sus manos, perfectas, del rostro. Le miró, así, por vez primera, mientras las llamas consumían sus cabellos, quebrados. Ven. Los brazos de la madre se extendieron, mientras las uñas se desprendían de las manos, que se fundían, líquidas ahora.

Los ojos se abrieron y el rostro entero de la figura se giró, ahora rescatada de su cárcel de arcilla. El escultor pudo ver como una llama alumbraba sus rostros, fundidos. Al fin, la figura le miró, directamente. Sonrió, leve, figura de arcilla rota, antes de ser destruida, perdonada.

Había nacido, por un momento.

# LA TORMENTA

Con un saludo forzado, Anna se dirigió a su camarote, dejando a su ceñuda y feliz hermana en compañía del caballero. Luego le contaría, estaba claro, las grandes historias que ambos narraron, lo feliz que se sintió en su compañía..., pero lo inconveniente de su presencia. Solía emplear esta táctica para librarse de ella cuando un hombre le gustaba de verdad, lo que nunca sabía en realidad, ya que carecía totalmente de gusto.

Sería siempre mejor ir al camarote y tratar de escribir algunas líneas sobre Artemisia, la que dieron en llamar «primera mujer pirata de la historia». De alguna manera, también se sentía presa de esa incombustible necesidad, tan inglesa a la vez, de aventura, de recorrer mares y encontrar nuevos caminos por las américa. Sus antepasados, más pendientes de las rutas comerciales que de las artísticas, habían hecho alguna fortuna que dio a la familia el calificativo de «respetable». Toda aquella belleza que tan lascivamente dilapidaba su hermana, todo aquel paraje incommensurable, preciosista, casi espirpético, le hacía recordar las historias sobre piratas y bucaneros, quizá a un Walter Scott (y es que siempre hay una historia romántica en las novelas). Se sentía como Artemisia comandando cinco navíos, con su rey Jerjes pendiente, orgulloso,

admirativo. Sí, la verdadera guerra la libró ella, contra un ejército invisible, aún hoy la sigue librando, en una isla griega, serena, altiva, femenina y siempre fiel. Isabelle, lo había olvidado.

Anna cerró las cortinas. No se escuchó, pero pudo sentirlo, como un ligero escalofrío. No pudo siquiera confesarlo cuando era una niña, se dijo solícita. Brontofobia, le habrían dicho más tarde. Con el tiempo, había logrado controlarlo. No se diferenciaba tanto de su hermana, ambas eran unas mentirosas.

De pequeña, solía contar, como le recomendaba su madre. Si contaba, la tormenta se alejaría, una buena manera de mantenerla ocupada.

-Cuenta, Anna -decía, con aquella voz acogedora-. Cada vez, verás que podrás contar más números desde que ves su resplandor hasta que lo escuchas. Así sabrás que la tormenta, al fin, se aleja.

También esta vez lo hizo. No, no podía, cada vez estaba más cerca: maldito el día en el que Isabelle la convenció para hacer este crucero por las islas Cícladas, por el Peloponeso. No podía olvidar a Byron ni a Artemisia. Todas las historias estaban ahora allí, junto a ella, seres valerosos sin importar el sexo o la condición, seres que, un día, también velaron armas en estas costas.

Llamaron. Sabía qué dirían, ¿para qué contestar?

Rápidamente se escuchó un murmullo general, seguido de un inmenso silencio: tenían miedo, todos temen a las tormentas, todos la temen, no sólo Anna e Isabelle. Se podían escuchar a los niños, molestos por tener que encerrarse en los camarotes, a las madres, siempre molestas.

¿Dónde estaría?

Dejaron su cuerpo sobre el hielo, que amenazaba con quebrarse. Su madre, siempre la recordaría exquisita, a veces perversa, siempre distante. Aquel día sería el único que la contemplaría con el cabello suelto, con el rostro sereno, elegante.

No podía quitarse, ahora, su imagen de la mente. Contaba, desesperada casi, mientras el camarote, cada vez más pequeño, comenzaba ya a dar vueltas. ¿Qué hacía allí? No, debería salir a buscarla. No dispuso sombrero alguno, podía escuchar la voz de algún miembro de la tripulación, que rogaba a los pasajeros que continuasen en sus camarotes, ¿qué hacer entonces? Quizá estaría con aquel hombre... ¡No, aquello era ridículo incluso para su hermana! El barco la zarandeaba, y la cabeza de Anna parecía ir de un extremo a otro. Se podía ver, a través de los amplios ventanales, la silueta encendida del agua, chapoteando y riendo, con sus largos cabellos que se

extendían sobre el barco, endeble. Se imaginó como Artemisia, en aquellos mismos mares, sosteniendo una lanza y sin miedo a las olas, lejos de aquellos tiempos que ahora vivía, de una hermana que ponía en juego su vida por cualquier motivo. El trueno retumbó de nuevo.

Los pensamientos se apelotonaban, mezclados en una nube gris, tal vez recuerdos. A veces, Anna no podía distinguirlos de la realidad. Cuando era pequeña, solía refugiarse en el interior de la cama, con las mantas sobre sí. Así, nadie podría tocarla, ni la muerte, ni el futuro..., ni el agua, que había comenzado a filtrarse por entre las paredes superiores de la embarcación. Sí, cualquier motivo que le recordase lejanamente el agua la llenaba de pavor, de un miedo irracional, angustia que llaman algunos. Vio sus cabellos, tras salir del lago en el que se ahogó, de nuevo, no pudo concentrarse. Había un niño, probablemente perdido, quizás salió a jugar, pudo sentir su brazo, que le reclamaba, tirando de ella. No pudo escucharlo, sorda.

El barco se zarandeaba, más y más, mientras Anna, inconsciente, recordaba a Artemisia de Halicarnaso, ante la flota griega. Se imaginó, por un momento, con el casco persa, mientras recorría de un lugar a otro los camarotes, ¿dónde diablos estaría? Por un momento, se tranquilizó, ya ninguna ola podría con su alma, mientras, ahora, Artemisia le infundiese valor. No, Anna no pensaba en lo ridículo de

la situación, podría haberse sonreído. Al menos, no tendría miedo, nunca más podría tenerlo, mientras Jerjes la esperaba, la observaba, valeroso, valerosa, dirá Herodoto.

Los cinco barcos, se dijo, tendrían que envolver a las tropas griegas y destruirlas, rápidamente, sin dejarles un momento para respirar..., cubierta las espesas tablas de cemento, lacio. El resto no servirían de nada, bien lo sabía. Tomaría la delantera a Jerjes, que se quedaría rezagado, desde la montaña la contemplaba, para finalmente atacar, con el propio barco que ella comandaba, al navío griego. Así vencería, así sería, por siempre, recordada, mientras recorría los largos pasillos sin final, ¿había pasado ya por allí?

No estaba mareada, no podría estarlo. Se golpeó la cabeza, no cayó. El viento soplabía en el exterior, casi podía sentirlo caer sobre su fino vestido, con mangas de seda. Grecia sería su tumba, su misterio, como fue el misterio de Byron y de Artemisia. Tuvo aquel presentimiento, que pronto desterraría. Los barcos modernos tienen todas las comodidades y están preparados para soportar los más grandes temporales, podemos conocer el estado del tiempo y cuándo se acerca una tormenta, ¿acaso es posible que no lo hubieran medido? No, claro que no: la historia no era la de Lepanto, en la que una tormenta inesperada cambió definitivamente el curso de la batalla. Las voces, sordas, se

agolpaban, ¿qué hacía en aquella parte del barco cuando Isabelle, probablemente, estaría en el exterior? Sí, no podía refugiarse de las inclemencias, temer unos elementos que, desde siempre, habían sido sus aliados, desde que su madre salió, con los cabellos extendidos, del lago helado. Se imaginó también con la lira, mientras la Naumaquia se desarrollaba, estúpida, como un juego en el tiempo, precipitado.

Había dos miembros de la tripulación que instaban a los pasajeros a volver a sus camarotes, con el rostro visiblemente nervioso. ¡Desde luego que no! Antes tendría que encontrar a Isabelle, no podría dejar solo a Jerjes en la batalla. Desde la ventana de la casa, miraba ella también, Anabelle dividida.

Al fin, se vio en el exterior de la cubierta, sola, mientras el viento azotaba sus mejillas, ahora por fin libres, fuertes, valerosas. Artemisia veía una flota de tres barcos a babor, mientras los de la derecha parecían un poco más alejados. Resbaló, poco importaba, tenía que vencer, no podía permitirse que sus hombres cayeran en manos enemigas. Tomó aliento y levantó la mano. Era la señal para virar, rápidamente, enfrentándose directamente con el enemigo, sin ambages ni retruécanos. Le miraban, bien lo sabía, no estaba aún loca, sólo necesitaba fingirlo. En algún lugar,

estaba Isabelle, sin saberlo. Podía ver las olas, que se precipitaban y caían, ahora ya profundas, silenciosas.

Justo antes de precipitarse por cubierta, pudo escuchar una voz que le gritaba. Jerjes, sin duda, admirado. Sonrió. El mar no estaba frío. Pudo sentir un inmenso silencio que la rodeaba, despacio, casi adueñándose de ella.

Descendió despacio entre las aguas, tras un fuerte golpe, lento y sosegado. La vio ahora, también sonriente, abrió los ojos y la tomó de su mano.

-Madre.

Podía divisar en lo alto las luces del barco. Desde el interior, casi podía escuchar los lamentos de los pasajeros, sus gritos e imprecaciones, tal vez sólo lo imaginaba. La miró, por un momento, mientras ella, ellas, abrían los brazos. Podía ver al fondo las rocas, frías, sólo necesitaría extender su mano. A veces, el cuerpo no flota. Sentía sus pies calientes. Dejó caer los zapatos que la ataban, tal vez lo último. Su madre la miró, despacio, con el cabello liso, suelto, negro.

-Anabelle, Anabelle.

Abrió los ojos, lentamente, mientras una mano trataba de empujarla hacia el exterior. Sí, sabía la verdad de Isabelle, no podría olvidarla por más que se afanase. Ya no pensaba en aquel caballero, al que dejó inmediatamente, le vio como a través del espejo, despacio, mientras marchaba, mientras

ambas se alejaban. Cuando dejó a su hermana, se levantó y fue a cubierta. Escuchó un momento el rugir de las olas, antes de que la tormenta se desatase. No tenía más que hacer. Miró las islas, al fondo, el crucero no tardaría en tomar tierra. Isabelle miró cómo la espuma se deslizaba entre las aguas, el mar azul y negro, por el que Byron y Artemisia habían también pasado, velado sus armas, cada uno a su manera. Sí, habían buscado un lugar en el que, finalmente, hallar la paz. La encontraron con la muerte, el mismo rostro que ahora Annabelle contemplaba, sin miedo, maternal. Isabelle no podría comprenderlo, nunca podría, allí, en lo más profundo del mar, mientras podía sentir la corriente acariciando su piel.

No sentía ya necesidad de respirar, tranquila, acompasada, casi febril. ¿Alguna vez lo había hecho? Descansó un momento, justo antes de volver a sentir la mano. Imaginó que era la del niño, que había vuelto a salvarla, imaginó también a su madre, ahogada en un mundo de costumbres, una red de la que no podía escapar. Al fin, fue libre, ahogada en un lago helado mientras su única hija, Annabelle, contemplaba su cadáver.

Anabelle abrió los ojos y nadó, fuerte, apretó los dientes como ya hiciera Artemisia, como hiciera Byron antes de morir, despreciando todo aquello que, de una manera inevitable, tendría también que suceder.

Cuando alcanzó el cielo, Anabelle respiró, despacio. Contempló la noche y las estrellas, ahora calmadas. Agitó los brazos y descansó, por un momento, con la luna al frente, despacio, mientras comenzaba a escuchar a la tripulación que algo le gritaba. La había visto, una vez más, desde la ventana, mientras corría a su encuentro, mientras se ahogaba, serena, en un lago helado.

Nadó unos minutos. Así ha de ser. Pudo ver también al caballero, americano, pensaba, cómo la miraba con lástima, altivo. Miró las estrellas y respiró, serena, bajo los gritos ahogados que venían del exterior, vacío.

Escuchó el batir de las olas, la historia y el tiempo: silencio.

# EL ENTERRADOR

Aquélla fue una extraña noche. Ella estaba allí, presente sin poder verla, como una sensación de melancolía que te atrapa sin quererlo.

Cuando despertó, la había olvidado.

Cada mañana, Solís solía levantarse a las doce después de un sueño reparador. Se afeitaba y acicalaba un poco más de lo que la higiene y el buen gusto masculino recomiendan. Sólo unos minutos más tarde, tomaba un buen tazón de cereales acompañados con miel y almendras (porque nuestro ya amigo Solís cuidaba también con riguroso esmero su dieta) y se dirigía al jardín... Un ligero olor a jazmines y magnolias le saludaba y animaba a comenzar su particular tabla gimnástica.

Respiraba no una ni dos... ¡Respiraba tres veces! Y con voz suave pero profunda, ansiosa pero elegante... clamaba:  
-¡Fíigaro! –imitando el aria de “El Barbero de Sevilla” de Rossini, ópera preferida de Solís.

Tras los primeros ejercicios de vocalización llegaban los físicos: caminaba unos diez pasos, extendía sus brazos y daba no una ni dos (¿lo adivinan?)... ¡Daba tres palmadas!, seguidas de un sonoro:

-¡Figaroooooooooooooo!

Continuaba así durante unos diez minutos y después pasaba a los ejercicios de respiración más profundos. Flexionaba las rodillas mientras daba las pertinentes palmadas y, cual rana, pronunciaba esas terribles palabras que nunca nadie quiere oír:

-ESTARAAÁ EN UN LUGAAAR MEJOOOOOR.

Cuando terminaba su particular tabla gimnástica, dejaba el jardín y ya de regreso, dentro de la casa, tomaba un vaso de agua y se duchaba. El traje negro, de luto riguroso, esperaba en el armario. Una asistenta venía dos veces a la semana para planchar y cepillar sus chaquetas y pantalones (desde luego, todos eran solemnes, dignos de alguien que trabaja para una funeraria).

La penúltima tarea que debía acometer antes de abandonar su morada era cepillar su pelo (y aplicar el ritual baño de gomina)... ¿Cuál era la última? Solís, tal vez, la olvidó aquel día.

Tomó el autobús sobre la una y media (tan puntual, tan inglés) acongojado por un extraño presentimiento. ¿Le faltaba algo? En los veinte años que habían transcurrido desde que entró a trabajar en aquella compañía mortuoria, jamás se le había escapado un solo detalle ni olvidado dato alguno (es un trabajo escrupuloso y conciso, y sólo las personas más ordenadas y afables pueden optar a

semejante puesto). ¿Era posible que hubiera olvidado algo al fin?

Llegó a la funeraria cinco minutos antes de su hora (antelación perfectamente calculada, elegante aunque no excesiva: Solís era trabajador pero no comunista). Repasó con mimo todos los detalles de su indumentaria ante el espejo del recibidor, desde el cabello hasta el pulcro smoking estaba todo perfecto. Ni un pelo de más asomaba en sus patillas cortadas al estilo de los años setenta (no por trabajar en una funeraria se tiene que prescindir de ese toque de excentricidad a veces encantador), ni una mancha afeaba su blanca camisa, ni una arruga su corbata de seda, ni una sonrisa su adusto rostro... ¿Qué fallaba entonces? Antes de abandonar el recibidor, volvió a tener la misma incómoda sensación, esta vez aún más próxima y evidente: ¿olvidaba algo?

Se dirigió despacio hacia el gran hall y se sentó esperando unas órdenes que no tardaron en llegar a través un micrófono instalado en el techo:

-¡Solís! —la voz sonaba metálica y con eco-. ¡Tienes trabajo!

Su jefe no era un mal tipo, o al menos eso pensaba él, porque nunca lo había visto y llevaba veinte años recibiendo sus órdenes a través de aquel artefacto. Aquella medida le agradaba y siempre había creído que era de muy

buen gusto no mandar cara a cara..., resultaría violento.

-¡Maquíllala antes de que se pudra! –prosiguió la voz metálica.

Los clientes más arduos para un maquillador de muertos eran los atropellados. Hasta aquel día, sólo había visto a uno. No pudo hacer gran cosa por él, porque el muerto se había fracturado la mandíbula y abrió la boca en medio del funeral.

Sin embargo, Solís era experto en componer los cadáveres de los que habían sufrido grave enfermedad. Todos en la ciudad sabían de su habilidad para rejuvenecer a los que habían fallecido de cáncer o infarto. También era un manitas rejuveneciendo los cadáveres de los ancianos (más de una vez le dijeron que no parecía el difunto, que tenía veinte años menos... incluso llegaron a denunciar a la funeraria por haber confundido el muerto)...

-¿Qué había olvidado? –Aquella irritante sensación de vacío no le abandonaba.

Se encaminó a la sala fría (como solían llamar al lugar en el que Solís obraba sus “milagros”), se lavó las manos y preparó el instrumental médico. El maquillaje era sólo la parte más vistosa de su trabajo, también había que arreglar y recomponer las facciones del difunto, coser y pegar algunos trozos mal compensados (sobre todo si se trataba de personas que habían padecido enfermedad mental, ya

que la simetría en el rostro brillaba por su ausencia). Aquella iba a ser, sin duda, una de sus más prolongadas jornadas de trabajo, sí, pero también iba a suponer un gran desafío profesional.

Destapó a la muerta con mimo, casi con cariño. Se trataba de una mujer joven, ¿hermosa? Solís había aprendido la habilidad de distinguir la belleza en los cadáveres e imaginar su sonrisa. Puso la mano en su cara y cerró los ojos, componiendo así sus facciones verdaderas: veinticinco años, rubia, amplia y poderosa sonrisa... Por las noches leía poemas y por el día trabajaba en... ¿Banca? Sí, en banca, pero en realidad nunca le interesó su trabajo... Ella soñaba con escribir poesía y cartas románticas, y con formar una familia junto a un caballero que la amase y comprendiese... No le interesaban los hombres porque aún no había encontrado a aquél que pudiese leer en su alma, a aquél que, con los ojos cerrados, lograse mirar más allá y verla, lejos de su juventud y belleza, lejos de este mundo estéril.

Solís abrió los ojos y la volvió a contemplar. Tenía la parte izquierda del rostro caída y su cabeza estaba abombada debido al terrible impacto contra, probablemente, un automóvil. Lo primero sería quitarle las manchas de suciedad y el maquillaje que llevaba puesto. Aplicó el algodón con suavidad y lavó los ojos y la frente;

más tarde continuó con la barbilla y el cuello (un leve cosquilleo recorría a Solís pero nunca pasó de este punto de excitación). Los pies, aún cubiertos de sangre, eran de un blanco cristalino, como el que tendrían los pies de una princesa en un cuento. Sin embargo, eran demasiado grandes, ¿talla cuarenta?, tal vez usaba como él la cuarenta y uno.

Una mano cayó ingrávida desde la camilla, Solís se apresuró a colocarla de nuevo cerca de los muslos de la mujer, casi disimulando, casi sin querer mirar el cuerpo desnudo de su princesa muerta.

Se sentó en una silla que había junto al cadáver y extrajo un cigarrillo de su americana. Le gustaba fumar antes de comenzar su tarea, justo tras limpiar el cadáver. Memorizaba cada centímetro del rostro del difunto para tratar de recordarlo al terminar, rememorando así las diferencias y sintiéndose orgulloso de su artístico trabajo. Sí, Solís se consideraba un artista del maquillaje y así debería ser considerado por todos. En el barrio era conocido como “el enterrador”, a pesar de que había insistido en que no era ésa su profesión, sino la de maquillar muertos. Los niños se reían de él, tachándole de “afeminado” por su peinado exquisito y sus ademanes refinados. En cambio, en aquella sala, frente a su princesa, fumando su cigarrillo, Solís se sentía bien, en paz. El

trabajo era complicado y no tendría que escuchar la voz de su jefe en lo que quedaba de tarde..., podría disfrutar de su bella compañera y de su querida soledad.

-Zapatos –dijo alguien, casi en un susurro.

Solís se sobresaltó, y es que por fin había olvidado la irritante sensación que le había acompañado durante su trayecto en autobús y a lo largo de la tarde: ¿Había olvidado algo?

-¡Los zapatos! –Repitieron.

Sin pensarlo demasiado, Solís echó un vistazo a sus zapatos y, efectivamente, no estaban. Había salido con los pies completamente desnudos (nunca le había sucedido, por supuesto)... Ahora recordaba las burlas de los niños, esta vez por lo bajo, las sonrisas de los viandantes y las bromas de los automovilistas:

-¡"Colgao"! –gritaban unos.

-¡Ha llegado el Mesías! –voceó un motorista.

-¡Zapatos! –repitió alguien y esa vez Solís estuvo a punto de intuir la verdad, aunque la desestimó rápidamente, convencido de su incapacidad para vestirse indecorosamente.

Se dirigió rápidamente al armario cercano y tomó las zapatillas que jamás había usado y que, por otra parte, eran obligatorias en la sala fría.

-Estás ridículo –dijo ella sin pensarlo dos veces.

Solís se dirigió con extrema parsimonia, esperando que aquello no fuera verdad, a su silla y tomó un segundo cigarrillo que se llevó tembloroso a los labios.

-De no ser tan ridículo, me darías lástima –volvió a decir la muerta.

Solís alzó los ojos y la miró una vez más, ¿de veras estaba hablando con un cadáver? Había oído cotilleos de hombres de la profesión que charlaban con los muertos:

-Es la soledad –sentenciaban algunos.

-Todos los muertos están un poco vivos –comentaban otros con una elevada carga de ironía mordaz.

Solís era más bien partidario de la primera opción, y así había evitado durante largos años mirar a los muertos a la cara, no fuera a ser que despertaran (como, por cierto, ya le había ocurrido a su padre, también maquillador de cadáveres, que flirteó con una envenenada que luego se convertiría en su mujer).

-¿Cómo te llamas? –preguntó Solís sin dudar, un poco coqueto, un poco atrevido, recordando las palabras de su padre: “Hasta en los peores lugares se puede encontrar el amor, hijo mío”.

La fallecida no movió ni un músculo (porque a pesar de lo que piensen, amigos lectores, los muertos no se mueven). Ni siquiera meneó los labios cuando Solís escuchó su contestación:

-¿Podrás dejarme bonita otra vez, enterrador?

El maquillador miró su rostro despacio y palpó la zona hundida de éste para comprobar la cuantía del destrozo. Sintió un crujido leve pero pertinaz, señal de que los huesos estaban totalmente fracturados... Sí, sería difícil pero no imposible.

-Si lo consigues, enterrador, prometo que te conseguiré unos zapatos nuevos y elegantes..., negros como a ti te gustan, de diseño tal vez algo afeminado pero sin tacón, talla cuarenta y uno: exactamente la tuya.

Solís tomó los elementos y se dispuso a trabajar. Durante toda la tarde se escucharon los silbidos en la sala de la funeraria, durante toda la tarde se escuchó a un cantarín Solís hablando solo, loco y trastornado.

-¡Fígaroooooooo!

-Se ha vuelto majareta como su padre –apuntó desde la sala contigua el médico forense-, de tal palo tal astilla.

Pero en el interior, Solís continuaba embelleciendo el rostro de una princesa sin nombre, con los pies descalzos. Era el más bello cadáver que, en todos los años de profesión, había podido contemplar aquel caballero, conocido por el sobrenombre de “el enterrador” que ansiaba arte..., tal vez también amor.

Pocas horas más tarde la difunta estaba peinada y maquillada, lista incluso para contraer matrimonio. Pintó

entonces sus labios de un suave tono rojizo y el cadáver pareció tomar vida. Se acercó despacio y la besó con mimo, esperando que, de alguna manera, ella despertase.

Tal vez lo hizo, tal vez fue ella quien, agradecida, le indicó dónde habían escondido sus relucientes zapatos nuevos: bajos, serios, estilo ejecutivo, indicados para trabajar de apoderada en un banco.

Iba a ser su primer día en aquel nuevo empleo... Estaba demasiado nerviosa y no miró al cruzar... Cuando la ambulancia recogió su cuerpo sin vida, olvidó en la acera su bolso y aquellos zapatos que habían salido despedidos a causa del impacto. Los vio un niño, porque siempre los niños han sido más atentos que los adultos. Los recogió y se los entregó al conductor a través de la ventanilla cuando la ambulancia ya estaba arrancando (eran unos zapatos de fina piel pero en la funeraria los habían tirado a un apartado cubo de basura porque las voces metálicas no tienen alma).

-Fíigaró –cantaba contento Solís cuando aquella tarde regresaba a su casa después del trabajo-. Fígarooooooo –repetía mientras bailaba con sus nuevos zapatos-. Fígaro –mientras sujetaba la carta que ella le había escrito, la que había hallado en el interior del bolso de aquella princesa muerta que cuando dejó la sala fría, sonrió.

Ahora, Solís también sonreía.

## RETRATOS: UNA DAMA.

Irónica, se sentó y dejó entrever su perfil. Estaba orgullosa, era algo comprensible. Aquella noche se sentía bien, dispuesta para la dura tarea. Había salido dispuesta, con su mejor sombra de ojos y los labios pintados, un tono apenas perceptible, pero siempre seguro.

Ana era una mujer de veinte años, con las piernas y el bigote bien depilados, toda una dama. El gran secreto en el vestir era el equilibrio, el ritmo. No bastaba con llevar un buen escote, no, eso sólo atraería a los buitres sin tiempo. Ella buscaba algo más, no sabía si al principio de sus sueños o simplemente un buen partido, pero algo buscaba sin quererlo.

Las últimas semanas habían sido decepcionantes, y veía como aquella caterva de “raposas” a las que llamaba sus amigas tomaban al primer semental que veían. No, ella no era así, quería a alguien especial que poder mostrar, casi a modo de trofeo. Sería un chico de buena familia, pero modesto, casi inteligente (si es que algún hombre posee esa cualidad), educado, tierno, pero un poco distante, salvaje. Les miraba y los veía iguales unos a otros, que buscaban desesperados una noche más o menos apasionada.

Se había alisado el cabello, acción que llevaba unas dos horas; cortado las uñas de los pies (extremadamente

largas), unos diez minutos; una manicura casera, veinte minutos; depilarse las cejas, tres minutos; cera y masaje, media hora, veinte euros. No sería una ducha, como si se tratase de una fulana de medio pelo, no: un buen baño, como las marquesas.

El conjunto elegido era uno a doble pieza: un pantalón negro entallado, acampanado, y una camiseta ceñida, con un escote prometedor pero no delator. Ideal. Había diferentes maneras de ir a cazar, y el vestuario debería ir acorde con la pieza buscada. No solía llevar escotes demasiado prominentes, para no atraer a los desesperados, pero sí le gustaba sugerir lo que buscaba: un número de teléfono, una invitación a cenar.

Sus amigas esperaban, como buitres. Era el peor momento de la noche, cuando se observaban unas a otras esperando el veredicto.

-Ideal, se nota tu gusto en cada una de tus elecciones.

La traducción era sencilla: Una prostituta tiene más gusto y, desde luego, más dinero para vestir.

-Estás preciosa, siempre me ha gustado ese vestido.

Traducción: Se te nota, maldita desesperada, vas a buscar a un imbécil con dinero, así podrás pagarte por fin un traje nuevo y, quizás, decente.

-¿Me prestarás ese bolso?

Significaría algo así: Si meneas el bolso probablemente lograrás un buen precio.

Solían ir a cenar antes de acudir al lugar. Ahí empezaban las disputas. Primero estaba el tema de la educación, y luego el económico. Ocurre siempre que tres mujeres se juntan a cenar. Está la despreocupada, la que quiere parecerlo, y la que se preocupa realmente. Es una cuestión casi matemática: Cuando se divide la cuenta entre tres se elige el razonamiento de “si me tomo un postre sólo pago la tercera parte, por lo que pediré todo lo que pueda”.

La cena fue pantagruélica. “Tan sólo tomo una pieza de fruta para cenar”. La otra piensa: Pues todas esas manzanas parecen ir directamente a las posaderas. Tomaron primero, segundo, tercero, postre y contra-postre. Todo bajo en calorías, claro está. Al terminar, una copilla de Pacharán, había que ir entonadas.

Llegaron al lugar, las tres amigas, con nuestra Ana a la cabeza. Eligieron una esquina visible, con luz.

# EL DESTELLO

Cuando la viuda del leñador apagó la vela, el espejo de la coqueta siguió brillando. Al principio, no prestó atención y se metió en su solitaria cama mientras aquella luz ajena parpadeaba. Acurrucada entre las sábanas, cerró los ojos y escuchó el sonido del bosque, de las ramas que se movían en torno a su aislada cabaña. Robles y hayas habían sido sus únicos compañeros desde que su marido muriera, desde que sus hijos marcharan lejos, al otro lado de las montañas. ¿De dónde provenía aquel destello cálido? En la habitación no había ni sombras, en el monte reinaba el murmullo negro de una noche sin luna, el vacío de sus memorias arrugadas. En Roncesvalles la niebla avanza.

Se levantó intrigada y se dirigió hasta la coqueta a tientas, acarició sus cajones rotos y pensó en días pasados: flores, risas, algún reproche. El mueble reinaba entre todos los aderezos que la regalaron en su boda, entre el broche del escorpión y el recuerdo, ya seguro. Acercó sus ojos. Ahí sigues, entre la luz, vieja amiga. Palpó el cristal con cuidado, aún frío, aún cálido..., liso, enmarcado tiempo atrás y colgado del enmohecido muro por su difunto marido. Presencias mudas en medio de la soledad presente.

Mira, anciana, dijo el destello.

Los invitados se agolpaban a la entrada del palacio. En su alcoba de mil voces, la princesa no puede estar triste.

Desciende los escalones con paso firme y sonrisa forzada, se dispone para el juicio. Han llegado desde los confines del reino, todos la observan y algunos tuercen la mirada. Terminarán los vítores y los falsos halagos, pronto volverá a estar sola, en aposentos prestados.

De soslayo, los espejos siempre hablan en la gran sala de baile del palacio de Hofburg. La princesa, contrariada, intenta ignorarlos. Son quebrados y cuentan tres historias que se repiten de nuevo... los jóvenes danzan mientras ella, indiferente, disimula una lágrima, perdida entre el centelleo difuso de los candelabros dorados. Hay una luz y una sombra, hay una mirada que, desde el otro lado del espejo, llama a una heredera que ha olvidado llorar. Se mira, en una cabaña, en otro tiempo de ojos prestados. ¿Eres tú, princesa? Advierte ahora sus pupilas reflejadas, no son tan castañas como de costumbre, están envueltas en una transparencia verde, semejante a su traje de baile. Son las de una anciana atenta que la contempla desde una humilde morada, desde otro mundo diferente y cerrado. Hablan los espejos entre el brillo de las velas y entre una cohorte de extraños. Ahí sigues, entre la luz, vieja amiga. Hay desconocidos y un baile que gira y gira, un paso más atrás.

Percibió la anciana una lágrima que resbalaba sobre su blanca mejilla. Sí, también ella debía sentirse sola, también las princesas acarician aguas furiosas. En el Danubio, la tormenta arrecia.

Olía a vela quemada, a barro y a esencias africanas. Al compás de la música barroca, nuevas imágenes aparecían

en el espejo aprisionado del gran salón palaciego. La pequeña juega despreocupada cerca de la orilla. Están lejos sus hermanos, brilla el sol. Corre hacia las aguas que ya discurren tranquilas. Se acerca cauta y mira hacia el horizonte, hacia un tiempo en el que la humanidad sentirá vientos y mares, y un molino y una campana y las velas de un barco que naufraga. Aprecia su rostro en la superficie del río, son ojos pequeños que todo lo ven, son los grandes ojos que el pasado contemplan, son ovalados y desde las estrellas siempre la han cuidado.

Un escorpión se entierra en arena desolada. ¡Presta atención, anciana! La niña se aproxima a los reflejos claros del gran río: son ahora sus trenzas cabellos grises y es su mirada triste. ¿Eres tú? A través de espejos brillantes, la luna enmarcada quiere también gritar. Cobarde, el escorpión avanza entre la tierra seca. En el valle del Nilo, un sol de dos mil años abrasa.

¡Cuidado, pequeña, cuidado!, exclamó la princesa.

Despierta.

Se apartó, sobresaltada. Ya no mira las aguas, ya vuelve con sus hermanos, ya las estrellas narran la historia que vuelve de una niña que, sobre una coqueta, vio el reflejo de una anciana que sonríe ahora en su alcoba de mil voces.

La luz de Egipto iluminó la habitación de sombras y calentó la cara de la viuda y secó la lágrima de la princesa..., al calor de una compañía, compañía aunque lejana.

La mujer apagó la vela. Y así, entre la luz eterna, ella, todas, nunca más se sintió sola.

Un destello y entendió:  
encontrarás tu reflejo,  
resplandeciendo en otros ojos.

Mantén la vela encendida,  
apagarla es peligroso.

# LA MADRE

Escribo mientras la recuerdo, mientras la hube recordado. Sí, han pasado los años, demasiados años para poder acordarme. Recuerdo también los libros, las películas en la vieja sala de cine de sesión doble, con una especie de melancolía fingida, todo siempre fue fingido.

A veces, me llevaba al colegio. Siempre la recuerdo gritándome. Nunca un niño puede aprenderlo. Recuerdo mis esfuerzos por agradarla, nada le valía. Recuerdo cuando, orgulloso, le mostraba alguna buena calificación en la escuela.

-Eso es porque yo te ayudé.

Los años pasaron, y su rostro se volvió agrio, su carácter aún más disimulado. Aprendió a engañar, como yo aprendí a fingir ser engañado. Siempre lo había sabido: en realidad, nunca me había querido.

Recuerdo, ahora también, una riña de mis padres. Él me dijo, con lágrimas en los ojos, que nunca me habían querido, que era fruto de un error: Nacer de penalty, se suele decir. Supongo que, desde entonces, me gusta el fútbol.

Los años pasaron. No puedo quejarme. Ella se mantuvo a la espera, hasta que logró levantar su empresa. Ahora, embebida en un imperio de papel, sólo tiene dinero. Él, mi

padre, sólo esperaba que me fuese para poder irse también, esclavo de mi propia estupidez. Sí, desde pequeño había crecido con la idea de que todo aquéllo, esta situación que nadie quería, era culpa mía. ¿Qué culpa puede tener un niño de diez años? Toda, desde luego.

El tiempo es algo curioso, se pliega y contrae a nuestro antojo. A veces, las cosas no suceden tal y cómo nosotros queremos. Así sucedió: Allí me quedé, en esa conversación. Llegó la Universidad, tiempos felices, no fue así. Sí, bebía y suspendía, quién sabe. Me hubiese gustado morir. A veces, frente a aquel puente, pienso por que no lo hice, qué me impedía lanzarme y terminar con todo de una vez, al fin...

Sólo les tenía a ellos. Eran tiempos difíciles, porque nunca nada había sido tan fácil. Tenía talento y me sabía por encima, como un niño, el tiempo ya se había detenido. Sí, me hubiese gustado que se preocupase el día que encontró las botellas bajo mi cama. No fue así:

-No deberías beber, pero eres libre.

Así hice, aún hoy tengo la copa frente a mí, cercana a esta pluma que ahora escribe estas líneas. No, nunca le importó.

Odiaba a mi padre, como odiaba a todo hombre.

-Idiotas, todos idiotas.

Cuando ya tenía treinta años, su odio se agudizó. Todo cambió: ¿Me quería fuera de su mundo? No, me quería

cercano, bien cercano. Mi padre, nada puedo reprocharle, comenzó a hacer caso omiso de sus insinuaciones y malas maneras, sólo yo parecía hacerle algún caso. Nunca le importó. Notaba como mi presencia le era molesta, cómo cada vez que entraba en un cuarto su rostro se tornaba enfermo:

-Me estás matando poco a poco.

El niño de diez años, embutido en un obeso cuerpo de treinta años, aún deseaba una especie de reprimenda. Ésta nunca llegó.

Los años pasaron, nada volvió a mejorar. En secreto, mantenía la inútil esperanza de que, un día, de noche, me dijera que me quería, tal vez un gesto, alguna palabra amable. No llegó.

Mi madre murió un día de Navidad. Cuando agonizaba en el hospital, no tuve fuerzas para acudir.

# JOHNATHAN

Me desperté extraño, encerrado en aquel círculo vacío de miedo y entrañas secas y caducas.

Siendo niño, mi madre me contaba la historia del pequeño Johnathan.

“También era Johnathan un niño como tú.

“Temía a la noche como tú.

“Y como tú evitaba siempre ir a la cama.

“Venciendo noche tras noche al sueño.

“Así, Johnathan enfermó y ni siquiera su madre pudo evitar que durmiese.

“Así pasaron los días y Johnathan se sintió más y más enfermo.

“Ya casi sin fuerzas, el niño terminó por sucumbir y durmió.

“No volviendo a despertar jamás.”

-Quieres acaso ser como Johnathan, mi pequeño – preguntaba mi madre, aún joven, aún madre.

-No, mamá... dormiré bien. No te preocupes.

Y cada noche intentaba dormir pero ya no podía, porque siempre mis sueños me atemorizaban hasta que llegó el día en el que los sueños se confundieron con mis propios recuerdos y mis recuerdos pasaron a llamarse sueños, pasaron a formar parte de mi vida.

Caminaba dormido y ellos me hablaban y yo ya sólo recordaba mis sueños pesados, callados y horaños.

Me siento tranquilo ahora, me siento mayor, ya descanso, ya duermo:

“Había llegado allí.

“Recordaba su tacto sombrío y sus labios horaños.

“Me recordaba sombrío y horaño.

“Despacio, me acerqué y se acercó.

“¿Para qué negarse un beso?

“¿Por qué negarme un beso?

“El viento ya no soplaba desde que sucedió.

“Me acerqué despacio y sentí su sangre correr tranquila por esas venas secas, ¿por qué negarme un beso?

“Absorbí ciegamente.

“¿Es mi propia sangre la que ahora me recorre?

“Me siento ya agonizar, no hay mayor placer que el propio dolor.

“Ni dolor más intenso que el placer seco.

“Ahora mi sangre devora mi estómago y mi piel se seca horaña.

“Mi piel me abandona y mi sangre se extingue.

“Despacio, como en un poema sin título.

“Rápidamente, como aquel beso extraño de mis labios.

“Me hundo y me enfurezco mientras caen ya mis últimas gotas.

“¿Me atreveré realmente a hacerlo?

“Me corre la furia y a la vez la muerte serena.

“Creo que esta vez no seré yo quien se detenga.

“Ni seré yo quien me detenga.

“Desangrado, hastiado.

“Sereno.

“Y muerto.

“Ya.

“Al fin vivo.

Mi nombre es Johnathan.

# NOCHES

«Pocas personas lo querrán, a pesar de sus cualidades y su genio, y quien intercambia favores con él se expone a llevar la peor parte».

John Stanislaus Joyce.

Murió un 16 de junio de 1955.

Descendió del tren, en la noche fría, plácida pero incoherente para un “turista” demasiado cansado. Nada más descender del vagón, miró al cielo de París, tal vez con esperanza. Una lluvia fina le rodeaba, limitándole el escenario. La vieja locomotora aún ronroneaba mientras se desperezaba, despacio, bajo la misma silueta de luz errante que en su día tantos poetas contemplaron, reconstruyendo tiempos y frases, humos y noches. Los ojos hundidos de la locomotora estrecha le despedían, suave espejo quebrado en la luz azul de la noche francesa.

El Sena brillaba, despierto. Cruzó el Pont Neuf y llegó a la rue de la Bücherie..., Notre-Dame miraba, imponente. Al fondo, contemplaba la pequeña librería de nombre inglés. Apartada, disfrazada de humildad y decadencia, con su sempiterna clientela de ebrios aspirantes a “malditos”. Olía agrio mientras la leve lluvia murmuraba nombres aún

verdaderos.

La librería había sido refundada en mil novecientos cincuenta y uno por George Whitman, y parecía continuar el legado de la mítica Shakespeare & Co. de Sylvia Beach, lugar donde el irlandés lució su único ojo, donde Miller planteó versos de factura imposible, donde Gingsberg narró la quiebra de un continente aún por hacer. Tiempo, implacable, que ahora renacía para él.

El viajero pudo volver a su ajeno recuerdo anciano: las fotografías del viejo irlandés con su bastón y su parche, en la entrada de la librería. Volverán, despacio, los buenos y griegos tiempos, los vinos y las risas, las montañas, de los ríos y sus míticos gigantes de barro.

Se desplazó entre las estanterías, casi destartaladas, mueble nuevo y llanto antiguo. Sentía el cansancio de los kilómetros recorridos, el palpitar ansioso del tren, los ojos ya no pesaban. El viajero había nacido haría treinta años, sobre un reino de luz y color, de pintores locos y tierras montañosas que contrastaba con la suavidad de París por su fanatismo y recuerdos. Joven y esperanzado buscaba en las estanterías las huellas de aquellos que fueron grandes y pequeños, de los que, como él, aún no habían nacido para el mundo, que parecía sordo a sus lamentos prestados.

Tomó el décimo libro de una balda arqueada, situada en

el primer piso de la librería. Se trataba de un volumen algo ajado de un escritor de principios de siglo. Leyó el comienzo, en una versión inglesa, que ya sabía de memoria. Si se prestaba atención, aún se podía escuchar el eco del Liffey sobre el Sena. Se lamentaba, entre los palcos vacíos.

Versos imposibles e historias sin escribir, sentía el calor húmedo del tiempo, tiempo, tiempo..., que se plegaba. La ciudad invitaba a recordarse hacia cien años, hacía setenta, un segundo. Un anciano de largos y blancos cabellos farfullaba:

-Si observas, podrás escuchar-. Sus labios jamás se movieron. Fumaba en una pipa tipo Liverpool, tabaco de hebra. A veces, incluso los fantasmas tienen mal gusto.

Agotado se quedó dormido, arrullado por aquel lugar ansiado. Voló por los tejados negros, por el cielo encapotado, a través del tren que cruza fronteras. Recordó a su país indómito, a su madre áspera, campanas redoblando por túneles de niebla.

Decidió despertar, sobre la acera maltrecha de la rue de la Bücherie, número treinta y siete. Llevaba un traje tweed. Tenía frío, esta vez sí. Se aferró a la bufanda y se atusó los anteojos, se ajustó el parche del ojo y caminó, elegante, con la pajarita torcida. Tosió una vez más, desagradecido y fiel compañero el vino suizo.

Nora se había marchado hace horas. Nora, miss Barnacle, no quería casarse, ¿por qué hacerlo? ¿Acaso no eran felices, no tenía todo aquello que le prometió? París era la ciudad ideal. No podía pasear más allá del Sena, había demasiado tumulto, y muchas veces se despistaba y se chocaba con algún transeúnte que, incluso, le reconocía. Torcía el gesto, le gustaba.

Tomó el bastón y sacó un cigarrillo (negro) de su americana. El humo quemaba su lengua, rancia. Mal afeitado, James Joyce caminó los apenas trescientos metros que le separaban del hotel Lennox. Temblaba, se tambaleaba, ebrio, genial, acabado: había perdido el sombrero.

Stanislaus, hermano de James, estaba de visita en la ciudad. Cuando le presentó el diario que escribía sobre él, James dijo: «Aburrido, excepto cuando hablas de mí». El texto fue quemado.

Al regresar al hotel, Stanislaus ya estaba despierto.

Cordial, trabajador, moral, simpático, gentil, amable... vulgar. John Stanislaus Joyce se incorporó y respiró, paciente, comprensivo, afectuoso, fraternal... mundano. James le miró con aire arrogante. ¡Cómo se atrevía a reprocharle nada, siquiera con la mirada! Lanzó el bastón lejos del alcance de Stanislaus. Hizo como que le miraba

felino, aunque apenas distinguía una sombra, que bien podría tratarse del inútil de Giorgio, hijo mayor del propio James. A la mañana siguiente, desde luego, no escribiría. Se escucharon unos lloros, Lucia, su pequeña hija, desde la cuna. Se acercó un momento, tratando de no despertar a Nora. Le quería. Había hecho su vida desgraciada, y nunca podría darle todo aquéllo que le prometió, tiempo atrás, cuando juntos abandonaron aquel Dublín ponzoñoso. A ella le dedicaría el libro: Nora, Penélope, Molly Bloom.

-Te vas a matar, James-. Su oído era, sin embargo, excelente. Sonrió, a veces, por obvio, Stan era hasta irónico.

Se quitó la ropa, despacio. Lucia ya no lloraba. Adoraba a la pequeña niña, tan dulce, tan frágil... tan poco irlandesa. No pisaría aquel infecto lugar durante toda su vida, él mismo se encargaría de ello. Atravesados, como en coito hindú, se dejó caer sobre la cama. Le dolía el ojo, envuelto en una inmensa neblina. El estómago, descompuesto por el alcohol, la falta de sueño, el París macilento, los recuerdos. Afuera llovía leve, como aquella vieja canción que escuchó, en la estación de tren, el primer día que vio el cielo de París, lleno de esperanza.

Stanislaus entró en la habitación. No, no le gustaba su hermano, ni siquiera sería alguien a quien se dirigiese de no

existir línea directa de sangre. Él mismo había intentado ser escritor, bajo el terrible y gravoso peso de su genial hermano. Nunca lo hubiese conseguido, entelequias. Siempre le acusaba de falta de preparación. James había sido todo para él, y aún lo seguía siendo, espejo de cruces torcidas: ciego arrogante, insultante, egocéntrico, estúpido inseguro. Le temía, le apenaba.

John Stanislaus Joyce dejó aquella misma noche el hotel Lennox, en París. Su hermano, el famoso James Joyce, no se despertó para despedirle. El tren salía a las ocho en punto. Tomó un coche, que le llevó a la estación del Norte. Llegó, como era ya costumbre, mucho antes de la salida del tren. Extrajo de su portafolios las breves páginas de su diario. Estaba seguro, lo habría hecho, le conocía demasiado bien. Stanislaus sonrió.

Así era. James había corregido las páginas y emborronado así su elegante escritura. No podía distinguirle entre tres extraños, pero sí podía leer su diario a escondidas que, casi exclusivamente, hablaba de él. Cuando le comentó la idea del monólogo interior, no dudó en atribuirse el mérito rápidamente. Así era James, pero era, sería, siempre, su hermano. No podría reprocharle nada. Le hubiese gustado una palabra amable, que le hubiese acompañado a la estación. No, James jamás sería

así, parecía querer que le odiase. A veces, mientras conversaba sereno con su familia, John Stanislaus no tenía más remedio que sentir pena de su hermano. Sí, tenía familia, hijos, pero sólo eran para él peones con los que jugar, o eso quería que todos pensaran. Dentro de aquel mundo ficticio, libraba su verdadera batalla. Una vez, Stanislaus interrogó a James sobre Giorgio, el mayor de sus hijos. Le veía jugar cercano.

-No importa, no llegará a nada. Mírale, ya con cinco años y apenas puede balbucear un par de palabras. Es idiota.

Seguidamente, sonrió y cantó, con aquella voz maravillosa. El propio Giorgio aplaudió. Tan niño y ya distinguía una buena voz irlandesa, grave, profunda, siempre melancólica.

En la otra parte del tablero estaba Nora, como un rey enrocado en ajedrez. Jamás perdía su posición, y las piezas se movían a su alrededor, casi sin incentivos. Apenas torcía el gesto, avergonzada también. Quizá era Nora la única que realmente le conocía. Aquella pelirroja sin formación había sabido domar a su hermano: James amenazaba con marcharse, otra vez más, arguyendo invisibles cadenas; Nora marchaba primero, a Zurich, a un hotel cercano, esperaba mirando al techo... James se volvía loco e imploraba que regresara. Al fin y al cabo, era lo único que sabía hacer. Solía decir que su marido estaba escribiendo

un libro indecente en la que ella tomaba el papel de esposa adúltera. Nunca podría leer aquel libro de su marido, nunca pareció importarle, nunca lo intentó. O eso dijo siempre...

A veces, James gustaba del buen teatro. Buscaba amantes para Nora y la instaba a la infidelidad, italianos principalmente. Nora, mujer bella, los despreciaba uno a uno, ante los orgullosos ojos de su teatral marido celoso. Le gustaba verla acosada, bajo la mirada de los demás hombres que, finalmente, serían despreciados ante su ojo tuerto. Stanislaus, espectador de lujo de su vodevilesco hermano, sólo podía mirar..., sólo él podría entenderla. Debía estar cerca, hacerla comprender el extraño carácter de su marido. Lo que más le llamaba la atención era la incapacidad (¿indiferencia?) para reconocer el talento de su hermano. ¿Por qué estar entonces con un individuo esquivo, altivo, a veces lacónico, distante siempre? Ella nunca pudo responder, quizá ni siquiera lo necesitaba: por extraño que pudiera parecer, le quería y, en el fondo, él jugaba las piezas que Nora había dispuesto.

Habían salido de Dublín cuando James tenía poco menos de veinticinco años. Se conocían de pocas citas, a ninguno de los dos le importó. James no tenía ya nada que hacer en Dublín, como ningún buen poeta tiene nada que ver ya con su tierra. Paradójicamente, siempre la evocaría. Fue otra de las anécdotas más laureadas del libro que, sin embargo,

había sido cruelmente transformada. Después de aquella noche, ella supo darle lo que él deseaba, y él... Nora nunca quiso nada, mujer sencilla, a veces sincera.

Su nombre, que quizá pocos recordarían, iría ligado para siempre al de James Joyce, con fuego y sangre. Cuando Stanislaus encontraba una lectura interesante o algo que su hermano pudiera utilizar, no dudaba en leerlo y hablarle de ello. Juraba no haberlo leído, su vista estaba demasiado cansada, su esposa demasiado embarazada, su hija demasiado loca... Podían verse los rastros de los textos de Stanislaus por toda la obra de Joyce: desde el primer borrador de Stephen el Héroe hasta Ulises, Stanislaus era esa figura anónima, en la sombra, participando en una gran obra de arte, una forma consciente de inmortalidad anónima.

Sólo él le entendía, como sólo Nora podía consolarle. Era brutal con todos, a no ser que desease algo de ellos. Sólo era condescendiente con Harriet Shaw Weaver, su beneficiaria, y con Sylvia Beach, la mujer que editó Ulises desde la librería Shakespeare & Co. A veces, le veía humillado, Stanislaus también se arrodillaba.

Cuando le vió, postrado, lo comprendió. No podía fallar. Todos sus hermanos estaban muertos, todos menos James, el hurao de los Joyce, aquél en quien pusieron las

esperanzas. A pesar de las dificultades, fue a los jesuitas y allí ganó sus primeros certámenes de poesía. Poco le importaban unos peniques a aquel que estaba destinado a ser mendigo. No se arrodillaba entonces ante su padre, bien sabía que tendría que seguir arrodillándose toda su vida.

Aquella triste noche no lo hizo. Quizá por ello Exiliados era el peor de sus libros, tal vez el más sincero. No se debe escribir sobre algo tan cercano, no se puede ver en los ojos de la tierra la traición de su propio hijo. En la vieja Irlanda, aquella noche, decidió no creer, contra todos, contra su familia, contra su patria, contra sí mismo. Su madre agonizante se lo pidió, una sola vez: «Arodíllate y reza junto a mí, hijo». No, como el fantasma de Don Juan: «No, no, no». Así tres, Judas. Su madre, nuestra madre, murió. No volvería. Demasiadas clases de religión y escolástica, demasiado irlandés para arrodillarse ante la tierra que le llamaba.

Su temperamento cambió. Sólo él fue testigo de ese instante. Así, entonces, conocemos al James Joyce que ahora todos pueden ver: arrogante, egocéntrico, desalmado. No, nunca se casará con Nora, nunca bautizará a Giorgio o Lucia..., declarado enemigo de la fe, enemigo de su país, apátrida y exiliado ángel sin alas. James no pertenece a este lugar, a la Francia de héroes teñidos de

gloria, al París del teatro y la bohemia. Así trata de adaptarse, de que los demás compartan su manera de ver las cosas. Alguien alejado de este temperamento no podrá jamás comprender lo que significa la triple negación de un Don Juan enfermo, tuerto, irlandés...

James sabía lo que hacía, nadie se convierte en un genio sólo por su talento. Era parte del personaje, lo que todos esperaban de él: le veía elegante, entre las calles de la ciudad ceciciente que parecía hacer suya, París embalsamado en un Dublín angosto. Era su ciudad, pero nunca sería su hogar. James huye, escapa de todos, con desprecio fingido, con arrogancia, con retruécanos y palabras inventadas. Huye de la comprensión de Nora, que parece también cumplir su papel, mujer entregada, solícita, abnegada..., dama culta interpretando el papel de campesina. En la soledad, a veces, la miraba a los ojos. No, no estaba enamorada. Le seguiría al fin del universo, a una calle nebulosa de Londres, a los confines de la avenida más mezquina de Madrid, a Zurich..., pero nunca regresaría a Dublín. Aquella mañana, un pequeño irlandés medio ciego le pidió que le acompañase al fin del mundo, ella aceptó, mujer de palabra. Ambos habían elegido pagar el precio, entregados al papel sin texto para el que no nacieron.

Stanislaus tomó la pluma y escribió algunas líneas, pocas, siempre pocas. Cuando todo terminase, quizá alguien

leyera estos breves apuntes y comprendería, por fin, lo que fue su hermano, aquél que eligió no ser querido. Cuando pensaba en la música, prestada como todo, que emanaba dulcemente de sus textos, no podía dejar de recordar a Mozart y su Don Juan, tres veces negó al fantasma: tres veces negado, tres veces condenado, tres veces fiel. La escena era impresionante, con una música tan alejada del resto de la composición. No había juegos con las escalas, no había mentira. Así, el austriaco definió su vida en unas pocas páginas de notas con un libretto prestado.

Pocos le conocían, sabía rodearse de aduladores: así contarían su vida, recreada, su versión, su más oscuro y misterioso libro. A veces, le recordaba jugando, casi un infante. Nunca se detendría, el gran Joyce. Jugaba a ser mayor, jugaba con los adultos... Más tarde, jugó a ser siempre niño, acomodando aquel mundo hostil a sus pretensiones, a su espíritu, a una patria que despreciaba, a una tierra que, desde lo más profundo, amaba.

Dentro de algún tiempo, cuando todas las luces que giraban a su alrededor desfalleciesen, cuando los aplausos callaran..., sólo quedaría él, su hermano, John Stanislaus Joyce. Sonrió, cercano a la vía que aún esperaba. Vivía en una inmensa nube de la que no podía escapar: demasiado fiel para poder arrodillarse. Nunca jamás lo volvió a comentar. Sin quererlo, James quería salvar a Nora de sí

misma, de esa cultura que tanto le atosigaba y le separaba de sus orígenes, de la misma Irlanda. A la mañana siguiente, vinieron a llevarse el cuerpo. James estaba ya sobrio, tras una noche en vela, tras haber guardado silencio. Cuando la luz del sol se hacía ya insoportable, habló de su Ulises, de una obra que haría sobre Dublín, para Dublín..., había reconstruido su París en su Dublín. Poco a poco, ambas ciudades se habían escapado del control de sus habitantes para pasar a ser recreadas por aquel irlandés medio genio. Ulises era para los dublineses, para todo aquel irlandés que alguna vez hubiera sentido una ciudad como suya, para todo aquel sin patria, para todo aquel que, frente al lecho de su madre, no quiso rezar a un dios prestado.

El tren se aproximaba, a lo lejos. Los primeros rayos de luz se dejaban entrever, cegadores. Las gentes se agolpaban y se apresuraban a despedirse de sus seres queridos. Stanislaus cerró su diario. Apenas había escrito un par de líneas, casi todo lo había dicho ya de aquel carácter que tanto le fascinaba, repugnaba..., no como escritor, no como hermano. Nada le hacía especial, tomaba de aquí y de allí, visitaba museos y hablaba con borrachos. Sus libros: religión y alcohol, mezclados en una nube gris. Poco a poco, como su protagonista, Dedalus, aprendería a liberarse de las letras, de las palabras, para continuar sólo la evocación huera de los sonidos, de los colores de las

cosas, de la historia eterna de un sueño, tan real. Los mismos objetos, tejidos entre fantasmas, se volvían palabras. La historia de su hermano James Joyce era la historia de cómo un hombre, a través de las palabras, logró liberarse de su significado. Así, cuando menospreciaba a alguien, su voz no era rotunda ni clara, era la voz de alguien que no cree, pero que quiere creer, la historia de un creyente que no se arrodilló: sobre el lecho de su madre moribunda, James Joyce libró la gran batalla. ¿Venció su soberbia? Era probable. Entre todas las opciones que su hermano tenía tomó la más lógica. Encontraría el verdadero camino en sus libros... Podría, al fin, amar a sus hijos, comprender a Nora, siempre fiel, quererse. Necesitaba de su infidelidad, lo único que nunca podría darle. Necesitaba a su hermano, necesitaba de sí mismo, como una vez necesitó arrodillarse. Necesitaba, una vez más, fingirse odiado, fingirse solo. “No, no, no” -dijo de nuevo el fantasma.

Se podía ya escuchar el tren, a lo lejos, sobre la montaña. Stanislaus miró el reloj de bolsillo: aún quedaban veinte minutos. Sacó un cigarrillo y fumó. La mañana despuntaba, mientras el humo se confundía con el sonido de la estación, esbelta y tierna, amalgama de maquillaje mal dispuesto. Stanislaus se recostó, sobre el vetusto banco, en una fría

noche de un París teñido con la lluvia de fina esperanza.  
Una mano le llevó desde la ensoñación.

-Eres un estúpido, Stan -dijo, con voz afable James,  
James Joyce, su hermano.

Había venido.

# NAXOS

Tomó el último pincel, por el momento, sobre la noche clara de luna, que iluminaba su rostro. Al fondo, un barco, cercano.

Llevaba una larga melena rubia, asomaban canas, perceptibles, serenas, provocadoras. Un cigarrillo. La combinación era atractiva, perfilando el rostro, alargado, sobre una mirada, a veces fría, gentil y tierna, esbelta.

Bebió un sorbo, tónica con ginebra. Beefeeter.

-Como la familia inglesa.

A veces, pensaba.

Los recuerdos se teñían grises, sobre las colinas de la ciudad cenicienta de Abenarabi, tierna estrella. Podía ver claramente su rostro, ahora desdibujado sobre las columnas, casi rupestres, de aquella ciudad en ruinas. No se arrepentía, no lo haría, no podría hacerlo. No tuvo elección, nunca la tendría. ¿Por qué?

También le recordaba, a él, a el otro y también al mismo. Le recordaba riendo y bromeando, como siempre hacía. A lo lejos, le podía ver, también, con el rostro similar al otro, su hermano, con el que ya nunca volvió a hablar.

Tomó otro cigarrillo, Winston, sería una bonita manera

de empezar. Le gustaba la ciudad, alguien se la presentó, sólo un obeso, muerto, como todos. Podía pasar horas paseando sin agotarla, descubriendo nuevos horizontes e historias agotadas. Estaba perdida: La ciudad se desplomaba en cada esquina, en cada calle ruinosa, a punto de fenercer. Le gustaba. Nadie hablaba ya en Abenarabi.

Ariadna despertó. Tal vez, había soñado.

Era un bonito lugar, casi familiar. El mar, a lo lejos, inspiraba una suave brisa, que perfilaba su rostro, ceniciente. Se desperezó, no le gustaba levantarse inmediatamente, preferiría remolonear un poco. A veces, su larga melena se enredaba, tirante. Se dio la vuelta.

El mar bañaba Abenarabi, casi, apenas dos millas al este, tal vez nunca tuvo mar. A lo lejos, podía contemplarse un barco en la lejanía, que parecía querer alcanzar la orilla. Un movimiento casi imperceptible. La playa, desierta, un barco en el horizonte.

A veces, despierta, dormido, le recordaba, tantos años atrás. Podía ver su alegría y su timidez, el único hombre al que una vez amó: Teseo. Quizá sólo llegó a añorar su recuerdo, son curiosas estas cosas. Cerró los ojos, tembló de frío, agradable, entrañas.

Un día, simplemente, se fue. No, no recordaba ya su rostro, recompuesto por tantos y tantos falsos recuerdos,

los fantasmas de los que un día le habló su madre, fingido recuerdo en un espejo roto. Le vería una vez, en un jardín quebrado, Viena, tal vez en Italia, hacía demasiado tiempo. Era un hombre guapo, espigado, alto, elegante. Le recordaba mientras descendía del barco, algo sucio, su padre, el gran Minos, rey del mar, le abrazó. Un día, simplemente, nunca más estaría.

Envidias. Lo había buscado, sin esperanzas, con miedo a poder encontrarlo. No, lo habían dado por muerto, mentiras, siempre, sin un rostro frente al que poder llorar. Parsifae evitaba hablar de ello, envidiosa. Un extraño rey del mar. La quería más a ella, envidias, nunca podría perdonarla, envidias.

La tomó entre sus brazos, apenas una niña, la besó. Parsifae la miraba. Nada volvería a ser lo mismo. Pudo ver su ira.

Todo se rompió. Su madre tomó su nuevo poder, nunca abandonado, con toda su fuerza. Caos, entre paredes rotas y recuerdos. Sí, cada día lo notaba más, ¿por qué, qué culpa había tenido? No importaba, bebió de nuevo, un trago de Beefeeter. La miraba, casi con desprecio, sin importarle aquello que pensaran de su hija, sólo había que destruirla, sí. La brisa la acarició de nuevo, en un momento tierno, compadeciéndola, sólo necesitaba eso, tener razón.

El laberinto se tiñó certero. Parsifae tejió el nudo, como

haría Penélope. El barco, a lo lejos, se acercaba lentamente. Ariadna, finalmente, abrió los ojos. Las nubes, cristalinas, hacían formas y nudos, Teseo, Teseo. No, él no la había abandonado, simplemente tuvo que marchar, no había nada de que culparle, como su propio padre, Minos, rey del mar. Intrigas y malas interpretaciones, tejidas con hiel y sangre. No, no le importaba. Parsifae la miró y reclamó aquello que era suyo, no... No importaba que se lo diera, quería ayudar, dijo con los ojos inyectados en sangre. Teseo huyó, como todos los que la rodeaban. Ariadna, en la playa de Naxos, Abenarabi, abandonada.

Una cara reflejada, pintada sobre una nube negra. La última vez que la vio sintió lástima, débil y carcomida por la miseria. No podría reconocerse en ella, niña que creció sin espejos.

-Es tu tema -al obeso un día diría.

Su hermano creció con todo aquello, había olvidado su nombre, embutido en unos pequeños anteojos. No podía, no quería, recordar el porqué de todo, no... en una vulgar repetición de esquemas. Ella lo había elegido, como su hermano la había también elegido, en la rueca que gira. Sintió los pies fríos, aletargados después del largo sueño en la playa de Naxos, abandonada, Ariadna, bajo el signo de Teseo. No podía culparle: A Parsifae le gustaba tejer.

Teseo vivía cercano. Ella le dio su mano un día,

demasiado jóvenes como para poder sentirse cercanos. Lo sabía, mucho antes de que sucediera, como sabría del deshonor de su hermano, tejido. La acompañaba a casa, entre las colinas de Creta. Un día, lo vio en sus ojos, no había solución. El barco, ya casi cercano, se aproximaba.

Despertó finalmente. Se incorporó, desenredando la túnica. En la distancia, un hombre saludaba. Estaba segura de que era él, hacía ya tiempo. Las promesas, siempre falsas, se había evaporado. Teseo no era más que eso, recuerdos. Sí, le había querido, como había querido a su padre, tal vez un poco menos, ¿qué filósofo podrá medirlo? Paseó, cansina, desperezándose, Ariadna estaba tranquila. Paseó unos momentos, dejando que la arena se deslizase entre los blanquecinos dedos de sus pies.

Tenía frío, siempre tenía frío.

Sobre la colina, un templo. Antaño, dicen, celebraban rituales en honor de la diosa, una de ellas. Siempre se sintió atraída por todo aquello, la eliminación de los patrones femeninos de la cultura occidental. Como nómadas, las mujeres vivían ahora sin identidad. Era inútil tratar de rescatar a aquél que no quiere ser salvado.

Las aguas llegaban frías, entre la espuma, que resbalaba por entre sus dedos, el barco se ceñía, cercano. Otra vez, le recordaba, Teseo, Teseo, viéndole llegar, caminando,

dos millas, cada vez, no le importaba. En su interior, una vez, sintió que alguien la quería.

Apuró un trago más. Una de esas bebidas insípidas, escasa mezcla de limón y tónica, átona, Strauss sin voz. Tan sólo quedaba un cigarrillo, sobre la mesilla. La que antaño fue su casa, alejada. Se acercó un poco, sin abrir los ojos. Las paredes, derruidas, castradas. Recordaría las locuras de Parsifae, fingidas a veces, bonito personaje, le gustaba atormentarla. Algún día, nunca, podría perdonarla. Afectada, corría por la casa y la despertaba, tejiendo de fantasmas sus sueños adolescentes, con un Teseo enfermo, más vivo que nunca. Nunca más podría dormir sin luz. Su hermano, aún pequeño, no podría más que reír, antaño feliz, lejos de nuestro taciturno con gafas. Algún día, podría recordar.

Sobre una playa, igual a miles, diferentes por un día, estricta, le besó. Nada más. El único ser que, un día, igual a otros, miles, sintió cercano. Los años cientos habían pasado y la sombra era, aún, tan presta como aquel primer día. Tejidos recuerdos de amarguras, de algún deleite, recordaba la sonrisa de su hijo, aquel que, por vez primera, le había recordado el porqué de las cosas. Le veía por vez primera, frágil y acongojado, con los ojos a medio abrir, con la sonrisa que nunca le abandonaría, al menos para con ella. Su vida había sido feliz, siempre lo había intentado,

lejos de aquélla que, un día, tejió sus recuerdos de fantasmas, sobre el rostro de una Creta olvidada.

No, no podría perdonarla. Lo deseaba desde lo más profundo de su ser... A veces le deseaba ver junto a su hijo, ambos, los tres o un centenar, su hermano, un rey feliz... familia unida, como tantas otras. Pero no, todo había sido diferente, y nunca podría ser de otra forma. Tomó un sorbo más y se atusó el cabello, ceniciente, como las viejas columnas que serpenteaban al fondo. Una nube gris se cernía sobre la ciudad de Abenarabi, tierna estrella. Sí, lo habría merecido, no entendía el porqué de todo aquello, Minos, rey del mar... ¿Le había aquello llevado a repetir la situación?

Giraría la rueca, contracorriente..., su hermano, una discusión estúpida como tantas otras. A veces, le hubiese gustado darle la razón, esperar sólo unos días más, tal vez el mar arreciara en la tempestad, tal vez tomase conciencia. Nunca volvería, se dijo engañada. Le echaba de menos.

Se giró, un hombre bebía con ella, estaba sola. No tenía nombre, como tantos otros rostros, vacíos. Al fondo, una imitación de una imagen impresionista, otro del montón, en su gran casa, con los dedos anquilosados, extraña enfermedad la del creador, su única enfermedad, vejez. Tenía los ojos hundidos, rojizos y marrones, el cabello canoso, A. R., él mismo, como aquella película, una buena

mujer, un hombre solo que copiaba el su espejo repetido. Cada vez, descubría algo nuevo, una figura desconcertante entre la multitud de formas del pintor.

Parsifae le miró, desde la lejanía, en aquella taberna del barrio viejo de Abenarabi. Un retrato espigado, sin forma, que miraba de frente. Torció la vista. Al final, la habría perdonado. Tomó una concha y la deslizó entre sus manos, para eliminar la arena. Recordó aquello que nunca ya podría olvidar, sobre las manos cenicientas, las que un día sostuvieron el pequeño cuerpo de su hijo, siempre pequeño, cercano.

El barco, tan cercano, nunca regresaría, tejido de fantasmas. Descansó, al fin.

Se había cumplido.

Sobre su pintura, Isabel, la niña que creció sin espejos, cerró los ojos.

# EL ESCULTOR DE LA LAGUNA

Hace mucho tiempo, junto a la laguna, vivía un anciano escultor.

-Parece que vayan a tomar vida de un momento a otro – decían los más pequeños al contemplar las pequeñas esculturas que por doquier tomaban vida en la penumbra del castillo.

Eran los muros de su taller de piedra, extraída de la misma cantera que la del castillo..., pero sus esculturas eran de barro, blando y suave como las aguas que le deslumbraban cada mañana, espejos de un cielo que arropaba sus recuerdos de juncos y amapolas: Julia.

Ahora tosía con angustia.

-Son tan espléndidas... tan reales.

La última parte de la escultura estaba casi acabada aunque no conseguía captar la expresión, aquella mueca alegre de sus ojos brillantes, de sus labios entornados y de su piel lisa. Reflexionó un momento antes de perfilar el dedo anular de la escultura, mientras los suyos ya no eran capaces de modelar como antaño y la obra se resistía como un poema a medio construir.

-¿Son obra de un mismo autor? –preguntó uno.

-Todas son de un escultor local –respondió otro-.

Si te asomas creo que podrás ver su taller... ¿Ves? Sale humo de su chimenea. El escultor prepara una nueva obra.

La figura era de una mujer de rostro clásico con la parte superior del tronco en escorzo, con los hombros desnudos y el vestido caído, largo, colgante sobre el flanco derecho. La dificultad había estado en la zona de la garganta que parecía haber querido salirse del cuerpo pero que había conseguido al fin contener. Aún fallaba la expresión: tal vez la arcilla era un material demasiado frágil para ella.., quizá mármol.., tal vez piedra.

-¿Cómo es el escultor?

-Es feo y viejo y desagradable y tose todo el tiempo... y nunca sale de su taller desde que su amada se marchó un día para no regresar jamás.

El escultor lloraba.

Había conocido a Julia un lejano verano. La vio rodeada de juncos y amapolas mientras contemplaba ensimismada las ondas de la laguna, preguntándose si su marido volvería pronto de la guerra, si todavía la recordaría o si yacería muerto al otro lado de las adustas sierras: ¿se habría quedado viuda? Eran tiempos de militares y batallas, de amores cortos y apasionados; una época de aventureros donde los hombres de hierro rompían corazones mientras los artesanos permanecían trabajando bajo las estrictas ordenanzas de los antiguos gremios. Aquella mañana la

joven sólo necesitó girar su rostro para que el escultor olvidara el sudor de los trabajos pendientes y sintiera el calor que invade los corazones enamorados: lucharía por ella hasta el fin y cada tarde, cuando paseaban quedos se lo volvía a gritar en silencio: lucharé por ti hasta más allá de la laguna, Julia.

-¿Y por qué se fue?

Su Julia.

De su horno habían salido cientos de pequeñas piezas y todos admiraban sus dulces Vírgenes y los risueños ángeles que daban color a las ermitas de la comarca. Sin embargo, las más grandes, las que el escultor más valoraba, no interesaban a nadie y aún hoy permanecían polvorrientas en la alacena de su casa: obras maestras que morirían con él muy pronto.

Su respiración era angustiosa.

Cuando el médico le dio la noticia, no pudo sentir lástima. Nada quedaba por hacer. Dicen que la vida de un hombre se mide por sus obras y logros, por su familia, por aquéllos que le han querido y aquéllos a los que ha querido. No era religioso, tampoco esperaba una condena. Cuando, con once años, hizo su primera figura de arcilla, la miró y pudo ver una luz que emanaba de los ojos, más humanos, más felices. ¿Podía llegar a sonreír una escultura? Nadie

amaba ya al escultor y había perdido el don de representar el resplandor que da vida a una obra justo un segundo antes de que nazca.

Había comenzado a llover, triste despedida de un cielo amado y frío, protector de campos y espadañas, hogar de los pájaros y árboles que le vieron nacer setenta años atrás.

La casa en la que vivieron sus padres aún seguía en pie y todavía se la podía ver desde el taller del escultor, una casa encalada con olor a miel, rodeado de un patio con higueras y un pozo color esmeralda. A lo lejos estaba aquella primera escultura de arcilla, podía verla sin siquiera cerrar los ojos: de niño contemplaba la Luna junto a su madre.

-Si miras atentamente las estrellas –solía decir su madre–, ellas te concederán un deseo.

El pequeño escultor las contemplaba con avidez y mimo.

-Cierra ahora los ojos, mi pequeño y pide un deseo.

-Que los que amamos vivan por siempre –dijo el chiquillo.

La enterraron pronto debido a un mal parto. El escultor, sereno, dejó una imagen junto a su sepulcro, la primera que realizó a tamaño humano.

Un año antes, su padre había comenzado a enseñarle el oficio. Él hubiera preferido ser pintor pero acató la tradición de una época de obediencia y nunca se rebeló...

excepto aquella vez en que decidió apostarlo todo por la joven de la laguna soñada: Julia.

El escultor recordaba y sonreía.

Habían proyectado casarle joven con la hija de otro escultor. Su padre ampliaría así el taller y quizá pudiera decorar grandes retablos junto a su futuro consuegro, tal vez incluso llegaría a ser conocido en la capital.

No recordaba las facciones de aquella novia impuesta, tal vez nunca las vio o quizá sí. Poco importaba ya que se tratara de un matrimonio concertado y si la novia hubiera sido deforme, la boda se habría realizado con idéntica alegría y todos hubieran exclamado:

-¡Qué buena pareja hacen! ¡Unirán negocio!

Especialmente feliz se habría sentido el tío de la muchacha, un usurero a quien su padre debía dinero y que tenía una mujer tan rica como fea, tan sosa como avara, y tan soberbia como malintencionada:

-¡Qué bonito es el amor! —hubiera gritado mientras se persignaba con el mismo dedo verde con el que contaba las piezas de cobre y plata.

Exclamaciones estériles que él abortó negándose a cumplir con aquel matrimonio no deseado. No podía hacerlo pues se había enamorado y sus sueños sólo conocían una dama, Julia, siempre rodeada de amapolas y aguas.

-¿Qué buscas en la laguna, pequeña? —preguntó él.

-Mi rostro —respondió Julia.

El escultor se tambaleó un momento mientras retocaba el párpado derecho. La figura, de pie, respiraba ya profunda naciendo de la informe masa en que descansaba. Los ojos aún permanecían vacíos, llenos, ausentes: arcilla.

El artista tosió de nuevo.

Se oían risas en la laguna, otra vez los chiquillos espantando pájaros. Se asomó a la ventana, ellos le miraron desde sus pequeños ojos negros. Podrían haber sido hijos suyos si hubiera tenido algo más de suerte, si su novia impuesta le hubiera perdonado, si la soberbia esposa del usurero no se hubiera persignado tanto.

Cuando canceló la boda, aquella horrible señora conspiró con su marido prestamista y exigieron la inmediata devolución del dinero que debía su padre:

-No es lícito que consientas que tu hijo rompa un matrimonio ya concertado —le dijeron enfadados-. No vamos a apoyar a rebeldes que deterioren la estricta moral de nuestro pueblo. Además, la muchacha a la que ha humillado es nuestra sobrina y Julia una forastera, una perdida sin protectores ni futuro.

Su padre tuvo que trabajar el doble para poder cancelar la deuda. Empezó a sudar y escupir sangre. Murió de una pulmonía a los pocos meses, como él moriría pronto de

idéntica enfermedad (en esto sí había seguido la tradición familiar).

Nada volvería a ser lo mismo. El escultor era entonces joven y se sentía fuerte, capaz de luchar por el amor de Julia, la muchacha que vio un día frente a la laguna, con expresión ausente, preguntando a sus transparentes aguas dónde habría muerto su marido soldado a quien un día juró lealtad: compromisos lejanos como los sueños infantiles.

-¿Has encontrado ya tu rostro, pequeña?

-Aún no, aún no —y entonces ella sonrió por primera vez.

Quedaba poco tiempo, la arcilla no debía secarse. Tomó aliento y, con los dedos aún húmedos, cogió la navaja y se deshizo de un pequeño trozo que amenazaba con deformar el labio. Plegó los cabellos y los dio forma, esgrimió sus pechos y atusó su vestido de amante muerta. Se separó por un momento para poder contemplarla.

Su vida se acababa.

Se retiraron a vivir juntos en aquel taller que ya siempre sería su hogar, junto a la solitaria laguna, huyendo del mundo y sus normas de hierro, en compañía sólo del viento y las águilas, amigos de los pastores de las mil y una sendas. Aquellos primeros tiempos fueron hermosos y Julia dejó de ser viuda para convertirse en alegre amante,

en compañera idolatrada. El escultor se levantaba junto a sus ojos morenos cada mañana y trabajaba en sus angelicales figuritas hasta la puesta de sol sin sentir la fatiga porque ella le contemplaba y le susurraba canciones.

Vírgenes y pastorcillas llevaban su etérea expresión, la que a todos encandilaba y la que multiplicaba los pedidos. Eran felices y, aunque ya no tenía tiempo de dedicarse a las piezas de gran tamaño, las que él tanto apreciaba, sentía que la vida tenía sentido: había logrado amar y ser correspondido.

Y Julia había dejado de buscar su rostro en el interior de la laguna.

El tiempo empeoraba. Se oían truenos y la lluvia arreciaba, también su tos y escalofríos. El escultor preparó el horno y echó más leña a la chimenea, estaba fresca y la habitación se llenó de humo: sus recuerdos eran cada vez más borrosos.

Su antigua prometida había permanecido al acecho, despechada y rencorosa, y buscó venganza contra el escultor: una boda concertada no se deshace, sea en nombre del amor o del dolor. Algunos meses después llamó a la puerta de su apartado taller. Venía acompañada de la horrible esposa de su tío, el usurero, y también del señor alcalde.

El escultor aún recordaba la sorpresa que le produjeron sus amplias sonrisas, ¿era posible que aquellas dos remilgadas estuvieran contentas? El alcalde, por el contrario, parecía preocupado:

-El soldado está vivo -dijo escueto-. Ellas lo han encontrado en Francia... ahora reclama a Julia, tu esposa, porque fue primero de él... tal vez la quiera menos que tú pero tiene derechos legales.

La escultor tembló, también lo hizo la laguna.

El humo aumentaba ahora con el recuerdo de las lágrimas amargas de aquella noche de dudas. Los informes del alcalde eran siniestros: las remilgadas habían pagado grandes sumas para que se investigara la desaparición del soldado que un día juró amor a quien ahora mecía su corazón, a quien endulzaba su vida... Lo habían encontrado y Julia debía volver con él.

Pasaron aquella última tarde en la laguna, ahora yerma, a pocos metros del lugar en el, junto a su madre, contemplaba la Luna. Se hizo la noche de luna clara y las estrellas cubrieron el cielo.

-Cierra ahora los ojos, pequeña y pide un deseo.

-Que los que amamos vivan por siempre -dijo el chiquillo en silencio.

Al alba, Julia marchó con las estrellas, mientras el escultor

se quedó en la laguna, buscando su rostro tiznado.

La arcilla es un mineral procedente de la descomposición de rocas con feldespato, se caracteriza por su plasticidad al mezclarse con agua, así como su endurecimiento al ser sometido a temperaturas superiores a los ochocientos grados centígrados... Aquella última figura, como el primer hallazgo de una escultura de la humanidad, estaba hecha de arcilla. Una mujer: su dama de la laguna, desde luego... con los brazos extendidos hacia la eternidad, con el cuello unido al tronco en compleja suavidad, con el rostro inconcluso. Una buena forma de terminar, ¿qué dolor podría matarlo después?

La expresión permanecía sin embargo esquiva.

Nunca más podría modelar el añorado semblante de Julia. Después de haberlo reflejado en tantas figuritas de Vírgenes, ángeles y pastorcillas, sus dedos dejaron de poder crear el arte de sus ojos transparentes, de sus labios risueños, de su cálida piel.

¿Por qué volvió con el soldado? ¿Por qué le abandonó? ¿Amaba más al otro? ¿Sintió pena de él? ¿Obedeció a las normas que imponía la tradición? A veces, hay que obedecer.

La tarde que ella se fue, supo que la usurera rió tanto que incluso se atragantó y el buen boticario hubo de atenderla.

Práctico hombre que le hizo beber un elixir barato y lo cobró muy caro, siguiendo la costumbre de aquella casa de cobre y plata.

Sólo restaban unos minutos.

Mientras la sombra de los ojos se perfilaba, escasa, tomó aire y respiró, los pulmones le ardían. Lentamente una luz empezó a surgir de aquel semblante de barro, tenue, anunciadora.

El gran horno se calentaba. La figura, ahora ya rescatada de su cárcel, descansaba con las manos abiertas ante el rostro amado, oculto. Terminó por pulir un par de detalles, describir un lazo y ajustar el vuelo del vestido. El escultor había apostado todo por Julia.

Había tenido mala suerte pero su última gran obra, la que reflejaba su gran amor, no podía resultar un intento fallido. Estaba listo. Podía sentir el calor desde el gran horno. Los bocetos que cubrían las paredes, le miraban. El trabajo de toda una vida. La escrutó a través de las manos. Ven. Petrificados, extraños, los amantes se miraron una vez más. El escultor dejó de toser por un momento. Ven, ven. Abrió las puertas del horno como quien abre las puertas de los fantasmas y los cíclopes, de los besos y los versos en un retruécano. Ven. Vio a Julia entre el humo. No podía moverse, nunca más podría.

En un último gesto, empujó la figura hacia el interior del horno. Real, con el cuello alargado y la boca sumisa. Aún le amaba. Ven, ven, podemos empezar en el más allá, en otro tiempo, lejos de obediencias absurdas, de normas anquilosadas. Ven, ven, te quiero.

Lo escuchó, certero, real como nunca, frente a los dibujos y bocetos, al lado de una vida que, al fin, tocaba terminar. Ven -dijo- Ven. La miró unos minutos más mientras el calor llenaba por completo la habitación, mientras las palabras se hacían audibles, casi como un grito, mientras la escultura de Julia separaba lentamente sus manos, perfectas. Le sonrió, así, mientras las llamas consumían sus cabellos, quebrados. Ven. Los brazos se extendieron mientras la buscada expresión surgía ya, líquida. Ven.

Los ojos de Julia se abrieron y el rostro entero de la figura se giró rescatada de su cárcel de arcilla. El escultor pudo ver cómo una llama alumbraba sus rostros, fundidos al fin. Ella le abrazaba otra vez mientras el tiempo giraba, mientras la laguna los envolvía, mientras viajaban a través de los años, él ajeno a las normas, ella ajena a las imposiciones, mientras juraba de nuevo: lucharé por ti hasta el fin, Julia. Ella sonrió, leve, sincera, enamorada. Él sonrió anciano, joven, ilusionado. Ambos se fundieron en un último beso cercano, callado, lejano..., entre arcilla y

recuerdos rotos.

Más allá de la laguna, en lo más profundo de la arcilla seca, había encontrado su rostro.

Habían nacido, eternos.

# EL QUE SOÑÓ PALABRAS

al sueño. La colina se extiende más allá de las laderas, hermanas. En un infierno gris, sobre la vieja laguna, estigmas. Marcó su rostro, con el símbolo del que aún vaga en la perdida Nod. Sólo los mira, gigantes, Anteo y Tifón, retorcidos sobre sí, unidos, así son los gigantes, beodos. Alighieri miró en el espejo, en una vieja isla, en un retruécano. Una muralla los rodea, vencidos, Abenarabi, el que los inspiró. Virgilio giró el rostro, poetas de manzanas y héroes, exiliados, en una melodía que regresa.

La traición, dicen, se paga con el infierno, del que ha nacido sin pecado. Hay un bebé, antes de ser engendrado, hijo de Beatrice, sueño traidor. Tomó su cabeza y la apoyó sobre el regazo, maternal. A veces, la luna susurra la más bella canción, apagada, sobre las aguas, seguro estigma. El irlandés canta, desde su ciclópeo púlpito. Está su boca cosida, sus manos angostas, sus ojos, ciegos. No lo reconoce, hijo del poema que trata de olvidar. Las aguas susurran, bajo un manto claro, hay un poeta que habla del cielo. Nemrod la mira, casi pecadora. Lo acarició, por vez primera. Ya no era su hijo el que no quiso junto a su lecho de muerte rezar.

Introdujo su cabeza, en el lugar donde todos los ríos reflujen, sólo puede escuchar el chapoteo, Virgilio le

contempla, prefiere callar. Riverun. Lo ha matado, al final, lo ha salvado. La melodía no cesa, mil veces lo hará, condenada a vagar, a mil veces asesinar, nunca podrá llorar, sobre el viento apagado, allá donde se junta el espejo con su imagen.

Como la melodía que comienza, siempre comienza, siempre vuelve, sobre los rostros de los gigantes, sobre un sueño. Así, sobre sus gafas y su vino suizo, traicionó, una vez más, su cruel reflejo. En un infierno gris, despertó

# SILENCIO

El vagón estaba abarrotado en su último viaje. El maquinista se sentó sosegado. La locomotora, consciente, aún apretaba los dientes.

Apenas se desvió unos metros, las vías estrechas se perfilaron. Los empleados esperaban ya, con las herramientas dispuestas para desmontarla. Consciente y sumisa, se acercó y sintió el calor de cien frías manos envolviéndola. Es el tacto de la muerte que se acerca.

Sintió el primer golpe, se desmayó. Sólo una suave frase que la acarició esquiva: “volveremos, amiga”. El maquinista se despidió, con una sonrisa perfilada. La acariciaba. No, no llegará ese día, se juró.

Apretaba los dientes, rugía feliz mientras sentía que la muerte le penetraba. Aceleró aún más mientras ya sentía las chispas en las vías y aceleró con más fuerza. ¿Había sido difícil trucar todo aquel sistema? Por fin lo había conseguido en un sueño. Allí, todos morían y por fin ponía fin al sufrimiento de mujeres y niños, al sufrimiento del sinsentido, al sufrimiento de levantarse cada mañana y ver cómo un día menos te convierte en más ingenuo, en la más terrible de las existencias, la del mediocre. Antes de morir, apuró el último trago de ginebra mientras escuchaba cómo el tren ya se deshacía.

Habían descarrilado, habían muerto hombres mujeres y niños. Por fin, su vida cobró algo de sentido.

# PARÍS

La ciudad agoniza, sobre el rastro de la sangre y el tiempo, sobre las mentiras de una patria destronada y un cielo cubierto, alzado sobre su leyenda.

Son recuerdos casi ilustres, casi memorables, cenizas de historia. Así es, sobre hombres que componen un cuadro sobre un cuadro. La calle hierve, sí. Son los pequeños puestos sobre las vías, ancladas en grandes nombres. Olvidarán las conquistas, en paradoja representadas: Son los tiempos de sangre y letras. Algunos, olvidarán las letras.

Los recuerdos de hombres con barbas, locos y con islas, han sido olvidados. Queda aquello que escribieron, sobre la propia ciudad, sobre su tiempo y sobre sus falsos héroes. Al fin, recuerdan. Añoran tiempos de gloria, añoran las armas, en cada esquina falsificadas. Son grandes palacio, magníficos sobre falso gótico, remodelados, adaptados. Se conjuga lo real y lo moderno, así se forma el clasicismo. Hay recuerdos de sangre y batalla, así honran sus héroes de paja.

# EL JUDÍO

Jacob se levantó, tomó el cuchillo y cortó un pedazo de salchicha, de buen cerdo ibérico.

Jacob respetaba la Torah, el Talmud, las enseñanzas de Maimónides, los ritos medievales, el Yom Kipur, estaba circuncidado, hablaba en yidish. Dentro de la comunidad, un hombre respetado, rabino, dos hijos (Samuel y Josué) tres hijas (Hanna, Tirtza y Chaja) Jaia para los amigos (que eran muchos (y buenos(algunos)))).

Jacob se relamió. Exquisita, lástima que no pudiera conseguir más. Su mujer (buena mujer: cuidaba la casa y llevaba moño) le prohibía consumir esos alimentos. Claro, provienen del cerdo. Sin embargo, los había consumido toda su vida y nada le había sucedido. El rabino sonrió, leve.

Jacob bajó las escaleras, presto. Un nuevo día se acercaba. Su morada apenas distaba unos veinte minutos (caminando, no tenía vehículo) de la sinagoga. Sería otro día como cualquier otro. A la sinagoga sólo acuden mujeres, sin duda aburridas (no es muy común entre los judíos que las mujeres trabajen fuera del hogar). Hacía dos tardes (jueves) una mujer le había puesto en un claro dilema ético-talmúdico: ¿es moral (lícito(según La Torah (Ley Hebraica (judía)))) acudir a un centro comercial en Sabath?

La discusión duró casi todo el día, no se alcanzó un acuerdo. Había escrito al gran rabino para solucionar la cuestión. El gran rabino era un hombre tal vez demasiado ortodoxo, dijo claramente que en Sabath el hombre (y mujer (¿demasiados paréntesis?)) no debe realizar ningún trabajo (como bien dice La Ley (Torah (Ley Hebraica))). Pero bien... ¿acaso comprar un fular (blanco, virginal, prístico) puede considerarse un "trabajo"? Bien es cierto que la mujer (un excitante vello le sobresalía en el labio superior) no tenía demasiado que hacer (llevaba todo el día disertando con el rabino), así que, tal vez, la "compra" podría llegar a considerarse su "real ocupación". La Torah dice, claramente, que no debe realizarse esfuerzo, ni siquiera está permitido encender la televisión (los judíos modernos lo han solucionado con inteligencia: Se deja encendida el día anterior, en el canal del fútbol de Segunda División, Sábados (Sabath) por la tarde). Pero bien..., careciendo la mujer de ocupación (salvo las tareas de la casa, que se encarga una católica, de esta manera no se descuida la limpieza en este día tan señalado)...., ¿es lícito considerar el comprar como dicha ocupación? El rabino dijo que no era lícito. Jueves.

Jacob llegó a la sinagoga, las mismas caras de siempre: Su hijo mayor (Samuel, buen estudiante en la escuela) ya había

llegado.

-Padre, ¿cuál es la diferencia entre el bien y el mal?

-Querido Samuel. La Torah nos enseña la esencia de todo. Como son dos los sexos, son dos los extremos del hombre, y son dos los caminos que el hombre puede elegir: el Bien y el Mal. Así es, porque así está escrito.

-Entonces, sabio Padre, rabino y maestro... ¿Puede decirse que, según las enseñanzas de los antiguos y La Ley (Torah) escrita por los masoréticos y confirmada por los rabinos en el Talmud...?

-Toma aire, hijo mío, toma aire...

-¿Puede decirse entonces que lo moral es, para el judío y también para el no judío, para el caucásico y africano, para el oriental y también para el esquimal... ¿es la moral el Bien??

-Me perdí, hijo mío.

-Gran Rabino... ¿Si hago el bien cumple La Ley?

-Sí, hijo mío.

-Entonces... El Bien es La Ley, ¿cierto?

-Cierto, hijo, La Ley (Torah) es el Bien, por ello, incumplir La Torah es hacer el Mal (pero qué listo que era el Rabino, grande, grande).

-Padre, Rabino y maestro... Me surge entonces una duda.

-Habla, hijo mío, primogénito, heredero (y un poco pesado, porqué engañarnos), cuéntame que aflige esa

hebraica cabecita tuya.

-Me surge una cuestión: Hemos llegado a la conclusión (cierta, evidente, clara, distinta, amena y divertida).

-¡Pero qué bien habla mi primogénito..!

-... De que el Bien es lo opuesto al Mal y que el Bien es La Torah (Ley).

-Al revés, primogénito: Ley (Torah).

-Entonces... ¿Es esta Ley inmutable y eterna, maestro?

-Sí, hijo, el hombre es la imagen de Dios, es el microcosmos de la gran creación y esta Creación ("Bereishit", recuerda) es nuestro mundo, creado a la imagen del Gran Elohim de mil nombres. Como él es eterno, su Ley eterna es...

-Chá, chá chá... ¡Azúcar!

-Y eterno su nombre que no debe ser pronunciado. Por ello, es eterna la humanidad, pero no el hombre, perfecto en su imperfección.

-Pero... ¿Acaso si nuestro Adonai es perfecto y, si el hombre está hecho con el barro de Dios..?

-Ay, primogénito, que tontito que eres... Sigue, anda.

-¿Por qué es, entonces, el hombre, y la mujer, imperfecto?

-Hijo, tienes doce años... ¿No deberías estar jugando?

-No puedo jugar cuando problemas morales (y éticos) tan profundos soslayan mi alma y la llenan de confusión...

-Mañana mismo te apunto al equipo de fútbol, Samuel.

-No es eso lo que deseo padre, sino ser un buen rabino, como tú eres, Padre.

-Gracias, Samuel, primogénito.

-¿Puede decirse entonces que un hombre sólo es bueno si cumple La Torah?

-Así es, y el hombre tiene la capacidad (opción) de elegir hacer el Bien o el Mal, cumplir La Ley escrita y los consejos de los rabinos, de tal manera que esté haciendo el Bien y, de esta manera (y no de otra ni al revés, que nos conocemos, primogénito), estar en comunión con su pasado y su pueblo...

-Toma aire, amadísimo Padre.

-¿Algo más?

-En realidad, sí, Rabino...

-¿Qué te aflige, Samuel?

-¿Es inmoral la evolución?

-Gran pregunta hijo mío, gran pregunta. Durante siglos, el pueblo judío ha estado a la cabeza de la evolución. ¿Sabías que nuestro gran pueblo fue el primero en practicar autopsias? Gracias a nuestros conocimientos la humanidad entera ha evolucionado, y así, gracias al conocimiento, nuestro pueblo se ha hecho grande.

-Entonces llegaríamos a la conclusión que la evolución (o modernidad) no es mala.

-Así es, querido hijo, siempre y cuando no vaya en contra de La Ley (¿a dónde narices querrá llegar?).

-¿Es entonces lícito (moral) que el hombre invente cosas para ir más rápido?

-Lo es, Samuel. Dios nos da el conocimiento para hacer mejor a nuestro pueblo.

-¿No iría yo, tu primogénito y amable hijo, más rápido en una bicicleta que andando?

-Irías hijo, irías.

-¿No tiene el padre, como miembro de su pueblo, la obligación de hacer lo mejor?

-La tiene hijo, la tiene.

-Entonces... Y sobre todos estos supuestos... ¿No es tu obligación comprarme una bicicleta?

El rabino dudó un momento, pero los argumentos de Samuel habían sido inquebrantables, maldito colegio "de pago". Jacob compró la bicicleta a Samuel (de las narices (entre paréntesis (pesados (hijo (y bicicleta))))).

El rabino cerró la puerta.

# EL ENFERMO

Alejo Alacid, escritor, estaba tumbado en la cama, no fumaba. Sobre la mesilla, una vieja radio.

Siempre se había imaginado la situación, ficticia, que había tomado cuerpo poco a poco. Escuchaba el trino de los pájaros y miraba la pared, gastada.

Cuando había llegado a la casa, le había molestado ser despertado por el canto, ahora agradable, de las aves. Nunca supo de qué clase de animal se trataba, había golondrinas y algunas otras sin verificar.

Se recostó y, con dificultad, tocó la campanilla. El dormitorio era pequeño. Una bandeja exhibía la comida, aún sin tocar. En otros tiempos no hubiesen bastado dos bandejas repletas, con un buen chuleton de buey, a la parrilla (por supuesto).

Llego. Ella. Al menos, Alejo Alacid no conservaba el olfato. Se trataba de una señora entrada en años, fue lo único que pudo conseguir por poco dinero. Carecía de credenciales, de experiencia. No necesitaba a nadie para morir.

La enfermedad había comenzado hacía dos años. Pasó poco tiempo antes de los primeros síntomas dieran aparición. Estaba asustado, luego comenzó el período de

victimismo (a los dos años, de nacer, dicen).

La enfermera, Lara, tomó el vaso y lo acercó al enfermo. Los labios cortados y los restos de orina por la cama le producían repulsión. No quiso acercarse.

Alejo Alacid no podía hablar. Nunca tuvo nada que decir, pero resultaba, cuanto menos, frustrante no poder discutir con nadie. Cuando alguien es privado del habla tiene la, curiosa, sensación de continuo pesar. Los que le circundan piensan, cansinos, que tienen razón, por el simple hecho de no poder ser contradichos. Los mudos no eran mala compañía. Alejo Alacid lo era.

Se había imaginado tantas veces aquella situación. No distaba demasiado de su propia ilusión. Bebió un pequeño sorbo. Notaba cómo sus entrañas se carcomían (nunca habían estado del todo sanas) y se inflamaban por dentro. El dolor era intenso, como un fuego que no se extingue, que emana desde el interior. Una pira que no permite gritar, gritar.

La vieja enfermera encendió la radio, abrió la ventana. El olor era insopportable, mezcla de éter y excrementos sin limpiar, enfermedad y desidia.

Cáncer de pulmón. No entendía el porqué. Siempre había fumado, cierto, pero tan solo pipa. Cierto, cierto. Cierto que fumaba treinta pipas diarias (cierto que lo era,

tan cierto como que el sol brilla). Pero también, cierto era, que vivía en un lugar apartado, lejos de la polución, del gentío y del ruido.

El dolor era, a veces, insoportable (aún continuaba mintiendo). Siempre había imaginado una muerte plácida, como hacen aquellos que prevén la llegada de la enfermedad. Pero aquella Lara, antigua dentista, según decía (cuando escuchaba), le administraba dosis de algún opiáceo. Apenas producía efectos. A veces, conseguía dormir, cuando no quería.

Solía Alejo Alacid escribir en un papel, hojas de un cuaderno de anillas, cuadriculado, las instrucciones a la enfermera. Lara no hacía caso, arguyendo no comprender la grafía. Deshilvanada, poco elegante, torpe, todo cierto, como cierto era que, Alejo Alacid (con mala puntuación) iba a morir.

El menú, escaso, consistía en una sopa. Al comienzo, cuando la enfermedad no estaba, aún, tan avanzada, Lara solía dar la sopa a cucharadas. Siempre había pensado que había una dosis de complicidad entre ellos dos. Esperaba, como todas las enfermeras, un toque de esperanza económica. Las ilusiones se fueron poco a poco. Al comienzo, Alejo Alacid aún conservaba el habla, las llagas de su boca no eran aún tan pronunciadas, tan solo un leve

dolor al tragarse (aliviado siempre por el tabaco, cierto).

Apenas podía fumar, no quería dormir, Alejo Alacid, a punto de morir. Sobre la mesilla, al lado de la radio, estaban los libros que le habían quedado por leer. Una vieja radio. Escribió en su cuartilla: “Encienda la radio”. Lara leyó. Así, al menos, la dejaría tranquila durante varias horas. La bruja (Lara) accedió.

Un concierto de Bach, no podía imaginar peor forma de morir.

Lara le miró. Aquella vieja bruja, gorda, ladrona, borracha y mezquina..., no reservaba elogios para el enfermo. A veces, al principio, se sentaba y le gustaba hablar con Alejo (Alacid). Al principio escuchaba, luego dejó de interesarse. Narraba sus aventuras amorosas y su vida pasada, hasta que fue expulsada de la consulta. Le habían retirado la licencia, según ella, por una falta leve. Ni siquiera fue culpa suya, ya que la encargada de limpiar el instrumental era la enfermera, no Lara (dentista suplente). Apenas veintiocho años y su carrera, prometedora, había terminado.

Su presencia era repulsiva, atávica. Mientras le ceñía las sábanas, dejaba escapar los surcos de su escote. Aquellos pechos caídos, podridos, promesas del pasado. La recordaba, hace años. Cerró los ojos y la imaginó, con

aquellas gafas de estudiante aplicada, la mirada pícara, el aire despistado y erótico de la mojigata. Ella lo notaba. Sonreía. Al comienzo, incluso, se tumbaba con él, junto a él, en la cama, eran tiempos de ausencia de orina, felices incluso, casi sin dolor, frente al fuego.

Lástima, no llegaba a ajustar el lado izquierdo de la sábana. Ella se tumbó, dejó que sus pechos rozasen el rostro del enfermo. Le gustaba, notaba la entrepierna de éste, aún con fuerza. El momento fue eterno, ella sonrió, de nuevo, cálida.

La vieja zorra se levantó. Alejo Alacid trató de alargar la mano, tocarla, no llegó a tiempo. Ella le guiñó un ojo. Era su regalo a un viejo enfermo, treinta y cinco años, pelo cano, con cáncer de pulmón.

Golpeó la pared, él, Alejo Alacid, para llamar su atención. Ella, Lara, le miró. Lo habría hecho, sí, aquella vieja coneja gorda y brutal. De nuevo, media sonrisa, miró la entrepierna, erecta y prometedora. Garabateó unas frases, ella pícara, dispuesta, al menos no habría que lavar las sábanas después. Le entregó la nota: “Necesito tabaco”.

Tomó la pipa y fumó.

# GZ WYL

Decidió entonces el fraile componer un pergamo, espejo del cielo, que todos los nombres comprendiese, en el que se aunasesen presente y futuro, que contemplase todos los tiempos y civilizaciones, todo pensamiento escrito y toda música, toda palabra alguna vez pronunciada y toda leyenda contada. Como cada noche, escondió el manuscrito tras una piedra suelta.

Cuando el carcelero entró, aún no se había despertado. Hombre de parcias costumbres, el fraile gozaba de una especie de «trato de favor» por parte de los guardas. A la espera de juicio, sin conocer siquiera los cargos, como un héroe de Kafka, esperaba su proceso, esperaba.

Los libros, a centenares, colmaban su celda, escasa. Se sentía, por vez primera, libre.

Poco se distinguía de la vida en el monasterio. Cansado de rezar a un dios prestado, desconocía la razón, quizá lo había olvidado. ¿Quién puede buscar una explicación? Se miró, de nuevo, en el espejo de piedra opaca. Ya su madre lo decía: «no busques las razones, sólo RHW"C tiene las respuestas». Demasiado judía. Quizá fuese Job el más extraño de los personajes bíblicos, el más profundamente cristiano, ¿a quién diablos le importaba? Así, a veces, se

sentía preso en una caja china, de una estupidez: RYRW le arrebató desde que nació a sus hijos, le daba ahora su gran úlcera, su último entretenimiento. Alguien juega a los dados con el universo.

1573. Valladolid. Fray Luis de León es acusado de traducir a idioma vulgar el «Cantar de los Cantares» (el Concilio de Trento, 1545-1563 lo prohibía expresamente)..., de preferir las versiones hebreas a la Vulgata (caso de su traducción del libro de Job).

Estupideces, si en realidad supieran de los textos de Horacio, de Epicuro, Píndaro, Eurípides..., nada del gran Pitágoras. Nadie quería entender la poesía, a nadie interesaba: miraban el cielo estrellado y desconocían sus formas y sus números, pasado y presente. Abandonados de las lenguas clásicas, las traducciones habían perdido el componente místico, divino. Así, ya sólo quedaba moral.

Recordó el fraile sus primeros contactos con la lengua antigua, el hebreo, las primeras clases y sus primeras traducciones. No era complicado con la innegable ayuda de los puntos diacríticos en el texto masorético. Ante sí, el cielo estrellado de una nueva forma de expresión, muy alejada de las traducciones de la Vulgata. Se sentaba ante los textos y los caracteres hablaban, corrían y chapoteaban, tan diversos y ricos.

Sí, estaba ya lejos de su Cuenca natal... Luchador, nunca

siervo..., encarcelado en una pequeña celda de Valladolid, siempre libre. Ni siquiera cuando ingresó a los 14 años en el convento de San Agustín pudieron quebrar su espíritu: ni siquiera Bartolomé Medina, que le acusó de diecisiete cargos, por cuya envidia se encontraba preso. No, jamás podrían con su espíritu.

Disfrutaba de la compañía de sus letras, que le contaban mil historias en su celda quebrada..., de su Guimel (O). Su maestro le enseñó el símbolo de las letras, la claridad y melancolía que escapa del conocimiento, trascendiendo todo acto. Así se deriva de la palabra hebrea Guemul, que significa tanto recompensa como castigo, extraña paradoja. Así la forma nos muestra un hombre rico corriendo tras el hombre pobre: Job, un hombre que corre, pero no un hombre que huye. Clama contra su úlcera, contra el mal, contra la fatalidad que le priva de descendencia..., pero nunca reniega de RYRW. No es }L quien castiga a Job, es su propio reflejo humano, envidioso, terrenal. Por eso destierra a Satán, le expulsa, pierde su cualidad de ángel, ahora está entre nosotros.

Siempre era gratificante mirar al cielo, contemplar su perfección, su claro equilibrio, sus centenares de pinceladas dispuestas sobre un lienzo magnífico. Algun día, todo ese cielo que ahora contemplaba ya no estaría, bien lo sabía, y sobre los rostros de los hombres sólo habría un espeso

manto . Su obra yacía, escondida tras la roca cercana: GZWYL.

Fray Luis de León se veía detenido por la furia del hombre. No había injusticia, sólo humanidad y envidia, natural en el ser humano. El erudito miró al cielo, a través de la piedra. No, jamás podrían encerrarle, jamás podrían acusarle de falta de fe, ¿acaso importaba el juicio de un hombre? Sólo CIN puede juzgar, y el hombre (como bien señalaba Maimónides en su «Guía de los Perplejos») era libre de elegir. ¿Podrán así vivir de sombra y engaño?

Miraba el cielo, la inmensidad con los ojos cerrados, antes, después, eternidad quebrada. Dijo un famoso cabalista que somos el reflejo del mundo celestial, llamábase este primer sabio Pitágoras, y nada debería saber de ésto. Todo lo sabía, como él mismo conocía los poemas de Joyce, porque, un día, miró al cielo.

Había un plato de pescado rancio sobre la mesa. Apestaba, no más que las primeras raciones en el convento. Comió, despacio, saboreando la carne podrida, esbelta, tierna, sencilla. No, WIC no le dejaría morir ahí, tenía tanto que enseñar, tanto que comunicar pero, sobre todo, tenía tanto aún que aprender. Fue el propio JWKCR L} quien luchó contra el dios egipcio. Ahora enseñan falsas doctrinas, olvidándose de la propia historia, aún en los viejos textos, usando las inciertas traducciones, sumiendo

en un sueño rancio al campesino temeroso.

A veces, era el propio carcelero el que se acercaba, hablaban, no siempre escuchaba, a veces hablaba. Podrían expulsarlos a todos, podrían traducir incoherentemente los textos, pero la verdad siempre permanecería, por encima de los engaños. Escribió un tal Hobbes un libro sobre ello: Leviatán. Cuenta la leyenda que el monstruo era tan enorme que sólo una criatura de similares características podría derrotarlo. Creó WHI} el Beemoth. Mató éste a la criatura marina, el Leviatán, y mató UL} a Beemoth, fiel criatura. Aunque a veces no comprendamos sus razones, así el mundo es también perfecto, cruelmente moral, imagen de un universo celestial de ángeles en lucha constante contra el mal. No, nunca podrán entenderlo, ¿El Cantar de los Cantares un poema amatorio? Una obra sobre el cielo, un texto sobre el hombre atado a la tierra, con las cadenas que el propio creador le impuso, sagrada dignidad de bestia.

El mundo no se movería para el fraile, que se contemplaba a través de la roca frágil. Allí estaría preso cinco años, mientras durase el proceso absurdo. Si miraba al cielo, de innumerables luces adornado, podía así ver su muerte, dulce, el futuro, salpicado de sangre y残酷... La palabra debilidad proviene de khole, de la bilis negra

que hace animal al ser humano, como el pescado rancio que ahora comía, sereno. No, el mundo se repetía y para regresar al mismo punto. El hombre inventaría unas máquinas que serían capaces de pensar, pero nunca podrían llegar a amar, porque fue el amor de GYWLD quien creó el mundo, y así sólo el que ama puede crear. Así, el viejo fraile los amaba, a pesar de que habían olvidado el bien divino, a pesar de que habían olvidado sus nombres, en hebreo masorético. Por eso, el hombre sólo recuerda su nombre cuando siente miedo, cuando el Leviatán acecha. No, el Leviatán no ha muerto, el Leviatán, herido por el amor de RWU} BC} RWU}, acechando desde los confines de un océano inmenso, vuelve e insufla con odio el corazón de los hombres..., así se hace más fuerte en la tierra.

T. Hobbes llamó a la criatura Estado, recibirá muchos nombres, bajo diferentes formas. Job lo llamó Satán, así es como WJ L} contempla su propio rostro, en su espejo de piedra seca.

El mal llega al hombre tras muchas formas. Los católicos hicieron de la figura una especie de antítesis del dios del pueblo de Israel. Para los cabalistas, ese mal no tenía una representación humana, sino que se trataba de una contraposición necesaria a la idea del bien. Llegarían más pensadores. Su única meta: explicar lo mismo bajo mantos distintos. No, el mundo, bajo la celda de la prisión de la

Inquisición, permanecía quedo. La noche sucedía al día, a ello lo llamaron los antiguos movimiento, ¿qué hay más real que una metáfora? ¿qué hay más bello que el cielo? Así, los antiguos vieron en las estaciones el tránsito, y así trataron de comprender la muerte. Estaban también los que verían la humanidad entera como un devenir sin sentido, «la nada» llegarían a llamarlo. Luego vendría la revolución matemática, todo se reducía a la adecuación a conceptos de «validez» o «utilidad». ¿A quién diantres le importaba? Desde su celda podía escuchar el leve murmullo de las gentes, riendo, llorando, hablando de sus finanzas y sus esperanzas, ¿acaso les servía de algo el álgebra del tal Booles?

El pergamino, oculto tras la piedra, constaba de unas pocas páginas. No podría ser encontrado, como no podría ser leído sin mirarlo con extrañeza. No, el poema no hablaba de nada, una alegoría no necesita de personajes, hilo o argumento, una lira es un pequeño espacio en el que cantar al hombre y al dios que yace, eterno, en todo hombre. Si lo descubrían, podría darse por muerto. Necedades del Leviatán, que de nuevo asoma sus fauces.

Dice la leyenda que, cuando el Leviatán muera, los restos serán repartidos por Jerusalén, y que todos sus habitantes disfrutarán de un sabroso manar. Una historia más de

rabinos. A RYRW le gustan las historias.

El fraile tomó aliento y se levantó. Descorrió la piedra y leyó, dulcemente.

Hablabía el texto de un pequeño fraile encarcelado en una prisión del Valladolid del S. XVI. El fraile gustaba de contemplar el cielo e imaginar los prados y los bosques, se deleitaba pensando en los campesinos y sus cosechas, en el verde de las colinas, en el agrio campo de Castilla. Así, y por los grandes tormentos sufridos, se le concedió la virtud al preso de poder leer en el gran libro. Nada ignoraba, pero seguía siendo hombre. Así, todo lo que aprendía el día anterior se le olvidaba al siguiente, durante el tiempo que pasase preso.

Decidió, por ello, componer un pergamo, espejo del cielo, en el que se aunase presente y futuro, que contemplase todos los tiempos y civilizaciones, todo pensamiento escrito y toda música, toda palabra alguna vez pronunciada y toda leyenda contada. Dedicaba el fraile sus horas al estudio y la lectura del libro, escrito sobre el viento inmóvil, en su grácil prisión. Hoy se terminaba el tiempo.

La lectura quedó interrumpida. El carcelero entró. Habló lacónico.

-Eres libre.

El carcelero abrió las puertas. El Leviatán, una vez más, había sido derrotado. El fraile tomó el pergamo y se lo

entregó al carcelero como regalo. Hombre sin cultura, no sabía leer. Cuando el fraile se marchó, tomó el manuscrito y leyó sin dificultad los extraños signos que éste contenía: Leviatán.

El poema hablaba del campo y de las flores, del azul del cielo y de los planetas, hablaba del tiempo y del espacio, y de mil siglos de historia seca, hablaba de un campesino que, cada noche, leía a su mujer y a sus hijos un poema en lengua extranjera. Lo leyó despacio, sin dificultad, comprendiendo cada signo. Cada noche memorizaba una frase del manuscrito, nunca conseguía recordarla tras el despertar. Así también lo leía a su mujer antes de que ésta durmiese. Ésta le escuchaba: cada noche las mismas palabras, los nombres, ahora cercanos, comprendía.

Ninguno pudo jamás recordarlo.

# LA MÁSCARA DEL HERMAFRODITA

## I

### (El accidente)

Como en un remanso, suave y cadencioso, la luna contemplaba su rostro.

Las palabras, sordas, aún resuenan, seguras, ecos. Giró la segunda bocacalle, quedaba poco para llegar, apenas pudo verlo. Recordaba un gran resplandor, iluminando la zona derecha. Giró la cabeza y sintió un fuerte golpe, para después ser despedido. Se quebraron las costillas. No había dolor. A su frente de su boca abierta, manaba sangre. Yacía con los ojos abiertos, luchando por respirar. Como un remanso, suave y cadencioso, manaba, insultante, vulgar, maravillosa, de su cráneo quebrado. Tomó la pluma. Recordaba, seguro, la que había sido su primera máscara, ahora ahogada, ahora perdida.

Ocurrió mañana, sin orden ni nacimiento, sobre las ruinas de un Tebas macilento. Antes, aún era él. Tomaron la carretera. Orgulloso, seguro y fuerte. Nunca más le recordaría. El camión se precipitó, embistiendo el automóvil por el flanco derecho, un turismo. Aquella a la que una vez llamó «madre» no pudo evitarlo. Sí, todo había sucedido debido a un malentendido, como una película que

sucede al revés. A veces, el diablo usa anacronismos.

Antes de morir, le miró.

Su rostro, preocupado e inmóvil, sobre la ventanilla del coche, reflejaba su perfil. Odiaba estar despeinado. Ya nunca más será, fue él. El perfil, el arquetipo, todo cambia. Lo desconocen todo, quiénes son. Lo sabía porque lo desconocía profundamente. Le costaba respirar, sobre su pecho fruncido.

## II

### (El Hermafrodita)

El mundo está lleno de espejos, todos los mirabas. Los hay de diferentes formas y colores, hay también espejos en formas arquitrabadas y volubles, hay espejos abiertos y cerrados, hay espejos que nunca reflejaron el rostro y los hay, también, espejos que mil rostros contemplaron.

El vello también cesó. El mundo se retorcía ante sí, en una nueva forma. Miraba a aquéllos a los que llamaban sabios, encarcelados. Hablaban de la libertad sin espejos, nunca comprendieron la palabra. Ahora, privado de su deseo, comprendía. Dejó, incluso, de sentir hambre.

El espejo devolvió una suave melodía. Le miraban los hombres creyéndole mujer y las mujeres tomándole por hombre. Devolvía así promesas huecas, placeres de sangre y fertilidad. Sobre la colina, el hermafrodita despertó.

Había un río y una gran montaña que entonaba su trino. Había un cuaderno y hubiera habido un hombre que escribe, de larga barba lampiña.

Gobernados por el deseo, reflejados en aquéllos que también anhelaban, incapaces de contemplar su propio rostro. Sobre la tierra, fértil, los desgraciados dioses cometieron su peor error. Sabía que, un día, sus miembros se retorcerían y se quebrarían, ancianos. Atusó su largo cabello y fingió mirarla. Ardía. Ni siquiera el amor de una madre está ausente de deseo. Le sintió, muchos años delante, con la nariz inclinada, su boca abierta. Ni siquiera, en el más sagrado momento, pudo liberarse del pecado. Así, de su boca, esta vez, manaba sangre, animal, animal.

Apenas podía ya respirar. Los pulmones, encharcados, las costillas, rotas. Murió ahogada en su propia sangre, mientras la luna, reflejada en la ventanilla, perfilaba el rostro de su hijo y lo tejía con bucles de sonrosadas sonrisas.

El espejo contiene todos los reflejos. Así, sobre un remanso quebrado, en el centro de la cascada, un remolino envuelto en sí mismo, así es el tiempo, así era Tiresias, sabio griego.

Cuentan que, tras un grave accidente, todo cambiará para el sabio. Desde entonces, el tiempo se cerrará en sí mismo, y así el pasado es presente y el futuro pasado. Dicen que

Tiresias vivirá en una gran cueva, esperando su retorno. Así, Tiresias, hermafrodita sin tiempo, así se miró en el, su, propio espejo quebrado, suave y cadencioso.

Una vez, miró el lago y observó un pequeño lugar en donde el agua no fluía. Así será Tiresias, como el remanso, debe fluir y alcanzar el mar. No hay tristeza, es así como el hombre es hombre, cuando encuentra su lugar sobre las aguas. Tiresias, que probó los dos sexos una noche de luna, es un pequeño remolino, estancado, que contempla el río fluir, que permanecerá, hacia atrás, congelado en un tiempo brusco.

### III (La Madre)

Recordaba una intensa luz, como la que jamás habría visto. Dicen que cuando se mira algo intensamente, el objeto forma parte del propio espejo, reflejo del reflejo. La miró una eternidad, mientras manaba la sangre. No hubiera sentido dolor. En realidad, la deseaba.

Tomó la pluma y escribió una frase, sobre un río, sobre alguien que escribe una frase sobre alguien que toma una pluma. Así, comprendió, sin deseo.

Ella le miró, sin comprender. La sangre se escapaba de su cráneo abierto, bello. Fue, tal vez, la primera vez que nació. Con el tiempo, logró recordar la última vez, en el

vientre de una mujer, con un largo cordón. Abrió los ojos y se sumergió en el océano, en el líquido. Si se concentraba, aún podía recordarlo. Escribió, de nuevo, sobre un hombre que escribe sobre alguien que sueña lo que un hombre escribe, a través del espejo, la miró.

Aquello que les impide ver es, precisamente, aquello que les hace felices. Así es el hombre, y así lo contempló, como una sinfonía clara, en una luna de noche, mientras el automóvil era embestido por el flanco izquierdo.

Con el tiempo, se alegro de nunca más volver a ser hombre. Con el tiempo, sintió lo que era ser mujer, lo que siempre fue ser ella, la única. A veces, sin tiempo, se puede congelar un instante, como una magdalena en una noche francesa. La miró, otra vez, retorcida, en un remanso de luna clara, izquierda, como un hombre que escribe sobre un hombre que escribe que ya no es hombre, sin de deseo. Se miró en la ventanilla. Sin poder moverse, sin poder cerrar los ojos, la vio morir, bella.

## IV

### **(El Despertar)**

Giró la llave y el motor se puso en marcha. Suenan quedas las palabras, saben quebradas. La miraba como la mirará por primera vez, en un juego repetido visto desde el exterior, en una falsa jugada. Sabe que está enfadada,

siempre lo hubiera estado, como si jugaría con un verbo. A veces, es un remanso de agua, a veces, las palabras escritas sobre la tierra fría, sobre un hombre que escribe sobre un hombre que escribe, sobre reflejos claros de luna, sobre la camilla de un hospital.

No podía mover los brazos, nunca más podría. Ya no era él, sabio. Sus formas se transformaron. Así, el tiempo, se cerró, en una pluma que escribe sobre un hombre que hubiese pintado, sobre la pluma de luna. A veces, podía suspirar, cuando el deseo se lo permitía. Una vez, casi abrirá los ojos. Una sombra. Dicen que está en punto, y coma. Tomó la pluma y borró, el párrafo, mal oficio, mal monólogo, escasa magdalena. El tiempo resuena sobre un eco sin verbo.

Quería escuchar, lo deseaba. La gritará, que hable más alto, una película vista hacia atrás. Trata de un sabio griego que ayudó a Edipo a arrancarse los ojos. No había culpa. Dios es cruel, asesina impunemente. Así es Tiresias, con el sexo desprendido en la mesa de un hospital, en un tiempo quebrado y suave, maravilloso.

Recibió una descarga, abrió los ojos. Al fin, había despertado.

**(La Máscara del Hermafrodita)**

Recordará el remanso, claro de luna sobre la pluma quebrada. Su madre, sonriente, después del accidente, pintará su rostro, macilento y fingido, reflejo sobre las aguas.

Un gran resplandor, una bata y un sonido, agudo, sólo podía ver su rostro, odiaba estar despeinado. Sintió, alguna vez, calor sobre su piel rasgada. Sonriente, pintaba un relato sobre un chico que ya no era chico, sobre un sabio con una serpiente, sobre un rey, sobre un colina sobre un una madre muerta, sobre el sol y sobre un remanso, que fluía. A veces, el tiempo se detiene.

El tiempo, al fin loco, se cerraba sobre un momento, como una nube sin rostro. A veces, siente que su hijo vive dentro de ella. A veces, siente que tomó su alma en ese momento que es él quién la acompaña, muerto. Sintió su respiración, ya muerta, su belleza caída sobre la sangre resbalada.

Si fue hombre, siente deseo, plácido, sobre la blanca pared, como en un estertor visto de perfil. Su corazón no responde, antes de abrir los ojos, mira su reflejo sobre la mesa de la camilla. Así, en un poema que se cierra, es la pluma que escribe sobre una madre ensangrentada, sobre una clara noche de luna fría, sobre un reflejo, sobre un

espejo que, poco a poco, pierde su reflejo.

No pudo girarse. Recuerda un potente golpe, su cuello quebrado, su espalda retorcida, una costilla que perfora la carne. Como en un segundo, el tiempo se cerró, así la pluma se precipitó, escribiendo en el aire, lanzada por el impacto. Antes de ello, su madre ya había muerto, lo dijo la luna.

Abrieron la cortina. Dejaron su cuerpo, muerto, sin sexo ni deseo, sobre la camilla, en una fría clara noche de luna bella quebrada.

Como en un remanso, suave y cadencioso, la luna contemplaba su rostro.

# KAWASAKI

Ya creíamos que estaba loco antes, pero no tuvimos ninguna duda tras esperar quince minutos.

Creímos que no lo conseguiría, pero se introdujo, a pesar de su prominente estómago, a través de la alcantarilla.

No lo dudó.

Nosotros tampoco: le faltaba un tornillo.

-¿Qué se cree que hace? –me preguntó Naomi, mi novia desde hacía ya dos semanas (por tanto, una larga relación fundada en el respeto, la confianza y la fidelidad: sólo le había sido infiel en un par de ocasiones, sin contar los coqueteos, claro).

La abracé fuertemente teniendo especial cuidado en que notase mi excitación.

-Este tío se las sabe todas –le dije orgulloso-. Dicen que conoce las alcantarillas de Madrid como si se tratase de su propia casa aunque... ahora que lo recuerdo... Kawasaki no tiene casa.

Naomi se sonrió un momento y lo supe: no le gustaba Kawasaki.

Necesitaba más argumentos, y esta vez de peso.

-¡Dejó el colegio a los nueve años! -continué-. ¿Puedes creerlo? ¡Un tío con esa entrega y esa seguridad! Sabe de todo: lo mismo te arregla un enchufe que repara una moto

o friega los platos. Ese tío, ahí donde le ves, es una lumbre como nunca antes había conocido.

Me miró con incredulidad y algo de complacencia (complacencia significa “satisfacción”, lo tuve que mirar en el diccionario). ¿Cómo no podía admirar a este hombre? Pensaba como vivía y vivía como pensaba (pero no pensaba demasiado). Un hombre de acción criado en la calle, pillo y pícaro, bribón y seductor:

-¡Español! –exclamé orgulloso alzando mi mano al cielo.

-Anda, ven –me dijo ella tan cariñosa como yo dispuesto y me besó apasionadamente (que no quiere decir con sentimiento, sino con lengua). Naomi me gustaba mucho y yo a ella, pero no estaba seguro de que pensase lo mismo de Kawasaki. ¿Amigos? Kawasaki no tenía amigos porque le gustaba desaparecer y perderse en la inmensidad de la ciudad, desaparecer y regresar como un fantasma, dispuesto a compartir con todos sus aventuras y misterios de hombre de mundo.

-¡Este tío es un loco genial! ¿Te puedes creer que ahora mismo está sin luz, guiándose tan sólo por sus instintos más primarios?

-Lo creo y te creo, cariño.

Me gustaba que Naomi me llamase cariño, aunque nunca se lo habría permitido en público. Soy un hombre de la calle que creció en la calle. Mi padre me abandonó y

abandonó a mi madre (creo que no por este orden). ¿Qué podía hacer? Nunca me gustó estudiar ni ir a clase. Solía pasar las mañanas vagabundeando y metiéndome en líos y... ¡qué líos! Ahora echo de menos aquellos tiempos en los que varias bandas de pequeños delincuentes caminaban para enfrentarse en una batalla campal: cuchillos, navajas, machetes, bates, puños americanos... un baile de chicos dispuestos a darlo todo por defender a sus colegas. En el barrio, eras tan fuerte como fuertes eran tus colegas, tan débil como tus colegas y tan emprendedor como fueran (o fuesen, que he ido a clase) ellos.

Ahora el mundo había cambiado y ella estaba a mi lado. ¿Por cuánto tiempo? Me gustaba de verdad, sí (y no sólo por las obvias razones, no penséis mal): ¡tenía un cuerpazo y no sólo por delante! Daba gusto mirarla y cuando la tenía cerca... los hombres saben a qué me refiero (y me temo que ellas también).

-¿Por qué le llaman Kawasaki? —ya ven que Naomi no se limitaba a estar buena: además pensaba.

Me había hecho una pregunta a la que, aunque no se lo crean, no podía responder. No suelo dejar entrever mi ignorancia nunca, así que prefiero inventarme las respuestas.

-Kawasaki... modelo de moto japonesa —dije. Ahora quedaba tumbarla definitivamente con una pregunta-. ¿No

conoces el modelo Versys? ¡Ocho mil pavos! Frenos ABS y mogollón más.

Creía haberla epatado con mi sapiencia, pero parece que no fue así y Naomi continuó su gravoso interrogatorio.

-¿Y qué diantres tiene que ver el Kawasaki con la moto? Que yo vea, aún no le han salido las ruedas.

Me empezaba a tocar las narices pero ya dije que soy un hombre de la calle y un hombre de la calle nunca deja a su chica sin una elocuente y meditada respuesta (a la vez que inventada).

-¡Es un experto en motos, tía! Carburadores, cilindros, ruedas... volantes.

Sólo cuando había terminado me apercibí que las motos no tenían volantes. Supongo que ella no lo había notado, pero preferí abrazarla y toquetearla un poco para hacerla así olvidar mi pequeño desatino.

-¿Y ahora qué? —preguntó mientras se atusaba el pelo con sutil sensualidad.

Esta vez (y sin que sirva de precedente) no sabía qué responder. ¿Dónde iría a parar el Kawasaki? Ciertamente le admiraba, pero no creí nunca que fuese capaz de guiarse sin una linterna a través del sistema de alcantarillado.

-El Kawasaki va y viene como el viento, Naomi. El Kawasaki es como una moto, de ahí su apelativo: rápido, vivaz y atento... nunca sabes por dónde volverá... o si

volverá realmente.

Me miró otra vez extrañada. Por un momento llegó a pensar que se burlaba (un breve momento que desapareció breve en la bruma de la noche como breve desapareció el propio Kawasaki).

-¿Y mientras el... Kawasaki... se decide a volver entre la bruma qué hacemos?

Se me ocurrían mil ideas, pero ninguna a la altura de una dama.

Había salido con muchas mujeres y muchas mujeres habían salido conmigo (a la última parte se la llama tautología, según lo eruditos), pero ninguna como Naomi. ¿Me casaría con ella? Rehuía la idea del matrimonio como rehuía las patatas con mayonesa. Mucho tiene que ver que mi padre nos abandonase. Ahora tengo dos hermanos más y al hombre que se casó con mi madre sólo puedo nombrarle de una manera: padre (aunque también Paco, que es como se llama, de esta forma serían dos maneras). Paco es un buen hombre que ha cuidado siempre de nosotros. Entre mi madre, Paco, mis abuelos, mis vecinos y mis amigos (y no olvidemos a los conocidos, clientes y seguidores) nunca me faltó de nada y pude criarme bien.

Fumo, sí, pero sólo porros porque el tabaco daña la salud.

-¿Nos llamamos un “peta”? —le dije a Naomi con aire

seductor y misterioso mientras entornaba los labios como en ese clásico del cine “Movida en la Universidad IV”. ¿Quién podría resistirse?

Sonrió. Naomi me gusta porque me entiende y sabe que no se le puede quitar a un hombre de la calle sus pequeñas distracciones. Me gusta fumar porque me relaja y me hace conocer a gente de la calle también, como el propio Kawasaki. La primera vez que le vi nos liamos uno juntos y reímos durante un buen rato. Es lo bueno de los porros, “que hace que las barreras del tiempo desaparezcan y se fundan en un arco-iris multicolor de sensaciones contrapuestas, siempre agradables”. Saqué esta frase de un cartel publicitario de chocolatinas. ¿Sabían que a los porros también se les llama chocolate porque son así como que se parecen o se asimilan al chocolate? ¡Cosas de la calle, estimados lectores! Sabiduría popular que me llevó a liarne el “peta” con una diligencia y rapidez propias de un profesional.

Le di la primera calada porque el que lía el “asunto” (con orgullosas comillas) tiene ciertos derechos, por muy buena que esté la que tienes al lado. Hay que distinguir siempre entre los colegas y la novia y nunca, por adversas que las circunstancias sean, permitir que tu chica se interfiera en los “asuntos” con los colegas. Sabía que Naomi era también una mujer de la calle (que no prostituta) porque

ella pensaba lo mismo, aunque las mujeres son distintas a nosotros, siempre fieles a nuestros colegas y amistades. Naomi vivía con su madre y cuidaba de ella desde que la policía había asesinado a su padre. Lo encontraron muerto una mañana y su madre ya no pudo recuperarse del susto. Creo que se quedó algo “colgada” o así. A mí no me importa lo “chungo” del “asunto” familiar porque también yo tengo “asuntos chungos”, así que me limito a mirar directamente a las chicas y preguntarles: ¿quieres ir al cine o liarte un “peta”? Si responden que el cine aburre es siempre una buena señal y entonces es cuando saco mis porros y podemos pasar una buena tarde.

Naomi es una de esas chicas a las que les aburre el cine.

-¿A qué te dedicas? –le inquirí un poco avergonzado: una relación de dos semanas y nunca me lo había preguntado. Me miró con idéntico estupefacto al mío al recibir su respuesta (estupefacto quiere decir “sorpresa”, para esta algarabía lingüística empleé un diccionario de sinónimos).

-Soy peluquera –respondió interesada-. ¿Y tú?

-Camarero, Naomi –lo de poner el nombre al final de la frase siempre queda bien: se nota que te acuerdas de ella y así se hace ver la atracción.

-Suena interesante –respondió.

-Suena interesante –respondí.

-Y ahora –continuó-, ¿me pasas eso?

Supe al momento que estaba hablando del porro que sostenía con la misma rigidez que dejadez, con idéntica seducción que alejamiento. Le pasé el porro y ella fumó distraída, un poco coqueta... ciertamente excitante. Se atusó entonces el cabello y supe qué decir (aunque no acertase).

-Se nota que eres peluquera por el pelo tan cuidado que tienes.

-No es mío, cariño. Me lo compré la semana pasada. ¿No notaste que lo llevaba corto?

Suelo meter la pata en estos asuntos, pero nunca de una manera tan clara. Necesitaba una respuesta a la altura y un hombre de la calle no podía menos que tirar de sus recursos más abstractos. Dispuse la mano sobre su pelo y pronuncié la mágica palabra:

-¡Mola!

Ya sólo restaba acariciar su cuello (eso siempre funciona) y esperar su respuesta. Ella sonrió: estaba “en el bote”. Llegaba el momento de la artillería pesada, de buscar en lo más recóndito de su alma y confesarle mis más oscuros secretos.

-¿Sabes, Naomi? –otra vez genial con el nombre, como toda la noche-. Mi sueño sería montar un taller de motos con el Kawasaki. Solos él y yo y los motores. ¡Sin licencias de apertura ni nada! No, un taller para colegas como él

hace. ¿Sabes? Él sólo hace favores a sus colegas y cobra muy barato. ¡Imagínate un taller clandestino para colegas! Dime, ¿cuál es tu sueño?

Lo pensó un momento, sólo una pequeña décima de segundo: toda una eternidad.

-Mi propia peluquería –respondió mientras apuraba otra seductora calada: también ella me tenía “en el bote”.

-¡Mola! Tú y yo, ¿qué te parece? Sería bueno, no. ¿Puedes imaginar la peluquería y el taller en el mismo local? Sería simplemente impresionante. ¡Una idea de futuro, sí! Los hombres, al taller y ellas a la peluquería o al revés.

-¿Al revés? –preguntó mitad distraída mitad interesada. ¿Fue aquí cuando comencé a perderla?

-Sí, o al revés... El Kawasaki y yo podríamos hacer de recepcionistas cuando no tengamos motos. ¡Mola, eh?

-Me parece –dijo commiserativa- que no es muy buena idea. ¿Puedes imaginarte al Kawasaki cubierto de aceite atendiendo a señoras finas?

-¿Finas? No, no... tu peluquería sería... ¡Española! –me atreví a responder alzando de nuevo la mano al cielo. ¡Nada de finuras francesas, no! ¡Nada de nada! ¡Todo Español!

(Omitiremos la parte que sigue: improperios, desafortunadas expresiones y algún que otro golpe a la farola.)

-¿Una peluquería a la que sólo vayan mujeres? Me has

decepcionado, Naomi. ¡Nada de peluquerías feministas! ¡Nada de diferencias!

-¿A qué huele? —me preguntó sin llamar mi concentrada atención.

-¡Nada de desagravios comparativos! ¡España! ¡España! ¡España!

Grité convencido y algunos vecinos abrieron sus ventanas, sin duda para mostrar su aprobación para con mis palabras. Extraño fue cuando nos tiraron algunos cubos de agua. ¿Se muestra así la aquiescencia?

No tuve tiempo para continuar la defensa de mis principios cuando de entre la bruma surgió la imponente presencia del Kawasaki, cubierto de porquería. Se le podría haber oido a una legua de distancia, pero mi discurso me había mantenido ocupado e intelectualmente mayúsculo. Bajo sus cejas cenicientas (e impregnadas de alguna substancia similar al petróleo) se alzaban los ojos abiertos e inyectados en sangre del que había vivido una gran aventura.

-¿Veis? —dijo orgulloso el Kawasaki-. ¡Como un laberinto! ¿Quién lo ha logrado?

-¡El Kawasaki! —me atreví a exclamar mientras Naomi le alcanzaba el “peta”-. ¿Cómo lo has hecho, colega?

Entornó un momento los ojos y me contó una historia maravillosa sobre misterios ocultos bajo las profundidades,

sobre los secretos del Universo bajo tierra, seres increíbles llamados “los reptilianos” y mundos arcanos y voces que le hablaron entre la oscuridad.

-¡Cavernas, tíos! Montones y montones de cavernas que se mezclan unas con otras –decía ya fuera de sí-. No sólo se necesita espíritu y audacia, también la perspicacia de un topo para abrirse camino entre lo desconocido.

Ni por un momento dudé que aquellas historias maravillosas tuvieran que ver con que llevaba todo el día fumando porros. ¿Qué importaba? Aquel hombre de la calle había descendido a los infiernos guiado solamente por el espíritu de la temeridad, el arrojo y la aventura. ¿Qué más podría desear un hombre?

Le golpeeé amistosamente en el hombro en señal de amistad antes de girarme hacia Naomi.

Le admiraba.

Ella se había marchado.

Nunca más supe de aquella peluquera que un día tuvo por sueño poseer una peluquería feminista.

Yo, por mi parte, nunca abrí el taller de motos.

Aún trabajo en el bar de mis abuelos.

Aún fumo porros.

Supe por un amigo que el Kawasaki se había marchado a Sudamérica a desfacer entuertos.

Sé que le habrá ido bien.

A veces, cuando fumo, la echo de menos.

# EL ÓLEO

## I

El cuadro la miraba.

Había comenzado a pintarlo a principios de año, en óleo, técnica relativamente nueva ideada por los van Eyck. Existen diferentes superficies en las que aplicar el óleo, siendo una de las idóneas el cobre, pero no por ello la más utilizada. Antes de comenzar, se debe tratar el lienzo, es lo que se llama imprimación o aparejo (consiste en dar varias capas de cola animal mezclados con agua caliente). Cada material tiene su método de aparejamiento, siendo el más complejo el empleado para la madera.

Posteriormente, se dan varias capas para conseguir el fondo. Su maestro, Bernardino Campi, le había enseñado cómo conseguir un efecto similar a su contemporáneo Tiziano (dicen que el veneciano empleaba hasta ochenta capas para conformar el cuadro). El óleo tiene como principal virtud la plasticidad y el realismo, nunca tan presente hasta entonces. Bastaba comparar el óleo con cualquier técnica anterior para darse cuenta de la vitalidad en las formas y en las expresiones. Mirar los músculos de Tiziano, comparándolos con las anquilosadas figuras de antaño era poco menos que un insulto.

Las últimas pinceladas correspondieron a sus propios

labios perfilados en la figura imaginaria de su autoretrato. El rostro se dibujaba perfecto, sobre un fondo oscuro, un fondo claro, sobre una figura que se disuelve. Un buen vino, sin duda, con el sabor añejo de los caldos de Nápoles. Al fondo, lo que cambia espera.

Casi ciega, Sophonisba Anguissola descansaba en su villa de Génova. Dormía, al amparo de un negro pájaro, frente a la ventana.

Su padre, para seguir la cruel tradición de nombres cartagineses, le puso por nombre Sophonisba, hija de Asdrubal, del veneno y del amor despechado. Mal nombre para comenzar una historia. A veces, se miraban en sus pinturas: Amilcare (su padre) y sus propias hermanas Lucía, Europa, Ana María y Elena, todas ellas pintoras también. Minerva, escritora. Asdrubal, su único hermano varón, estudió música y latín. Había muerto, como toda la familia.

A veces, siempre, los cuadros cuentan historias. Hablan de los robos de Tiziano, cuadros de la propia Anguissola firmados por el maestro de la escuela veneciana. A nadie importaba ya: la historia es la cruel escriba del poderoso. Al final, había ganado.

Al fondo del retrato, la figura que cambia, espera.

Un cuadro, autoretrato. 1545.

La sombra del rostro habla, bañada en pintura clara, sobre la veladura de sus ojos cansados, ancianos. En secreto, envidiaba a su hermana, así, ella dejó de pintar, tras ver un cuadro suyo, eso dijeron. La recordaba postrada en el lecho, retorcida como un cuadro de Tiziano, siempre viva, con el rostro sereno y blanco como una madonna de Rubens, la sonrisa tranquila: Lucia.

La figura, inmóvil, cambiaba cada año. Le hubiese gustado conseguir la expresión de su maestro Campi, pintando en círculos sobre la imagen retorcida que se cierra. No sabría explicarlo. Pocos notarían la diferencia, el dedo índice de la mano derecha. Su propio retrato encarnado, sobre una sombra esquiva, que se cierra y reaparece: Campi.

Pasó el tiempo y, sobre las formas de un Capodimonte muerto, su figura tomaba poder. Dicen que la historia transforma a los mediocres en reyes. Son estos mediocres los que, a la postre, le darían fama. En secreto, lo necesitaba, lo comprendió años después.

Tenía catorce años, aquel trabajo le había dado la primera fama, efímera, otro reflejo más, Bernardino. Luego llegaría el gran Miguel Ángel. Lucía, desde su tablero imaginario, la miraba. Europa levantaba la mano, como jurando, llena siempre de misterios. Quien no los conoce, los inventa.

Sophonisba se frotó los ojos. Apenas podía ya mirar.

Se despertó años más tarde, ya loca, ya cadera. Veía las figuras revolotear en su inmediatez. Cuando el mundo gira, se tiñe de mil colores, se perfila y se llena de mil cuadros maravillosos por hacer. No podía, anciana ya.

La recordaba, casi juguetona. Las relaciones familiares se habían tensado, era una educación de envidias y títulos. Desde su nacimiento estaban marcadas, por su belleza u orden de nacimiento. La belleza nunca sería su distinción, dejaba ese aspecto para cortesanas y campesinas. Poseía talento y porte, poseía calidad de cuna. Sophonisba Anguissola, desde su villa de Génova, miró atrás, recordando.

Lucia era muy parecida a ella, casi como un espejo. De pequeñas, solían jugar juntas en los jardines del palacio de verano que su familia poseía en Nápoles. Recordaba el verde paraje y los días de verano, los juegos y a sus vecinos, junto a los que solían corretear despreocupadas. Lucia, se precipitaba, para ser así la primera en llevar el ramo de flores a su padre: pedigüeña, afectada, soez hasta la vulgaridad. Eran las mayores, y como tal ejercían. Luego llegarían Minerva y Europa. Con el tiempo, llegó a sentir lástima de su padre, rodeado por mujeres: pobre ignorante.

Murió joven, dicen víctima de enormes fiebres. El médico, gracias a Dios, nada pudo hacer.

Durante todos aquellos años había sido su rival, pero también su compañera y confesora. Imaginaba cómo, para cada nuevo cuadro, su hermana daba su aprobación, le aconsejaba.

Alguna vez, casi sin notarlo, Lucia, invisible, le ayudaba a dar las últimas pinceladas.

Durante su estancia en España, Sophonisba tuvo el dudoso placer de pintar a la corte en pleno. Estaban el rey y su esposa, Isabel de Valois, mucho más joven (y bella) que él, así como el atractivo y galante Carlos, encerrado por Dios sabe qué pequeños deslices. A lo largo de sus apuntes, la propia reina le confesó su intercesión en su elección como pintora de la corte. Le agradaba la complicidad y el trato cercano por parte de la monarca. Desde luego, no era una cualquiera, y una gran dama se sentiría siempre más cómoda en su presencia que con tantos y tantos mediocres pintores venidos de procedencias muy inferiores a la suya.

La recordaba portando el fino collar de perlas, con su rostro espigado y sus finas manos, blanquecinas, casi a la moda. Las múltiples confesiones de la reina le llenaban de gratitud. Fueron, quizá, los mejores años de su vida.

Cuando celebró su matrimonio con Don Francisco de Moncada, hijo de virrey de Sicilia, tenía treinta y ocho años.

Podía escuchar los quejidos de la vieja desde la otra esquina de la villa. Se arrastraba y no dejaba de carraspear, como un viejo asno inútil, andrajoso. En otro tiempo, sin duda, la habría hecho asesinar.

## II

Sobre fondo oscuro, un óleo pendía, su último trabajo, bien lo sabía Sophonisba Anguissola mientras apuraba las últimas gotas de un celebrado vino de Palermo.

Aquel día no esperaba a nadie. En los últimos tiempos, el ajetreo y las visitas se habían sucedido: pintores de los que no había oído hablar, escritores, miembros de la nobleza que requerían sus consejos. Casi ciega, Sophonisba descansaba en su villa de Génova.

El mundo se había teñido por una férrea veladura que parecía abarcar todo. Apenas podía ya distinguir el tono de las paredes o las tonalidades de las estaciones: todo parecía cubierto de un manto de hierro oscuro, como una nueva capa sobre el óleo de sus ojos. Al fondo, su fiel autoretrato, del que había pintado varias versiones. No podía mirarlo. De haber vivido más, tal vez, seguramente, hubiese sido mejor que ella.

Aún poseía retazos de su sueño: Brindaban, aún jóvenes, casi infantes. Un verde manto, como en un cuadro flamenco, cubría la escena. Había lirios y alegría. Allí

estaban también sus hermanos y hermanas, y allí estaba también ella: Lucía. La recordaba, ya adolescente, sonriente, con el pincel en la mano. Lucía mostraba especial dedicación en la elaboración de las pinturas. Ella misma, con los años, se había deslindado de esta dedicación: un ayudante se encargaba de esto. Sin embargo, siempre se negó y prefería realizar la mezcla ella misma, por más que su padre, gran conocedor de las formas artísticas, insistió. La recuerda agonizando, la acompañó hasta su último aliento: pálida, postrada sobre la gruesa cama, en una habitación por ella misma decorada. Gran talento desperdiciado. Al final de su tiempo, casi como en un susurro, lo confesó. Nunca lo olvidaría.

Aquella visión la trastornó durante largo tiempo. Sin embargo, poco a poco las cosas cambiaron, y casi sus formas parecieron difuminarse, ocultarse tras una nueva capa de un viejo óleo. Al fondo de la habitación, su autoretrato le miraba, pintado allá por 1561, mienten las fechas: hacía ya demasiado tiempo, demasiado desde que su marido le abandonó, sin ver a su amiga Isabel, ¿qué habría sido de ella? El dinero español llegaba puntualmente, no tenía de qué preocuparse.

Sophonisba se incorporó y apuró las últimas gotas del buen vino napolitano. Era primera hora de la mañana. Su

criada, una anciana casi decrepita que le producia mas lastima que favor, recogia algunas prendas en la habitacion contigua. Cuando se pierde un sentido, los demas toman una importancia casi divina. Podia escuchar a su criada susurrar y el revoloteo de los pájaros, que cada mañana se posaban sobre su ventana. Aquella mañana, un pájaro negro se posó sobre su ventana, la miró, de perfil. Ella sonrió, mientras apuraba las últimas gotas, ligeramente agriado: había perdido también el olfato debido a las pinturas y su carga de plomo.

Le quedaban ya pocos cuadros propios. En cambio, poseía una colección de indudable valor de otros pintores, en su mayoría regalos de admiradores ya consagrados o de pintores noveles. Sólo le quedaba aquel extraño autoretrato, en su primera versión, sobre fondo oscuro.

Por la mañana, casi podía distinguir las formas. Con los ojos descansados, era capaz de ver las copas y la habitación. Hacía tiempo que no podía pintar, maldita ceguera, no podía siquiera mirar, vieja gloria sin opinión.

### III

La rutina era sencilla. Tras unos primeros momentos de aseo, tomaría el vino de la mañana y daría un ligero paseo, para comer más tarde y escuchar las historias de su criada

(cuánto le hubiese gustado que la bruja supiese leer). Por la noche, juntas encendían la chimenea y tomaban algo para librarse del intenso frío. Ya no sabía en qué época estaba, ya no sabían siquiera si hacía frío o calor.

No hay nada peor que dos ancianas en una misma casa. Una se queja y la otra le responde con otro quejido. Al final, la situación se vuelve insopportable y una de ellas, sino las dos, toman la decisión de no hablar (nada tienen ya que decir). Es así un tiempo, hasta que ambas se dan cuenta, al fin, que la voz de la otra será lo último que escuchen hasta el fin de sus días. Aquella anciana tenía una conversación más o menos agradable. Había servido durante algunos años en el palacio que los Orsini poseían en Milán. Se había distinguido por su dedicación pero, sobre todo, por su belleza. Claro está, cuando su gracia se esfumó y sólo le quedaba el noble arte de la limpieza fue (justamente) liberada.

Al fondo, la figura que cambia, espera.

Comenzó el cuadro sobre rojo y ocre, luego vendrían las «carnaciones». Al fondo, la mancha se perfilaba, cada vez más real.

Algo había hecho mal. Podía darse cuenta ahora, primera hora de la mañana, en la que sus ojos aún no estaban

cansados y podía apreciar, entre una espesa nube, las formas en el lienzo. Distinguía perfectamente su rostro, hermano. Existían varias versiones de su autoretrato, cada una de ellas variando leves elementos, siendo la más conocida aquella en la que una anciana sobresalía al fondo de la imagen. Una mujer, la propia Sophonisba, sentada al clavicémbalo. Una segunda versión, casi idéntica a la primera, pero desde una perspectiva diferente, mostraba la misma escena. ¿Quién? La figura que espera. Siempre le gustaron los misterios.

Existe una tercera versión, mucho menos conocida pero más inquietante, en la que la figura es sustituida por un hombre. Debido a la incidencia del sol, el cuadro adquiriría tonos muchos más oscuros, dando al hombre (en realidad, su maestro Campi) un aspecto aterrador.

Y, finalmente, existía el cuadro colgado en su villa de Génova, primer proyecto, sin figura al fondo, mucho más sencillo que el resto. Pocos lo sabían, pero este primer proyecto se había iniciado seis meses antes de la muerte de su hermana Lucía.

Murió, sí, tras tomar el vino que ella misma le había ofrecido. Con el tiempo, se aprende a vivir con los propios crímenes. La moral cristiana habla de la culpa, eterna y constante: no existía esto para los elegidos, sólo una leve

sensación de malestar. Se había criado bajo la idea de la muerte. Las historias de sus antepasados eran historias de asesinato, incesto y locura. ¿Qué importaba una más? En todo caso, el resto de sus hermanas aprendería la lección.

El cuadro la miraba, con aquella extraña mancha al fondo. ¿Podría eliminarla con una nueva capa? Necesitaba un discípulo, le hubiese gustado donar a algunos de sus amigos aquella pintura, mucho más lograda que las otras, especial, la primera. Sí, ahora podía confesarlo: el primer robo.

Lucia era también pintora. Al principio, pareció no importarle, mientras sus retratos no fueron más que meras aproximaciones a la realidad. Poco a poco, sus rostros parecieron tomar vida. Pocos podían notarlo, mientras la felicitaban con un toque de commiseración estúpida. Sólo ella podía verlo. No, no habría dos pintoras en la familia: Sophonisba echó los polvos (en aquella época era realmente fácil hacerse con algunas gotas de veneno) en el vino y le dio a beber.

Agonizó durante varios días, sufrió grandes fiebres. Durante este tiempo, Sophonisba la acompañó fraternalmente junto al lecho, que le miraba de frente. Muchos dirán que fue debido a la culpa, todos estarían equivocados. Permaneció junto a ella por el miedo a que, en su delirio, pronunciase las palabras que la delatasen. No,

no podía permitirlo. Tres días se mantuvo en vela, esperando la muerte de su hermana. Ésta no se produjo.

Poco a poco, la arpía comenzó a mejorar, incluso logró incorporarse para tomar un poco de sopa. Cuando su padre entró en la habitación, Sophonisba despertó, había caído rendida durante unos segundos. Lucia la miró, Amilcare, viendo a sus dos ilustradas hijas, orgulloso, cerró la puerta. Era el momento. Sophonisba tomó la almohada de plumas y la apretó contra el rostro de Lucia. Apenas pudo defenderse, apenas puso resistencia. Murió a los pocos segundos. Un tenue aroma recorrió la habitación.

Su padre, no tan estúpido como todos opinaban, mandó a Sophonisba y a su hermana Elena a estudiar junto a Bernardino Campi, de la escuela lombarda. No volvió a verlo vivo. Le hubiese gustado, sin duda, ver a su hija, ahora con noventa años, famosa en el mundo entero, pintora de la corte de España, a la altura de los grandes pintores de una gran época. Había merecido la pena, el mismo Amilcare lo hubiese deseado, su mismo padre hubiese puesto la almohada de plumas sobre el rostro de su hija, ladrona inconsciente de su talento.

Apuró la copa hasta el fondo, bien sabiendo el veneno que contenía en su interior. El cuadro la miraba.

El óleo posee una capacidad especial, y es que las pinturas (confeccionadas con plomo) se vuelven oscuras si les da mucho el sol. Antes de que su ceguera comenzase a impedirle pintar, había notado ya cómo, bajo el fondo del retrato, como una figura que espera, una sombra afloraba de su interior. Este hecho había sucedido ya en otros casos, y es que, a veces, las capas ocultas de los cuadros realizados bajo la técnica del óleo, afloran y toman vida propia. He aquí, quizás, el misterio del óleo y el gusto que los artistas han tomado por él a través de los siglos.

Sí, desde luego que conocía su final, y conocía la identidad de la figura que afloraba bajo el lienzo.

Cuando Lucia murió, entró en su cuarto y tomó el retrato que Lucia estaba realizando de Sophonisba. ¡Qué claridad en las formas, qué estilo y simpleza, elegancia y saber! No, no se arrepentía de lo que había hecho, ¿por qué habría de hacerlo? Ella merecía la fama y los aplausos: Sophonisba había nacido para ser admirada, Lucia sólo podría aprender a pintar. Se había entregado con todas sus fuerzas al empeño de ser recordada, la mejor pintora de su tiempo. El tiempo las juzgaría. Sólo tendrían que mirar sus manos, que ahora pendían sobre el clavicémbalo, refinadas, de uñas almendradas, perfectas. Recordaba sus cuadros, con los rostros sobrios, esbeltos, elegantes, la misma Lucia estaría orgullosa, mira lo que hemos logrado, hermana, los

pintores que nos visitan, nuestra amistad con la reina...  
Hemos retratado a nobles y hemos narrado la historia.  
Ahora, por fin, recordarán nuestros nombres.

Había tratado de evitar la aparición de la figura, al fondo de su imagen. Había dispuesto el lienzo junto a la ventana, para que así se oscureciera, sólo consiguió un tono ocre aún más acusado. La figura de Lucia, ahora anciana, se mostraba frente al rostro, siempre joven, de una Sophonisba al teclado. El cuadro le miraba de frente, ambas la miraban, la Sophonisba joven y la Lucia anciana. Al final, las dos hermanas habían logrado lo que querían.

Antes de morir, su rostro se hizo perfecto, y pudo ver, entre sus ojos cansados, ancianos, la mirada lacia, noble, eterna, de su hermana Lucia, en tonos ocres.

Sobre el lienzo, las dos hermanas miraron la eternidad, elegantes, serenas.

# EL TALENTO DE JOHN CARIÑOS

El día en el que Juan decidió cambiar su nombre por John el sol brillaba y los pajarillos cantaban. Ésta es la pequeña historia de un hombre llamado John Cariños y de la invención de un nuevo tipo de música que nadie ha escuchado.

¿Sabían que las moléculas de agua se ponen muy contentas al recibir determinadas vibraciones? No, John Cariños tampoco lo sabía, había estado demasiado ocupado dejando de fumar y volviendo al "vicio", saliendo con varias mujeres a la vez, dejando trabajos con mayor rapidez incluso que paquetes de tabaco, ejerciendo de disc-jockey o camarero o humorista... Nunca hasta ese 2 de septiembre se había planteado ser empresario, ¡y qué empresario! John decidió poner nombre al invento: "música para el alma". No era muy original, pero no hacía mucho que se había introducido en un nuevo mundo espiritual. Había "aprendido" (no se rían, al loquero no le hizo ninguna gracia) que, aparte de las dos cadenas normales del ADN, un hombre iniciado podía llegar a desarrollar varias más sin por ello convertirse en un monstruo; que había llegado el tiempo para los seres evolucionados en la llamada "edad de acuario" y que sólo

los más "preparados" se salvarían; que los monjes siberianos, tras siglos de comunismo, habían emergido de las profundidades de la ignorancia para mostrar al mundo su gran verdad (y sólo por 90 euros).

En este mundo se encontraba John Cariños y decidió dar el siguiente paso:

Paso primero: pegando la manga.

John Cariños dio aquella noche muchos cariños a Sara. ¿Quién era Sara? No sólo su mejor novia sino su beneficiaria y la que sería madre de sus hijos. ¿Cómo habría de negarle el dinero para semejante empeño artístico-espiritual? Después de concluir sus faenas la besó despacio en el cuello.

-¿No dices siempre que debería hacer algo con mi vida?  
Quiero vender música para el alma.

Sara se negó en redondo como hacía siempre. ¡Menos mal que John no sabía que Sara poseía algunos ahorros provenientes de una herencia! Le daría el dinero, sí, pero prefería que el chico se lo trabajase.

-¿Me dejarás embarazada de una vez? -replicó ella.  
-Será lo que el cosmos decida -respondió nuestro muy espiritual amigo-. Y creo que el cosmos está de mi lado.

Paso dos: prepararse para el triunfo.

Al día siguiente, John imprimió un cheque descargado de internet y dispuso una cifra sobre la casilla "¿Cuánto dinero

quiere usted ganar?" La cifra correcta para la música correcta.

Paso tres: toma de fuerzas

Como John era vegetariano, se compró (con el dinero de Sara) patatas fritas con sabor a jamón (porque era vegetariano), dos litros de refresco (porque para pensar hay que estar re-fresco), unas salchichas (para dejar a Sara embarazada habida que estar bien nutrido), un paquete de cigarrillos y papel de fumar (porque los porros no se lían solos, ¿qué se creían?).

Estaba listo. ¿Y ahora qué? Juntó los dedos pulgar y meñique como los lamas siberianos (los de los siglos de comunismo) y con algún que otro dedo que le quedaba tomó el hachíiiiiiiis (Jesús!): ¡Oooooooooommeeeeeee! Respiró y tomó una calada más: ¡Oooooooooommeeeeeee! El cosmos estaría orgulloso.

Paso cuatro: visualización de objetivos.

No es lo mismo salir con varias mujeres a la vez y que no se enteren que engañar al cosmos y John lo sabía. Para triunfar necesitaba visualizar la situación y convertir la imagen en "telapatía" (en realidad era "telepatía", pero John Cariños no era un intelectual sino un hombre de acción). La "telapatía" haría el resto y convertiría a nuestro querido Cariñitos en todo un triunfador. Una caladita más y un

Ooooooommeeeeeee.

-¡Triunfo, John, triunfo! -exclamó mientras devoraba otra patata y se imaginaba rodeado siete mujeres vírgenes (hasta que conocieron a J. Cariños).

Paso quinto: haciendo lo que mejor sabe hacer.

Ya con nuestro John en pleno trance místico y casi sin poder moverse, decidió entonces llamar a Sara para relatarle sus hallazgos:

-¿Sabías que existe en el universo una música que equilibra el alma en base a las moléculas de agua?

-¿Cuánto me va a costar? -preguntó sin recato Sara.

John la besó grácil y paternalmente con el sello de la familia Cariños. Una sonrisa, algunas caricias, una orgía romana y la promesa de un embarazo seguro bastaron para que Sara firmase el cheque (recordemos: el segundo en el mismo día, las cosas marchaban).

Pasó el resto de la noche descargando archivos piratas de internet en una cosa llamada mp3 (John consideraba MP3 como abreviatura de "más porros al cubo") y fumando un poco para no perder el "kalma" (para los eruditos karma, pero para John las cosas había que tomárselas con "kalma"). Por la mañana tenía una carpeta entera llena de archivos y algunas fotos "subiditas de tono" que se descargó en sus momentos de ocio, que siempre son pocos para todo un empresario triunfador y visionario como John

Cariños.

Siete de la mañana. Zona cero. John peinó el último y reluciente cabello que aún orgulloso lucía y tomó el ordenador (literalmente: entero, pantalla, teclado y ratón incluidos) y corrió a la casa de su "más mejor amigo" Paco:

-¡Tienes que verlo: una música que equilibra las moléculas!

Paco le miraba extrañado mientras John montaba todo el tinglado y la daba al triangulito del reproductor. Silencio, silencio y una cara de pasmo, la de su "más mejor amigo" Paco.

-No se escucha nada -dijo contrariado que no sorprendido, eran los "más mejores amigos" hacia casi una década.

-No se tiene que escuchar -dijo elevando las cejas y el entrecejo, todo unido en cósmica consonancia conformando el rostro de nuestro latin lover-. La verdad es que si se escucha suena fatal así que hay que escucharlo sin sonido. ¡Sin sonido! ¿Has escuchado alguna vez algo tan revolucionario? Ahora, Paco, Paquito, Pacorro... ¡juntémonos en una plegaria al universo mientras se equilibran nuestras moléculas!

-No me quedan porros, lo siento -repuso un Paco siempre atento.

-No importa, tengo un cheque reluciente y una empresa

en marcha.

John se ajustó las lorzas y Paco y John, John y Paco, los "muy mejores amigos" pusieron rumbo al banco, a su libertad. Fue una buena tarde en la que John le habló de los mil misterios del universo y sobre el camino de la iniciación que aquella tarde se materializó, una tarde en la que tomaron cochinillo porque el camino de la iniciación pasa siempre por mirar el mundo material desde una nueva perspectiva, una tarde en la que visitaron a un gurú y juntos los tres escucharon la música del alma que reagrupó sus moléculas en un todo infinito, una tarde en la que reservaron un viaje a Siberia para discutir con los lamas siberianos la potencia material del cosmos, una tarde en la que gastaron todo el dinero que Sara le dio. ¿Importaba? Puede que para mí o para ustedes el dinero fuese importante, pero no para John Cariños, un hombre sintonizado con el universo y sus más misteriosos tabúes.

John regresó al hogar pletórico.

-Sara, tengo algo que decirte.

No se sorprendió Sara como no se sorprendería cuando algunos días más tardes la prueba del test de embarazo arrojase un resultado negativo. ¿Importaba? Puede que sí para algunas mujeres, pero no para la mujer que cada noche tenía el inmenso placer de yacer con ese portento de virilidad, ese alegato a la masculinidad, esa bandera izada al

cielo del auto-conocimiento. Sí, Sara ya conocía la triste noticia.

-¿Más dinero?

-Eso no importa, cariño -dijo mientras introducía un compact disc en la cadena de música-. ¡Hoy comienza una nueva era de la música!

Bajó el sonido y tomó a Sara por la cintura. No pudo esta vez resistirse a sus encantos. Le miró a los ojos y juntos fueron al dormitorio.

El talento de John Cariño lució aquella noche en todo su esplendor.

# MI PRIMER RELATO

-Primero, llenarse el estómago... luego ya podrás dedicarte a esas “mandangas”.

Mi padre era un hombre bueno... a su manera. El día que, por primera vez, le dije que quería dedicarme a escribir rió tranquilo: “Ya madurará”, pensaría el buen hombre. Otra tarde, le volvía a repetir: “Papá, papá, ¿qué pensarías si me dedicase a escribir?” Esta vez ya no rió, porque el asunto comenzaba a tomar tintes de burlescos. Pasaron varias semanas hasta que le repetí mi letanía, esta vez ya configurada como la oración que me serviría de guía durante casi toda mi vida: “Quiero ser escritor”.

Mi padre calló y no volvió a dirigirme la palabra en toda su vida.

No nos engañaremos: han sido tiempos difíciles y, casi siempre, bastante bochornosos. Me había imaginado triunfando con mi primera novela: libre, sincera y rompedora... Me había criado al amparo de los sueños traídos el celuloide. Eso que ellos llamaban “el sueño americano” parecía permanecer opaco más allá de sus fronteras. No comencé con relatos ni poesía... mi primer intento fue una novela de unas doscientas páginas. Cuando ahora la releo no puedo menos que comprender aquella primera sonrisa de mi padre y decirme: ¿en qué pensabas?

¿no has visto que no tienes talento para la escritura? Quizá si mi padre hubiera sido un hombre menos callado, menos comprensivo... tal vez el sueño se hubiese esfumado como aquel primer amor que siempre recordamos con cariño pero que, si pudiésemos volver la vista atrás, contemplaríamos como ridículo e infantil.

Presenté mi novela a un solo concurso, seguro de poder triunfar: devolvieron la novela con una sola palabra escrita en la página dos, no habían continuado.

“Pretenciosa”.

¿Cómo se atrevían? En silencio me retiré y en silencio guardé mis ambiciones y sueños. ¿Qué se creían? Ahora mis sueños y talentos quedarían relegados a un cajón, esperando manchados de polvo a ser descubiertos. Continué escribiendo novelas y continué con mi pretenciosidad, haciendo gala de esa testarudez que mi padre siempre tanto odió.

Los años habían pasado y ahora la Universidad absorbía mis días: amigas por doquier y revistas y algún que otro texto. Me sentaba cada tarde en frente del papel y buscaba en mis sueños motivos para escapar: ¿qué sería de mi vida? Mi padre continuaba callado, pagando las facturas, esperando que ese “hijo medio tonto” que le había salido reflexionase y cambiase de opinión. Mientras, la segunda de mis novelas ya se perfilaba con rasgos juveniles.

Terminé aquella obra y la dejé cerca de la mesilla del despacho de mi padre, como quien olvida una carta de amor esperando a que alguien la lea.

Nunca dijo nada.

Cuando ya mis días en ese extraño “centro del saber” estaban próximos a llegar a su fin, se acercó otra vez a mí:

-Lo que tienes que hacer es algo sencillo, algo que la gente entienda.

Supe entonces que la había leído pero que nunca diría nada, su orgullo de padre lo impediría. ¿Pensaba acaso que se había equivocado? Siempre he tenido una sensación ambivalente con él, esa mezcla entre confianza y desconfianza, entre desprecio y admiración mutua.

Se me hace difícil confesarme todo esto ahora... incluso años después de haber abandonado su casa.

El día que me marché, no dijo tampoco nada especial, fiel a su espíritu tácito:

-Que te vaya bien.

Ni siquiera levantó la vista de la mesa de ajedrez, como si quisiera callar los sentimientos... Me había imaginado la situación mil veces falsa, otra vez envuelta en sueños de celuloide.

Nos vimos un par de Navidades... extraño, distinto, cada vez un poco más anciano, cada vez un poco más callado. Ya no hablaba de literatura ni de ajedrez ni de sueños.

Callaba y miraba despacio hacia la ventana. Comía en silencio y un día mi madre se acercó tras la cena de Nochebuena:

-Está enfermo –me dijo.

No pude decir nada, como tampoco ya lo podía decir él. Dejé la casa y miré atrás y le quise ver entre mis recuerdos... Le recordaba riendo por alguna gracia estúpida, releyendo viejas novelas o escuchando algún disco antiguo de vinilo. Caminaba por la casa en silencio, fumando siempre un cigarrillo.

Ayer murió y hoy estoy frente a su tumba. Le siento cerca, siempre en silencio, como si nunca se hubiese marchado.

Hoy estoy en su casa vacía, hoy estoy frente a la máquina de escribir:

Querido padre:

# LA TRASTIENDA

## I

Veintiséis de junio.

La taberna había sido remodelada hacia ya casi un siglo, pero mantenía las formas de cueva que un día le dio fama.

Si el turista desconocía el camino, podría perderse con gran facilidad. Se llegaba a través de una carretera rodeada por bosques y matorrales.

Al traspasar el umbral, un grandilocuente título que rezaba “en estas paredes se esconden mil leyendas y una sola verdad” parecía invitar al extraño a recordar sus secretos y leyendas, muchas de las cuales habían sido olvidadas en los libros de historias y supercherías. El castillo hablaba de cuentos de fantasmas y seres fantásticos, de pactos y contrabandos y conjuras y venganzas.

-Otro truco más para atraer turistas –decían los lugareños que frecuentaban la taberna.

La taberna se encontraba en la zona más interior del castillo, justo antes de las catacumbas y los pasadizos ahora cerrados al público. Sus paredes, cubiertas de antiguas fotos, papiros y demás artificios decorativos sumergían al turista en un mundo ancestral y distinto: servían el vino en grandes copas de madera y la barra era totalmente de

piedra... la decoración se ultimaba con vitrinas con grandes armaduras medievales que, dicen, pertenecieron a los dueños primeros del castillo, los duques de A.

-Una pandilla de malnacidos, unos verdaderos duques del Renacimiento.

La leyenda local era rica en historias, pero la más famosa era sin duda la del heredero y príncipe quién, tras discutir con su padre por un asunto de “faldas” –dicen las malas lenguas- fue arrojado al interior de las catacumbas como castigo y se perdió para siempre en el laberinto. El duque, destrozado por haber perdido a su hijo, hizo clausurar el laberinto en todas sus aperturas menos una que sólo él conocía. Dicen que terminó sus días loco, atado a una cuerda y buscando a su hijo muerto durante días enteros con la única ayuda de una vela.

-Se ataba una cuerda a la cintura y así podía volver... se perdía cada noche en el laberinto y gritaba el nombre de su hijo.

Sin embargo, cada año llegaban turistas de todas partes del mundo para rememorar el evento, que fue fijado el veintiséis de junio, día del nacimiento del príncipe y día en el que fue condenado al laberinto. Llenaban sus copas de vino dulce y el maestro pronunciaba un texto:

-Por el príncipe, porque alcance su venganza y sobre las ruinas de este castillo resurja.

-¡Por el Fénix! —y es que el heredero sería desde entonces conocido como el ave “fénix” en honor al animal mitológico que resurgía de sus cenizas.

Y los turistas reían y bebían durante toda la noche y ese día (y sólo ese día), una pequeña parte del laberinto era abierta para goce y disfrute de los extasiados extraños.

-¡Vamos, busquen al príncipe! ¡Escuchen sus susurros!

## II

La primera vez que el duque lo escuchó, prefirió hacer oídos sordos, pero nadie puede huir de las habladurías eternamente. Poco a poco los comentarios se hicieron más feroces y el duque no pudo menos que tomar cartas en el asunto.

-Miradle, ha matado a su hijo —dijo una vez uno de sus súbditos.

Hizo llamar a su hombre de confianza y se le ajustició públicamente para escarmiento de los otros. Se le aplicaron seis latigazos, uno por cada palabra pronunciada:

-¡Miradle! —Exclamó el verdugo mientras, con estrépito sonaba la primera de las laceraciones.

-¡Ah! —la segunda sonó más lenta pero un poco más dolorosa.

-¡Matado! —ya sonaban alejados.

...

-¡Hijo! —el sirviente se había desmayado en el segundo. Pero las ni las habladurías ni las pesadillas cesaron. “Don Carlos”, le llamaban, en clara alusión al que fue heredero al trono y, por un asunto de celos, su padre hizo encerrar de por vida. Hizo azotar a cuantos así le llamaban, pero nadie en su feudo calló.

-¡Vino, traedme vino! —decía el gran duque sin salir siquiera de sus dependencias. Sólo unos minutos más tarde alguien depositaba una bandeja con dos botellas de vino fuera...

-Aquí está mi señor —susurró alguien desde el exterior-. Una para usted y otra para su hijo..., quizá regrese esta noche, nunca se sabe.

Y el duque guardaba silencio y no se atrevía a abrir la puerta, presa de sus propios súbditos. Podría haberlos hecho azotar a todos, pero nunca callarían, porque así son los esclavos.

-¡Llevaos el vino! —decía el duque, ya presa del pánico.

Unos pasos se escuchaban en la lejanía.

-El príncipe se lo beberá, oh gran duque...

¿Eran ciertas las risas que se escuchaban a lo lejos? El duque llevaba demasiado tiempo encerrado y ya solo salía de noche, con la cara cubierta por una máscara como era costumbre en aquella época. A veces paseaba a caballo por sus campos y otras pululaba por el castillo... pero las risas

y los comentarios no cesaban:

-Ahí está el que asesinó a su hijo

-Aquí está el que tiene una cita con la muerte.

Apresuraba su paso y corría a la bodega y allí, rodeado de ratas y botellas de vino, esperaba esa cita con su vástagos. ¿Llegaría esta noche? Se situaba justo en la zona más interior de la bodega, la que daba justo a la entrada del laberinto en el que un día hizo entrar a su hijo y del que jamás salió.

El duque descorchó otra botella y esperó unos minutos más, tal vez toda una eternidad.

-Hoy es tu cumpleaños, hijo mío. Ven a celebrarlo con tu padre.

Dicen que murió aquella misma noche de un frío veintiséis de junio, esperando el fantasma de su hijo. Muchos aún hoy consideran vaga por las dependencias de la taberna ataviado como su propio padre, buscando venganza.

Todos en la taberna rieron, porque siempre las leyendas son objeto de risas. Todos menos uno.

### III

Eran las doce menos cuarto cuando el tabernero cerró las puertas. Atrás quedaba el día más ajetreado del año y

por delante ya sólo turistas perdidos que apenas alcanzaban para cubrir de manera paupérrima los gastos. Echó una mirada y se despidió con un gesto del personaje invisible.

-Le ruego me perdone -y se marchó tras hacer una reverencia.

La sala permaneció unos momentos en penumbra mientras ya en el castillo los súbditos elevaban los estandartes. El murmullo se hizo presa del laberinto, porque ya los que claman venganza despiertan y seiscientos años han pasado, cien por cada una de las palabras pronunciadas.

Del retrato del príncipe surgieron susurros y apareció, cubierto por una máscara como su padre, el que espera, el Fénix. Estaba sentado en una de las mesas de la taberna, cubierto por una capa porque dice la tradición que es la noche del veintiséis de junio siempre fría. Llevaba el broche ducal, el mismo que se perdió la noche en la que su padre le encerró en el laberinto.

-Te esperaba -dijo el joven tras la máscara.

Y la taberna tomó vida y surgieron bufones y taberneros y mujeres de mal vivir y esposas infieles y todos súbditos bajo la falda muerta del castillo aún en pie.

-Porque hoy se cumple mi venganza, padre.

Se hizo un silencio y el gran duque surgió al fondo de la sala. Llevaba un bastón y caminaba con dificultad, bastante

ebrio.

-¡Dos botellas de vino! –exclamó.

Silencio. El tabernero se limitó a poner las dos botellas sin vaso sobre la barra y esperar a que, tambaleándose, el duque las tomara. Se dirigió a la mesa en la que se encontraba su hijo pero ya no le veía.

-Hola, padre –dijo el hijo en otro tiempo.

El duque contemplaba la taberna vacía porque habitaba en otro tiempo, en la misma noche del veintiséis de junio que, esperando a su hijo, murió de pena y sed. El hijo se quitó la máscara y el padre ya no pudo ver tres grandes cicatrices.

-Tres partes, padre mío: una por el laberinto que quebró mi rostro; otra porque yo soy el que escapó de la muerte y fui azotado; y la última que yo mismo me infringí por la vergüenza que siento al llamarte padre.

El duque no bebía y miraba en otro tiempo la entrada del laberinto.

-Escapé, padre mío... y entre tus súbditos me escondí, esperando ser encontrado. Yo fui el primero en insultarte esperando que, al girarte, mi rostro reconocieras. Ni siquiera te giraste porque ya tu locura llenaba tu alma de vergüenza y tu rostro no era ya el del hombre que fue mi padre, sino el del loco que me robó a mi esposa.

Los labios del duque estaban acartonados y sus

extremidades temblaban, porque el castillo se llenaba de frío, porque cada noche del veintiséis de junio el príncipe regresaba con su séquito y la misma confesión narraba.

-Pierde cuidado padre, porque toda tu sangre es mía... y cuando mis heridas se curaron me presenté ante la que era tu esposa, la que fue mi prometida, la mujer que mi propio padre me robó... y le confesé mis penas. Lloró sincera y falsa porque las mujeres ni son sinceras ni afectuosas, pero creía que tu trono podría arrebatar y yació aquella noche conmigo y de su vientre surgió el que habría de ser tu heredero y dueño de todo.

Cuenta la leyenda que el duque tuvo un hijo al que no conoció porque antes el viejo murió de frío y vehemencia. Tuvo el heredero una vida disipada y dilapidó la fortuna del duque en grandes fiestas y vendió todas sus posesiones antes de que perdiera la cabeza en el mismo laberinto en el que murió el que, sin saberlo, era su verdadero padre.

-¡Ahora, padre mío —exclamó el legítimo heredero— vuelvo en este día a reclamar mi trono y mi herencia, mi hacienda y mi sangre!

Dicen que, cuando un alma no descansa en paz, rememora su pecado una y otra vez hasta que lo haya expiado.

Dicen que el gran duque nunca probó una sola gota de aquellas dos botellas de vino.

El hijo tomó una de las botellas y la descorchó sin miedo.

-Un gran vino, padre, sin duda. ¿Quieres brindar conmigo?

Pero el gran duque ya no podía regresar de aquel sueño en el que fijamente miraba la entrada de un laberinto en el que su hijo fue encerrado.

El hijo bebió la primera botella de un gran sorbo.

-La segunda la beberemos juntos, padre mío. ¡Para que sea así nuestro veneno y nuestra unión!

El cuerpo del padre permaneció quedo en el silencio de la noche. Así le encontraron, petrificado mirando la entrada.

-¿Vienes, padre?

Y padre e hijo dispusieron sus máscaras sobre los rostros ajados y se encaminaron al interior del laberinto, donde ya por siempre apuraron la última de las botellas de vino, donde ya por siempre sus almas permanecieron unidas en la venganza y en la sangre.

# LA SIRENA

Cuenta un antiguo libro que Odiseo, para evitar caer en el embrujo de las sirenas, se ató al mástil de su barco. Así pudo continuar su viaje de vuelta a Ítaca.

Eran tres las sirenas de Homero: Escila, Caribidis y una tercera que el poeta no llega a mencionar en su obra. El nombre de esa tercera sirena era Talía.

Yo soy Talia y ésta es mi historia.

Primero me gustaría desfacer algunos entuertos. Las sirenas no éramos seres angelicales con cola de pez que seducimos a los marineros con nuestros bellos cantos, sino híbridos con cabeza y busto de mujer pero con alas y patas de pájaro. Éramos las hijas de dios Aqueloo y éramos temidas en toda la costa por nuestro hechizo.

Nos alimentábamos de peces que cazábamos y, de vez en cuando, de algún marinero descuidado (algunas historias parecen no ser del todo inciertas). Nunca somos monstruos, matábamos para sobrevivir y, algunas veces, para divertirnos un poco. ¿Qué había de malo en ello? Cuando los dioses, reunidos en asamblea, decidieron castigarnos, no corrimos suerte similar a otras especies que fueron directamente sacrificadas, sino que, calificadas como monstruos, fuimos denigradas al fondo del mar y

condenadas a no volver a volar jamás. Algunos dijeron que los dioses lo hicieron para sobrevivir, otros por miedo al hombre, otros por odio hacia los seres de la tierra, otros, simplemente, porque decidieron que había llegado el momento de dejar de creer en fantasmas.

No debo mentirme, fuimos afortunadas con esta decisión. Mis hermanas se comportaron como auténticas mujeres y sedujeron a algunos de los dioses (nunca quise darme cuenta de los ardides que habrían empleado). Yo me negué a participar en el plan, estaba en juego mi virtud... de no ser tan virtuosa, tan noble, tan casta ("tan estúpida" dijeron mis hermanas), quizá hubiésemos salvados las alas y ahora no estaríamos pudriéndonos en el fondo del mar. Cuando sucedió todo aquello la humanidad ya había cambiado, nos llegaban noticias de ejércitos asolando ciudades y poblados con armas y fuego. Decían que su poder era tan grande que hasta los dioses les temían. Fue entonces cuando las criaturas fueron exterminadas o escondidas, hasta los mismos dioses temían la mano del hombre.

Tengo más de tres mil años y los últimos quinientos los he pasado atada a un barco, como mascarón de proa. Hace siglos que no veo a mis hermanas. Durante las travesías, miraba fijamente el mar con la esperanza de volver a verlas, pero todo era en vano, se habían marchado cuando ellas

mismas me condenaron.

Las sirenas no somos bellas diosas que embelesan a los marineros con sus encantos, si tuviese un espejo, lo rompería para evitar contemplar mi rostro. Rara vez estábamos las tres hermanas a menos de cinco metros de distancia (y eso que no tenemos tampoco buena vista, pero sí un oído excelente), puesto que contemplar una sirena es uno de los espectáculos más desagradables que podéis contemplar: estamos cubiertas de yagas y nuestra piel es seca como la de las aves sin pelo (sería de agradecer que estuviese cubierto nuestro rostro, pero ni en eso fuimos afortunadas).

Entre nosotras no reinaba la armonía, y más de una vez nos vimos envueltas en peleas por la disputa de alguna presa viva (no hay cosa que más guste a una sirena que comer un animal mientras aún está vivo).

Como podréis imaginar, nos cuidábamos mucho las unas de las otras, pero no podíamos emitir nuestro canto por separado, ya que el famoso canto de la sirena no es sino un eco a tres voces en la que cada una pone su acento, sumiendo entonces a los hombres en el sueño más profundo. Es por eso que cuando mis hermanas me convirtieron en estatua de sal se perdió para siempre el canto, y ya nunca se escuchará. Lo que ahora pueden oír los marineros más afortunados es el lamento de mis dos

hermanas. También yo lo escuché en una ocasión, dicen que es bello.

Me alegro de que hayan perdido su fuerza, me alegro de que yazcan en el fondo del mar, me alegro de su lamento y de su desesperanza., me alegro desde el mismo día en el que asesinaron a una tripulación entera para hacerse con la sal y me hicieron subir también a mí, Talía, al barco. Me engañaron, decían que habían preparado los humanos una exquisita comida y me llevaron a los sótanos, dejando allí la carroña que ellas no habían querido. Estaba hambrienta, tienen que comprenderlo. Me abalancé desesperada sobre la carne ya putrefacta, arrastrándome sobre mi cola y rasgándome la piel. Desde lo alto me arrojaron sal, un saco tras otro. Sentí cómo, poco a poco, mi piel se secaba hasta que no pude ya más moverme. Continuaron y bajo kilos de sal me enterraron, secándose ya por siempre mis articulaciones. Allí me quedé, mientras mis hermanas huyeron al fondo del mar, donde aún hoy yacen, donde aún hoy ríen mi fortuna.

Soy Talía, la sirena, soy Talía, la desventurada y he visto los cinco continentes desde la proa de mi barco. Ésta es mi historia.

# EL DELANTERO

24 de diciembre

Cuando la pelota llegó, dudó como aquella primera vez, dudó por primera vez.

-Si dudas fallarás—le dijo aquel ya viejo entrenador, aquel ya viejo hombre, aquel ahora ya viejo padre.

En algo tendría que tener razón “el viejo”. Tantos años después de aquel primer consejo, incluso llegó a admirarle. Murió sin verle debutar en el primer equipo, murió a principios de año, murió sin despedirse de su único hijo.

-Nunca se lo perdonaré —dijo el orgulloso delantero ante la mirada atónita de su madre.

Aquellas serían las primeras Navidades sin su padre.

Javier L. había comenzado a jugar al fútbol como muchos chavales de su edad: en el patio del colegio. Cuando comenzó, su padre era el entrenador. No tardó en enfermar y abandonar el puesto. Otro le sustituyó. Como entrenador, no habría otro como su padre.

Javier se consideraba el único, un superdotado para el manejo de la pelota y para la finta, para el remate de cabeza y para el centro... Javier jugaba y todos miraban atónitos sus virguerías con la pelota. Todos abrían la boca y Javier no tenía más que marcar otro gol: ¡qué fácil resultaba

contentarlos!

-Como tú hay muchos –le dijo su entrenador.

Javier rió ante la ocurrencia de aquel viejo. Y es que cuando se es joven, todos son considerados “viejos”.

-Jugaré –contestaba el muchacho-, jugaré porque nadie más que yo marcará goles para tu equipo... porque nadie más que yo te mantendrá en el puesto.

Sí, jugó aquel domingo y al siguiente y al otro. Ahí terminó su historia con el colegio. Pronto el equipo regional se fijó en él y pronto sus padres tuvieron que estampar la firma.

-No volverás a jugar con el equipo de tu colegio –dijo su orgulloso padre-. Lo tienes prohibido. ¿Sabes, Javi? Acabas de firmar tu primer contrato. ¿Recuerdas lo que te enseñé?

-Sí, papá –recordó rápidamente Javier-, no dudar nunca ante el portero.

Y no dudó aquel año: cincuenta y cuatro goles en poco menos de veinte partidos... casi tres por partido y un futuro más que prometedor. Catorce años de extensos horizontes, frente despejada y piernas ágiles y largas para dejar atrás a los defensas, fuertes rodillas y amplio torso para disputar los balones en el centro del campo, tobillos ágiles y mente rápida para el regate certero.

-Como tú hay muchos –volvió a decir el entrenador, esta vez con distinta cara, los mismos gestos.

Regateó y volvió a marcar. Chutaba sin pensarlo un momento y casi sin mirar al portero.

-No hace falta, sé dónde está.

-¡Gol! –exclamaban desde la grada cuando el delantero recibía el balón. Ni siquiera necesitaban ver el final conocido.

-Aún recuerdo lo que dijo mi padre antes de morir, entrenador... aún lo recuerdo.

-¡Pasa el balón! –le recriminaban sus compañeros constantemente.

Otro gol del delantero Javier para callar sus bocas... otra vez sin dudarlo, como había dicho su padre.

24 de diciembre

El partido comenzó dubitativo, con su equipo cerrado atrás. Javier no recibía balones y así nada podía hacer el delantero.

¡Baja a recibir! –gritaba desde la banda el entrenador.

Javier conocía bien los trucos a pesar de su corta edad: catorce años. Presionaba un poco la salida del balón y metía un poco el cuerpo, lo suficiente para que no le pitasen falta. El equipo contrario achuchaba y los defensas suspiraban. Javier se encogió de hombros y miró una vez más al banquillo. ¿Qué podía hacer sin balones? Buscó la pelota durante todo el primer tiempo sin éxito alguno. Ya estaba

advertido: dos faltas y al borde de la tarjeta. Finalmente, el árbitro pitó el descanso y los once jugadores se dirigieron a los vestuarios.

-¿Qué hacéis? –increpó el entrenador. ¿Pero qué hacéis? Javier sonrió por dentro: un balón, sólo necesitaba un balón.

-Son mejores –concluyó hastiado el entrenador-. Al menos, tratad de terminar con dignidad. Dadles un buen regalo de Navidad a vuestras familias

Terminó la charla y los once muchachos saltaron al campo. El equipo contrario, a pesar de las esperanzas de algunos, no daba muestras de fatiga. López, el portero del equipo, tuvo que emplearse a fondo para detener un par de acometidas. Una de ellas, incluso golpeó en el larguero.

-¿Qué hacemos? –le preguntó otro compañero sin rostro.

-Defended –contestó Javier sonriente, seguro de que un solo balón bastaba.

Y como sucede en los cuentos de Navidad, sucedió. Tres minutos antes del final, el equipo contrario, cansado del acoso y derribo sobre la portería, decidió dar por bueno el empate y sus centrocampistas comenzaron a pasársela sin construir juego.

-¡Corre, Javi! –escuchó desde la grada. ¡Hazlo por tu padre! Él estaría orgulloso.

Vio el balón a lo lejos. No lo dudó un instante e hizo un gesto rápido a sus compañeros con ambas manos:

-¡Arriba!

Como una avalancha, los nueve jugadores marcharon sobre los centrocampistas rivales y presionaron ordenadamente, por primera vez como un equipo. Javier también se sumó a la presión y el error no tardó en llegar ante el júbilo del público. Una pared rápida y el balón terminó en los pies de Javier, justo en el arco de la frontal. Un regate y dos... ya sentía la sangre del portero rival latir. ¡Qué sensación! Un toque largo para desembarazarse del último de los defensas... Ya no escuchaba, ya la grada cantaba su segundo nombre: gol.

Miró un momento antes de rematar y escuchó otra vez la voz de su padre:

-Nunca mires atrás, nunca mires al portero... sólo remata y celébralo.

Alzó el rostro y se quedó parado. Le vio antes incluso de que apareciera, rompiendo el fuera de juego. No lo dudó un momento: un pase perfecto. Gol.

Todos le abrazaron y todo el equipo lo celebró aquella noche... y todo eran halagos hacia Javier, autor de la asistencia del gol. Pocas horas faltaban ya para la cena de Nochebuena, pocas horas para que los chicos se reuniesen

con sus familias.

Ya todos se marcharon, ya se quedaron a solas el entrenador y Javier.

-Conocí a tu padre, muchacho –comenzó el entrenador–, él estaba muy orgulloso de ti, de tus entradas y cabezazos. ¿Sabes? Soñaba con verte algún día jugar en un gran equipo. Aún es pronto, sí... son sólo catorce años. Pero el tiempo pasa deprisa y mañana serán quince y pronto dieciséis... pero hoy, sólo hoy, habrás jugado el partido más importante de tu vida. Tu padre estaría orgulloso, chaval.

Javier miraba al entrenador y, por un momento, pudo ver en sus ojos la auténtica mirada de su padre, otro viejo entrenador.

-Como tú, muchacho –dijo finalmente su padre–, no habrá nadie.

## EL CAZADOR

Anoche te soñé, amigo mío, en una lengua prestada por un dios de otra raza. Estabas ante mí con tus fauces dormidas cubierto por tu gran melena de rey, de dios... ante mí con tu alma desnuda y tu aliento fresco. Aún manaba de tu boca la sangre ardiente. Otros hay en la tribu que te temen, otros hay entre los míos que me temen.

Mi nombre es cazador. Anoche te soñé despacio, enemigo mío, entre la amarilla selva abierta, ahora despierto y te sueño saciado de sangre. Te deliré y ya no dormí frente a ti. Te conozco, viejo león, porque un día tu espíritu se me apareció en el viento y en las aguas contemplé tu perfil: el más feroz de entre tus hermanos, para la caza dotado, rápido y veloz y el más temido. También tú fuiste nombrado líder entre los tuyos, el primero de siete hermanos asustados y débiles que uno a uno cayeron sin piedad, viejo líder... Porque para reinar naciste, mi presa. Yo te respeto.

Ya los hombres se preparan para la cacería de mañana, yacen con sus mujeres y miran a sus hijos. Algunos no volverán, otros probarán el miedo y sólo unos pocos sentirán la cálida sangre helada correr cuando tus fauces los recorran en un segundo, sólo eso durará. Ya calienta el fuego y alumbra mi deseo: te veo en mis ojos, gran rey,

porque mañana soy tú y hoy tú eres yo; también en mis sueños te reflejas esperando el momento de ser cazador y presa.

Anoche me soñé muerto, enclavado en tus garras de fuego y muerte y victoria. Sí, mi rey, anoche viví mil veces en la selva y eras tú, mi presa... ¿es ése mi destino? Que así se cumpla. Y regalaré mis trofeos todos a mis hijos y que sea el más valiente de entre los hombres el que con tu vida acabe, mi Rey: sólo él podrá levar mi lanza.

Así, mi dios, espero que también un día tú conmigo te reúnas y nuestra alma, nuestro sueño, así reine, así viva, así muera. Ya despuña el sol, es hora de partir.

Tu nombre es cazador.

# LA MÁSCARA

## I

### **La caverna**

Por debajo de los edificios que tantas veces el señor H. contempló, se extiende una complicada red de pasadizos subterráneos que, comunicados entre sí, forman otra gran ciudad. No se trataba de algo extraordinario, nada que el señor H. no supiera, ya que la mayoría de las grandes ciudades medievales poseían una estructura similar, para así poder ocultarse del invasor entre los complicados túneles.

La milenaria ciudad de Abenarabi no era distinta a tantas otras: había cientos de entradas que comunicaban con otras, en forma laberíntica. Olía a cerrado y húmedo. Actualmente, la ciudad reservaba sus subterráneos para las bodegas, mientras que la mayoría de sus túneles permanecían tapiados. Algunos han dicho que es debido a ciertos escapes de gas subterráneo, otros debido al aire emponzoñado de la cueva: nadie puede permanecer más de dos horas en las cuevas de Abenarabi sin sentir mareos o, en según aseguran algunos, la extraña sensación de haber estado allí siempre.

Cuando en 1967 un conocido investigador inglés se adentró en sus cuevas, dijo haber sentido una terrible sacudida y, a continuación, cómo su cuerpo se desprendía

de sus músculos desgarrados. Allí estaba, como en un desdoblamiento, postrado en la cueva bajo la luz de un candil:

Despacio, la ciudad despertaba y volvía a dormir... Allí estaba yo, sin poder moverme, también sin quererlo, mientras las horas pasaban. Cuando regresé, me dijeron que había pasado en el interior de la cueva dos semanas. Para mí, apenas habían transcurrido unos minutos.

No se debe tomar este testimonio como un hecho aislado, ya que, años después, otro conocido egipólogo venido desde Alejandría para comparar algunos fragmentos, aseguró que las cuevas de Abenarabi poseían cierta esencia antigua a la que los egipcios llamaron Ka y que las medidas de la cueva, de poder ser medidas, eran debidas a cálculos similares a los empleados para la construcción de las pirámides.

Nadie sabe con seguridad cuántos kilómetros se extienden esta complicada red de túneles: durante las guerras de principios de siglo se produjeron derrumbamientos que hicieron que algunas paredes se derrumbasen y permaneciesen totalmente ocultas.

Son muchas las leyendas que circulan sobre la ciudad subterránea de Abenarabi. Las más populares son las que hablan de seres que aún las habitan desde tiempos inmemoriales, habiendo pervivido casi sin evolución desde

hace quinientos años. Otros hablan de que las cuevas sirvieron de almacén para las armas durante alguna de las grandes guerras que enfrentaron a las regiones vecinas durante la década de 1970 en el calendario occidental.

Nada de esto se ha podido comprobar y así los lugareños y escritores sin talento aprovechan para componer leyendas sobre las cavernas.

En una de las estancias más populares, en la entrada oeste, una máscara antigua pende, quebrada por la mitad en su parte izquierda.

## II

### **La máscara**

Cuando la miré, ya estaba muerta.

Durante las Saturnales romanas, los esclavos podían insultar a sus amos y emborracharse. Comencé a fabricarla en abril, cuando ya las lluvias cesaban, despacio, cuando rompí aquel espejo que me reflejaba. Ése, ya, no era yo.

Las máscaras venecianas eran usadas en principio por los doctores para prevenirse de la peste bubónica. Tengo sesenta años, pero mañana volveré a tener treinta, tal vez al revés, creo que lo he olvidado. Cada noche trabajo en la máscara de terciopelo, con incrustaciones de cristales y circonios.

El Dux de Venecia redactó en 1.339 un dictado que

prohibía los disfraces deshonestos lo mismo que a entrar en las iglesias enmascarado. Mi máscara es blanca y roja, quebrada a la mitad, los labios dorados. A veces, parece que sonríen. Mienten.

La máscara suele ir acompañada del tabarro, un capote oscuro; y la bautta, un velo de seda negro. Se acompaña el conjunto con un clásico sombrero de tres puntas. El molde de la máscara está al fondo de mi estudio. Creo que tengo que salir de aquí, puedo escuchar sus pasos ya, al fondo.

13-1-1783. La máscara está terminada. Espero su llegada hace dos meses. Tal vez... No puedo moverme del estudio, tengo que custodiarla.

La palabra máscara proviene del latín *mascus*, masca (fantasma). Pasa el tiempo, y el duque aún no llega. Sin su intervención, no podré terminarla. El perfume ya está en mis manos. Sólo queda mezclarlo con su saliva.

25-2-1783. Ha llegado la carta: el duque ha muerto. ¿Qué voy a hacer ahora con mi máscara?

Se cree que el poseedor de una máscara adquiere las cualidades de su representación. El perfumista me ha recomendado a un comprador extranjero, puede pagar, ¿qué más importa?

El término árabe *maskharah* significa bufón. Alguien llama a la puerta, no conozco su nombre.

### III

#### El Baile

La mataré despacio, que sienta la muerte. Antes, preguntaré remisamente: ¿Qué sientes? Frío, agua y miel.

El lago se extiende desde la llanura hasta la montaña, por encima de la planicie. Hay aves y muertos, y, en un lugar lejano, mi familia. Recuerdo un baile de máscaras, bajo el viento..., creo que era invierno, dijo. Llegaban gentes de todos los lugares..., hablaban dialectos y formas extrañas, nadie se comprendía: capas y borlas, máscaras veteadas y vestidos alquitranados de formas opacas.

Nos anunciaron, despacio, con formalismo: señor y señora H... Nadie se acercó a saludarnos: había negocios más importantes que atender. Un camarero se aproximó con copas de champagne, decidimos tomar una. Dicen que las máscaras se popularizaron también en las reuniones de las más importantes familias de la provincia itálica. Así, en el anonimato, se evitaban asesinatos.

Las mujeres vestían de blanco, profundos escotes, plumas de ganso y avestruz; los caballeros llevaban smoking, siempre con tal mal gusto. Eran gruesos algunos, devoraban canapés y chocaban unos con otros. Al fondo, había equilibristas y un “hombre de fuego”. No habían escatimado en nada.

Conocí a mi esposa hace diez años en París. Ella también

lleva máscara. Una buena mujer: solícita, entregada, incluso culta. Paseamos de noche a las orillas del Sena, visitamos los museos y las calles empedradas de los barrios más altos. Una noche, la propuse volver conmigo. Aceptó. Me equivoqué.

Llegamos hace varios días. Mi suegro es el embajador francés. También le detesto. Es un tipo delgado y mezquino, llevará máscara de rata. Mi mujer lleva un gran escote, espero que su padre sepa distinguirla.

# EXCREMENTOS

Me deslicé febrilmente y conseguí escapar de tus feroces garras y de su boca que fuego manaba y sangre y miel y huesos. Oléis a llanto y lúgubre monstruoso deseo. Descanso sobre mis patas ahora, tranquilo en eso que llamáis cloaca. Contemplé un manjar en tu boca y, sediento, esperé tranquilo a verte dormido y me precipité hacia el interior de tus fauces... lava y fuego hedían pestilentes y decidí entrar un poco más, temerario y osado, viciado y olvidado. Veo tu miseria porque es tu interior de recuerdos vagos. Lo que yo soy no tiene nombre, lo que yo soy no está a tu alcance. Negras son mis patas y fuerte mi aguijón prominente que ahora clavo en tus cavidades y te escucho contar tu historia de sones mediocres y lascivos pero eres débil, humano enfermo. Camino entre tus dientes y mil miserias y te muerdo un poco y te escucho sincero, atacado de olvido y quejas esperas que llegue la hora que tanto temes mientras en la noche susurras soledades... la que a tu lado descansa no te ama, los que engendraste te rehúyen y los que un día amarás ya no quieren escuchar tu llanto apagado. Mana ahora tu sangre por mis entrañas y me siento saciado y te comprendo, porque mañana tú recorrerás las montañas y los lagos y los montes despiertos. Chupo y absorbo tu esencia, pobre

humano agónico. Ahora cierras tus fauces y muero, ahora también será tu último aliento... porque yo soy tu último veneno y tú mi último pensamiento.

# KERNEL 1.0

## I

Dedalus Ulysses # 14.242.....

A veces, el código se volvía casi etéreo. Desenfocadas sobre la pantalla, las sentencias se agolpaban inconstantes, como una función sin resolver. Demasiadas incógnitas.

Había superado el problema sobre la línea 13.371 y 15.927. Se trataba de un bucle aparentemente sencillo, a pesar de lo cual le había traído algunos quebraderos de cabeza durante la semana. El bocadillo, a medio comer, descansaba. Todo habría sido más fácil si hubiese empleado la tan conocida "programación modular", basada en la resolución de unidades más pequeñas, reduciendo la cuestión a esquemas simples. Estupideces, pensaba el programador.

Encendió un cigarrillo y tomó un trago de café, frío, amargo. Le serviría para mantenerse despierto. Había tomado demasiado y los dos proyectos se agolpaban sin orden sobre una vieja buhardilla, en el lado oeste de Abenarabi, barrio nuevo, un 22 de septiembre de 2005.

El bucle parecía reacio, no había instrucciones ni mensajes de error por parte del depurador, que parecía seguir el extraño juego, detenido en la línea 14.242. Se

detenía, mientras la secuencia continuaba ejecutándose hasta el infinito. Bien definida, miró los dichosos puntos y comas, a los que, a pesar de sus años de experiencia, no terminaba de acostumbrarse. El compilador tampoco detectaba errores (el famoso make sobre sistemas basados en UNIX).

Quizá se tratase de un error en el depurador, que obtinaba mantener, a pesar de lo antiguo de la versión. Aquel depurador, sin embargo, tenía sus ventajas, ya que funcionaba sobre línea de comandos. El programador no usaba sistema de ventanas, sólo líneas de comandos y código fuente leído sobre un editor de textos sencillo en su versión 10 (sería curioso observar la primera versión, ya que el binario ocupaba tan sólo 23K).

La línea 14.242 parecía contener el error. La variable estaba definida, tipo integer. Aquel tipo de cosas sucedían bastante a menudo, incapaz el programador de dar con la solución. Al final, la solución era bastante sencilla. Sin embargo, un error de aquel tipo tenía sus connotaciones.

El primer testeo, versión 0.1 se había producido hacía ya dos meses. Pasó toda la noche corrigiendo fallos y puntos y comas al final de las líneas (vieja labor de artesano). Sin embargo, pareció encender bien. Aquel viejo procesador aún aguantaba. Calculaba perfectamente las interrupciones y no había fallos graves.

Línea 14.242 del archivo kernel.h. El programador estaba cansado, quizá demasiado para poder pensar con claridad.

## II

Se dejó caer sobre la silla. Sus apenas sesenta kilos de peso le distinguían claramente de sus compañeros de profesión, normalmente morsas a punto del infarto (cerebral y coronario). El trabajo para la empresa estaba prácticamente terminado. Un encargo ridículo, sin duda, apenas unos cientos de líneas de código. El resto... garabatear.

Había aprendido el gusto por el trabajo. Con el auge de las licencias GNU, el programador tenía a su disposición millares de programas con su código fuente. Podía observarlo y tomar prestado lo que quisiera, sin apenas restricciones. El acuerdo de licencia le había traído problemas con la anterior empresa, siempre legalista en estos aspectos. El sector informático salvaguardaba el código bajo llave y, de esta manera, conservaban el secreto del producto. Era normal. Como siempre, política, intelectual o socialmente, existía la eterna lucha entre la izquierda y la derecha, entre la entelequia y el imperialismo. Si se cambiaban los nombres de Stalin y Napoleón por cualquier otro la ecuación se mantenía imperturbable. Sólo eran luchas de poder, y todas ellas estarían ahí siempre.

Era normal, por otro lado, que las compañías mantuviessen los secretos del producto. Algunas de ellas gastaban millones en algunos programas, y por ello no querían que fuesen copiados. El problema de la piratería era decididamente menor. Sin embargo, para el mundo informático los sectores de izquierdas estaban cambiando la perspectiva. El código se abría al exterior, aunque claro está que todo este "sindicalismo edénico" no duraría mucho tiempo. El programador vivía en la "época dorada de la informática" y lo sabía. Sólo restaba una evolución en el sector, mantenida con recelo y casi propia del mundo de la ciencia-ficción. Los experimentos se basaban en reacciones y análisis aristotélicos de sentencias sencillas. Estaba dispuesto.

El programador vivía en un grupo de apartamentos del barrio viejo de Abenarabi. Extremadamente caro, no podía permitirse nada más espacioso, al menos en esta parte de la ciudad. Apenas una cocina, un baño y su habitación, en la que comía, dormía y trabajaba. Poseía tres computadoras con procesadores varios. Le gustaba trabajar con aquel viejo intel de apenas 256 megas de memoria. Era todo lo que necesitaba un buen programador.

El encargo estaría listo, quizá, aquella misma noche. Sin

embargo, había cobrado un buen dinero por todo aquello. Debería hacerlo "bonito". Poco importa a las compañías la "calidad verdadera" del programa, sino la belleza del mismo. Le habían dado libertad para elegir el "sistema de ventanas", sobre entorno GNU. Las elecciones eran varias (GTK o QT, había decenas de ellas). La más extendida era, sin duda, el entorno qt, desarrollado por una empresa privada, que ofrecían una versión abierta que se empleaba en todo el mundo. Desde luego, entrañaba un riesgo para la compañía, el programador era consciente de ello. No le importaba demasiado, entregaría el código fuente y se olvidaría, la compañía no establecía contrato de mantenimiento ni nada. La compañía tenía por costumbre contratar programadores externos con el fin de no depender exclusivamente de sus empleados (bien sabida es el peligro de todo ello).

La idea era bastante sencilla. Se trataba de un entorno que comunicase el usuario (los empleados) con la base de datos central y así acceder a la misma. Cuando le dijeron la idea casi se echa a reír. ¿Cómo no tendrían ya antes un sistema así? ¿Por qué esperar? La compañía había decidido cambiar el sistema por GNU, lo cual abarataba costes y simplificaba las labores de mantenimiento. Los problemas menores, como éste, se encargaban a programadores con experiencia en el sector pero ajenos a la compañía.

No le gustaba trabajar así, pero era la única manera de poder llevar a cabo su verdadero proyecto, sobre el que, ahora, descansaba su viejo intel. Línea 14.242.

El protocolo de transferencia era cerrado (lo que significa que sólo podía ejecutarlo, sin corregir errores ni acceder a su funcionamiento). Le habían proporcionado un binario que realizaba la transferencia. Se trataba de una encriptación bastante moderna, 128 bits. Antaño le hubiese resultado divertido crackearla, pero estaba demasiado cansado de todo aquel juego de niños. Probó:

```
Molly Ulysses # connect
usage: connect [-1246AaCfgkMNnqsTtVvXxY] [-b
bind_address] [-c cipher_spec]
[-l login_name] [-m mac_spec] [-O ctl_cmd] [-o option]
[-p port]
Molly Ulysses #
```

Bonito, desde luego, el encargado de crear el código no se había molestado siquiera en cambiar los mensajes de ssh. El programa era, desde luego, una copia castrada del anterior, que empleaba un puerto diferente (el 4587) para realizar las conexiones. Habría implementado la nueva encriptación y con eso le habría bastado. Apenas una

semana de trabajo. Su "programa" (en realidad ni siquiera tenía esa categoría, ya que sólo sería un "gui") sólo haría la vida más fácil al empleado, proporcionándole las herramientas gráficas necesarias para conectarse.

Dedalus Ulysses # 14.242.....

### III

El programador encendió un cigarrillo. Sabían a rayos a aquellas horas de la madrugada. Miró un momento por la ventana: quietud, un par de caminantes, por eso había elegido el barrio viejo de la ciudad.

La tercera de sus computadoras era un portátil, que jamás utilizaba más que para hacer demostraciones. Aquellos aparatos, aparte de su funcionalidad empresarial, no poseían ni una sola ventaja. Su funcionamiento era extremadamente lento, por no hablar de los innumerables problemas de hardware. Implementar cualquier sistema Unix era tarea de chinos si el fabricante no proporcionaba las claves técnicas. Había dejado por imposible el funcionamiento del módem y del CD-Rom. Le daba igual, no necesitaba más que la red para enviar datos. Apenas lo encendía, pero algo le llevó a encenderlo:

Welcome to Leopold on Ulysses

El cursor parpadeaba, una vez más. Estaba aburrido, tenía sueño, y no le apetecía ponerse a trabajar en aquella estupidez. Sin embargo, crear cuatro menús y sacar un resultado a pantalla le supondría un adelanto sobre la fuerte suma prometida por la compañía. Molly, el más potente de los ordenadores, con sistema gráfico y todo (un lujo) se encargaría de ello.

Necesitaba una pantalla de presentación agradable y el resto era coser y cantar. Encendió el diseñador de menús (cómo habían cambiado las cosas desde que se llamaban a menús empleando, tan sólo, líneas de códigos y llamadas a procedimientos) y se puso a trabajar. Primero, los menús de arriba. Casi los hacía sólos. Cargó su plantilla de qt e hizo modificaciones sobre la misma.

Primero, el logo de la compañía, bien visible a la derecha (arriba) y a la derecha (abajo). Emplearía un fondo azul para la pantalla principal, y el resto serían tan sólo ventanas de diálogo, que terminaría más tarde. Los menús apenas realizaban las funciones básicas, como conectar y visualizar los datos (para los que emplearía el conocido "gettext", un programa que sacaba el texto a pantalla una vez obtenido de la conexión). Menú principal... "Conectar". ¡Un juego de niños, ciertamente! Llamada a comando... connect sobre

variable especificada en la ventana. \$host. Método ensayo error. Si el procedimiento recibe cero, todo bien. Mensaje: "¡A por un donut!" Si devuelve uno... "¡A por un donut, pero con mala cara!"

Tres horas después, el programa estaba listo en sus funciones principales. La base de datos era inmensa, y eran casi diez años de trabajo de la compañía. Ahora tenía acceso a clientes, proveedores y direcciones de las grandes compañías productoras de software. Era hora de que Molly hiciese su trabajo. No era difícil ver los "agujeros" en todo aquel sistema. El comando connect sólo era un ssh castrado, por lo que, probablemente y sólo para tareas de mantenimiento, era probable que se permitiese el acceso por ssh.

Molly Ulysses # connect \*\*\*\*\*

root@\*\*\*\*\* # passwd

Como un reloj. No poseía la clave de administrador, por lo que no accedería al sistema. Pero era una gran ventaja saber que podía entrar. Sobre sistemas en pruebas, y más en este caso, su acceso total a la base de datos para crear el programa le daba innumerables ventajas. Crear un script que bajase la base de datos completa era otro "juego de

niños". Tardó diez minutos y dejó a Molly, la más potente de las computadoras, trabajando. Todo parecía funcionar.

Molly Ulysses # download \*\*\*\*\* all

Working.....

Por el tamaño de la base de datos, estaría un buen rato descargando.

# IN VINO VERITAS

Me acerco despacio, como quien trata de seducir a una mujer. Susurro palabras y espero un par de compases antes de mirarla a la cara y percibir sus líneas suaves y cercanas.

Frente a una copa de vino la conocí y ante una copa de vino firmamos besos y encuentros y desencuentros y una sola promesa: en diez años, justo en aquel diez de noviembre, nos volveríamos a encontrar en aquel mismo lugar, ante idéntica copa de vino.

La recuerdo llevándose la copa a la boca, despacio, como lo haría una princesa; me recuerdo nervioso, me recuerdo quizá buscando, quizá ya la había encontrado. Muchos me considerarían loco si les cuento que sólo la vi aquella noche y que nuestra cita duró sólo unas horas... y que aquí estoy, frente a un viejo cuaderno en una mesa que no reconozco pero que, estoy seguro, no ha cambiado en tantos años. ¿Por qué? Una noche, ante una copa de vino, le prometí regresar y beber junto a ella por última vez.

En diez años nada cambia y todo da la vuelta. Ocurrió en mis tiempos de estudiante, cuando las noches parecían eternas y los días no eran más que etapas que había que quemar... transcurrían lentos y las bullían en encuentros y desencuentros, en flirteos y amistades que pronto pasan..., en una copa de vino añejo o joven o afrutado o reserva o

tempranillo. Aún permanece en mi paladar el sabor tierno y familiar, aún hoy espero recuperarlo y volver a encontrar mi figura en esos tiempos que tanto he añorado.

Bebía al otro lado de la barra, sola pero arreglada, esperando al que nunca llegaría.

# LA NO TAN ESTÚPIDA MUERTE DE GONZALO III “EL FIAMBRE”

No, las dos bofetadas de Joaquín apenas le dolieron.

-¡Despierta, Gonzalo, despierta! –gritó Joaquín-. ¡Te sacaremos de aquí!

Sin previo aviso, la viga se había derrumbado y allí estaba su buen amigo Joaquín, como siempre, para salvarle. No, las bofetadas no se las había propinado su amigo por estar desmayado, sino por pura guasa.

-Mira que tienes mala suerte... ¡en tu último día!

Gonzalo III venía de una gran familia de mineros: su abuelo, Gonzalo I, ya había muerto en la mina como algunos años más lo haría también su padre, Gonzalo II.

-¡Se llamará Gonzalo como su abuelo! –dijo orgulloso Gonzalo II pocos días antes de morir (sí, también de un derrumbe).

Así, cuando entró a trabajar en la mina, Gonzalo pasó a ser llamado por su título nobiliario: Gonzalo III “el fiambre”

-¡Ánimo, Gonzalo, ánimo! ¿No querrás que me acueste con tu mujer, no? Si no te recuperas de ésta te prometo firmemente que mañana estaré en tu cama.

Joaquín era un buen amigo, quizá demasiado bueno,

sobre todo el primer día en el que le sorprendieron, efectivamente, en la cama de Gonzalo III con, precisamente, la mujer del mismo, también una buena mujer con un único defecto: no soportaba la soledad.

-Gonzalo... ¿no crees que tus hijos se parecen sospechosamente a mí?

La pierna estaba fracturada, de eso no tenía ninguna duda. No era la primera vez que le pasaba, pero sí sabía que sería la última: desde la capital se había dado orden de echar el cierre a la mina, cosa que sucedería sin demasiada dilación.

-A ver... mira que es mala suerte la tuya: ¡tu mujer se acuesta con tu mujer amigo y se te cae una viga justo el día antes de cerrar!

Joaquín llevaba a Gonzalo III en volandas o, como dice la chiquillada “a caballito”.

-Es sólo una rotura, amigo mío –dijo un inoportuno Joaquín-. Mira, mira: la luz.

En efecto, a lo lejos se podía ya entrever la luz, la salida de la mina.

-¡Y pensar que estoy salvando la vida del marido de mi amante! – y Joaquín rompió a reír en una sonora carcajada que hizo retumbar la mina entera y con un rudo y viril gesto acomodó a Gonzalo sobre su espalda.

-¡A ver si ganamos!

Y Joaquín echó a correr de la más estúpida y veloz de las maneras, recordando los tiempos en los que hacía eso mismo con su hijo (bueno, mejor dicho el de Gonzalo III). La mala suerte se volvió a cebar con los dos amigos y, sobre todo, con el bueno de Gonzalo III, que se golpeó la cabeza con la última viga que le separaba de la libertad.

-Cuando salió de la mina –dijo el buen doctor-, ya estaba muerto. Podemos decir que fue accidente laboral.

Todo, finalmente, había salido bien. Por tratarse de un accidente la viuda cobró una cuantiosa indemnización que sirvió para costear la boda con Joaquín, que adoptó a los tres hijos de Gonzalo III: Gonzalo IV, V y VI.

# EL BUFÓN

Cuentan que, en un lejano reino, existió un día una princesa. Tan fea dicen que era que, no pudiendo ni el mismo rey contemplar su rostro, arrojó a la princesa a la ciénaga más profunda del reino, dándola por muerta. Recogieronla unos campesinos que alejados del mundo vivían. y, sin saber quién era, la criaron como si una de sus hijas fuese. Era Esmeralda el nombre de la princesa.

## I

Cuando el bufón dispuso la máscara sobre su rostro deforme, se miró en el espejo, por vez primera, tal vez por última vez. Imitaba mil voces y mil montañas le contemplaban, impávidas. A veces, las mismas montañas reían. La reina esperaba.

Mi nombre es Ruiggi Fiodorello Leoncavallo. No es mi verdadero nombre, claro. Soy bufón de la Corte en un pequeño principado. Nada importante. Ni siquiera reconoceríais su nombre, no os esforcéis. Mi trabajo es sencillo: Cuando las personas me escuchan, ríen; cuando logran verme, permanecen serias, asqueadas. Soy el gran payaso de un universo amable.

Todos quieren escuchar al bufón, nadie le ama. Cuando se deshace de sus pinturas y sus juegos de manos, nadie

quiere ya su compañía. Usan los seres humanos sus oficios para construir su identidad, utilizan los bufones su identidad para buscar su sonrisa. El bufón, ahora ya payaso, con una sonrisa forzada, te hará reír.

En medio de una reunión, permanecerá callado, nada tiene que decir. De vez en cuando, surgirá una palabra que le hará intervenir. Sus palabras buscarán sólo la sonrisa y la complicidad, porque el bufón nada sabe de ciencia, nada sabe de arte, nada sabe, en realidad, de la olvidada risa. Alguien, al fondo del local, sonreirá, será éste su aplauso seco.

Cuando anunciaron el gran baile de máscaras con motivo del carnaval, mi alma se llenó de regocijo. Sin embargo, y a pesar del claro favor del que gozo con mi reina ciega, no fui invitado a participar como bufón de la Corte que soy. No quiero engañaros, amigos lectores, este hecho me llenó de congoja e insatisfacción. Es el carnaval el mayor acontecimiento en el año para un bufón.

Sin embargo, fui invitado a participar en el convite, no como estrella y organizador del evento, sino como uno más entre los reyes y príncipes que allí se reunen. En principio, pensé negarme. Más tarde reflexioné, ¿por qué habría de negarme? Sería una buena forma de conocer la opinión y gustos de mis anfitriones, nunca he sido un siervo. Tomé

mi mejor máscara veneciana y me arreglé como si de un príncipe se tratase.

La reina me adora por mi excelsa modulación de voz y mi humor agrio. Soy deforme, maltrecho, tengo la cara arrugada y mido un metro cincuenta y cuatro. En la Corte, todos se apartan cuando contemplan mis rostros miles, cubiertos con la cera negra de la monstruosidad. Trato de hacerles reír, no quieren. La reina Margarita está ciega.

Soy un payaso, veréis mi alma, algún día, mis queridos lectores, como la misma reina puede contemplarla, sin asco. El payaso sonríe, por muy altas que sean vuestras burlas. Como cantaba alguien: Ríe, payaso, alguien aplaudirá. El aria nace entumecida, casi susurrante, sobre versos cercanos al delirio. Sí, nos miran a la cara, durante un breve período. No es fácil ser bufón.

La reina, gran amiga mía, ciega, es la única que aún soporta mi compañía, lejos de los dobles sentidos. Es por ella que en la Corte estoy, y es siempre ella la que mil sonrisas torna y aquélla que de aplausos me colma. Se llama la reina Margarita, como el deseo carnal de Fausto. Es lozana, es prístina como un arroyo, pero es también bella y clara, y es a ella, sólo a ella, a quien el payaso, bufón, dejó ver, un día, su verdadero rostro.

No, no vivo en una catedral gótica, ni tengo gárgolas por

compañeros. Del favor de la reina gozo por mis mil distintas voces. De no ser por mi joroba y mi rostro deformé, sería en todo el mundo famoso. No es así, y los miembros de la realeza, nobles y gentes todas de mal vivir..., así es como todos se burlan de mi porte, contrahecho y malsano.

## II

En mi pequeña habitación tengo algunos recuerdos, casi todos regalos de la reina. Sí, muchos lo habrán adivinado ya: la amo. ¿Por qué negarlo? Es el papel del bufón.

Cuando la invitación fue enviada, pensé, muy solemnemente, rechazarla, para así ganarme el favor real. ¡Qué tontería! Luego, el plan se tornó claro. Sí, sería gracioso: debería rechazar la invitación de manera pública, ante los reyes, soportar unos minutos sus burlas. Sí, me presentaría en la gran sala de baile provisto con unas falsas ropas de bufón, mucho más elegantes que las mías propias, para de esta forma provocar en los otros la sensación de falsedad. Es importante descubrir parcialmente el engaño, sólo así se sienten confiados..., una ventaja inocente, fingida, irreal, para luego golpearles con el mazo de la sorpresa.

Cuando anunciase oficialmente mi ausencia, otros nobles (cuyo principal oficio son las burlas y los comentarios

soeces) imitarían mis andares e, incluso, tomarían algunas almohadas para imitar mi joroba. Reirán incluso. Así, la Corte estará llena de pequeños jorobados imitadores. Sí, fue ése mi verdadero talento: conocer las reacciones. No hay bufón que no conozca la futura reacción de su público.

El payaso repite las mismas bromas ante diferentes públicos. Todo funciona bien mientras el auditorio cambie. Por eso mismo, el payaso siempre está sólo. A veces, logra distinguir a alguien que ha vuelto al «circo». No, ése ya no ríe, bromas de un solo uso, ocurrencias de polichinela. Sonríe, forzado, tratando de recordar aquel primer momento en el que liberó su alma de las cadenas. En aquel instante, le ve sonreír. El payaso canta, mientras el bufón tiene un público fijo. El bufón no da volteretas ni hace arabescos, se gana a su concurrencia con su inteligencia, su elocuencia y su finura. Soy un bufón, y ustedes son, queridos lectores, mi más exigente público.

Así me disfracé, altanero, y dispuse la más elegante máscara que el dinero podía comprar. Convencí a Margarita con algunas frases más bien falsas, más bien escasas. Me conocía bien, sabía de mis planes, como dos amantes conocen ya bien sus palabras antes de ser pronunciadas.

### III

Me presenté sobre las ocho, media hora antes de comenzar el baile de máscaras. Permanecí en el exterior, en los jardines del palacio. Hacía una noche clara, distinta, perfecta. Es la hora de los camareros y las doncellas, que se afanan en pulir los últimos retoques para la gran fiesta. Los invitados están citados con puntualidad, ya no se retrasa ninguno como siglos atrás. Sería de una vulgaridad imperdonable, claro. El protocolo no tiene reglas fijas, y cuanto más se eleva la persona en la sociedad, más salidas de la norma puede permitirse. Se puede distinguir al advenedizo simplemente por su perfecto protocolo. No he conocido rey ni príncipe que cumpla el protocolo, al igual que he conocido mil y un aspirantes a marqueses que lo cumplían a la perfección.

Así me presenté, con mi máscara con incrustaciones de piedras preciosas (que no bonitas), con mi traje borleado, rozagante..., sutil mezcla entre príncipe sifilítico y bufón de medio pelo. Esperé un poco y dispuse la invitación que la reina había preparado para mí (casi como sin querer darse cuenta, hice que añadiera mi onomástica a la lista de invitados y me hice con una invitación, firmada por la misma reina que, no por no ver no sabía escribir de una manera inimitable por el mejor de los grafólogos).

Cuando dieron las ocho y media, puntual, me dirigí a la entrada, en la que la doncella (o algo similar imitando

elegancia inglesa) me dio la bienvenida. El rey y la reina me saludaron, el rey con cierta incredulidad al escuchar mi nombre, a pesar de no conocer con exactitud sus muy elevados parentescos. Rió, la reina, con regocijo encubierto.

Me perdí entre los asistentes, tratando de pasar desapercibido. Los invitados comenzaron a llegar, cuál no sería mi sorpresa al comprobar que todos llevaban sus mejores galas. El único contrahecho y de aspecto mezquino era, humildemente lo acepto, el que ahora les narra esta mi especial historia.

El rey me miraba de reojo, siempre amable. Por vez primera, había logrado sacar una sonrisa de su rudo semblante. No importaba, tenía un objetivo y habría de cumplirlo, pesase a quien pesase. Me dirigí a la reina e, imitando la voz del rey, la invité a bailar. Sí, entre mis otros talentos figuran, claro está, el de poder observar sin ser visto. Le hizo el rey un gesto: todos sabían quién era, el bufón de la Corte que pedía bailar a la reina, con desparpajo. Fue el mismo rey quien dio su aquiescencia, con tono de burla. Pude verlo reflejado en los ojos, abiertos, secos, fríos, de una ciega Margarita.

Sí, lo pensé, como el jorobado en raptar a su amada, radiante, tras la máscara de oro y cerámica, con el rubio cabello desplegado sobre su vestido, angelical.

Se levantó, con la espalda recta de las reinas. Extendió su brazo y, con el antebrazo formando los perfectos cuarenta y cinco grados, me ofreció su mano. Los invitados, un tanto extrañados, nos miraban y observaban el gesto del rey, medio torcido, medio contrariado: ya se sabe, estos monarcas son como féminas de quince años, dicen una cosa y esperan del resto del mundo lo contrario. Su esposa bien lo sabía, y tomó como despecho su gesto de aprobación. La sentí, casi por vez primera, cercana, tierna, dulce, afectuosa. La quería, como nunca antes un ser humano había amado, sincero, infantil. Bajo la máscara, pude ver por vez primera su rostro, contemplé a mi hermana de sangre y condición. Se disponía a bailar conmigo. Ayudé a la reina a ponerse en pie, sin fuerza, como haría un noble de la Corte. Ella me miró de nuevo, a través de los ojos dorados perfilados de su máscara.

Una reverencia, no pude evitar sentir tristeza.

El rey hizo un leve gesto, la orquesta comenzó. Claro está, conocía a la perfección la totalidad de los bailes de la realeza. Tocaron primero un trozo de un vals (Strauss, por supuesto), para interrumpirlo prontamente, continuar con una polka y seguir con algo más moderno. Así, amigos, vuestro bufón bailó maravillosamente con su reina ciega, que no necesitaba ver para seguir los pasos y escuchar los comentarios (sin duda admirativos) que se dirigían a la

frugal pareja. El gesto del rey, antaño comedido, sin dobleces, tornose ahora celoso, bilioso..., iracundo si cabe. La reina que, no por no poder ver era ciega del todo, comprendió en ese momento la inestabilidad de su marido, y decidió entonces interrumpir súbitamente el baile, cesando la orquesta.

Su irritación le llevó a tomar de improviso a la reina y llevársela lejos de vuestro bufón. El público allí presente pronto comenzó a cuchichear, sin duda sobre la extraña actitud del rey. La reina, sin duda mucho más real que su apenas noble marido, se detuvo un momento y cogió mi mano, sí, la mano del bufón real. Se deshizo de los guantes que tapaban mis manos, y..., amigos lectores, la besó, por un momento. Sus labios creí llegar a sentir a través de la suave porcelana de la máscara, su aliento, casi primaveral, el dulce rostro que se reflejaba en los ojos prestados, espejos de mil ángeles... Sin ojos, la vi.

El rey, exhausto, ya no pudo más. Sí..., una sonora carcajada brotó de sus labios, rió como nunca antes había oído reír a otro ser humano. Rió tranquilo, adocenado, feliz, como un niño... La mayor humillación que podría ofrecer al bufón: tomó bruscamente a la reina y, tras zarandearla con fuerza y sin miramientos, la puso ante mí.

-Aquí tenéis a vuestra reina, bufón, reíd -dijo con gesto triunfante.

Cogió a la reina y le sustrajo la máscara. Los asistentes, todos ellos, rieron, algunos incluso escupieron..., las caras bebiadas, incapaces de contener semejante torbellino de jocosidad real.

-Aquí la tenéis, miradla -continuó.- Mirad su rostro, sus pústulas y su cutis de campesina... Es tu princesa, príncipe, lo único que se merece un mal bufón.

Eran los labios de la falsa reina retorcidos sobre sí mismos, el rostro quebrado, las orejas grandes que, como gigantescos abanicos, parecían querer salir de su rostro. Era su pelo, en cambio, rubio como el la reina, decorado para la ocasión..., sus manos pequeñas y finas..., sus formas esbeltas, tiernas y encantadoras. Todos la miraron, con aquella extraña mezcla de atractiva feminidad y monstruosidad. Se tapó el rostro, para evitar así ser contemplada. Las risas callaron.

Fue entonces cuando apareció la reina Margarita, embutida en un elegante vestido rosa, con vuelo. Miró a un lado y a otro y, con un gesto rápido, se quitó la máscara. El rey la tomó de su mano y, juntos, saludaron a su público. Todos rieron, una vez más. ¿Había triunfado?

## IV

Sí, me habían humillado y maldecido, y todos los asistentes reían, no a consecuencia de mis bromas picantes,

no por mis ocurrencias dignas de un príncipe, no... Reían porque era el rey quien les hizo reír, bufón por un día.

Muchos ignoran la otra faceta del bufón: la improvisación. Un «hombre de la risa» debe estar siempre preparado para cuando, en la ocasión menos propicia, en los más belicosos tiempos, se requiere de una salvadora risa. Así, el rey, feliz, mi seguro amo y señor, había logrado, gracias a su siervo, congraciarse con los asistentes y ofrecerles un espectáculo digno de una mascarada. La falsa reina lloraba, con el vestido medio caído. Se tiró al suelo, ante el regocijo de nobles y príncipes.

Fue entonces cuando éste vuestro fiel narrador tomó a la falsa reina y la rodeó con sus brazos. Ella le miró, me miró. Sí, sus labios eran deformes y su gesto torcido, pero pude vislubrar, a través de sus formas falseadas y campesinas, los ojos de una verdadera reina, los ojos que a la misma Margarita faltaban.

Cuentan que, en un lejano reino, existió un día una princesa. Tan fea dicen que era que, no pudiendo ni el mismo rey contemplar su rostro, arrojó a la princesa a la ciénaga más profunda del reino, dándola por muerta. Recogieronla unos campesinos que alejados del mundo vivían. y, sin saber quién era, la criaron como si una de sus hijas fuese. Era Esmeralda el nombre de la princesa.

Lo supe, todos lo sabían, ahora por fin callaban, mientras

el rey, por vez primera, reía. Era ella, Esmeralda, princesa sin reino.

Así, vuestro solícito bufón, tomó a la campesina y la besó, dulcemente, como sólo un alma noble podía besar. Se abrieron sus labios también y, casi sin quererlo, me devolvió el beso. Era ella Esmeralda, princesa, arrojada a la ciénaga, criada por campesinos, a la que, sin saberlo, todo aquel reino pertenecía. Los nobles rieron, forzados, una vez más, borrachos y degenerados, mientras persistían en sus disfraces los restos del banquete.

La besé, quedo. El rey nos golpeó y nos separó.

-Ve, bufón, tómala, vamos... ¡Dadme un espejo! Sí, aquí está... Miraos, monstruos, deformes, desagradables para cualquier ser humano.... ¡El uno para el otro!

Me golpeó y me empujó, para finalmente caer bruscamente, fue Esmeralda quien me recogió. Los invitados, desalentados ante la actitud cruel del rey, ya no reían.

-¡Fuera de aquí! No volváis más, que ninguno de los dos, que ninguno de vuestros hijos, si es que la tierra os escupe con semejante mal, volváis a pisar este castillo. Yo os destierro.

Miré a Margarita, la que en otro tiempo fue mi reina, la que en otro tiempo fue la única. Para ella fui sus ojos y el espejo en el que miraba las cosas..., ¡tantos y tantos años en

su compañía! Se volvió, frenética, altiva y vulgar..., me dirigió la más sonora carcajada.

-Ve, bufón, llévate a ese adefesio contigo... Y no vuelvas jamás.

Todos rieron, sólo yo lo sabía, sólo vosotros, ahora, conocéis la historia. Esmeralda y yo nos fuimos, para no volver a regresar jamás.

## V

Ahora, cada noche, en nuestra humilde cabaña desde la que os dedico estas líneas, la miró a los ojos. Son unos ojos tiernos y cariñosos. Me mira y abraza. Lejos han quedado mis ropas de bufón, lo que un día fui..., lejos han quedado para ella las humillaciones de unos nobles desagradecidos, vulgares, contrahechos y mezquinos.

Cuando la mañana despunta, es ella quien me despierta, es ella, mi Esmeralda, la que un día fue princesa, la que mi sueño vela, y la que junto a mí, bufón de la Corte, un día vio su reino.

Es ella, Esmeralda, la que ahora sonríe.

## AMABLEMENTE

Su calva relucía elegantemente, relegando su musculosa nariz de atleta a un segundo plano. Santiago estaba contento. Había acudido a la ciudad para comprar un traje nuevo, sería el segundo de su guardarropa. Lo portaba en una bolsa, con su percha, le quedaría bien. Había notado cómo varios de sus alumnos cuchicheaban a hurtadillas. Nunca aprobarían

Vestía modestamente, pero con elegancia (pensaba él). Un traje tipo tweed algo gastado, una camisa blanca, corbata roja a juego con el chaleco. Santiago tenía aspecto de profesor y olía como un profesor, con ese toque a ceniza y libro viejo. Sacó su cartera: Cinco unidades. No era suficiente.

Tomó la primera de las rutas y entró en el lugar. Apenas tres personas. Uno de esos locales del viejo Madrid, con decoración taurina, tres camareros aburridos de mirarse entre ellos. Saludó, ya nadie saluda. Aquellos tres jóvenes no parecían demasiado inteligentes: especímenes idóneos.

-Buenos días, ¿puedo?

-Buenos días -respondieron casi los tres al unísono.

-Veo que me miran con recelo. Les diré la verdad, tengo cinco dólares. No me importa reconocerlo. Soy un

hombre, sí, y..., como a todo hombre amable y educado, me gusta el dinero.

Los tres individuos se miraron entre ellos. Tenían ya experiencia en individuos de esta clase. La ciudad de Madrid está poblada de solitarios en busca de compañía.

-Mi nombre es Santiago D. ¿Por qué me mira usted así? -preguntó el hombrecillo.

-No le miro de ninguna manera -respondió uno de ellos.

-Para nada, señor, simplemente correspondemos a su saludo.

El que respondió era J., el más educado de los tres. Acudía junto con su hermano (A.) y su amigo obeso. Habían salido a tomar unas copas y liberarse del tedio de los días. Siempre que se juntaban los tres ocurría algo extraño: Monjas en celo, prostitutas castas...

-¿Les molesto? -preguntó Santiago

-Por supuesto que no -respondió de nuevo J., que parecía el más avezado de los tres.

-¿Cómo se llama usted? -Santiago Miraba fijamente, escrutando, como hace el buen profesor.

-Mi nombre es J. H. de la T.

-¿Y usted?

-A. H. de la T. -dijo el hermano de J.

-¿Y usted?

-Mi nombre es M. -dijo finalmente el obeso.

-¿No tiene usted apellido?

-M. C.

-Es usted una mala persona -dijo Santiago dirigiéndose al obeso, que le miraba con desagrado.

-¿Me permiten que, amablemente, entable una charla con ustedes?

-¡Cómo no! Será un gran placer -dijo J., que miraba a M. Con suspicacia. A. permanecía a la expectativa de su hermano.

J. y A. Guardaban una buena relación. Su madre había muerto haría ya siete años, y la fuerte exigencia de su padre para con todos sus hijos les hacía sentir un mutuo respeto. J. veía en los ojos de A. su admiración, pero también la gran diferencia que existía entre ambos hermanos. En los últimos tiempos su relación había mejorado. J. veía en A. rasgos similares, siempre le recordaría su juventud. Habían tenido una vida fácil, y sin embargo J. había elegido la profesión de pintor, contrariamente a su hermano, que estudiaba ingeniería industrial.

-¿A qué se dedica usted?

-Pintor.

-Un asco de profesión. La única opción correcta para un hombre recto es la ingeniería, porque sólo gracias a ella el hombre distingue lo cierto de la estupidez. ¿Saben cuál es

el problema de la sociedad actual?

-Sospecho que nos lo va a decir -dijo J.

-No me interrumpa por favor. Amablemente me dirijo a ustedes, sin modestia. ¿Han leído ustedes a Schopenhauer? Veo en sus ojos que no...

J. le miraba con lástima. Había leído algunas obras del alemán, aunque «El Mundo como Voluntad y Representación» seguía resistiéndosele.

-Schopenhauer hablaba en su obra «El Arte de Insultar» de la diferencia entre falsa modestia y educación. ¿Usted tiene educación? -dijo mirando a A.

-Amablemente lo aseguro.

-Tenga la bondad de dejarme terminar, joven. ¿A qué se dedica?

-Estudio ingeniería industrial.

-Buena profesión. ¿Sabría decirme cuál es el teorema del momento cinético?

A. dudó unos instantes. No tenía ni idea a qué se refería.

-El momento cinético es igual a la suma del momento respecto a un punto de fuerzas actuantes, más el producto vectorial de la cantidad de movimiento por la velocidad del punto.

Santiago Esperó, un buen momento teatral. Aquellos jovenzuelos deberían aprender.

-Invítenme a una copa.

Santiago era un buen observador: J. era un hombre culto, educado, caballeroso, A. apenas tenía veinte años, apenas había iniciado el camino. Mientras, el obeso miraba, callado, sin duda a través de sus ojos de vaca podía traslucirse la estupidez del hombre moderno.

-¿No participa usted?

-Nada tengo que decir -dijo el obeso M.

-¿A qué se dedica?

-Él es escritor -J. respondió por M.

-Nada tengo en contra de los escritores, pero sí de los golfos. -Miró a M. e hizo una pausa.- ¿Es usted un golfo?

-Siempre que amablemente puedo -respondió finalmente el obeso.

-Creo que los escritores, en cuanto que narradores, están sobrevalorados. Adjetivos y más adjetivos. ¿Sabe a qué se debe la innata superioridad de la ciencia con respecto a las artes?

-¿A qué cuenta en sus filas con su majestuosa presencia?

-dijo A. que empezaba a cansarse de la presencia de aquel individuo.

-Nunca me equivoco, joven, amablemente se lo digo. Llevo toda mi vida estudiando, ahora he comenzado la carrera de matemáticas, y muy pronto me licenciaré en historia. ¡Verdades, verdades!

J. le miraba lastimoso.

-¿Es usted tonto? -dijo a M., al que parecía haber tomado ojeriza.

-Sí, bastante. -M. Sólo tenía ganas de escapar de la presencia del hombre.

-¿Les molesto? -dijo a los camareros, que guardaron silencio.- Veo que sí, entonces estaré aquí un largo rato.

¿Dónde está mi copa?

Santiago regresó a su casa. Nadie esperaba.

## ALMEJAS A LA MARINERA

Como cada viernes desde hacía ya siete años, comenzaba el ritual bien entrada la mañana. Ya ni siquiera tenía que pedírselas a Carlos, el pescadero.

-¡Y hoy es viernes! –exclamaba solícito Carlos, ya con la bolsa de almejas en la mano derecha, ya con la izquierda esperando unas monedas.

Francisca ya tenía la harina, también la ristra de ajos... un poco de pan y algo de pimentón. Total: quince euros más el ingrediente secreto.

Salió del supermercado y recorrió los apenas cien metros que le restaban hasta su casa con una sonrisa. El otro día, por fin, Javier se lo había dicho.

-No me encuentro bien últimamente, Francisca... ¿estás echando picante en la comida? Sabes que no puedo con el picante, cariño.

-¡Claro que no! –respondió segura Francisca, también por una vez sincera.

Abrió las puertas del portal y saludó al portero, José, un tipo más bien poca cosa con mal carácter y una inteligente mirada estúpida.

-Buenos días, Francisca... ¿Hoy habrá almejas?

El tipo se creía hasta ocurrente en su picardía más bien pueblerina.

-¡Como cada viernes, José! –le respondía ella no menos pícara.

-¡Se te ve contenta, Francisca! ¿Cómo está Javi?

-Tú sabrás, José, tú sabrás... creo que le ves más que yo. ¿No estuvisteis ayer echando una partida a las cartas...? O al menos eso me dijo Javi...

-¡Ah sí! –trató de disimular el portero para encubrir a un amigo que no necesitaba ya una coartada para ser condenado-. ¡Ayer, sí...! Y hoy: ¡almejas a la marinera!

-¡Almejas a la marinera! –sonrió también un poco coqueta Francisca ante aquel hombre que no le causaba otra sensación que asco.

Se despidió y, como cada día, encendió un cigarrillo justo antes de entrar en su casa... por eso de que la vea algún vecino.

-Ya se sabe –solía decir su madre-, mejor que te acusen de algo que realmente has hecho... así no pareces demasiado buena, hija mía. Los vecinos siempre te criticarán... ¡dales siempre algo para que lo hagan! Así, siempre sabrás cómo defenderte.

Cuando contempló el féretro con el cuerpo de su madre sintió algo extraño.

-No, no la reconozco –se limitó a decir Francisca-. ¿Estáis seguros de que esa es mamá?

Todos sus familiares la miraron con extrañeza, como el

que mira a alguien que no puede aceptar lo que ha sucedido. Sin embargo, Francisca no estaba loca –estaba segura- y ese cuerpo que se correspondía con el de su madre no era el de ella.

Y es que aquella mujer de setenta y cinco años, su madre, como siempre, tenía razón: varios vecinos se habían quejado del olor a tabaco en el descansillo. Según algunos, el fuerte olor impregnaba toda la escalera e incluso sus hijos habían comenzado a toser por inhalar el veneno.

Francisca simplemente sonreís y decía que no lo volvería a hacer. Luego se encendía otro cigarrillo y continuaba su camino hasta el ascensor.

Dejó las bolsas y saludó a Arturo, su gato. Era un buen ejemplar de gato persa: arisco y aprovechado, sólo se acercaba a Francisca cuando sospechaba la proximidad de un buen trozo de pescado. Así, Arturo se aproximó y olisqueó ligeramente la bolsa con las almejas.

-¡Fuera, Arturo! –gritó Francisca con un golpe rápido que sobresaltó al minino.

Guardó las almejas en la nevera y se cambió de ropa.

-Para la cocina –volvió a repetir su madre, casi ya presente- hay que estar dispuesta, siempre concentrada, siempre alerta... que no se escape un solo detalle... cualquier fallo en los ingredientes puede ser fatal para el conjunto.

Francisca era extremadamente ordenada en los quehaceres gastronómicos. Todos los elementos que compondrían el plato estarían dispuestos previamente sobre la encimera y serían ordenados de derecha a izquierda, nunca al revés y siempre siguiendo el orden exacto en el que serían empleados, así hasta completarse la fila. Si el plato se componía de más elementos, se continuaba creando una nueva columna. De esta forma, disponía la botella de aceite a 0'4, la cazuela de barro, la ristra de ajos (fin de la primera fila). Segunda fila: almejas (bolsa abierta para facilitar su extracción), vino barato y perejil.

-Aún falta, mamá, aún falta –dijo en alto Francisca mientras sonreía-. ¿Qué hora es?

-La una y media, hija... la una y media.

-Aún es pronto –respondió feliz al fin Francisca-. ¿A qué hora crees que llegará hoy?

-Tarde, hija –sentenció la madre-, ya sabes: ¡hoy es viernes!

-Hoy es viernes –corroboró Francisca-. Ahora sonará el teléfono. ¿Te apuestas algo?

Y sin que la frase pudiera llegar a su fin el teléfono de la cocina sonó.

-No lo cojas –sugirió su madre-. Que crea que no estás. Vamos hija... los hombres son como los asnos: de vez en

cuando hay que enseñarles una zanahoria para que estén alerta.

-¡No seas mala, mamá! –rió finalmente Francisca antes de coger el teléfono-. ¡Sí? ¡Cariño! ¡Qué alegría escuchar tu voz! Sí... sí... ¡¿puede ser eso cierto?! Vaya, ¡cuántos problemas en una oficina tan pequeña! No te preocupes, cariño... la comida estará caliente para cuando llegues... sí, claro... los negocios no pueden seguir sin ti... ¡si es que eres tan elegante! ¡tan formal! ¡tan serio! Besos, besos... estoy deseando verte. Te quiero.

-¿Está con ella? –inquirió su madre.

-Está con ella –sentenció Francisca sonriente-, está con ella o con cualquier otra, ¿te importa a ti? A mí, desde luego, hace mucho tiempo que dejó de importarme. Cuando lo pienso... ¿por qué te casaste, Francisca, por qué lo hiciste?

Recordó al instante el momento. Lagos de Covadonga, Picos de Europa. La mañana había amanecido envuelta en niebla sobre los imponentes paisajes cubiertos de rocío. Verde cubierto de rocas y más rocas hasta llegar a la ermita.

-¿Verdad que es bonito, Francisca? –le había preguntado Javier. Era un chico amable y atento, un poco juerguista, un poco pícaro... ¡cómo le había gustado aquel Javier! ¡Tan alto, tan atento!-. Dicen que si bebes de las siete fuentes sin respirar te casarás en menos de un año.

No lo dudó Francisca y bebió, bebió tan rápido como pudo y aguantó la respiración. Uno, dos... tres y cuatro... cinco, seis y siete y Francisca pudo respirar antes de besar a Javier por primera vez. No se ruborizó el chico y aquella misma noche en una terraza se lo pidió:

-Las fuentes no me pueden mentir, Francisca –dijo Javier mientras tomaba de la mano a su novia-, ¿te quieres casar conmigo?

Se casaron a los seis meses, en el mismo santuario de Covadonga, también en una mañana nublada, también las novias bebieron y otros muchos matrimonios, supuso Francisca, se ataron aquella misma noche.

-Y poco a poco –siguió Francisca hablando sola en voz alta... ya sabes, mamá. Los hombres cambian y se aburren y pronto empiezan a pasar demasiado tiempo fuera de casa. Dime, ¿te pasó lo mismo con papá?

Francisca se lavó las manos religiosamente y las sacudió sobre el fregadero.

-¿Qué sentiste cuando se marchó? –inquirió la hija

-Alivio –contestó la madre sonriente.

Tomó Francisca los ajos y los cortó rápidamente. A Javier le encantaban, no había que escatimar. Le había visto tantas y tantas veces mojar el pan en la salsa de ajos, tantas y tantas veces con el bigote grasiento y aquella mirada estúpida de tonto seguro de sí mismo, ¡qué sensación de

asco la impregnaba cada vez, qué sensación de alivio también!

Dispuso el mortero y picó los ajos con fuerza. A la vez, dispuso la cazuela sobre la encimera y encendió el fuego.

-Ahora el aceite, pequeña mía, ahora el aceite –volvió a dictar la madre.

-Prefiero así, con los ajos muy picados.

-Sí –añadió otra vez la madre-, todo como quiera tu marido.

-Mi Javier querido –concluyó la novia de las siete fuentes mientras el ajo picado comenzaba a sofreírse.

Tomó la harina y la vertió directamente en la cazuela y removió.

-Ahora hay que esperar algunos minutos a que tome forma... sólo queda añadir las almejas.

-¡Y el vino! ¡Y el perejil! –casi cantó gustosa Francisca.

-¿Y...?

-¡Claro! –recordó Francisca como quien no quiere ya recordar-. ¿Qué más, qué más?

-¿No se te olvida nada, querida? –preguntó la madre juguetona.

-¡Ah, sí! Nuestro ingrediente, nuestro ingrediente.

-Nuestro secreto ingrediente –repitió canturreando la madre..., nuestro ingrediente secreto.

Francisca bailó y removió y removió y bailó. ¡Qué

contenta estaba aquella mañana! ¡Y cuánto deseaba ver otra vez a Javier!

-¡Tan guapo! –rió Francisca.

-¡Tan alto! –rió de nuevo la madre.

-¡Tan atento! –rió aún más alto Francisca mientras echaba las almejas en la cazuela-. ¡Que se haga el vino!

-¡Y el vino se hizo! –y abundante vertió el vino y removió ligeramente.

Reposaron por un momento suave los moluscos antes de sentir espanto.

-¿Crees que saben que van a morir, mamá?

-¡Anda, calla! ¿Cómo van a saber eso?

-Por un momento, mientras sienten el calor del fuego, ¿no crees que sufren las almejitas?

La madre tomó del brazo a su pequeña y la besó fraternalmente. Ya la primera almeja se abrió... muerta estaba ya. Las demás no esperaron demasiado y la siguieron.

-¿Ves que poco dura la agonía? –dijo finalmente su madre. Francisca echó unas ramas de perejil.

La madre volvió a besar a la hija y del bolsillo de su bata extrajo unas pequeñas agujas de coser. Tomó un cuchillo y sobre el plato comenzó a pelar las ya pequeñas agujas hasta convertirlas en filamentos. Tomaron madre e hija los filamentos y con cuidado los vertieron también sobre la

salsa de harina y ajo y vino, también de agujas de coser e infidelidades y mentiras.

-Sólo un momento de agonía para ellas, hija mía. Para él, que sea una eternidad.

Y Francisca sonrió y el timbre la despertó. ¿Quién sería a aquellas horas? Él había llamado para decir que llegaba tarde... no, no podía ser él. Abrió la puerta y, sí, sí podía ser él y allí estaba como el primer día, tan alto y tan galante, con el bigote de siempre y la sonrisa de antaño: él, Javier, su marido.

Con la mirada gacha y avergonzado sólo dos palabras dijo:

-¿Me perdonas?

Sonó hasta sincero y pareció también sincero el abrazo que le dio Francisca.

-¿Nunca más, Javier?

-Nunca más, Francisca. Lo prometo.

Y Francisca le besó cordialmente, como hacen las mujeres que siempre perdonan a sus maridos. Javier bajó el rostro, como los hombres que engañan a sus mujeres.

-Hoy es viernes —rezó Francisca.

-Hoy es viernes —sonrió Javier—. ¿Almejas a la marinera?

-Almejas a la marinera... y creo que hoy están para chuparse los dedos... Te he traído pan para que mojes bien la salsa.

-No dejaré ni una gota, cariño.

-Ni una gota.

Y Francisca, al fin, pudo sonreír, esta vez sincera.

# SOMBRA S

## I

Silencio.

Sintió una extraña presencia a su lado que le tomaba por el hombro.

Se perfilaban, casi sinceros, los dos primeros acordes de la sinfonía que, desafiantes en el conjunto, trataban en vano de imponerse. La contempló, a su lado, casi podía verla. Sin confesarlo compraba dos entradas, tal vez apareciese..., aquella noche, fría como todas, ocre. No tendría a quién decírselo: se había marchado.

Cuando tomaron el cadáver de Cristóbal, su madre contuvo las lágrimas. Sólo le miró, eso bastaba.

Tomó aliento y esperó paciente a que terminase. La última parte era la más vulgar de la composición: comenzaba con fuerza y se diluía, para después retomar la fórmula inicial, en un eterno retorno, apenas un par de variaciones sobre el tema. Le gustaba la obra pero, sin embargo, algo faltaba.

A su lado, una butaca, ¿vacía? Artificial.

Regresaba, como una nota repetida, por aquellos mismos callejones y plazas. Un poco de él, algo de ella, mucho de todos, de nadie. Las noches eran largas. Sintió algo extraño, un pasaje no presente, como una frase reminiscente dentro

de la melodía que trataba de tararear, nunca podría, con aquellos sones concisos que, como cuchillos, se imponían a la melodía principal que siempre repite, vuelve.... Como un fantasma.

En silencio.

Algunas veces, pasaba la noche en vela, no había ya sueños. Tumbado, esperaba la mañana, mientras sentía cómo sus uñas se extendían y se agrietaba su piel. Si había prestado la suficiente atención, podía reproducir las notas que había escuchado, en cada dedo, crecía, al menos en su forma predominante. Siempre existía una nota que, deforme, obligaba al resto de la composición, extendiéndose bajo su forma de animal. Alguien de cabello negro se lo dijo.

La echaba de menos. Solían acudir juntos a los conciertos, quizá fue ella quien le descubrió aquel mundo lleno de compases y armonías. Le gustaban los impresionistas y la música moderna, en aquellas partituras sin rostro que imitaban sin conseguirlo una naturaleza esquiva. Sonaban los timbales a lluvia y los violines a viento azotado. No podría olvidarla, tumbada sobre una habitación, la abrazaría como la última vez, así tal vez no escaparía, mirando al techo, recordando en silencio los sones de la última orquesta, suspendidos en el aire,

ahumado.

Tras el concierto, solían tomar un café, dos, tres... Una copa, dos, tres... Ella se quedaba en silencio, esperando que la melodía retornase, sin miedo..., escuchar la lluvia que caía tras las paredes amarillentas. Al fondo, una mujer cantaba, reflejada en el espejo de una vieja taberna, como todas las demás.

Aquella noche, regresó sin tomar café.

Despacio, tomaba aliento, tan solo miraría al techo, ¿toda la noche? Quizá sólo algún fragmento en clave de fa. Quería recordar los motivos, la melodía brusca sobre los trazos, a veces cansados, sobre una montaña, despacio, espesa.

Antes de despertar, creyó sentir un tacto helado que le llamaba, en silencio.

Silencio.

No habría dormido, ¿aún no había despertado?

En silencio.

II

David despertó, casi como cada mañana.

Cinco de diciembre, de eso sí estaba seguro. Tenía mala memoria. Munich, de nuevo. Apenas tenía recuerdos de aquellas tierras tan diferentes al lugar donde había nacido, la española sierra de Albarracín. Recordaba las clases y a

sus compañeros, distantes. Al finalizar, esperaban, en silencio, frío.

Mientras se afeitaba, se vio la piel, huía, huía, ¿volvería a mentirse? Dejó correr el agua, mientras terminaba el cigarrillo, metódico, en una pausa rebuscada. Estaba helado, o eso pensaba. Había olvidado la melodía.

Miró a través de la ventana, por un momento. Aún era de noche, largas en aquella Alemania de aromas ocres. No había regresado a aquel hotel que había estado junto a Emma, no regresaría jamás. Tal vez le mentía.

Nada tenía que hacer, como cada mañana. Le empezaba a resultar gravoso el asunto del afeitado. No consideraba dejarse barba. ¿Cómo le quedaría? Demasiado español, sería mejor continuar así. Podría pasar desapercibido entre los rostros anónimos, ahora ya adocenados, serios, sin vida..., nunca podría llegar a amar aquella tierra estéril.

Las semanas transcurrían como quien las mira en un calendario, esperando tachar una tras otra, cigarrillo tras cigarrillo. A veces, se cortaba afeitándose. Un día feliz: al menos, tendría algo en qué pensar.

Sonó el timbre, despacio. Pensó por un momento hacerse el dormido, evitar contestar, ¿de qué serviría? Tal vez, al final, alguien habría considerado sus calificaciones y su experiencia. Tal vez... ella habría vuelto.

Un muchacho de cejas espesas le alargó un sobre, un

telegrama.

-Danke schön.

Lo dejó sobre la cama, aún no era tiempo de abrirlo, preferiría esperar un poco, como en una primera cita. Se afeitó, casi apresurado y nervioso. No podía dejar de pensar en el telegrama que, impasible, aguardaba. Apenas había terminado la zona del bigote, se lavó la cara. Mentiras, de nuevo.

El remite era inequívoco, no se trataba de un trabajo. La noticia que había estado esperando años, sin saberlo. Ya estaba preparado, ¿quién no lo está? Alemania le había servido para escapar por un tiempo de aquella España profunda que, lo recordaba, se obstinaba en querer olvidar. La sierra de Albarracín pertenece a la comarca del Maestrazgo, cuelgan los pueblos de las laderas de las montañas, nacen cuevas y arroyos, aún cristalinos. Fue el lugar que le vio crecer y, en cierto sentido, morir.

La noticia no le sobresaltó, la había esperado desde el momento en el que, con dos maletas en los brazos, dejó para siempre aquel calizo paisaje. Cristóbal ya nunca estaría. Esperó, un momento más. Debería abrirla, sin duda. En aquella Alemania, a veces se sentía presa de esa especie de “vena kafkiana” que le llevaba a ver el lado cómico de las cosas. Una situación, por muy horrible que sea, tiene siempre dos caras. Es ésta la máxima verdad a la

que ha llegado el pueblo germano, quizá el único punto de contacto con el carácter español, tan serio como jocoso, tan marcadamente antitético. Herr Maeterlinck lo señalaría con asiduidad, con estudiada y a veces inconveniente familiaridad.

Se trataba de una clase con apenas diez alumnos, casi unos condenados por las normas académicas convencionales, si es que hay alguna rama de la Historia que no puede ser considerada maldita. Cada mañana, sin error, Maeterlinck hacía hincapié en su ascendencia y las reminiscencias de ciertos ritos en algunas partes de la geografía española. No era extraño, sin embargo, ya que la región entera había tenido influencia de culturas íberas o celtas (las más antiguas y ligadas a las primitivas sociedades matriarcales). Ahora, con aquella carta esperando sobre la cama, podía recordar al Maeterlinck más ufano, casi kafkiano:

-Como bien intuyeron nuestros amigos los católicos, la naturaleza trina de la diosa se transmite desdoblada a los helenos: es Proserpina, la adulta Afrodita (cuyo espejo es Artemisia la Virgen) y la madre Hera. Ya sea transmutada en las tres musas de Homero o en las tres brujas de MacBeth, en las tres gracias de Botticelli... las características de las diosas se funden en las distintas mitologías hasta casi el olvido, si bien éste es siempre

aparente, ya que la imagen de la antigua diosa de origen mesopotámico reaparece constantemente, ya sea ornamentalmente o como referencia constante entre las antiguas religiones (que ahora algunos llaman mitologías).

-Miren bien al estudiante, amigos míos –David trataría de sonreír-. La naturaleza, siempre en constante y aparente desequilibrio, nos da dioses que vienen a confluir en principios contrarios. Así, los contrarios se enfrentan y surge un vencedor (como mandan los dioses de los patriarcas); o coexisten bien y mal dentro de una misma sociedad (como en el caso de algunos cultos primitivos o en las sociedades matriarcales). ¡Así son! Miren a los españoles, estos seres a veces peculiares, formados a partir de restos de culturas, caóticas y divergentes, a veces incluso efímeras. Forman un todo informe, casi indeterminado.

Le miraba directamente, como si la conferencia entera estuviese dirigida hacia él. Una vez, tras abandonar las clases, el viejo le llamó:

-Espero que no me tenga a mal las bromas y comentarios que hago sobre usted. Me gusta sacar lo mejor y lo peor de cada alumno, y parece ser usted el único que, a la vista de los resultados, ha sido capaz de comprender algo de los estudios a los que hemos hecho referencia.

En realidad, nada comprendía David (y le interesaba aún menos) de los rituales que, según dicen, aún sobreviven en

aquellas tierras. David estaba allí para terminar unos estudios en los que había perdido toda ilusión. Pronto terminaría la beca de no contar con el favor del viejo Maeterlinck.

La carta, sobre la cama, pendía sobre sus recuerdos como una losa. Quizá les recordaría de alguna otra manera, siempre había albergado la remota esperanza de volver a verlos, en una forma distinta, más amable, familiar, lejos de la sierra de Albarracín que, extraños, un día les vio crecer. Cristóbal, Cristóbal.

Las clases terminaron, y David olvidaría las peroratas sobre mitos y diosas primitivas para centrarse en sus libros, casi modernos en comparación con las mitologías. Volvió a Bizancio y Creta, a Minos y Roma, lejos de los dibujos rupestres que aún se perfilaban en aquellas cuevas aún hablaban de osos, ciervos y clanes que, si la sacerdotisa lo permitía, reinarían hasta el próximo cambio de luna.

-Hay cosas que nunca cambiarán -diría Maeterlinck en su última clase.

El profesor murió aquella misma noche, mientras dormía, en silencio, en paz.

-Cuando muera, habrá otro que me sustituya. Sí, queridos alumnos -Maeterlinck subrayaba especialmente lo de «queridos»- vendrá alguien más joven y, tal vez, con mayor talento. Antiguamente, se abandonaba al viejo sacerdote en

el bosque, solitario. Sólo se le daría una espada. Mi rama es el conocimiento, yo os reto. Sólo aquel que demuestre mayor destreza, entrega y sabiduría podrá sustituir al viejo. Con el tiempo, el sabio olvidará el lenguaje de los hombres, y ya sólo hablará con los árboles y los lagos helados, con las montañas y los bosques. Así, el viejo enloquecerá y, como solemos hacer los ancianos, nos consideraremos imprescindibles, sabios. Engaños, mis queridos alumnos. Llegará alguien, tal vez uno de vosotros, que me derrotará, en buena lid..., pero derrotará siempre a un sabio ciego y loco, el único sacerdote del culto a Diana.

David lamentó profundamente la muerte del profesor. El viejo, antes de morir, en aquella última clase, predijo su propio fin. Las reglas habían cambiado, nunca podría jubilarse, Maeterlinck lucharía hasta el último momento de su vida. Ya Eneas, en su ritual fúnebre, fue llevado ante el espejo de Diana, lo dice la leyenda, tomando con facilidad la rama de muérdago.

Se sentó junto a la cama, en silencio, mientras el rostro del viejo profesor parecía tomar forma. Despacio, la recordó también a ella, sobre la cama de una habitación de hotel, en Munich. La contempló toda la noche, en una arruga que acariciaba su piel, joven.

-La diosa toma diferentes formas y se manifiesta como joven, mujer y anciana, pero es una sola Diana.

La soñaría así, en silencio. Nunca más podría dormir, ya siempre estaría dormido. Aún dormía, tal vez lo imaginó, quizá se mentía, como siempre. Ella le sonrió, despacio, Proserpina, Hera o Artemisia.

La carta narraba la muerte de sus padres, David no pudo sentir lástima. Tendría que regresar.

### III

El telegrama era sucinto: sus padres habían muerto hacía ya un mes. Tendría que acudir a ocuparse de sus cosas y de su hacienda. En la misma, se recomendaba a un hombre para que se hiciese cargo, si así lo deseaba, de la venta de la casa. No esperaba ya nada, nunca lo esperó desde el día en el que dejó el pueblo, ante la inquisidora mirada de los habitantes.

Todo había cambiado, desde aquel mismo instante en el que, ya despierto, observó con calma la habitación. La sentiría, una vez más, su canto quebrado, las melodías que, inconsciente, tarareaba antes de dormir. Poseía una enorme memoria para las armonías y las estructuras musicales, que a veces alteraba casi sin darse cuenta. De no haber tenido dinero, tal vez lo hubiese conseguido. Emma siempre tarareaba. Despacio, llamó a recepción y pidió la cuenta del hotel y una reserva.

Cuando llegó el botones, todo estaba listo. En realidad,

estaba listo hace siete años cuando, una tarde, de improviso, supo que nunca sabría nada de ellos, jamás.

Tomó un par de mudas y las introdujo en la maleta; un cepillo de dientes, varios conjuntos de calcetines y varios pares de zapatos. La última parte era realmente importante. Lo justo para permanecer la semana que, había calculado, le llevaría solucionar los asuntos relacionados con la muerte de sus padres. Habían sido unas buenas personas o, al menos, eso creía recordar cuando, hacía años, marchó.

Había llegado al aeropuerto sobre las nueve de la mañana, fiel al puntual espíritu alemán (algunos españoles, a veces con mala fe, otras con envidia, se referían a ellos como «cuadriculados»). Esperaba un gran ajetreo, fuertes medidas de seguridad. Todo transcurrió sin apenas dilaciones, plácido.

Tras el accidente, no volvió a saber nunca más de ellos, ni siquiera Emma se atrevió a preguntarle, sin duda creyendo que ambos habían muerto, ¿por qué deshacer el engaño? Cualquier pregunta por su parte hubiese sido incómoda, y no quería relatar las circunstancias que le obligaron a dejar la comarca.

Miró a través de la ventanilla del avión. Parecía pequeño, y las turbulencias se notaban sobremanera. Estaba, sin duda, otra vez en España.

-¿Desea beber algo? -aún recordaba el idioma, ya

acostumbrado a pensar en una mezcla de inglés, alemán e italiano latinizado.

Hizo un gesto negativo, para tomar al fin la maleta. Prefirió esperar un segundo antes de acudir a ver a su chófer, aún. Una copa de brandy aligeraría el camino. Tal vez, ahora, podría dormir. Se mintió, como siempre.

Mientras divisaba las montañas, a lo lejos, le invadió una extraña sensación de paz, como si, por fin, el mundo tuviese un orden. Recordó los violines del concierto, las dos melodías, aquella especie de marcha bélica fúnebre, fuerte, casi beethoviana. Ya casi le había olvidado, Cristóbal, al fin se atrevía a recordar su rostro, entre sus manos, sólo una palabra sin pronunciar en una carta leve.

Despertó, quizá. Respiró un aire nuevo, despacio, despacio...

Las gentes se apelotonaban a la espera de sus equipajes. Parecían ansiosos por visitar el país. La mayoría, extranjeros ingleses, algún que otro alemán y una familia americana (éstos era fácilmente distinguibles debido al aspecto inocente que esgrimían). Estaba, de nuevo, en España.

Cuando salió, él estaba esperando, con un cartel con su nombre escrito, como si se tratase de un extranjero. Los alemanes lo habían preparado todo con especial diligencia (lástima el mal gusto).

El camino se empinaba, a veces, en el viejo coche (no sabía el modelo, era casi legendario su desprecio por los medios de locomoción modernos). Su chófer, por llamarlo de alguna manera, lucía un aspecto rudo y no articuló palabra en todo el trayecto.

Tendría que dormir.

A veces, se despertaba, en el futuro. Había un lapso de tiempo que no había vivido pero que, sin embargo, creía poder recordar. Suponía David que eran las consecuencias directas de la falta de sueño, de un insomnio buscado. Comenzó aquella misma mañana, cuando regresó al trabajo. Los miembros del equipo, con una sola mirada, lo supieron, ya nunca volvió a ser lo mismo con ellos.

-Una pausa innecesaria -diría Emma.

## IV

Entró, despacio. El pueblo estaría como siempre, casi había olvidado su nombre, hacía ya demasiado tiempo desde la última vez.

Lo recordaba extraño, tras un velo ajeno, ¿lo habría olvidado?

La montaña, allá a lo lejos, tan cerca, parecía querer huir. A David le resultaba extraña aquella sensación, esa tan

común relación entre viento y tierra que se reflejaba constante sobre la ladera. Recordaba el paraje, los largos paseos, cuando, aún precoz, ascendía sin conseguirlo cada roca, todo un desafío. Esperó un momento para tratar de recuperar la sensación, el momento en el que, despacio, Cristóbal se escapaba de entre sus manos, despacio. Como un instante congelado, pareció sentirlo, una extraña fuerza que, lentamente, se llevaba al que fue su amigo durante tantos años. No pasaba un día sin que le tuviese presente, como un fantasma que vela los sueños. Casi podía imaginarlo, sin cerrar los ojos, mientras el viento azotaba su cabellera, aún tupida.

Veinte años después de su marcha, en aquel 6 de enero de 1986, David regresaría al lugar que le vio nacer, un pequeño pueblo que prefería olvidar, en un país al que juró jamás regresar. Había mentido, como siempre.

En sus continuos devaneos por Europa, David había conocido a la que sería su pareja, Emma, una inglesa que parecía querer huir del tópico de la nacionalidad. Suponían, reían: aquel hecho indigno les había unido; bromeaban sobre ello. Al igual que Cristóbal, Emma parecía recorrer ajena los boulevares y las plazas, pisar despacio.

Había sido un largo camino. El coche que le trajo hasta el lugar no podía continuar: un terreno demasiado

accidentado. No le molestaba caminar, y aún quedaba tiempo. Todavía restaban, según sus cálculos, unos siete kilómetros para llegar a la casa. Tenía todo el día por delante, no había de qué preocuparse.

Doce de la mañana. Un extraño silencio, distinto.

De niño ascendía aquellas mismas laderas y, desde lo alto, contemplaba el desfiladero. No tenían miedo a nada, cuidarían el uno del otro, se decían inconscientes. Sí, con el tiempo aprendió a vivir con ello, a mentir a David, infante aún..., mientras se aferraba a las manos de Cristóbal. No lo olvidaría, cuando finalmente le dejó escapar para verlo por fin caer.

-No podías salvarlo, se te escapó de entre las manos -se decía, se repetía, siempre mentiroso.

Aún hoy, Cristóbal se agarraba a su mano, podía ver sus ojos rasgados y asustados, sus uñas desprendidas mientras, en el descenso, trataba de aferrarse a las rocas. Éstas resbalaban entre sus dedos, aún finos, Cristóbal se precipitaba, ante la mirada de su amigo que, incapaz, contemplaba la escena, ya desde abajo, ya lejano.

Desde la marcha de Emma, aquella sensación de desasosiego, de estar terriblemente solo, de haberlo estado siempre..., no había abandonado a David. La recordaba mientras, a la vez, trataba inútilmente de olvidarla. Volvía

despierto a París y Amsterdam, Londres y Berlín. Solía hablar de ella misma, con aquel acento de ninguna parte, como un alma libre. Nunca la creyó, justo hasta aquella mañana en la que, mientras caían las horas, el hotel se fue llenando de recuerdos. La limpiadora hacía su trabajo, algo más que sábanas sucias.

«Una semana», se dijo. La región en la que había crecido, aquel Maestrazgo que ahora le parecía ajeno, casi amenazador, se caracterizaba por desniveles y bancos de caliza. Tras la muerte de Cristóbal había abandonado el riesgo, la aventura, la vida de adolescente alocado. Se sumergió en los libros y sin demasiado esfuerzo terminó sus estudios de Historia en Alemania. Más tarde, en Italia, fue contratado por una empresa que dependía de la financiación del gobierno inglés y aportaciones privadas. Aquí apareció Emma. Su padre había donado una cantidad importante de fondos a la entidad y, necesitaba una persona de confianza que los controlase en su nombre: Emma, con su aspecto más italiano que inglés, con sus andares tan torpes como despreocupados, mucho más libre, inteligente y apasionada.

Habían formado un grupo heterogéneo de investigación, se suponía arqueológica. Su especialidad en Geografía le había permitido una cierta distancia para con sus compañeros. Estaba Emma y estaba también un

arqueólogo obeso y cejijunto más preocupado por las dietas que por otros hallazgos. Estaban también dos «expertos» en lenguas muertas que parecían temblar cada vez que alguien tenía una duda sobre el griego clásico. Emma hacía su trabajo a las mil maravillas (los donativos se sucedieron uno tras otro para contentar a la buena hija, ). Cualquier miembro del equipo podía pedir lo que quisiera. Si no había fondos, ella lo conseguiría. Se había criado como un pájaro, libre, sin la creciente preocupación por la ruina.

Fue en Roma, en un hotel de paso. Nunca olvidaría su nombre: El Dolce Fare Niente. Le miró una noche, no es que tuviera demasiado donde elegir. No hubo disimulos.

-No la pierdas, David. Bien sabes que nuestro proyecto, ahora, depende enteramente de ti.

David tuvo entonces la nada terrible misión de cuidar de una chiquilla tan poco caprichosa como adelantada. Su mente funcionaba más rápido que la de todos aquellos expertos, no había nada que la detuviera, y parecía mostrar mayor capacidad para las lenguas antiguas que todos ellos, mayor entusiasmo para la arqueología y mayor intuición para la geología. La situación derivó rápidamente en un matriarcado tácito. Nadie se quejó jamás, el equipo tenía dinero a espaldas y una preciosa benefactora complaciente con todos, sobre todo con David. Nunca pidió nada hasta

aquella mañana en un hotel de Munich.

-No te vayas -le dijo.

Deseó que volviera: no tenía número, ni alma.

La tranquilidad reinaba, casi se podían escuchar las aguas fluir, respirar, entre las colinas y el cielo. Más de una vez recordó las carpetovetónicas explicaciones de Maeterlinck sobre las capas tectónicas y la formación de las elevaciones de terreno, sobre la diosa Diana que, según él, aún velaba aquellas cavernas. Las rocas provenían de la capa turonense, formadas durante la edad mesozoica. Era el tema que más le había seducido cuando llegó a la facultad, tan poco proclive a sueños académicos. Pensaba en el tiempo transcurrido, apenas un segundo para la montaña, su segundo más trágico. Todos aquellos seres que creían poseer el terreno no eran más que insectos que la arañaban, que trataban de imponerse sin éxito al avance de la naturaleza.

Amaba aquella región, podía reconocerlo. Mientras recorría las alargadas carreteras alemanas y sus planicies no podía dejar de pensar en su pueblo, habría querido olvidar su nombre.

David quería observar el castillo, recordarlo. Antaño residencia señorial de algún señor feudal, la construcción databa del S. XIV, aunque sucesivas remodelaciones

habían dado en una especie de híbrido entre fortaleza e iglesia sin demasiado sentido. Sí, Emma lo había dicho una vez, abriendo una hoja del libro al azar, mientras David reía a carcajadas.

-Me gustaría visitar... ¡este castillo! -exclamó sin torcer el gesto.

-Ese lugar que tan al azar pareces haber elegido... Es el lugar donde nací.

Ella ya lo sabía. Sonrió.

Rieron toda la noche, se abrazaron, fumaron y bebieron cerveza y vino y champagne y volvieron juntos al hotel de Munich. Cuando David despertó, Emma había desaparecido, sin dejar una nota tras de sí. En su fuero interno mantenía la esperanza, en un juego tácito de amantes. Tal vez, dos años después de aquella noche muniquesa, ella aún estaba allí, esperándole en una casa, recogida, ya confundida con las montañas.

David aún recodaba la casa. Cuando recibió la noticia, no sintió nada, como el extranjero de Camus. Esperó un momento, tal vez así... No, era estúpido pensarlo, la emoción nunca llegaría. ¿Qué tenía que ver el David que tenía ante el espejo con aquél que un día anunció su marcha? Sólo el reflejo, esa sombra que permanece, inmutable como la montaña que ahora parecía querer susurrarle una historia por escribir. No les echaría de

menos, pero sí a la tierra, a Cristóbal, al silencio que reinaba en toda la comarca.

Cerro y mitos silbaban, despacio.

## V

Un cartel, reluciente, anunciaba a los turistas la proximidad de la localidad. Antes de llegar, se podía ver, desde mucho antes, la casa que un día moró su amigo Cristóbal, cercana al castillo. Por primera vez en mucho tiempo, pudo respirar libremente.

Cuando se contemplaba por vez primera el castillo, el viajero se sentía cerca, acompañado de aquella sensación familiar, muerta. Recordaba las leyendas de brujas y hechiceros, de seres endemoniados y exorcismos para turistas. Siempre se rieron de todo ello, no sin cierta vergüenza mezclada con respeto. Ninguno había dejado de creer del todo, envueltos en superstición y mito, pero también en formas del entendimiento que, de alguna manera, escapaban a una explicación coherente. Es en ese momento, dicen los ancianos, cuando surgen las sombras.

Maeterlinck siempre lo diría, ante un auditorio de aburridos estudiantes

-Los mitos surgen de las formas más antiguas y se transforman con el tiempo, pero siempre existen en la imaginación popular, así como dejan un inconfundible rastro

en la literatura e, incluso, en la filosofía de las generaciones.

Cuando recordaba a su madre, no podía dejar de sentir cierta lástima, colgada de un viejo rosario, rezando y pidiendo por el alma de su hijo pecador. En silencio, ya sin quererlo, se sonreía. Tampoco ella pudo perdonarle, como nadie en el pueblo quiso hacerlo. Fue la mejor opción, su única salida. Hace veinte años, con dos maletas casi vacías, abandonó la aldea, a sus gentes, a sus padres. Ahora que ya podía divisar, a lo lejos, el castillo, pudo reconocerlo. David se volvió a mentir: sólo una anécdota en un hotel de Munich consiguió hacerle regresar. Sostenía la carta en su bolsillo, el único documento que aún le unía con aquellas gentes. Emma nada tenía que ver con su tierra, ni con ninguna otra. No pertenecía a ningún lugar en concreto.

Cuando, a lo lejos, divisó la vieja casa, supo que algo había cambiado. No era el mismo David que, cada tarde, acudía a buscar a su amigo. Juntos recorrerían las montañas y escucharían el viento, sin quererlo, en aquella juventud despreocupada. Ahora recordaba las aguas silbando y las montañas, de algún modo las podía escuchar, años atrás. Allí seguía, sí..., con más años y muchos recuerdos, pero vacía, podía sentirla, con la piedra muerta, entre retazos de musgo, tiempo. Se sentó unos minutos y decidió descansar, a lo lejos. No parecía haber nadie en la casa, que tenía las ventanas abiertas.

Tal vez le mirase, a través de los cristales, después de tantos años. Como dicen los viejos, el alma permanece para siempre en el lugar en el que fue feliz.

Quizá, despertó de nuevo.

El sol es abrasador. Aquellas regiones tan interiores y abruptas se caracterizan por las temperaturas extremas. Dicen que, cuando el viento silba, es la misma montaña la que habla, sus brujas y sus tan abundantes leyendas. Había tratado de olvidar los cientos de historias, contadas despreocupadamente entre las risas de los asistentes.

Le gustaba aquella que hablaba de las tres brujas que pronosticaban una posesión. Los lugareños lo habían hecho durante siglos para entretenér a los forasteros, que parecían buscar en aquellos lugares un encuentro con sus miedos más irracionales. Para aquéllos que pasean diariamente por esos parajes, las leyendas no son más que eso: cuentos para los turistas. Ni uno solo de los habitantes del pueblo podría creer aquella sarta de estupideces sobre brujas que despeñan recién nacidos. Antiguamente se achacaba ciertos sucesos a la intervención de seres extraordinarios. ¿Tendríamos que seguir creyendo en ello? Quizá, y es que a veces la realidad es aún más cruel.

Pensó en Cristóbal y en Emma, pero también pensó en sus padres. El día que dejó el pueblo, su madre

simplemente se giró, sin mirarle: David ya no pertenecía a aquel lugar, desde entonces ya no era hijo suyo. Lo dejó de ser cuando soltó la mano de Cristóbal, consciente, todos en el pueblo lo sabían. No le soportaba, con sus torpes andares y su voz ronca. Sin embargo, algo había cambiado también para ella, demasiado anclada en las costumbres del pueblo. Lo había pensado tantas y tantas veces.., nada podía recriminarla. Imbuida de tradición, nunca podría perdonar a su único hijo.

El viento silbaba, «cantaba la montaña», como solían decir los ancianos. Su antiguo profesor hubiese disfrutado con aquel paraje, cerrado en sí mismo, susurrante como sus gentes, de mirada lejana, cercana, sencilla, sincera. Sí, amaba todas aquellas montañas, la sensación de soledad y desasosiego, la extraña paz del que nada tiene que esperar, que sentir, porque todo lo ha sentido ya, extrañamente conectado con los siglos y la tierra. Lo recordó, en una habitación de Munich, solo.

Silencio.

Cuando despertó, ya anochecía. No se sentía pesado, ni con el sopor posterior al sueño. Tomó la maleta y, mecánicamente, emprendió el camino, despacio, entre los valles y el sonido del vado cadencioso. Conocía el trayecto de memoria.

En las noches, se puede escuchar el crepitar del pueblo desde lo lejos, el olor a leña quemada y frío. Si se presta atención, la montaña nos cuenta su historia, que habla de piedras y movimientos, de gentes y guerras. El pueblo, según decían, era uno de los más antiguos de la comarca. Fundado por los cartagineses, había vivido tiempos de mayor gloria, incluso se habían librado algunas gloriosas batallas (el castillo había sufrido las consecuencias de las contiendas). Cuando la necesidad de tales fortificaciones comenzó a descender, no quedó rastro de lo que en un tiempo fue un pueblo de mercaderes, lugar de peregrinos y mercancías, moderno y próspero. Las almenas derruidas hablaban de mejores momentos. David sonrió.

Avanzó. A través de las ventanas cerradas podía escuchar a las gentes que susurraban. ¿Qué importaba? Ya no parecía el tímido David que había dejado aquellas tierras. Ahora era todo un hombre de mundo, de gafas finas y sus gestos estilizados. Ellos no le reconocerían, habían ya transcurrido demasiados años, Emma, Roma, Berlín, Munich, Emma. Esperó y se ajustó los anteojos. Sólo restaban unos metros para llegar a la casa que un día fue su hogar, al fondo.

Allí estaba el banco, como siempre, en la calle principal. De pequeño, solía mirar desde el exterior, esperando que su padre llegase de tomar un trago. La taberna estaba a

apenas cien metros. Jamás llegó tambaleándose ni en mal estado como otros hombres del pueblo. Recordaba perfectamente el día de su marcha. Le miró a los ojos, todo sobraba: Ve, descubre el mundo, nada queda ya aquí para ti.

Silencio.

Recordaba aquellas últimas palabras que jamás pronunció, que le hubiese gustado escuchar, en su gesto fruncido, amigable.

Todo estaba demasiado tranquilo, como si el pueblo entero le esperase. La ventana se cerró, despacio, cuando apenas habían transcurrido unos segundos desde que se había sentado en el banco de enfrente de su casa. Antes de volverse, pudo escuchar aquel tono familiar, ronco.

-Has vuelto -dijo una voz-. Te esperábamos. Ella también ha llegado.

## VI

Al fondo, se podían escuchar compases sordos, sin pausa.

Jorge López era el padre de Cristóbal. La tarde de la tragedia corrió y abrazó el cadáver de su hijo, aún caliente. Le vio cuando marchaba, con las maletas en la mano. Abrazaba a su esposa que, blanquecina y sin lágrimas,

parecía haber perdido el sentido. Le miró alegre y sincero, como se mira al viejo amigo. Su rostro parecía no haber perdido la juventud y la sonrisa.

-Vamos, trae acá eso -dijo Jorge mientras tomaba la maleta de David-. La casa de tus padres es una pocilga, te alojarás con nosotros.

Jorge condujo a David hasta su morada, camino de regreso. Las sombras que parecían haberla cubierto en un primer momento desaparecieron, tornándose luz y fuego paternal.

-Ella llegó hace dos días, para la fiesta. Cuando la vi, me dije: «Al chico le ha ido bien, mira qué ojos más bonitos tiene». Todo el pueblo se alegró mucho cuando conocimos la noticia de tu vuelta, David.

-¿Dónde están?

-¡Pues en el castillo, David! Parece mentira que no te acuerdes, hoy es día de fiesta, todo el pueblo acude a la montaña para... ¡Ya lo he olvidado! Una de tantas historias, David, mi mujer las conoce mejor que yo... Entre tú y yo, me parece todo una sarta de tonterías, pero se come y se bebe como ningún otro día en el año.

Se podía escuchar a lo lejos a las gentes, el crepitar del fuego y los gritos infantiles que formaban el inconfundible tumulto. Lo recordaba, ahogado.

Jorge rebuscaba en un viejo arcón. En su mano pendía

una máscara bastante elegante (tipo veneciana) que contrastaba con la sobriedad del mobiliario. Era casi totalmente blanca, apenas un adorno de plumas en la parte izquierda, un toque de pintura imitando el lápiz de labios y las mejillas rasgadas, simétricas.

-Por lo demás, puedes ir como quieras, no tiene demasiada importancia. Vamos David, ella te espera.

Mientras ascendía por entre las rocas filosas, no podía dejar de pensar en ella y en sus ojos, tan pequeños, tan ingleses..., en sus formas y en su olor, en su tacto. Hacía tanto tiempo de aquéllo que casi lo había olvidado. Dos años habían pasado ya, ¿qué sería de su vida? ¿Le habría esperado todo este tiempo? No, claro que no, todo había sido propiciado por la casualidad y el desatino, tal vez por esas combinaciones que, sin llegar a ser fruto del azar, vuelven y desvelan el camino por andar. Llamémoslo «suerte».

Se acercaban, despacio. Parecía que no hubiesen transcurrido los años por Jorge, que ascendía a grandes zancadas las estiradas rocas. De vez en cuando, y como si se tratase de una prueba de virilidad, Jorge miraba hacia atrás y se compadecía del joven de la ciudad, del que años atrás había dejado el pueblo, de aquél que había dejado caer a su hijo para que muriese despeñado.

-Hace algunos meses estuve en la ciudad -dijo Jorge, que le daba un minuto para reponerse a David-. Sólo había que mirarles un segundo para darse cuenta de que toda aquella gente estaba desfallecida. Mírate, chico..., apenas tienes treinta y algo y pareces mayor que yo... Será el aire o la montaña, o el río o el maldito pozo de agua, que vendrá envenenada. Supongo que todo ello nos hizo fuertes, David, salvajes como para soportar un invierno aislados, como para... ¡Bueno, hemos de seguir, amigo mío! ¡Adelante!

El castillo esgrimía sus fauces, allá a lo lejos. Ahora, al fin, comenzaba a recordar las fiestas a las que solía acudir de niño. Todo un misterio, velado por tiempo, crestas de tierra y leyendas. Era «cosa de mayores».

-Mira -diría Cristóbal, hacía tiempo. Abrió aquel mismo arcón y extrajo la careta de Jorge, su padre.- Con esto se disfrazan.

Aquella misma máscara que, ahora, sostenía en sus manos.

-Has faltado a tu iniciación, David, pero no importa, tampoco es gran cosa, ya sabes... Las típicas leyendas locales, una tradición sin sentido que se conserva pero... Siempre es divertido respetar las viejas costumbres.

Cuando estaban a punto de llegar a la antigua fortaleza, se cruzaron con unos niños, que emprendían el camino de

regreso, como el mismo David lo haría años atrás. Ahora lo recordaba, de nuevo: los infantes tenían que volver pronto. Se podía ver el fuego hasta bien entrada la mañana, en la que los padres regresaban a casa, todos ellos. A veces, los chicos miraban desde lo lejos: fuego, sombras y espejos sobre el castillo.

-Dentro de pocos años -diría Cristóbal-, estaremos allí, entre los adultos, y podremos participar de los rituales y fumar con ellos, emborracharnos como dos hombres de verdad... Sólo quedan unos años.

Ante su padre, David no podía dejar de pensar en Cristóbal. Ojalá estuviese con ellos, con David, en aquella noche clara de luna llena.

-Estamos a punto de llegar -dijo Jorge-. Vamos, ponte la máscara. Nadie puede verse durante la fiesta.

Se podían ver las antorchas sobre algunos capiteles y a las gentes desperdigadas, aún tranquilas, dispuestas caóticamente a través de todo el castillo y sus inmediaciones. La máscara de Jorge no tenía adorno alguno, como la del resto de participantes en tan extraño ritual.

-Toma la antorcha y haz lo que el resto. Vamos David... ¡Que no se diga! ¡Naciste en esta tierra y de estas montañas bebiste el mismo viento que nosotros! Hay cosas que no se olvidan.

Jorge dio una palmada en la espalda a David. En Alemania, ya nadie se tocaba. Tomó la antorcha y esperó, embutido en su máscara de adornos venecianos. ¿Dónde estaría ella?

Se acercaron al fuego. Trató de disimular, perdiéndose entre la multitud. Nadie hablaba ya, nadie sabía bien quién era. Al unísono, se acercaron y se colocaron en torno a una gran hoguera dispuesta en el centro de las ruinas del castillo. Una de ellas, de largos cabellos grises, habló.

-Por este fuego rememoramos los muertos y el tiempo. Por este fuego hablamos con la montaña y los valles, los ríos y los seres que, desde siempre, han existido y hablado con estas tierras. Es hora de recordar las leyendas, a las tres brujas que un día perecieron bajo estas llamas y que, con este fuego, recordamos..., para nunca más volver a nombrar.

Todos acercaron las antorchas y prendieron la hoguera central. David miró un momento alrededor, le había perdido, lástima no haberse fijado en sus ropas, con lo que podría distinguirlo del resto. El fuego ardió despacio, mientras aquella especie de hechicera se retiraba. Los asistentes dejaron las antorchas y se dirigieron, con especial alegría, a las mesas dispuestas en un extremo. Tomaron vasos y bebieron de unas botellas verdosas, sin marca conocida. Alguien le ofreció un vaso, sobre el tumulto.

-Es la mejor noche del año. ¡Has elegido un buen momento para regresar, amigo!

Bebieron, casi al unísono. Todos le reconocían, bajo aquella piel ajena de porcelana. Los más adelantados ya habían tomado varias medidas de aquel brebaje amargo. Recordó la absenta que una vez trató de probar, quizá se tratase de un derivado local o de una especie de destilado de grano. Las gentes lo bebían como agua, un trago tras otro y algunos arrojaban los vasos a la hoguera, que parecía responderles con su rugido. La hechicera bebía, también, alejada de la multitud.

Podía, sin quererlo, reconocer las facciones bajo las máscaras: allí estaban sus compañeros de colegio, la maestra y el tabernero, Jorge y dos rostros ancianos, desdibujados en el anonimato. Bajo el calor ficticio de la hoguera, sólo elevaban ligeramente sus máscaras para beber y dar un par de caladas a los cigarrillos, escasos debido a la incomodidad.

David tomó otro vaso del brebaje. Había alegría jactanciosa en el ambiente, que parecía tomar cada vez tintes más extraños, mezcla de fuego, agua, viento y tierra. Y es que, como decía su profesor de mitología, fueron los griegos los que dieron la cosmogonía verdadera del mundo, el resto de los siglos ha sido una variación de los postulados helénicos. Miraba así y veía a sátiros que afanaban presas y

ninfas seductoras, observaba las lamias y los espíritus, bajo el candor del abrasador fuego, espeso.

David se sentó un momento más, esperándola, ella bien sabría reconocerle.

Podía entender, en parte, las viejas historias de leyendas medievales, en las que ninfas seducían a viajeros y lugareños. Las vería danzar, incitadoras, con las máscaras que prometían más que velaban. Sí, todo aquello parecía una nueva reunión convocada por Zeus. Bailaban, se arremolinaban y reían, bajo el sereno velo de los labios rectos, ocultos..., prometían placeres. David aún la aguardaba, entre aquel enjambre de bocas selladas, quebradas y frías.

-La palabra alemana para designar a la ninfa era knospe, y en latín nubere -diría el siempre escasamente afable Maeterlinck-. Las ninfas eran deidades femeninas inferiores y habitaban en arboledas, en valles y cerros, en cañadas y grutas. Velaban el sueño de los mortales y vigilaban así su destino, inasibles. A veces, a las ninfas que habitan una montaña se las nombra por el mismo nombre.

Si se observaba con atención, había pequeñas diferencias en las máscaras, mínimas: había tres mujeres que llevaban una especie de marca en la parte superior, mientras que la hechicera (que parecía representar a la sacerdotisa) llevaba una pluma colgada del pelo. David los miró un segundo

más, mientras éstos no parecían percatarse de su presencia. Se engañó, una vez más.

-¿Qué tal va todo? -dijo una voz desconocida que le alargó un vaso de brebaje.

-Extraño, extraño -dijo sonriente, tardó en darse cuenta que su gesto de amistad no podía ser apreciado por el otro conferenciante.

-No te asustes, David. Sólo es una larga tradición para ahuyentar brujas... Ya sabes, leyendas para viejas. La verdad es que no creo ni una sola palabra, pero se bebe como nunca, y no importa lo borracho que termines, siempre habrá alguien a tu lado en peor estado que tú. ¡Vamos, bebamos!

Brindaron, una vez más. David sentía su cabeza tambalearse de un lugar a otro del castillo, que le observaba. Curiosa forma de perecer, bajo las formas estiradas de una hoguera, recordando tiempos de superstición y mito, aún presentes en determinadas geografías.

-Todas ellas tienen una función específica dentro de la fiesta. Eres un viejo amigo, David, mereces saberlo, te marchaste hace demasiado tiempo para poder recordarlo, mucho antes de que pudieras participar... Todo ha de mantener un orden, David, y este pueblo es el guardián de la montaña.

El desconocido pareció guiñarle el ojo, a través de la máscara.

-Siempre ha habido treinta y dos mujeres en el pueblo, el número no varía a través de los siglos, ni una más ni una menos, treinta y dos ha de ser el número. Al menos, eso dicen los supersticiosos. Cuando alguna muere, otra ha de llegar, siempre ha sido así.

David se giró y dio la espalda al desconocido. No quería ofenderle (a pesar de que la idea le parecía claramente ridícula), el brebaje le había sentado mal.

-¿Qué diantres estamos tomando? -preguntó David.

-No te hará daño. Se destila de algunas plantas locales. No tienen nombre, sólo la hechicera sabe realmente cuáles son, y sólo se toma esta bazofía hoy, está prohibido el resto de los días... rituales mágicos y demás. No, David, yo tampoco creo en ello, pero son cosas que hay que respetar... Es como el carnaval, un día en el que todo está permitido, en el que hasta los niños pueden beber un poco de vino. Aquí es un poco diferente, pero sigue siendo lo mismo. Tenemos nuestras tres brujas y recuerdos, nuestro castillo y nuestras montañas. Es probable que todo esto te parezca extraño, supongo que a mí también me lo parecería pero... ¡Aquí estamos, amigo mío, viejo amigo mío!

-¿Quién eres? -el desconocido se giró, contrariado.

-Nada de nombres, amigo. Todos te conocemos, porque

eres el nuevo, no tiene importancia que sepamos tu nombre, pero tú no debes conocer el nuestro, es parte de la iniciación, ¿recuerdas?

David recordaba las historias que los niños escuchaban cuchichear a los viejos. Era una manera como otra cualquiera de divertirse. Por un día, los niños regresaban responsables a sus casas mientras los adultos festejaban hasta que despuntaba el sol. Ahora, al fin, años después, David se encontraba entre los adultos, buscando a una mujer entre máscaras iguales, perdido, borracho, quizá drogado.

-No debes hablar con las mujeres, es muy importante esto. Ellas te hablarán si quieren algo. No, bajo ningún concepto las hables. Ya sabes, hoy está todo cambiado, amigo mío. Mira, ¡ya llegan!

Al fondo se vislumbraron unos hombres que portaban un gran asado, un cochinillo o algo similar (aunque mucho más grande). Hubo un regocijo general mezclado con vítores y algunos aplausos, tímidos.

-¡Es hora de comer! ¡Vamos!

El desconocido corrió hacia el asado, que repartían algunos hombres. Las mujeres permanecieron apartadas, quietas. Veinte años después, David había vuelto a recordar España, su tierra, labriegos y superstición, guerras y alegría, tristeza y fuerza, tierra de reyes y dioses pero,

sobre todo, tierra de hombres y margas, rojo sangre. Las mujeres que saltaban eran las mismas que un día se sentaron a la mesa de Zeus. Ahora el tiempo era diferente, y no era Artemisia junto a Hermes, eran mujeres de aspecto recio, más fuertes que sus antecesoras. De alguna manera, ellas también recordaban.

Creyó verla, por un segundo, embutida en una túnica blanca, como si fuera una sacerdotisa. Esperaría. Le miró un momento rezagado, no podría dejarla escapar..., sólo había treinta y dos mujeres, un número escaso para dejarla ir. Había esperado ya dos años y, ahora, no se sentía con fuerzas para insultar a toda aquella gente que, lo recordara o no, eran su pueblo. Pronto la imagen desapareció y todo continúo, como una nube espesa que se cierne, sobre el fuego, embrujador. Cumpliría las reglas.

Aquel profesor alemán le hablaba también del fuego y de su importancia en las fiestas, que se remontaba a Celtas e Ibéricos, espejos de los hombres que ahora se abalanzaban sobre el asado. Afirmaba que el culto al fuego era en realidad una ofrenda al sol, y se recordaba en la noche junto a la luna, masculino y femenino, unidos.

La miró, de nuevo, llena. Despacio, recordaba. Esperaría.

## VII

Se acercó lentamente, como una liebre, oíslaqueándole casi, juguetona y tierna. Se sentó junto a él, sobre la dura roca. Como siempre, seguiría las reglas: las siguió en la Universidad y las siguió con la empresa, acató las normas que Emma le impuso, «no podrás retenerme»..., acató las normas de ese pueblo al que despreciaba, acató el silencio de su padre cuando, sin mover los labios lo dijo:

-No, ya no queda nada para ti en estas tierras. Busca tu camino lejos de estos cerros y aguas estancadas.

Cristóbal nunca volvería. Aquel día, David, aún un niño, contemplaba desde lo alto a su amigo..., caía despacio. El pueblo entero recordaría por eso su nombre.

Olía a brasas quemadas y la máscara estaba manchada de ceniza. Era su pelo y eran sus manos inglesas, inconfundibles. También estaban allí sus negros ojos rasgados y su tez blanquecina, la misma que un día quemó en la Toscana. Por un momento, miraron el fuego, algunos hombres aún bailaban cerca, con la sola música del crepitar de las ascuas. Tomó de la mano a David y suspiró. La escuchó de una manera nueva, recordando su primer despertar y el adiós, el castillo al azar señalado en una vieja guía de castillos de España.

Toda la región se abalanzaba ahora sobre él, con sus leyendas sin sentido y su superstición. Los veía, fieros y

humanos. Recordaba, recordaba, poco a poco.

Ella permanecía pálida, como si la máscara se fundiese en su rostro, callada. Fue un momento, antes de que desapareciese. Quiso sentirla cerca, como antaño, en aquella habitación de Munich. Se recostó sobre su pecho, abrazándole, como si la historia, aún, transcurriese en dos sentidos, esquiva. La tomó también de la mano, como si ya lo hubiese decidido, en un futuro enmascarado.

Silencio, de nuevo, entre blancas paredes.

Apenas pudo dormir aquella noche, apenas podía ya soñar, David, desde aquella habitación en Munich. Pasaron los días y volvió junto a los expertos en lenguas antiguas, junto al geólogo, volvieron a Roma y a París..., a Londres. Un simple telegrama dio con todas sus esperanzas al traste. Hacía algunos meses que sabían de su existencia. Se despidieron con una fría palmada en la espalda. Eran profesiones duras, quizás se volverían a encontrar en alguna conferencia, tal vez en algún apartado café. Harían como que no se habrían visto, en silencio, harían cómo que aquel viaje a la Toscana nunca hubiese sucedido.

David viajó sin rumbo algunos meses, los primeros de su vida alejado de los libros y el trabajo. Fue un mes sin leer un solo artículo relacionado con la historia o lugares remotos. Se levantaba a mediodía y daba un largo paseo, olvidando el nombre de los muros que le rodeaban, su

pasado y su historia. No miraba ya, en silencio... Las gentes pasaban a su lado, invisible, sin sombra. Certo día, creyó verla en un lugar, en Moscú. Embutida en un viejo gabán, sonrió, tras la máscara. Ella parecía también querer recordar, no se volvió, tampoco él la alertó. Se había ido, hasta aquella noche de brujas y encuentros de miedos y superstición.

A lo lejos, alguien la avisó, en un gesto certero. Se sobresaltó, como un conejo asustado. Bastó un segundo para que, de nuevo, se perdiera, entre las brasas llameantes y vocerío. David la vio alejarse, entre el denso reflejo de la hoguera. Fue junto a las mujeres y esperó paciente, ante las atentas miradas de los hombres, que la recorrían, mientras ellas colocaban algunas plumas sobre la máscara, tal vez para algún baile o ritual. Tenía tantas ganas de verla de nuevo, de intercambiar algunas palabras, preguntarle, simplemente, por qué.

En silencio, tomó otro trago. Lo apuró sin miedo.

Pudo verle en la distancia, casi como algo real, ya se tambaleaba.

-Te esperaba, David -dijo la figura, sin torcer el gesto, como si hablase al horizonte-, todos te esperábamos. ¿Cuánto hace?

-Mucho tiempo -respondió David, que buscaba un

banco en el que sentarse-, según dicen algunos..., veinte años ya.

-¿Pensabas que no te perdonaríamos?

-Supongo que este lugar no tenía más que ofrecerme, o que nada más quería ofrecer a este lugar... Buscaba algo más que grandes montañas y arena.

-Nadie dijo que fuese culpa tuya.

-Todos me miraron y me señalaron con un dedo invisible. Apenas era un muchacho. Ella, simplemente, se giró y esperó mi marcha.

-Te esperó, David. Podíamos verla cada día, en frente de su casa, con la entrada perfectamente barrida, con los muebles relucientes. Te esperó hasta el mismo día en el que murió.

-¿Cómo sucedió? La carta sólo hablaba de un accidente.

-Los accidentes ocurren, amigo mío, a ti también te ocurrieron, es mejor no conjeturar con ellos, deberías saberlo mejor que nadie, ¿acaso importa?

-Quizá no, ¿nos conocemos?

-No, no nos conocemos, David. En cambio, durante un tiempo, sí creímos conocernos. ¿Lo recuerdas? Veinte años, dijimos.

-Éramos unos chavales, poco más. Son ese tipo de cosas que se dicen para siempre volver a olvidar.

-Míralos, David -dijo el hombre, pequeño, con el

hombro izquierdo ligeramente encorvado-, ¿acaso crees que ellos pueden olvidar? Ya lo dijo el sabio: el olvido es el carcelero de la mente. Deja escapar pequeños retazos para que no nos volvamos locos. Nosotros tenemos pocos lujos: ninguno de ellos olvida, ninguno de nosotros te ha podido olvidar, tu espíritu aún está con nosotros.

-¿Preguntaba por mí?

-Has estado siempre aquí, David, pude verte aquel día, y pude verte cada día, vagando, ¿recuerdas?

Las palabras, a veces, suenan demasiado enigmáticas, grandilocuentes..., por el efecto del alcohol: todo aquello seguía sonando a cuento de hadas. ¿Cristóbal? ¿Sería aquello una especie de broma macabra? Tras su marcha, nunca había tenido muy buena opinión de sus antiguos vecinos, pero jamás había considerado el motivo de la venganza. Aquellas palabras sonaban a miedo encerrado, a remordimientos y cólera contenida.

-Te conozco muy bien, David, siempre te he conocido, sabía que cumplirías tu promesa, que regresarías a beber conmigo tras los veinte años.

Por un momento, recordó, por toda la vida. Estaban sobre el desfiladero, como siempre. Cristóbal jugaba en el borde, coqueteando con caerse. De vez en cuando, todos los niños le conocían, nos engañaba fingiendo algún resbalón, algún tropezón juvenil. Estaba como siempre:

infantil, seguro, fanfarrón, sano.

-¿Sabes, David? -dijo su recuerdo, dijo Cristóbal, dijo la sombra.- Dentro de veinte años volveremos a estas mismas montañas. Tú serás alguien famoso, alguien importante, con los libros que tanto te gusta leer. Te convertirás en un sabio, pero un día... Regresarás a ver a tu amigo Cristóbal, volverás y, juntos, beberemos vino y fumaremos cigarros negros, como dos tipos de pelo en pecho. ¡Promételo, David, promételo!

-Sí, Cristóbal, lo prometo -respondió David, casi sin pensarlo, demasiados años.

-Veinte años justos, David. Serán veinte años, en el castillo. Al anochecer, nos encontraremos.

David abrió de nuevo los ojos, ante la sombra de capa fina y máscara.

-Se lo prometiste a un amigo. Alguien que ha nacido bajo la sombra de la montaña no puede olvidar, no podemos permitirnos ese lujo.

-¿Qué queréis de mí?

-Nadie te hará nada, no temas. Nadie piensa ya en una venganza o humillación. La inglesa vino, fue Jorge quien la acogió, casi como a una hija, es un buen hombre. Te echó de menos.

-Más que mi propia madre.

-Sólo hizo lo que se esperaba de ella, creyó que con esa

resolución se ganaría el respeto del resto, sobre todo de las mujeres. La resolución sorprendió a todos. Que hayas querido olvidar no quiere decir que hayas olvidado. Dicen que, incluso, algunos logran recordar la cueva.

-¿La cueva?

-Es la montaña, siempre es la montaña la que nos hace recordar lo que una vez fuimos, lo que seremos para siempre. Mira, ya se dirigen las mujeres a la caverna, la prepararán.

-La disponen toda su vida para este momento, ¿no es cierto? Algo he leído, algo recuerdo de mis tiempos de estudiante. Los antiguos ritos de Diana.

-Son más antiguos, según he oído, pero ya sabes... Aquí nada se pierde, llevan siglos rindiendo culto a las antiguas deidades.

-Extraño, Cristóbal.

Por un momento, David le creyó ver sonreír, a través de la máscara que ocultaba su rostro. A lo lejos, las mujeres se preparaban y la acentaban, perfumándola y peinándola. Los hombres, despacio, tomaban un elemento: tierra algunos, agua otros, otros antorchas.

-Has cumplido tu promesa, David. Siempre supe que lo harías.

-Siempre temí este momento, cuando os encontrara, de nuevo. Había algo que me decía que no habías muerto, algo

que te había salvado de la caída, pude verte, desde abajo, mientras te precipitabas.

-Sí, también tú estabas allí. Te vi: te arrodillaste junto a mí y recogiste la sangre que manaba de mi cabeza. Estabas asustado, fue la primera vez que sentiste que no estabas solo.

-Eso dije.

-Eso dijisteis, los dos. Cuando lo comprendí, caminamos juntos por la montaña, como hace tiempo. Se nos dio el regalo de poder contemplarnos, David. Vamos, está todo preparado.

-¿Es ella?

-Siempre ha estado aquí, David, como tú y como yo, como la misma montaña que ahora nos mira. Entremos, todos podemos mirar. ¡Brindemos!

David y Cristóbal se miraron, de nuevo. Podía ver sus ojos, radiantes. Los hombres casi se empujaban para ser los primeros, para lograr un mejor lugar. Eran aquéllos del primer grupo, los espectadores, podían recordar, poco a poco, cómo se celebraban aquel tipo de rituales, su iniciación.

-Todo saldrá bien, ya ha sido preparada. Hemos tardado en encontrarla, pero fuiste tú quien finalmente la halló. Creímos que te equivocabas, David, pero nos diste una lección a todos. Ella nos eligió, entonces estuvimos

seguros.

-¿La noche del mapa?

-No nos engañaremos, fue una desilusión en un primer momento, pero pronto todo cambió. Fue ella quien vino a nosotros. Al principio, no encontrábamos su sombra. Ya sabes, cuesta encontrar a algunas, sobre todo cuando no se ha convivido con ellas, cuando no forman parte del eco de la montaña.

Llegaron. Allí estaba ella, ataviada como un pájaro enroscado, con una máscara bien diferente, esta vez sin abertura en la zona de los ojos del antifaz. Estaba radiante, tras la túnica blanca de las sacerdotisas del culto. No podría mirar.

-Sólo una es la elegida, y así siempre se ha hecho, de generación en generación.

-Para engendrar a la próxima sacerdotisa, eso dicen los cuentos.

-Es preciosa, David. ¿Cómo la encontraste?

-Sólo -dijo David balbuceante-. Sólo tuve que seguir su sombra.

No pudo verlo. Ella, tras la niebla, tal vez sonrió.

David esperó en el exterior, ebrio. Al fondo, unos hombres se ataviaban con máscaras representando formas de animales. Conocía los ritos, sí, mantenidos desde ya la

época mesopotámica, perdidos tras las guerras de los siglos. Dicen que, entre el años seis mil y tres mil antes de Jesucristo, tenía lugar un culto a la mujer, a la diosa (Naturaleza llamaban algunos). Maeterlinck la llamaba la Diosa Blanca, otros la nombran como Proserpina, Diana o Hera.

-Mira, David, ya despiertan las sombras.

Despacio, la montaña dejó escapar su rugido, despacio, desde siglos para los hombres. Acompañó el lamento también las aguas del río, y el viento abrazó la montaña, despacio, mientras el fuego reavivó, aún con más ahínco si cabe, su canción quebrada. Así llamaron los elementos a las sombras que, resplandecientes, ya despertaban. El río tomó un color añil, pudo verlo sin cerrar los ojos, y así surgieron las primeras gotas que se desprendieron del agua. Silbó la montaña, lenguaje de signos y vientos, así desplazó el agua y, en su camino, se fue llenando de tierra roja, cada vez más grande. Tomó la tierra forma sin apariencia, y se formaron grandes agrupaciones que, despacio, desaparecieron, sombras, volviendo a la tierra, fuego roto.

Desde el interior de la caverna, los hombres cantaban, coro de la montaña.

Ahora lo comprendía, extraño. Desde el fondo, surgieron las sombras, todas ellas. Había una sombra para cada hombre y una sombra para cada mujer. Corrieron,

extrañas, sin gritos ni tensión, también al interior de la cueva, mientras el fuego alumbraba con sus cenizas los reflejos, alma plena. No, no podía mirar, intentó cerrar los ojos, siempre en vano. Conocía los rituales de apareamiento que se celebraban, de esta manera surgían los líderes y sacerdotisas. Bebían de leyendas los ciclos artúricos y los antiguos druidas, con idéntica raíz cultural. No pudo mirar, no pudo cerrar los ojos.

Del fondo surgió, también, pudo verlo, su propia sombra entre la multitud. Los buscó a todos y a todos encontró. Vio, al fin, el rostro de su padre: Has regresado, hijo. Lo volvería a decir, siempre. Se sentó, despacio, sin miedo. La multitud se acercaba, como fantasmas sin rostro que velaban las rocas, infatigables al tiempo.

Era la montaña y era el tiempo, con las ninfas que saltaban de roca en roca, ridículo sátiro griego. El río habló también, con su rostro quebrado y líquido, con su voz profunda. Hablaron peces y árboles, ramas..., hablaron con la voz profunda de la montaña, y hablaron todas las criaturas al unísono, sombras y cuerpos, mientras ella, ahora lo comprendía, Naturaleza, inglesa, griega, fenicia, cartaginesa y universal. El cielo, esbelto, calló también, mientras las sombras vestidas de animales entraban también en la cueva, mientras ardía el fuego.

David tomó arena, apenas un pequeño pedazo, la palpó

y se le escapó entre sus dedos, gran obra de la montaña. Al fin, despacio, pudo entender su sentido, ver a Atenea surgir de la cabeza de Zeus. Así formaban las sombras, iguales a los seres humanos, reflejos eternos.

Abrió los ojos una vez más y, al amparo de la montaña, pudo sentir cómo su propia sombra, cargada de siglos, eterna y fugaz, le atravesaba. Se desplomó entonces David, golpeándose con las rocas. No morirás, diría su sombra, que conocía la llave de todos los destinos y caminos.

## VIII

Despacio, la sombra entró en la cueva.

»Despiertan las sombras una vez al año. Los hombres, hechos de agua y carne, contemplan su rostro verdadero, en ésta la que ellos llaman «Noche de Sombras».

>Viven las sombras, almas verdaderas, ocultas a los ojos del mundo, sólo saliendo una vez al año, como difuntos. Sólo algunos hombres pueden contemplar su verdadero rostro, y son estos hombres los llamados sabios y adivinos.

>Todos los hombres nacen con la virtud de poder contemplar su sombra. Pronto olvidan éstos lo que por esencia les pertenece y dedican su vida a convencerse junto a los otros hombres de que nunca ellos así pudieron ver, su sombra. A veces, es el mismo individuo el que siente una extraña presencia que le toma por el hombro, que le

indica el camino. Suelen los hombres ignorar su presencia, y llaman locos a aquéllos que pueden notar la presencia. Tratan a estos seres como animales, y les dan pequeños fragmentos artificiales que evitan las que los otros, ciegos, llaman «alucinaciones». Así, el considerado loco ya no podrá jamás contemplar su alma, y vive el hombre medio hombre, ni siquiera como el resto de seres de agua y carne que no pueden mirar su sombra, no... Vive apartado y solo, considerado indigno.

>No siempre sucedió así. Hubo un tiempo en el que, gracias a diversas formas empleadas por los seres, podían los elegidos ver su sombra. El que llamaban brujo consultaba a las sombras y éstas le hablaban con su mismo lenguaje, que no siempre comprendía. Hablaban de los bosques y de los animales, de los peligros de otros hombres que no creían ya en su sombra y que, para evitar morir, construían aparatos para que otros recordasen sus nombres. Utilizaban las máquinas para destruir a otros seres, estúpidos, ya que sólo podían matar el cuerpo, pero no a su sombra, eterna. Surgía de nuevo de la sombra el aliento, y así la montaña de nuevo insuflaba vida en un nuevo cuerpo, y el hombre nacía de nuevo, aprendiendo otra vez las mismas lecciones y los mismos tiempos, que a veces parecían tan distintos, que siempre eran tan iguales.

>Hay sombras de tierra y de agua, como también las hay

de viento y fuego, ya lo decían los sabios antiguos antes de olvidar las lecciones de la tierra. Así son diferentes las vidas de los hombres, según la montaña llene de aliento la carne y su tiempo.

>Cuando un hombre vive la «Noche de Sombras» no olvida jamás el aliento de la montaña. Vive así el resto de su vida despierto pero dormido para los demás hombres, que le acusan de loco y zafio. En cada generación hay hombres que contemplan su sombra y hablan de sus reflejos a otros hombres. Tienen nombres humanos y hablan como humanos, pero caminan entre dos mundos. Los dijeron así los griegos y llamaron a las sombras Números, y ordenaron su ciencia en torno a su esencia olvidada. Gobierna el aliento de la montaña los Números, y todo el cielo bebe de su sabiduría, eterna.

>Dicen los hombres no creer en los vientos ni en el fuego, creen poder controlar la combustión y las mareas y los movimientos. Luchan las generaciones por controlar la materia, que sigue escapando, con su lento ondular, casi imperceptible para la mirada quebrada del hombre. La montaña les mira y les habla, no todos escuchan sus lamentos. Ya no celebran la «Noche de Sombras», en la que surgen las sombras y nombran su sucesor en la tierra, desde el principio de los tiempos. Nace de los elementos y nace de los hombres, por fin juntos.

Ya despierta, la sombra recordó: se llamaba David, en un tiempo, y miró desde abajo cómo su fantasma dejaba caer al que llamó su amigo, Cristóbal, sombra hermana. Le tomó, desde el otro lado, justo antes de soltarle. Quería ver cómo se sentía, a través del espejo ahora quebrado. Cristóbal se agarró a la roca, con el pie derecho, pronto ascendería, trató de aferrarse a su mano, no demasiado fuerte. Se apartó de él, mientras la montaña silbaba, ¿alguna vez podría perdonarle? Antes de caer, Cristóbal le tomó de ambas manos, los dos caerían, lo vio la sombra de David, despacio. Tenía que salvarle. Ascendió el peñasco y se situó junto a David, ajeno. Sintió un cosquilleo, la sombra le guardaba. Suéltale, caerás tú también, te queda demasiado por hacer. David sintió un cosquilleo, inclasificable..., un frío repentino le recorrió. Sin quererlo, escuchó la voz, se escuchó, quebrado. Cristóbal se agarraba, también él quería verle caer, que ambos muriesen. La sombra de Cristóbal se abrazó a él, despacio, tirando hacia el suelo, con una fuerza descomunal. La sintió, mientras sostenía con ambas manos, sujeto, a David. Suéltale, suéltale. David, ya sin fuerzas, apartó las manos de su amigo y dejó que se precipitase al vacío. Su sombra le tomaba con fuerza, tal vez evitase el final, la montaña hablaría en su nombre. Le miró, una vez más, desde lo alto y cercano al cadáver de

Cristóbal, que manaba ya sangre, al lado de su sombra, al fin juntos. Descansa, descansa.

No habría perdón, la montaña había dictado ya su sentencia.

Hablaron las sombras, al unísono, hablaron y su canto sonó claro a David, que escuchaba, cercano a su sombra.

-Levántate, David, no es aún la hora -dijo la sombra-. Cuando todo sucedió, algunos no entendieron. Ahora todos comprenden.

Algunas sombras velaban la entrada a la cueva, silenciosa.

-Todos ellos lamentaron tu marcha, todos te han pedido perdón.

-¿Dónde está ella?

-Su sombra está en el interior de la cueva. Es la elegida.

David quiso correr al interior e intentar salvarla. No pudo moverse, anclado en la tierra rojiza, al lado de su sombra. Le hablaba.

-Espera, David, no es hora aún. Es todo un honor ser la elegida, ella pertenece a estas tierras y a estos ríos, ella es parte de todo esto, aunque su cuerpo esté a demasiada distancia. La recordamos, feliz mientras te abrazaba. Pude sentir la tristeza de todos, de tu madre y de tu pueblo.

-El día que te fuiste, ya no había nadie, el día que me fui, nadie se despidió.

-Lo hicisteis. ¿Quién es la que está en la cueva, la mujer ataviada como un pájaro?

-Hay un número determinado de sombras, y nunca puede haber más. Debe haber las mismas sombras, sólo de esta manera el mundo está ordenado según el Número, según la montaña. Cuando alguien toma la decisión de permanecer eternamente en el otro mundo, entonces ya la sombra está para siempre condenada, no tiene nombre ni reflejo. Es entonces cuando la montaña llama a la sacerdotisa y se establece la necesidad de crear otra sombra, para de esta manera mantener el eterno equilibrio.

-Las sombras no tienen padre -dijeron-. La sombra es sólo hija de la montaña, y parte de los cuatro elementos.

-¿Quién es ella?

-Ella siempre ha estado aquí, ella es parte de esto, como la nueva sombra será parte de la montaña y los ríos.

-¿Cristóbal?

-Sólo algunos entendieron aquel día. Ella no se giró.

-Cristóbal yacía en el suelo, sin vida, todas las sombras se acercaron. Cuando alguien disgusta a la montaña, la sombra desaparece y permanece para siempre entre los dos mundos.

Recordaba el sonido de los tambores y la montaña, recordaba el trino y, sobre su hombro, una mano, amiga.

## IX

Desapareció, entre las nubes y las últimas brasas de la hoguera, a punto de extinguirse. Cuando despertó, David soñó con su rostro, a través de la máscara, en una cueva rodeada de espectros claros. Yacía de frente, tumbada sobre la roca, encinta. Había seres disfrazados, con cabeza de animal y cuerpo de hombre, había fuego y ella la limpiaba con agua.

El rostro, como dice la leyenda, se podía contemplar a sí mismo. Allí estaba David, en sus dos formas, mientras la tomaba, con cabeza de gato. David se miraba, sentado y tranquilo. Los hombres aún fumaban. Ella ya no sonreía, sin forma, alejada de aquella habitación de Munich de paredes pintadas de blanco.

Continúo soñando y la vio, le tomaba de la mano y juntos hacían planes que ambos sabían que no se cumplirían.

-Cuando toda la expedición termine -decía ella, ahora casi sin acento,- nos merecemos unas vacaciones.... Una temporada tranquila junto al mar..., una casa, tal vez un gato, David, ¿te gustan los gatos?

-Siempre he tenido debilidad por los gatos -Emma le miraba con cariño, quizá lo supo en ese momento: no tardaría en abandonarle.

-¿Y qué me dices de una casa en la montaña? ¡Sería maravilloso! Con su pequeño jardín... ¡Sí! -atoraba las

palabras-. Y tu gatito correrá y se acurrucará sobre mis rodillas, ¿verdad que será bonito?

-Lo será -dijo David. Ahora ya despierta, le abrazaba en la cueva de brasas y sal. La sacerdotisa les miraba, mientras los hombres, ya relajados, aún esperaban. Era la tierra roja y, vestido de felino, se lamentaba. También su sombra buscaba las palabras, también quería que se quedara junto a él. Trató de asirla, cada vez más fuerte, reteniéndola junto a él. Pudo verlo reflejado en el espejo claramente, sentirlo y tocarlo, tocarlas, despacio, en un tiempo que se quiebra, en dos direcciones.

El gato cerró sus fauces y las clavó en su espalda, ella le devolvió la mirada, esperó, un poco, para después apartarle, rápidamente, desprenderse de él. Ella se giró, sobre sí misma. Ya todo había terminado.

Habló, de nuevo, la sacerdotisa de la montaña, habló con voz ronca de tiempo. A través de los árboles podía verse un ligero resplandor, mientras la luna, aún, permanecía llena, encinta, sobre su cuerpo cansado. La taparon y la llevaron fuera.

Las sombras desaparecieron y se perdieron entre los páramos, entre los cerros y las calizas, entre la falda de la montaña y sus ríos, una vez más. Los hombres despertaban del letargo, despacio. Ya no se miraban. Sacaron a la

muchacha cubierta en sábanas, bajo un tenue manto de luz primera.

Desde un alto, Cristóbal le miraba. La llevan al bosque, al lugar donde nacen las sombras. Ahora recordaba, por fin. Descansa, descansa.

## X

Mientras se alejaba, David pudo contemplar dos sombras que le miraban fijamente, sinceras, vivas. Sin siquiera abrir los ojos pudo recordarlas, le tenían, aún bebé entre sus brazos, le acunaban en las noches de invierno, subían las montañas juntos, los tres, familia.

-Cuidado, hijo, no vayas a caerte, -le dijo tierna, cariñosa.

Pálido aún, David vio, a través de la montaña, un resplandor cálido, espeso y limpio. Desaparecieron las dos sombras para regresar al bosque. David marchaba, más allá de las montañas, de regreso.

Sin quererlo, miró en sus bolsillos. Ahí seguía la entrada para el concierto de Shübert. Tal vez, algún día, ella quisiera acompañarle, de nuevo. Volverían y se sentarían en aquellos mismos cafés de Munich, Berlín y París, harían planes sobre una bella casa al lado del mar, sobre un pequeño gato..., o tal vez nunca regresaría, ya espesa, tras la montaña cenicienta. Recordó los primeros compases del concierto, de las dos melodías que, espesas, trataban de

imponerse.

-La diosa guarda secretos para aquellos que saben mirar -dijo Maeterlinck en su última clase-. Cuando ya no esté, alguien vendrá a ocupar mi puesto como guerrero del bosque. Será alguien más joven y sabio, tal vez... ¡Rían, amigos! Será alguien que, un día y tras el eco de la montaña, contempló su sombra sobre la ladera. Habló con ella y con Afrodita, habló con los ríos y los árboles. Algun día aparecerá ese guerrero de la rama dorada, el guardián del bosque, el héroe de Virgilio y el que contempló su rostro en el espejo de Diana.

Maeterlinck dejó la clase. Años más tarde, David le recordaría, entre rocas mesozoicas y perfiles quebrados, entre tierra roja y arcilla húmeda, en aquella cueva de la que pendía una rama.

Tal vez, algún día, volvería a encontrarla.

Silencio.

Humo.



